

Papeles de Trabajo 33

La revista electrónica del IDAES

EISSN 1851-2578

DOSSIER

La vida social de los mercados contemporáneos coordinado por Brígida Renoldi y María Soledad Sánchez

ARTÍCULOS LIBRES

ENTREVISTA A JUAN CARLOS TORRE

RESEÑAS



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM



UNSAM Edita

Universidad Nacional de San Martín

RECTOR: Carlos Greco

VICERRECTORA: Ana María LLois

SECRETARIO DE CULTURA, COMUNIDAD Y TERRITORIO: Mario Greco

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales

DECANO: Ariel Wilkis

DIRECTOR CONSULTO: José Emilio Burucúa

DIRECTOR CONSULTO: Alejandro Grimson

SECRETARIA ACADÉMICA: Mariana Álvarez Broz

SECRETARIA DE POSGRADO: Gustavo Ludueña

SECRETARIA DE INVESTIGACIÓN: Brenda Focás

SECRETARIO DE VINCULACIÓN INSTITUCIONAL, TERRITORIAL E INTERNACIONAL: Martín Hornes

Papeles de Trabajo

EDITOR RESPONSABLE: Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales

DIRECTORA: Mariana Gené

COORDINACIÓN EDITORIAL: Evangelina Caravaca

GESTIÓN DE ARTÍCULOS: Violeta Dikenstein, Florencia Labiano, Andrés Scharager,

Pablo Salas, Agustín Salerno, Emilia Val

CORRECCIÓN: Fernando León Romero

MAQUETACIÓN: María Laura Alori

ISSN: 1851-2577

REDACCIÓN: Paraná 145, 5º piso, CABA (B1017AAC), Argentina

papelesdetrabajo@unsam.edu.ar

<https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab>

Domicilio legal: Yapeyú 2068, San Martín (B1650BHJ), Argentina

Comité Académico

Marc Abélès: École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia

Rita Eder: Universidad Nacional Autónoma de México, México

Arturo Escobar: The University of North Carolina at Chapel Hill, EE. UU.

Silvia Hirsch: Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Daniel James: Indiana University, EE. UU.

Mirta Lobato: Universidad de Buenos Aires, Argentina

Laura Malosetti Costa: CONICET-Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Denis Merklen: École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia

Juan Piovani: Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Rosana Reguillo: ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara, México

Maristella Svampa: CONICET-Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Comité Editor

Débora Betrisey Nadali: Universidad Complutense de Madrid, España

Alejandra Castillo: Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Chile

Flavia Costa: Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Claudia Daniel, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina

Natalia Gavazzo: Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Fernando Martínez Escobar: Universidad de Buenos Aires, Argentina

Eugênia Motta, Universidad Estadual de Río de Janeiro, Brasil

Sebastián Pereyra, Universidad Nacional de San Martín

Emilia Schijman, Centre Nationale de Recherche Scientifique, Francia

Esteban Serrani, Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Nicolás Somma González, Pontificia Universidad Católica de Chile

Miguel Valderrama: Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Chile

SUMARIO

DOSSIER

Presentación. La vida social de los mercados contemporáneos

Brígida Renoldi

María Soledad Sánchez

6

De tecnología de almacenamiento temporal a infraestructura

permanente. Intervención del silo-bolsa para granos secos en los mercados agrícolas de Argentina (1995-2018)

Juan Arrarás

19

El mercado como hacedor de ciudad. Límites barriales percibidos y disputados en el mercado de alquileres de la Ciudad de Buenos Aires

Maria Florencia Labiano

48

El valor del pasado. Un análisis etnográfico de la negociación del valor entre personas y cosas en la Feria de Anticuarios de Acassuso

Miranda Hochman

69

Explorando lo social en los mercados. Apuntes sobre la comercialización alternativa de alimentos

Lisandro Fernández

89

ARTÍCULOS LIBRES

Profesiones de Fe. Trayectorias e identidades en el Radicalismo Intransigente durante el primer gobierno peronista

Pablo Fabián Americo

109

Descripción etnográfica de una zona roja. La sociabilidad de mujeres trans y travestis durante el período 2018-2019

Cristian Alejandro Darouiche

128

ENTREVISTA

Entrevista a Juan Carlos Torre

Por Sebastián Pereyra y Gerardo Aboy Carlés

147

RESEÑAS

Revolución. Una historia intelectual Nahuel Agustín Domínguez

174

Cómo hacen los pobres para sobrevivir

Romina Rajoy

178

DOSSIER

LA VIDA SOCIAL DE LOS MERCADOS CONTEMPORÁNEOS

Coordinadoras

Brígida Renoldi y
María Soledad Sánchez



DOSSIER

Presentación

La vida social de los mercados contemporáneos

Brígida Renoldi¹María Soledad Sánchez²

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 6-18

Los mercados constituyen la modalidad de coordinación económica más extendida e influyente en nuestras sociedades. Buena parte de los intercambios y prácticas socio-económicas que se producen en las sociedades capitalistas contemporáneas se articula en sistemas mercantiles, de modo que la forma de acceso a los bienes y servicios depende no sólo de mercados legales y regulados, sino –y acaso cada vez más– de mercados informales e incluso ilegales. En las últimas décadas, los mercados ingresaron a diferentes órdenes de la vida que solían organizarse por otros principios societales: la educación, la salud, la seguridad, la cultura. Así, los mercados ganaron importancia en las maneras en las que las personas y las familias acceden y/o garantizan su bienestar. La indiscutible centralidad de los mercados en el mundo actual además de económica es política y cultural, ya que las evaluaciones y valoraciones producidas por los mercados son formas centrales en las que percibimos y apreciamos el conjunto de personas, objetos y relaciones en las que vivimos (Aspers y Beckert, 2011; Fourcade y Healy, 2007, 2013).

Los intercambios económicos han sido parte de los intereses de la sociología y la antropología desde sus orígenes. El proceso de expansión de los mercados y la irrupción del dinero, como equivalente general para el intercambio, en los albores de la modernidad ocuparon un lugar central en la imaginación sociológica del siglo XIX e inicios del XX –como lo evidencian las obras de Karl Marx, Émile Durkheim, Max Weber y Georg Simmel–. Para

1. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Estudios Sociales y Humanos, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, bbrire@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2209-1308>

2. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Centro de Estudios Sociales de la Economía, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Universidad Nacional de San Martín, sanchez.masoledad@gmail.com, ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-7059-0611>

los clásicos, los intercambios mercantiles debían ser abordados como hechos sociales y, como tales, no podían ser explicados sin hacer referencia a las instituciones, normas y representaciones sociales que los constituyen (Steiner, 1999). Al mismo tiempo, los clásicos observaban que la consolidación de la economía de mercado y la generalización del dinero como medio de intercambio constituían claras evidencias del proceso creciente de racionalización de la vida social que se desplegaba con la modernidad, por el cual la racionalidad instrumental gobernaba ámbitos cada vez más diversos del mundo social.

Por su parte, en las primeras décadas del siglo XX, la antropología se concentró en los intercambios de modo general, dando lugar al desarrollo del concepto de reciprocidad (Mauss, 1979) y a concebir una secuencia de formas en que las relaciones sociales se traman con objetos materiales e inmateriales. En su paradigmático libro sobre los argonautas del Pacífico occidental, Bronislaw Malinowski (1986 [1922]), se detiene en las implicaciones del *kula*, un ritual de intercambio de collares y brazaletes en Melanesia en el que se conectan esferas de índole diversa (mercantil, simbólica, estética, cultural) y que le permite cuestionar la separación y calificación de determinadas prácticas propias de la tradición occidental. El hecho de separar lo económico de lo ritual, por ejemplo, responde a la observación que Eric Wolf (1993) realizó en la famosa introducción al libro *Europa y la gente sin historia* a propósito del papel de las ciencias sociales en la separación de aspectos de la vida para su análisis. Según el autor, esta fue la manera en que las disciplinas científicas crearon y objetivaron expresiones sociales como la economía y el ritual, con el propósito de circunscribir campos de conocimiento. Interesado por el derecho contractual y el sistema de prestaciones económicas en las sociedades llamadas primitivas, también Marcel Mauss reconoce gran variedad y mezcla en aquello que denominó “hecho social total”, en el que se “expresan a la vez y de golpe todo tipo de instituciones: las religiosas, jurídicas, morales [...] y económicas, las cuales adoptan formas especiales de producción y consumo, o mejor de prestación y de distribución, y a las cuales hay que añadir los fenómenos estéticos a que estos hechos dan lugar” (1979 [1925], p. 157). Las etnografías sobre pueblos no occidentales han contribuido claramente a mostrar que los comportamientos interesados, lejos de oponerse, se anudan con los sistemas de dones y contradones, propiciando una mirada crítica sobre categorías y conceptos con los que se pretendió circunscribir y objetivar determinadas expresiones de la vida humana en la ciencia moderna.

Sin embargo, entre fines de los años cuarenta y sesenta del siglo XX, los mercados e intercambios mercantiles modernos –como otros objetos económicos en sentido amplio– permanecieron distantes de las preocupaciones centrales de la sociología y la antropología.³ Por un lado, la denominada *pax parsoniana* estableció un orden de distribución y

3. La obra de Karl Polanyi y, en especial, “*La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*” (2017 [1944]) es una importante excepción en esta narrativa, aunque las distinciones disciplinarias están lejos de los intereses del autor.

distinción disciplinario relativamente estabilizado entre aquellos objetos estrictamente sociológicos y aquellos estrictamente económicos: el valor, los mercados e incluso el dinero quedarían, hasta la emergencia de la “nueva sociología económica” en los años setenta, fuera de los temas centrales de la sociología (Stark, 2009; Heredia y Roig, 2008). Por otro lado, si bien el intercambio se consolidaba como tópico central de la antropología, el desarrollo analítico, principalmente a partir de etnografías, se focalizó en los intercambios propios de las sociedades sin estado, hasta que la disciplina dio un giro hacia el estudio de las sociedades contemporáneas y los mercados modernos se incorporaron al campo de estudios antropológicos de la mano de trabajos tan diferentes como los de Paul Bohannan (Bohannan y Dalton, 1965), Maurice Godelier (1976) o Arjun Appadurai (1986).

Así, el término “mercado” se convirtió en un ejemplo paradigmático de la división disciplinaria entre la economía y el resto de las ciencias sociales. A lo largo del siglo XX, a medida que la perspectiva neoclásica se volvió dominante en la teoría económica y su visión monopolizó la mirada sobre la vida mercantil, la noción de mercado quedó reducida a un mecanismo abstracto y universal de coordinación de la oferta y la demanda, capaz de reflejar preferencias individuales de agentes racionales (vacíos de todo contenido social, moral y emocional): el *homo economicus*. A pesar de que el mercado se constituye como la institución primaria de todo el edificio teórico de la teoría económica clásica y neoclásica, el debate teórico sobre su naturaleza al interior de la economía, en tanto disciplina, aún puede considerarse pobre (Callon, 2008; Beckert, 2009).

Sin embargo, a partir de las décadas del setenta y ochenta, los mercados se convirtieron nuevamente en un objeto de indagación primario (y legítimo) para la sociología y la antropología. Como parte de un proceso más amplio de revitalización del interés por los objetos “económicos” en esas disciplinas (Hart, 1986; Parry y Bloch, 1989; Swedberg, 1993; Guyer, 1995; Smelser y Swedberg, 2005; Maurer, 2006; Zelizer, 2008; Dufy y Weber, 2009; Carrier, 2012), se crearon nuevas perspectivas que movilizaron teorías y herramientas metodológicas de las ciencias sociales para el estudio de los mercados (Lorenc Valcarce, 2012). Los científicos sociales se propusieron abrir la “caja negra” de los mercados de la teoría neoclásica (Vatin, 2013), entendiendo que esta disciplina asume la existencia de los mercados en lugar de interrogarse sobre qué los hace posibles, y cómo y por qué funcionan. ¿Qué es un mercado? ¿Es aquel espacio abstracto e impersonal donde se encuentran mecánicamente la oferta y la demanda, convergiendo en la producción de un valor-precio? ¿Es un espacio autorregulado, ordenado por la única lógica que le sería inmanente y universalmente válida: la racionalidad instrumental? ¿Son las relaciones mercantiles puros vínculos interesados, ajenos o incluso opuestos a otras valoraciones y afectos? ¿Cómo se crean y regulan los mercados? ¿Qué relaciones de poder, competencia y conflicto se establecen entre los actores? ¿Cómo se producen y reproducen cotidianamente las transacciones mercantiles? ¿A través de qué procesos (materiales, morales, políticos) algo se convierte en una mercancía para ser comprada y vendida? ¿Cuáles son los marcos simbólicos y morales que organizan

las transacciones mercantiles? ¿Qué ocurre cuando ciertos bienes como mercancías se encuentran moralmente cuestionados por (parte de) la sociedad? ¿Cómo, y a través de qué prácticas y dispositivos, se le atribuye un valor monetario a un bien, servicio o persona en un contexto mercantil? ¿Puede analíticamente disociarse el mercado de otras esferas sin las cuales no podría concebirse conceptualmente?

En su gran diversidad teórica y metodológica, los sociólogos y antropólogos estudiosos de los mercados coinciden en algunas premisas que ponen en cuestión los supuestos básicos de la teoría económica dominante. En primer lugar, que los mercados están socialmente contruidos (Fourcade, 2007) y, por lo tanto, su configuración y sus lógicas no pueden pensarse como autónomas de otras esferas de la vida social: la política, la moral, la cultural, la afectiva. Más que como un principio puramente abstracto y universal de organización de la vida colectiva, la perspectiva socio-antropológica considera a los mercados como complejas arenas de interacción social (Beckert y Aspers, 2011; Preda, 2007), con determinaciones múltiples (Zelizer, 1988): los sistemas de relaciones sociales que los configuran, los poderes y normas que los regulan (tanto formales como informales), los contextos políticos y culturales que favorecen la mercantilización de ciertos bienes (o bien, que la resisten), y los marcos simbólicos y valorativos que movilizan los actores sociales en los intercambios (que van mucho más allá del puro interés o beneficio).

En segundo lugar, antropólogos y sociólogos parten de la existencia de los mercados *en plural*. Sin olvidar las grandes relaciones y retóricas de poder del capitalismo (globalizado), la mirada socio-antropológica señala que los mercados “realmente existentes” son heterogéneos, tienen lugar entre agentes y relaciones sociales situadas e históricamente variables, se enraizan en sociabilidades particulares y se estructuran según tecnologías y racionalidades específicas. Esta premisa teórica tiene un claro correlato metodológico: una empresa de investigación que prioriza los abordajes empíricos situados (incorporando incluso estrategias etnográficas para su análisis) y retrata una enorme diversidad de intercambios y relaciones mercantiles. Los mercados financieros (Zelizer, 1979; Abolafia, 1998; Callon, 1998; Knorr Cetina y Preda, 2005; Godechot, 2001; Knorr-Cetina y Bruegger, 2002; MacKenzie, 2006; Preda, 2007; Schinckus, 2008; Ho, 2009; Hart y Ortiz, 2014; Rona-Tas y Guseva, 2014; Zaloom, 2006), los mercados de bienes (como la vestimenta, la vivienda o la energía) (Callon, 1998; Bourdieu, 2010; Aspers, 2011), mercados de trabajo (Granovetter, 1973; Fligstein, 2001), los mercados ilegales (como los de drogas prohibidas, armas, o medicamentos de venta controlada) (Beckert y Wehinger, 2013; Beckert y Dewey, 2017; Azaïs, Kessler y Telles, 2012) y “mercados cuestionados” como el de los órganos humanos (Steiner y Trespeuch, 2023; Satz, 2010; Steiner, 2010; Healy, 2006; Scheper-Hughes, 2000). También en América Latina los estudios empíricos sobre mercados tomaron impulso en las últimas dos décadas. Aunque se abordaron mercados tan diversos como el de valores en Brasil (Müller, 2006), el de la seguridad privada en Argentina y Brasil (Lorenc Valcarce, 2014; Durão et al., 2023), el de hidrocarburos en Argentina (Castellani y Serrani, 2010), los mercados de

crédito en Chile y Argentina (Ossandón, 2012; Luzzi y Wilkis, 2008), por mencionar solo algunos, en la región se ha destacado el interés por los mercados informales y populares (Alba Vega, Lins Ribeiro y Mathews, 2015; Gago, 2014; Rabossi, 2008; Pires, 2020; Chavez Molina, 2010), así como por los mercados ilegales (Misse, 2007; Renoldi, Álvarez y Maldonado Aranda, 2018; Feltrán, 2019; Sandoval Hernández, 2012; Asaís, Kessler y Telles, 2012; Dewey, 2015; Sánchez, 2018; Puglia, 2018).⁴

Desde perspectivas socioantropológicas, los trabajos que conforman este *dossier* analizan la vida social de mercados contemporáneos concretos. Los textos aquí reunidos, recuperan distintas tradiciones de la sociología y antropología económicas y, a través de una variedad de objetos empíricos, evidencian que los mercados no son espacios puramente abstractos de circulación de servicios, bienes y dinero; tampoco los terrenos de la despersonalización más completa que sugiere la teoría económica *mainstream*. En los textos que compartimos aquí se muestra de qué modo los procesos sociales, culturales, políticos, morales, que hacen posible la existencia de los mercados, conectan diferentes dimensiones de la vida material e inmaterial de las sociedades, lo que les da su especificidad y forja sus diferencias.

El rol que las infraestructuras y dispositivos socio-técnicos tienen en la creación y configuración de los mercados ha sido un núcleo central para el desarrollo de la socioantropología económica contemporánea. Desde los años noventa, numerosos trabajos englobados en los estudios sociales de la ciencia y la tecnología analizaron los efectos performativos de los saberes (como la propia teoría económica), los especialistas y/o expertos (como economistas o ingenieros), así como los dispositivos sociotécnicos (desde algoritmos y fórmulas, hasta programas informáticos y teléfonos) sobre los mercados y las transacciones (Callon, 2008; Callon y Muniesa, 2005; Callon, Milo y Muniesa, 2007; McKenzie, Muniesa y Siu, 2007). En un esfuerzo por recuperar estos desarrollos conceptuales, el trabajo de Juan Arrarás, “De tecnología de almacenamiento temporal a infraestructura permanente. Intervención del silo-bolsa para granos secos en los mercados agrícolas de Argentina (1995-2018)”, analiza el surgimiento de un sistema de almacenamiento de granos secos (las silo-bolsas) y su incorporación masiva entre los productores y otros actores de la cadena de comercialización del mercado agrícola argentino luego de la crisis de 2001. Al analizar el proceso de creación de este novedoso artefacto, el autor pone en evidencia no solo la materialidad de los mercados sino el rol creativo del Estado emprendedor, refutando supuestos que conciben al Estado como antagonista del mercado —en tanto se trata de un trabajo realizado por expertos del INTA que combinaron creación, mejoras del dispositivo y del terreno—, y recomendaciones para su implementación en los campos argentinos. Al mismo tiempo, el

4. Para una revisión general de los estudios sociales de la economía en América Latina se recomiendan: Neiburg (2010); González y Madariaga (2018); Wilkis y Fridman (2018); Figueiro et al., (2023).

artículo reconstruye el modo en que los sectores medios y pequeños de empresarios graneros innovan tecnológicamente al incorporar bolsas de polietileno para hacer frente al acopio ante la falta de infraestructura fija. Así, los silos-bolsa emergen como respuesta de coyuntura y perfilan un impacto notorio en las técnicas de almacenamiento y comercialización de los granos, permitiendo la emergencia de nuevas estrategias especulativas y la consolidación de los granos como “moneda” (medio de cambio y reserva de valor). De este modo, el guardado de granos por parte de cada productor en momentos previos a la entrega a los acopiadores, reconfiguró la temporalidad del circuito comercial afectando a los sectores involucrados.

En las últimas décadas, estudios sociológicos y antropológicos han señalado que los mercados son espacios de construcción de sentidos y valores morales y, por lo tanto, de jerarquías sociales (Zelizer, 1979, 1985; Carruthers y Babb, 2000; Knorr Cetina y Bruegger, 2002; Fourcade, 2007; Fourcade y Healy, 2007; 2013; Aspers, 2011). Lejos de constituir meras “externalidades”, como en la perspectiva económica convencional, la producción de significados y valores –monetarios y no monetarios– es parte constitutiva de la dinámica mercantil. De allí que la noción de “valuaciones monetarias” sea más adecuada que la categoría económica de “precios” para describir el tipo de producción que los mercados realizan: los valores monetarios, incluso aquellos objetivados en la forma precio, se articulan con escalas de clasificación y valoración social y, por lo tanto, producen y reproducen formas de definir y valorar a las personas, a los espacios y a las cosas (Karpik, 2010; Aspers y Beckert, 2011; Lamont, 2012; Vatin, 2013; Wilkis, 2018). El texto de Florencia Labiano recupera estas líneas de trabajo de la sociología económica, en diálogo con los aportes de la sociología urbana, para pensar el mercado de alquileres como un espacio central en la producción simbólica de la Ciudad de Buenos Aires. La autora analiza la producción social de los precios y plantea que las representaciones sociales existentes sobre los diferentes barrios operan como recurso para incentivar el mercado inmobiliario de alquileres. Al sistematizar anuncios de oferta y demanda, sumada esta tarea al resultado de entrevistas con propietarios, inquilinos y agentes inmobiliarios, muestra cómo se pone en juego la reputación de los barrios a la hora de valorar las viviendas en base a la producción de sentidos sobre la ciudad. La autora reconoce que la valuación de las propiedades en el mercado de alquiler se produce a través de las formas de definir, clasificar y valorar los espacios habitables y, sobre todo, a partir de procesos selectivos que inciden tanto en la manera de divulgar en el espacio público las viviendas disponibles, como de elegir el perfil de inquilinos deseables. Este artículo contribuye a elucidar un fenómeno preocupante en la actualidad que es la escasez de vivienda para alquiler a largo plazo, condición que se riñe con un mercado creciente de alquiler temporario, notablemente fortalecido por la comercialización vía *web*.

Por su parte, desde una perspectiva etnográfica, Miranda Hochman también se interroga por la producción de las valuaciones monetarias en los mercados. En “El valor del pasado. Un análisis etnográfico de la negociación del valor entre personas y cosas en la Feria de

Anticuarios de Acassuso”, a partir del análisis de los intercambios mercantiles en la zona norte del Área Metropolitana de Buenos Aires, la autora reflexiona sobre la forma en la que el valor de los objetos es producido en las interacciones y negociaciones entre feriantes y compradores. Siguiendo la invitación antropológica a poner el foco en aquello que se intercambia (Appadurai, 1991), Miranda Hochman analiza el rol que tienen las dimensiones simbólica y afectiva en la producción de valor de los objetos (que puede ser incluso mayor a su precio). Propone, además, un análisis sobre las transformaciones que se producen a partir de la incorporación de las plataformas digitales, una innovación de creciente importancia para los circuitos mercantiles en la actualidad. Al tratarse de tecnologías de mediación basadas en la venta por imágenes, la relación precio/valor varía imprevisiblemente, reconfigurando los formatos tradicionales de la feria de antigüedades.

Por último, en el artículo “Explorando lo social en los mercados. Apuntes sobre la comercialización alternativa de alimentos”, Lisandro Fernández reflexiona sobre los espacios alternativos para la comercialización de alimentos, impulsados por trabajadores de la agricultura familiar, particularmente del sector hortícola, a través de un análisis de la literatura. El autor sistematiza la producción académica nacional e internacional sobre el tópico con el propósito de comparar las diferentes realidades analizadas y los conceptos propuestos. Entre estos últimos, el de Comercialización Alternativa aglutina prácticas autónomas, recíprocas y no competitivas de coordinación económica. Frente a abordajes disociativos de la vida y la economía, estas concepciones reúnen ambas dimensiones con especial énfasis en la primera, es decir, impulsan la reproducción ampliada de la vida. Además, defienden lo que se conoce como Economía Social y la reconexión de los actores sociales con los alimentos, estimulando así la producción local en territorio para propiciar nuevas formas de relación entre sociedad y naturaleza. También introduce el concepto de Mercados Anidados, de la Nueva Economía Institucional. Las nociones de Redes Alimentarias Alternativas, Circuitos Alternativos y Circuitos Cortos de Comercialización son tratadas dentro del universo semántico de interés para el autor, todas centradas en principios como la solidaridad, la reducción de agentes mediadores, la sostenibilidad ambiental y la distribución equitativa del valor. Este trabajo también reconoce el papel de la comercialización vía *web* como un elemento de impacto –aún no suficientemente dimensionado– en este tipo de mercados.

Este *dossier* es, entonces, una invitación a explorar algunos de los tópicos centrales de la sociología y antropología de los mercados y, al mismo tiempo, a imaginar interrogantes y dimensiones relevantes para el desarrollo futuro de su agenda. En los últimos años, y reforzadas desde la pandemia por COVID-19, las plataformas digitales impulsaron la mercantilización en diferentes escalas. Ello generó un impacto notorio en las maneras que dominaban el intercambio de bienes, activos y servicios, a la vez que propició la reconfiguración de la arquitectura misma de los mercados. Las innovaciones digitales para los intercambios, reconocidas de modo exploratorio en la mayoría de los trabajos de este *dossier*, merecen

toda la atención de las ciencias sociales, en indagaciones que contemplen su impronta y efectos para los diferentes circuitos mercantiles, su impacto sobre las prácticas y relaciones sociales de intercambio así como los importantes desafíos regulatorios que presentan para los Estados.

Referencias bibliográficas

- Abolafia, Mitchel (1998). Markets as cultures: an ethnographic approach. En Michel Callon (ed), *The laws of the markets*. Oxford: Blackwell.
- Alba Vega, Carlos; Gustavo Lins Ribeiro y Gordon Mathews (2015). *La globalización desde abajo. La otra economía mundial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, Arjun (ed.) (1986). *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Cambridge University Press.
- Aspers, Patrick (2011). *Orderly Fashion. A Sociology of Markets*. Princeton: Princeton University Press.
- Azaïs, Christian; Gabriel Kessler y Vera da Silva Telles (2012). *Ilegalismos, cidade e política*. Belo Horizonte: Fino Traço.
- Beckert, Jens (2009). El orden social de los mercados. *Comunicación, Cultura y Política. Revista de Ciencias Sociales*, 1(2), 147-172.
- Beckert, Jens, y Patrick Aspers. (eds.) (2011). *The Worth of Goods. Valuation and Pricing in the Economy*. Oxford: Oxford University Press.
- Beckert, Jens, y Matías Dewey (Eds.) (2017). *The architecture of illegal markets: Towards an economic sociology of illegality in the economy*. Cambridge: Oxford University Press.
- Beckert, Jens y Frank Wehinger (2013). In the Shadow: Illegal Markets and Economic Sociology. *Socio-Economic Review*, 11(1), 5-30.
- Bourdieu, Pierre (2010). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Callon, Michel (ed.) (1998). *The laws of the markets*. Oxford: Backwell.
- Callon, Michel (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas, *Apuntes de Investigación del CECyP*, 14, 11-68.
- Callon, Michel y Fabián Muniesa (2005). Economic markets as calculative collective devices, *Organization Studies*, 26, 1229-1250.
- Callon, Michel; Yuval Millo y Fabian Muniesa (2007). *Market Devices*. Oxford: Blackwell.
- Carrier, James (ed) (2012). *A handbook of economic anthropology*, London: Edward Elgar
- Carruthers, Bruce, y Sarah Babb (2000). *Economy/Society: markets, meanings and social structure*. California: Pine Forge Press.
- Chavez Molina, Eduardo (2010). *La construcción social de la confianza en el mercado informal: los feriantes de Francisco Solano*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Dewey, Matías (2015). *El orden clandestino. Política, fuerzas de seguridad y mercados ilegales en la Argentina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Dobbin, Frank (ed.) (2004). *The sociology of the economy*. New York: Russell Sage.
- Douglas, Mary, y Baron C. Isherwood (1979). *The world of goods: towards an anthropology of consumption*. Routledge.
- Dufy, Caroline, y Florence Weber (2009). *Más allá de la Gran División. Sociología, economía y etnografía*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Durão, Susana, Erika Robb Larkins & Paola Argentin (2023). In the shadows of protection:

- Brazilian police in private security. *Policing and Society*, 34(1-2), 42-58.
- Feltrán, Gabriel (2019). (Il)licit Economies in Brazil: An Ethnographic Perspective. *Journal of Illicit Economies and Development*, 1, 145-154.
- Figueiro, Pablo; Alejandro Gaggero; Pablo Nemiña y María Soledad Sánchez (2023). Los estudios sociales de la economía en la Argentina. La Escuela IDAES en su emergencia, consolidación e institucionalización. *Papeles de Trabajo*. Número Especial. 25 años de la Escuela IDAES, 9-26.
- Fligstein, Neil (2001). *The Architecture of Markets: An Economic Sociology of Twenty-First-Century Capitalist Societies*. Princeton: Princeton University Press.
- Fourcade, Marion (2007). Theories of markets and theories of society. *American Behavioral Scientist*, 50, 1015-1034.
- Fourcade, Marion, y Kieran Healy (2007). Moral views of markets society, *Annual Review of Sociology*, 33, 14.1-14.27.
- Fourcade, Marion, y Kieran Healy (2013). Classification Situations: Life Chances in the Neoliberal Era. *Accounting, Organizations, and Society*, 38, 559-372.
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón.
- Godechot, Olivier (2001). *Les traders: essai de sociologie des marchés financiers*. Paris: La Découverte.
- Godelier, Maurice (comp.) (1976). *Antropología y Economía*. Barcelona: Anagrama.
- González, Felipe y Aldo Madariaga (2018). Is there a Latin American economic sociology? *Economic sociology. The european electronic newsletter*, 20(1), 1-10
- Granovetter, Mark (1995). *Getting a job: a study of contacts and careers*. Chicago: University of Chicago Press.
- Granovetter, Mark y Richard Swedberg (eds.) (1992). *The sociology of economic life*, Boulder: Westview Press.
- Guyer, Jane I., (org.) (1995). *Money Matters: Instability, Values and Social Payments in the Modern History of West African Communities*. Londres: Heinemann.
- Hart, Keith, y Horacio Ortiz (2014). The anthropology of money and finance: Between Ethnography and World History, *Annual Review of Anthropology*, 43, 465-482.
- Healy, Kieran (2006). *Last best gifts: altruism and the market for human blood and organs*. Chicago: University of Chicago Press.
- Ho, Karen (2009). *Liquidated. An ethnography of Wall Street*. Durham and London: Duke University Press.
- Karpik, Lucien (2010). *Valuing the unique: the economics of singularities*. Princeton: Princeton University Press.
- Knorr Cetina, Karin, y Urs Bruegger (2002). Global microstructures: the virtual societies of financial markets. *American Journal of Sociology*, 107(4), 905-950.
- Knorr Cetina, Karin, y Alex Preda (eds.) (2005). *The sociology of financial markets*. Oxford:

- Oxford University Press.
- Lamont, Michele (2012). Toward a comparative sociology of valuation and evaluation, *Annual Review of Sociology*, 38, 201-221.
- Lorenc Valcarce, Federico (2012). Sociología de los mercados: modelos conceptuales y objetos empíricos en el estudio de las relaciones de intercambio. *Papeles de Trabajo*, 6(9), 14-36.
- Lorenc Valcarce, Federico (2013). *Seguridad Privada. Estado, mercado y protección en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Luzzi, Mariana, y Ariel Wilkis (2018). Bancarización y el acceso al crédito. En J. Piovani y A. Salvia (ed.) *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual* (pp. 389-417). Buenos Aires: Siglo XXI Editores, PISAC.
- Maurer, Bill (2006). The Anthropology of Money. *Annual Review of Anthropology*, 33, 15-36.
- Mauss, Mauss (1979). *Sociología y Antropología*. Tecnos: Madrid.
- MacKenzie, Donald (2006). *An engine, not a camera: How financial models shape markets*. Cambridge: MIT Press.
- MacKenzie, Donald; Fabián Muniesa y Lucia Siu (eds.) (2007). *Do economists make markets? On the performativity of economics*. Princeton: Princeton University Press.
- Misse, Michel (2007). Mercados ilegales, redes de proteção e organização local do crime no Rio de Janeiro. *Estudos Avançados*, 21, 139-157.
- Müller, Lúcia Helena (2006). *Mercado exemplar: Um estudo antropológico sobre a bolsa de valores*. Porto Alegre: Editora Zouk.
- Neiburg, Federico (2010). Os Sentidos Sociais da Economia. En L. F. Dias Duarte (org), *Horizontes das Ciências Sociais no Brasil*. ANPOCS/Barcarolla/Diálogo Editorial.
- Ossandón, José (ed.) (2012). *Destapando la Caja Negra: Sociologías de los Créditos de Consumo en Chile*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Parry, Jonathan, y Maurice Bloch (eds.) (1989). *Money and the morality of exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pires, Lenin (2020). Mercados informales y la circulación de la tolerancia: mercancías políticas y relaciones entre sociedad y Estado. *Cuadernos de Antropología Social*, 51, 135-152.
- Perelman, Mariano (2013). Formas sociales de estabilización en actividades informales. Círujas y vendedores ambulantes en la ciudad de Buenos Aires. *Laboratorio*, 25, 37-55.
- Polanyi, Karl (2017). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Preda, Alex (2007). The sociological approach to financial markets. *Journal of Economic Surveys*, 21(3), 506- 533.
- Puglia, María de las Nieves (2018). ¿Cuánto vale mi cuerpo? Valuaciones monetarias en la oferta de servicios sexuales. En A. Wilkis (ed.) *El poder de (e)valuar. La producción monetaria de jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: UNSAM Edita.

- Rabossi, Fernando (2008). *En las calles de Ciudad del Este: una etnografía del comercio en la frontera*. Biblioteca Paraguaya de Antropología v. 67, Asunción: CEADUC.
- Renoldi, Brígida; Santiago Álvarez y Salvador Maldonado Aranda (comps.) (2018). *Estado, violencia y mercado. Conexiones etnográficas en América Latina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Róna-Tas, Akos, y Alya Guseva (2014). *Plastic Money: Constructing Markets for Credit Cards in Eight Postcommunist Countries*. Stanford University Press.
- Sánchez, María Soledad (2018). ¿Cuánto vale el dólar? El orden social y moral de los mercados cambiarios ilegales. En A. Wilkis (ed.) *El poder de evaluar. La producción monetaria de jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea* (pp. 49-66). Buenos Aires: Unsam Edita.
- Sandoval Hernández, Efrén (2012). Economía de la fayuca y del narcotráfico en el noreste de México: extorsiones, contubernios y solidaridades en las economías transfronterizas, *Desacatos: Revista de Ciencias Sociales*, 98, 43-60.
- Satz, Debra (2010). *Why Some Things Should Not Be for Sale. The Moral Limits of Markets*. Oxford: Oxford University Press.
- Scheper-Hughes, Nancy (2000). The Global Traffic in Human Organs. *Current Anthropology*, 41(2), 191-224.
- Schinckus, Christophe (2008). The financial simulacrum: The consequences of the symbolization and the computerization of the financial market. *The Journal of Socio-Economics*, 37, 1076-1089.
- Smelser, Neil, y Richard Swedberg (2005). *The handbook of economic sociology*. Princeton: Princeton University Press.
- Stark, David (2009). *The sense of dissonance: accounts of worth in economic life*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Steiner, Philippe (1999). *La sociologie économique*. Paris: La découverte.
- Steiner, Philippe, y Marie Trespeuch (dir.) (2023). Introducción a Mercados cuestionados: cuando el mercado se enfrenta a la moral. *Revista de Estudios Sociales*, 84, 133-147.
- Swedberg, Richard (ed.) (1993). *Explorations in economic sociology*. New York: Russell Sage Foundation.
- Vatin, François (2013). Valuation as evaluating and valorizing, *Valuation Studies*, 1(1), 31-50.
- Wilks, Ariel (ed.) (2018). *El poder de (e)valuar. La producción monetaria de jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Bogotá-Buenos Aires: Universidad del Rosario- Unsam Edita.
- Wilks, Ariel, y Daniel Fridman (2018). Economic Sociology in Argentina. Documento electrónico: <https://www.economicsoc.com/publications/2018/1/25/the-global-dispatch>
- Wolf, Eric (1993). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zaloom, Caitlin (2006). *Out of the Pits: Traders and Technology from Chicago to London*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zelizer, Viviana (1979). *Moral and Markets. The development of life insurance in the United States*.

New York: Columbia University Press.

Zelizer, Viviana (1985). *Pricing the priceless child. The changing social value of children*. Princeton: Princeton University Press.

Zelizer, Viviana (1988). Beyond the Polemics on the Market: Establishing a Theoretical and Empirical Agenda. *Sociological Forum*, 3(4), 614-634.

Zelizer, Viviana (2008). Pasados y futuros de la sociología económica. *Apuntes de Investigación del CECyP*, 14, 95-112.



DOSSIER

De tecnología de almacenamiento temporal a infraestructura permanente. Intervención del silo-bolsa para granos secos en los mercados agrícolas de Argentina (1995-2018)

Juan Arrarás¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 19-47
RECIBIDO: 29/2/2024 - ACEPTADO: 28/5/2024

Resumen

Dada la centralidad económica y política que han asumido históricamente los mercados agrícolas en la Argentina, este trabajo hace un seguimiento de la trayectoria que tuvo en ellos una tecnología de almacenamiento como el silo-bolsa para granos secos. Con el abordaje de un período histórico que abarca desde mediados de la década de 1990 hasta finales de la década de 2010, el artículo reconstruye los actores (ingenieros agrónomos, empresas de maquinaria agrícola, fabricantes de bolsas plásticas, agricultores, entre otros) que fueron fundamentales para lograr que un artefacto de almacenaje temporal de granos se erija como una infraestructura permanente en el sector rural argentino y genere cambios sustanciales en el modo en que se comercializan las cosechas agrícolas.

Palabras clave: Silo-bolsa; Ingenieros agrónomos; Infraestructura; Productores agrícolas, Mercados agrícolas.

1. Escuela de Hábitat y Sostenibilidad de la Universidad Nacional de San Martín - Centro de Estudios Sociales de la Economía de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, jarraras@unsam.edu.ar, ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-4612-7705>.

Abstract

Given the economic and political centrality that agricultural markets have historically assumed in Argentina, this work tracks the trajectory of a storage technology like silo-bag within them. Covering a historical period from the mid-'90s to the late 2010s, this article reconstructs the key players (agronomists, agricultural machinery companies, plastic bag manufacturers and farmers, among others) who were crucial in transforming a temporary grain storage device into a permanent infrastructure in the Argentine rural sector, bringing about substantial changes in the way agricultural harvests are commercialized.

Keywords: Silo bag; Agronomists; Infrastructure; Agricultural Producers; Agricultural markets

Introducción

Durante las últimas décadas, una tecnología de almacenamiento como el silo-bolsa ha tomado una significativa presencia en los establecimientos rurales argentinos. Creados en la Alemania Occidental de fines de la década de 1960 con el propósito de dar una solución práctica y económica al acopio de alimento para ganado (Eggenmüller et al., 1972), estos largos y blancos artefactos de polietileno aterrizaron en la Argentina de principios de 1990 de la mano de un fabricante de maquinaria agrícola de la ciudad de Tandil (Brieva y Ceverio, 2009).

Luego de su empleo en la producción lechera y ganadera local, una innovación realizada por profesionales del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) a mediados de los años 90, logró que los bolsones plásticos fueran también aptos para almacenar, por varios meses, granos secos. A partir de allí, los silos-bolsa fueron capaces de dar soporte de manera temporal a la inmensa cantidad de cultivos que en cada campaña brindan los campos argentinos.

Fundamentalmente en manos de los productores rurales, estos artefactos se solaparon con las deficitarias instalaciones de almacenamiento fijo que presentaba el sector.² Flexibles para amoldarse a cualquier establecimiento, los bolsones lograron cubrir el auge productivo impulsado por la aplicación de la técnica de siembra directa junto con el empleo masivo de cultivos transgénicos de soja y maíz autorizados en nuestro país a partir de 1996. Dentro de ese panorama en el que la biotecnología agrícola iba marcando un cambio drástico tanto en el sector rural como en la economía –haciéndola cada vez más dependiente de las divisas generadas por la exportación de soja, maíz y derivados (Trigo y Cap, 2006)–, estas bolsas se tornaron parte esencial de la infraestructura de almacenamiento de granos en ese mercado medular para la Argentina.

2. Pese a que poseen distintos tamaños, su modelo con capacidad para almacenar entre 180 y 200 toneladas es el más utilizado a nivel local.

El presente artículo realiza una reconstrucción del proceso a partir del cual el silo-bolsa, un artefacto ideado para almacenar temporalmente granos, logró erigirse como una infraestructura permanente dentro del mercado agrícola argentino. Con el abordaje de un período histórico que se extiende desde mediados de 1990 hasta bien entrada la década de 2010, este estudio de caso se dedica a describir y analizar el rol que ingenieros agrónomos, empresas de maquinaria agrícola, fabricantes de bolsas plásticas y, fundamentalmente, agricultores, han tenido en la difusión de los bolsones plásticos, sin dejar de lado las repercusiones que ello tuvo tanto en el mercado agrícola como más allá de él.

El enfoque metodológico del presente artículo es cualitativo. En ese sentido, la reconstrucción histórica que aquí se realiza se sostuvo en un corpus de datos en el que se conjugan fuentes primarias (entrevistas en profundidad a miembros del equipo de investigación que innovó sobre el silo-bolsa, fabricantes y comercializadores de bolsones y de maquinaria embolsadora, entre otros) y fuentes secundarias (artículos periodísticos de diarios, portales web y revistas especializadas, actas del INTA, material audiovisual del Primer Congreso Internacional de Silobolsa e información oficial).

La organización de este artículo será la siguiente: en el próximo apartado, realizaremos un seguimiento de aquellos aportes conceptuales capaces de guiarnos en el análisis de nuestro objeto de estudio. Luego de ello, describiremos el papel que tuvo un grupo de expertos del INTA en la creación y difusión del silo-bolsa para granos secos, así como en los factores que colaboraron para que diversos actores del agro local se alinearan en torno a ese artefacto. En el cuarto apartado, observaremos la forma en que, durante los inicios del tercer milenio, las bolsas para silo incrementaron su presencia en todo el espectro rural vernáculo en el que se cosecharon granos secos. Asimismo, se hará hincapié en los elementos coyunturales que colaboraron para su impulso. A lo largo del quinto apartado, profundizaremos en las repercusiones que la prolongación del silo-bolsa tuvo tanto en el mercado de primera venta como en la liquidación de los agro-dólares.

Apuntes para abordar el rol de las infraestructuras en los mercados

El rol de las infraestructuras fue ganando lugar en ciencias sociales como la sociología y la antropología durante las últimas tres décadas (Latour, 1993; Star, 1999; Larkin, 2013; Graham, 2010; Graham y Thrift, 2007). A través de direcciones intelectuales y enfoques novedosos, estos estudios han sabido identificar no meramente la dimensión “técnica” que asumen estos soportes, sino también otro tipo de cualidades. De ese modo, se ha abordado su carácter relacional (una infraestructura se convierte en tal a partir de las prácticas que organiza); la transparencia e invisibilidad que pueden adquirir al ser puestas en uso (hecho que es contrarrestado en caso de avería, cuando su función es realzada); su solapamiento con otras infraestructuras, tecnologías y acuerdos sociales; y su amplio alcance (el cual puede ir más allá de una sola práctica o el mero sitio donde está emplazada), entre otras propiedades (Star y Ruhleder, 1996).

En esa línea, las infraestructuras resultan entidades sin las cuales las sociedades contemporáneas no podrían funcionar (Edwards, 2003), y que requieren tanto de trabajo humano como de saberes específicos y contextualizados para articularse y así transformar los territorios (Zunino et al., 2021). Desplegados en forma de redes, estos dominios conectan y desconectan, conducen y regulan flujos de diversa índole como información, personas, dinero, recursos, entre otros.

Ahora bien, no toda tecnología puede ser considerada infraestructura (Edwards, 2003). Un aspecto que puede distinguirlas es que son objetos tecnológicos que crean las bases sobre las que operan otros objetos (Larkin, 2013). Como tales, exigen ser examinados en la larga tradición que ha teorizado la tecnología, que se extiende desde Marx y Heidegger hasta los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad.

La sociología económica también ha considerado la relevancia que las infraestructuras tienen en el funcionamiento de los mercados (Preda, 2008; Knorr Cetina y Grimpe, 2008; Pardo Guerra, 2015 y 2019; Pinzur, 2021; Langenohl, 2024). En continuidad con esa serie de estudios que proponen nuevas formas de conceptualizar el modo en que operan los mercados (Swedberg, 2005), las infraestructuras han sido ubicadas como aquellas que reconfiguran las instituciones mercantiles como sistemas de relaciones e intervienen en la naturaleza de sus intercambios (Pardo Guerra, 2015). De este modo, ello contribuye a repensar los mercados más allá de la “metáfora transaccional” dominante que ha privilegiado al intercambio por sobre otros elementos que los componen (Pardo Guerra, 2019).

El enfoque analítico hacia las infraestructuras nos recuerda tanto la importancia que asumen las tecnologías (Preda, 2006; Knorr Cetina y Bruegger, 2002) como la materialidad que detentan los mercados (Pinch y Swedberg, 2008; Mackenzie, 2009). Dichas cuestiones, deudoras de la teoría del actor red, logran dejar atrás la idea de las instituciones mercantiles como espacios abstractos con la que suele insistir la teoría económica *mainstream*. En esa línea de interpretación, las infraestructuras resultan parte esencial de las redes socio-técnicas que configuran los mercados. Junto con métodos operativos, herramientas de cálculo e instrumentos técnicos, performan sus transacciones (Callon, 2006).

En continuidad con ese enfoque, las infraestructuras de mercado no son resultados neutrales y eficientes, sino reverberaciones de aquellos que tienen la potestad de darles forma (Pinzur, 2021). Como tales, no dejan de ser controversiales, puesto que pueden estar asociadas con el ordenamiento de desigualdades sociales (Langenohl, 2024). Así, ciertos actores tienen la capacidad de poner en juego un “poder infraestructural” (Braun, 2020) al permitir –o impedir– el funcionamiento de determinada infraestructura, o incluso de moldear sus características en su propio beneficio (Pinzur, 2021).

En efecto, si las tecnologías son políticas (Winner, 1983), las infraestructuras también lo son, dadas las implicancias que estas pueden demostrar en la distribución del conocimiento, de acceso y de poder no solo en los mercados (Pardo Guerra, 2015) sino también en un entorno social más amplio (Pinzur, 2021). A partir de su alcance (Star y Ruhleder, 1996),

las infraestructuras son dables de formar “largas cadenas” poniendo así en escena aquella propuesta proveniente de la teoría del actor red que asume que lo “micro” y lo “macro” no son instancias fijas sino escalas relativas (MacKenzie, 2017). Una puede convertirse en otra y viceversa (Callon y Latour, 1981).

Ahora bien, las infraestructuras no surgen a partir de la planificación y la previsión calculada, sino a través de los caminos serpenteantes que brindan las coyunturas históricas (Star y Ruhleder, 1996). El seguimiento de sus historias nos revela la importancia que asumen en la organización y operación de los mercados (Pardo Guerra, 2015).

Si bien son variopintos los “humanos” y “no humanos” que intervienen en la composición y el mantenimiento de una infraestructura, en nuestro caso hubo un cuerpo de profesionales que incidió vitalmente no sólo en la creación sino también en la difusión de los silos-bolsa como tales. Nos referimos a los ingenieros.

Las ciencias sociales clásicas se dedicaron a analizar el papel jugado por los ingenieros en la configuración de las sociedades contemporáneas (Veblen, 1921 [2001]), cuestión que también reverberó en los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (Krige, 2001; MacKenzie, 1996; Callon, 1998a; Latour, 1993).

El papel de estos especialistas también ha sido destacado dentro de la sociología económica. Y no solo a partir de la creación de ciertos “dispositivos de mercado” (Callon, 2008) sino también de escenarios institucionales y entornos técnicos para su despliegue (Pardo Guerra, 2015 y 2019). Así, los ingenieros son capaces de llevar a cabo un “trabajo infraestructural” basado en preparar los terrenos, crear hábitos y establecer los límites necesarios para que funcionen las infraestructuras y, a partir de ello, alterar la distribución de lo posible dentro de los mercados (Pardo Guerra, 2019). Al seguir el rol de estos profesionales –tal como lo hace Pardo Guerra (2015 y 2019) y replicaremos aquí–, se marca una diferencia con cierta literatura sociológica que tendió a enfatizar más bien el rol de los economistas como grupo de profesionales en la economía (Callon, 1998b; MacKenzie, 2008 y 2011; Neiburg, 2008; Heredia, 2015).

No obstante, nuestro aporte intentará realizarse a partir del abordaje de un cuerpo de ingenieros no contemplado previamente por ese campo de estudios: los ingenieros agrónomos. Si bien dentro de las ciencias sociales existe bibliografía centrada en el rol de estos expertos (Graciano, 2004; Grosso, 2010; Sebillotte, 2002), el análisis sobre la capacidad de dichos actores para materializar y difundir innovaciones tecnológicas no ha llamado suficientemente la atención. Esto no implicará, en continuidad con cierta agenda provista por los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (Pinch y Bijker, 2008), que dejemos de tomar en cuenta la importancia de los usuarios en la extensión de los silos-bolsa, algo que comenzaremos a abordar a partir del próximo apartado.

Trabajo ingenieril y divulgación del silo-bolsa para granos secos en la Argentina

Secuencia inicial: primeros ensayos en la Estación Experimental de Manfredi

Es difícil pensar en el tendido de una infraestructura sin intuir que detrás de ello hubo algún tipo de labor ingenieril. El caso de los silos-bolsa no fue una excepción. Sin embargo, en este caso se trató mayoritariamente de una categoría de ingenieros que no suele destacarse por realizar esos trabajos: los agrónomos.

Pertenecientes a la Estación Experimental Agropecuaria (EEA) que el INTA tiene en Manfredi, provincia de Córdoba, fueron estos profesionales quienes, desde mediados de la década de 1990, no solo concibieron el artefacto sino que también colaboraron en moldear las competencias necesarias entre sus usuarios para lograr que su creación fuese exitosa.

Hubo un nombre que sobresalió entre ese cuerpo de ingenieros: Cristiano Casini. Nacido en Roma, Italia, y formado en la Universidad Nacional de Córdoba y en instituciones académicas extranjeras, Casini desarrolló gran parte de su carrera profesional en el INTA-Manfredi entre 1975 y 2013. Allí se destacó en ámbitos como la calidad de semillas, el agregado de valor en origen y la eficiencia en poscosecha de granos (Maquinac, comunicación personal, 2 de diciembre de 2013; Bustos, comunicación personal, 15 de septiembre de 2014). Más allá de la riqueza y amplitud de su carrera, fue la variante del silo-bolsa para granos secos la que lo hizo trascender tanto dentro como fuera del ámbito rural y merecer calificativos como “genio”, “motor” para su desarrollo o “prócer” del silo-bolsa (Maquinac, comunicación personal, 2 de diciembre de 2013; 26 de junio de 2019a;³ 26 de junio de 2019b;⁴ 17 de julio de 2019)⁵. Sin embargo, el rol de Casini no debe dejar de lado la importancia de investigadores del INTA como Mario Bragachini, Juan Carlos Rodríguez o Martha Cuniberti,⁶ entre otros, sin quienes la innovación no hubiera alcanzado semejante trascendencia.

Los primeros avances de investigación comenzaron a gestarse en el INTA-Manfredi entre 1994 y 1995 (comunicación personal, 8 de junio de 2019;⁷ Cardoso et al., 2014). Se trabajó no solo sobre bolsones pequeños de 10 kilogramos sino también con bolsas de tamaño comercial de 60 metros de largo y 9 pies de ancho, capaces de almacenar cerca de 200 toneladas de granos.

3. Entrevista a miembro del departamento técnico de empresa de embolsadoras.

4. Entrevista a dueño de empresa de maquinaria extractora de silos-bolsa.

5. Entrevista a miembro del convenio de asistencia técnica con fabricantes de silo-bolsas.

6. Mario Bragachini fue un referente nacional en materia de pos cosecha y maquinaria agrícola del INTA Manfredi. Juan Carlos Rodríguez es un importante ingeniero agrónomo del INTA que realizó aportes en el desarrollo de sistemas aplicados a la pos cosecha. Martha Cuniberti, ingeniera química que desarrolló aportes en relación a la calidad industrial y valor agregado de cereales y oleaginosas.

7. Entrevista a miembro del equipo que creó el silo-bolsa para granos secos.

El proyecto tuvo varias complicaciones en sus inicios. Dado el recorte presupuestario que en esos años de gobierno menemista registraba el INTA (Gárgano, 2018), la realización de ensayos sobre bolsas de dimensiones comerciales implicaba un instrumental que el organismo estatal no estaba en condiciones de proveer. Por ese motivo, Casini y su equipo comenzaron a tejer redes con actores del ámbito privado.

Alineando la participación de un fabricante de maquinaria agrícola (quien entregó embolsadoras para utilizar en los ensayos), de productores (que brindaron sus establecimientos rurales para trabajar) y hasta de un *holding* cerealero como Aceitera General Deheza (quien ofreció algunas toneladas de girasol y maíz), los profesionales del INTA gestaron su innovación (comunicación personal, 8 de junio de 2019; Casini en Agritotal Vivo, 2014a). Por esos años, también se sumaban a los ensayos profesionales de la EEA de Balcarce, provincia de Buenos Aires, como Juan Carlos Rodríguez.

El objetivo se logró pese a las vicisitudes que surgieron. Pero, ¿qué era lo medular de la innovación? Puntualmente, el grado de hermeticidad alcanzado por los bolsones. Si los granos son un conjunto de seres vivos que, al respirar, consumen oxígeno y liberan dióxido de carbono, calor y humedad –un proceso que deteriora las reservas de granos (Bartosik y Rodríguez, 1999; Casini y Santa Juliana, 2009)–, el silo-bolsa permite que todo ello se ralentice a partir del ambiente interno que origina. Luego de décadas de investigación en la materia, se puso así en práctica un sistema de almacenamiento de atmósfera modificada como nunca antes (Olivieri, 2009), que permitió que en los bolsones no solo fuera posible almacenar forraje animal sino también granos secos –como soja, maíz y trigo– por amplios períodos de tiempo.

Un “Estado emprendedor” (Mazzucatto, 2014) “a la criolla”. Más precisamente, un conjunto de profesionales de un organismo estatal desfinanciado alineando actores diversos para dar con una tecnología que sería capaz de cubrir la falta de almacenamiento fijo que acarrea nuestro país desde la década de 1970, y que se agravaría aún más debido al auge productivo y la extensión de la frontera agrícola tras el empleo masivo de cultivos transgénicos.

Todo ello ocurriría en una coyuntura en la que la desregulación de la actividad agrícola continuaba su avance luego de la disolución de la Junta Nacional de Granos en 1991 bajo el gobierno de Carlos Menem. De ese modo, iba quedando atrás la época en que dicho organismo se encargaba de erigir y gestionar centralizadamente un conjunto de instalaciones de almacenamiento fijas –fundamentales para intervenir en el mercado de granos–, para dar paso a otra en la cual bolsones plásticos en manos de actores privados darían soporte a los crecientes cultivos transgénicos que brotaban de los campos argentinos.⁸

Si la labor ingenieril es un paso previo obligado para configurar las infraestructuras que hacen a ciertos mercados (Pardo Guerra, 2019), en este caso, esa dinámica asumió un alto grado de integralidad, como se observará en el próximo acápite.

8. La Junta Nacional de Granos, fundada en 1933, fue un ente estatal encargado de regular el mercado de granos.

Captación de intereses para difundir la innovación

Para trascender los ensayos iniciales, los descubrimientos de los ingenieros del INTA debían cooptar el interés de aquellos actores a los que apuntaba originalmente la innovación: los productores agrícolas (comunicación personal, 8 de junio de 2019). Ciertos factores colaboraron en el “trabajo infraestructural” (Pardo Guerra, 2015) llevado a cabo por Casini y su equipo.

Uno de ellos era la ya mencionada falta de instalaciones de almacenamiento para granos que presentaban vastas zonas productivas del país. Dicho déficit se manifestaba con mayor énfasis a nivel chacra –sobre todo en determinadas zonas– (Della Valle et al., 1993), hecho que imposibilitaba a los productores sin silos fijos retener tenencias en grano en sus explotaciones mucho más allá del período de cosechas –cuando los precios de los cultivos suelen subir y los costos de transporte, bajar– (Gatti, 2015). Así, la gran mayoría de los agricultores estaban obligados a comercializar hacia otros agentes del mercado –como acopiadores,⁹ procesadores y exportadores–, sus tenencias en granos apenas cosechadas.

Otro activo para que los silos-bolsa trascendieran fue una particularidad del agronegocio vernáculo: el alto nivel de arrendamiento de campos (que aún perdura). Un artefacto flexible, capaz de edificarse en cualquier establecimiento y mucho más económico en términos relativos que un silo fijo, podría resultar más que atractivo para muchos agricultores que arrendasen tierras para producir.

Teniendo en cuenta estos factores, la “captura del interés” (Latour, 1995) de los productores implicó transitar varias instancias.

Un primer paso fundamental fue dar a conocer la innovación a un universo conformado por miles de agricultores dispersos por distintas zonas del país (comunicación personal, 22 de abril de 2019;¹⁰ comunicación personal, 17 de julio de 2019). No solo en zonas agrícolas tradicionales como la pampeana, sino también en las nuevas regiones productivas como el norte grande, transformadas a partir de la aplicación de la soja transgénica (Reboratti, 1996; Schmidt, 2014).

Pero el esfuerzo de Casini y sus pares debía ir bastante más allá. Estos expertos debían tornarse “inventores-coordinadores” (Dalzell, 2010). Es decir, no sólo tenían que crear una tecnología (y darla a conocer), sino también guiar a sus potenciales usuarios acerca de su adecuada puesta en práctica (Carlson, 1992).

En ese itinerario, un trabajo pedagógico sobre el uso correcto del silo-bolsa era vital para que se alcanzara el estado de hermeticidad capaz de mantener a resguardo los granos allí

9. Aunque legalmente puede haber diferencia en la forma societaria, desde el punto de vista de la comercialización no hay diferencias entre cooperativas y sociedades anónimas dedicadas al acopio de granos (Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, 2020). Por ello, hablaremos de “acopiadores” en forma general.

10. Entrevista a responsable técnico de empresa fabricante de silos-bolsa del país.

almacenados. Esto no resultó sencillo para el equipo de ingenieros. Como prueba inicial, podemos mencionar el caso de aquellos productores que participaron en la serie de ensayos realizados entre la segunda mitad de la década de 1990 e inicios de los 2000 quienes, lejos de verse atraídos, no demostraban suficiente interés por la innovación.

Al consultarlo acerca del lugar en donde se solían realizar dichas experimentaciones, un miembro del equipo que ejecutó esos ensayos nos contaba:

Primeramente, en campos de productores, que fue una cosa terrible al principio porque ellos embolsaban y se olvidaban y yo iba a los campos a verlo. “¿Y dónde está la bolsa?” [preguntaba] “¡Allá!” [le contestaban]. Y no veías nada. Todo yuyo. Tapado de yuyo. Bueno, al principio fue muy duro porque el productor nunca estuvo agronómicamente culturizado para almacenar. Siempre cosechó y entregó. (comunicación personal, 8 de junio de 2019).

Para que el silo-bolsa tuviera éxito, era necesario colaborar en la construcción de una disposición entre la gran mayoría de agricultores que no la poseían (comunicación personal, 8 de junio de 2019; Rozadilla y Calzada, 2018). Los profesionales del INTA debían lograr cierto nivel de generalización de ese productor “agronómicamente culturizado para almacenar” que no existía más allá de aquella minoritaria cantidad de agricultores que, por entonces, detentaban en sus chacras instalaciones de almacenamiento fijo. Inicialmente, esta tarea se llevó a cabo a través de charlas en distintos ámbitos rurales organizadas por Cristiano Casini, a las que también se sumaron otros miembros del INTA (comunicación personal, 8 de junio de 2019).

En el año 1998, los silos-bolsa para granos secos salieron al mercado. En ese umbral entre el fin de siglo y comienzos del nuevo milenio, las charlas de Casini se esparcieron por distintos espacios del ámbito agrario, intentando mostrar no solo las bondades que podía tener ese artefacto, sino también el modo en que el mismo debía ser confeccionado y cuidado en la práctica.

En paralelo a ello, otros actores “fundían intereses” (Callon y Law, 1998) en torno a la innovación. Fabricantes de bolsas y de maquinaria embolsadora fortalecían la etapa de promoción y pedagogización a través de charlas de asesoramiento y presentaciones sobre el sistema en sociedades rurales y exposiciones de distintos puntos del país entre fines de la década del 90 y principios del 2000¹¹ (La Nación, 1 de junio de 2002). Ya no se intentaba convencer únicamente a agricultores sino también a contratistas rurales (comunicación

11. También se ofrecieron demostraciones sobre el correcto uso del sistema en lotes de producción por parte de fabricantes de embolsadoras (comunicación personal, 26 de junio de 2019a). Asimismo, existieron formas de difusión como el “boca en boca” entre los mismos productores (comunicación personal, 22 de abril de 2019).

personal, 22 de abril de 2019; comunicación personal, 26 de junio de 2019a). La desconfianza hacia la innovación era un factor a vencer en esos tiempos. Según sus potenciales usuarios, el riesgo de acopiar granos en silos-bolsa era muy grande, lo que los hacía temer que sus cosechas se pudrieran y, de ese modo, perdieran mucho dinero (comunicación personal, 22 de abril de 2019).

A pesar de la participación de dichos agentes privados, la centralidad la siguió teniendo el INTA. En ese itinerario, miembros del organismo público crearon una “guía para almacenar granos secos en silo bolsa”, que fue presentada en la exposición AgroCórdoba 2002 (La Nación, 1 de julio de 2002). Procurando trascender la co-presencia de las charlas de asesoramiento, la guía no sólo se ofrecía en formato impreso sino también digital (Revista Producción Agroindustrial del NOA, septiembre/octubre, 2002). Con esto último, se intentaba hacer llegar a distintos puntos del país una guía que condensaba los conocimientos acumulados por el INTA intentando lograr, a su vez, un mejor desempeño de un sistema que generaba muchas pérdidas de granos debido a su incorrecta utilización. En una misma línea, la pedagogía para el desarrollo de competencias para el buen uso del silo-bolsa también alcanzaba artículos de suplementos rurales de diarios nacionales (La Nación, 25 de octubre de 2003).

Las pérdidas de granos debido al mal uso del sistema fue una constante en esos años. Y, nuevamente, los ingenieros del INTA tomaban el centro de la escena para cubrir ese flanco. Dada la necesidad de coordinar las prácticas de cuidado sobre el bolsón, en 2005 el INTA lanzó el Proyecto de Eficiencia de Cosecha y Postcosecha (PRECOP). Dicho programa apuntaba a reducir en un 20% las ineficiencias observadas durante la recolección, el almacenamiento y el transporte de los granos en términos generales, aunque, esta vez, se ponía especial foco en los silos-bolsa. Los resultados del PRECOP en esos años fueron óptimos. En 2007, el programa había permitido “mejorar esta tecnología y disminuir las pérdidas en cantidad y en calidad en un orden estimado del 3% sobre el total de granos almacenados en bolsas plásticas”, lo que los llevó a calcular un retorno económico, a tipo de cambio oficial de entonces, de 108,5 millones de dólares anuales aproximadamente (INTA, 2007).

En un impulso por seguir avanzando en la extensión del horizonte de empleo de los bolsones y aunar esfuerzos para posibilitar la reducción del riesgo de deterioro de los granos allí almacenados, el INTA y las empresas fabricantes de bolsas plásticas –como Plastar e Ipesa– celebraron un convenio de asistencia técnica en el año 2003, que se renovó hasta bien entrada la segunda década del siglo XXI (INTA Informa, 2014). Casini aparecía nuevamente como un personaje crucial en la trama. Esta vez, oficiaba como coordinador general del convenio, cargo que ocupó hasta el año 2010. Estos estudios –en los que se vincularon no sólo las EEA de Manfredi y Balcarce, sino otras como las de Pergamino, en Buenos Aires; Las Breñas, en Chaco; o Concepción del Uruguay, en Entre Ríos– lograban destacarse por ser llevados a cabo en nuevas zonas sojeras, como el norte grande, y por su profundización en los efectos que la hermeticidad generaba no sólo en cultivos como soja, trigo y maíz, sino también en otros como arroz y porotos (INTA, 2004, 2005 y 2007).

Con todo, los profesionales del INTA se ubicaron, así, como “punto de paso obligado” (Latour, 2001) para un mayor desarrollo del sistema de embolsado de granos secos. Dichos ingenieros resultaron figuras decisivas sin las cuales los fabricantes de bolsas y de maquinaria difícilmente hubieran podido extender el sistema en general y el silo-bolsa en particular hacia distintos cultivos, geografías y, por ende, mercados agrícolas. A partir de un arduo “trabajo infraestructural” (Pardo Guerra, 2019), este conjunto de profesionales intervino en múltiples planos que fueron desde la materialización de un artefacto tecnológico, hasta la preparación de terrenos y saberes específicos para que el silo-bolsa se prolongara en tanto infraestructura.

No obstante, la labor ingenieril de los expertos no logró por sí sola que el silo-bolsa para granos secos fuera exitoso. O, en otras palabras, ello fue condición necesaria, pero no suficiente. En el próximo apartado veremos el rol que tuvieron al respecto tanto sus usuarios como una particular coyuntura: la acontecida en Argentina a principio de siglo.

Una infraestructura desplegada por sus usuarios

Pocos años después de su salida al mercado, fue un heterogéneo conjunto de empresas agrícolas de distintas regiones argentinas el que comenzó a utilizar de manera masiva los silos-bolsa. Si bien la edificación de una infraestructura de almacenamiento con base en bolsones también se fue moldeando a partir del uso que le dieron otros agentes intervinientes de la cadena de comercialización (como acopiadores, procesadores y exportadores), fueron los denominados “productores agrícolas”¹² no solo de zonas pampeanas sino también extra-pampeanas¹³ quienes en un primer momento protagonizaron esta dinámica (La Nación, 23 de marzo de 2002; 25 de mayo de 2002 y 26 de octubre de 2002).

La idoneidad de los bolsones para situarse en cualquier establecimiento y amoldarse a los niveles productivos de cada campaña; el hecho de ser más económicos en términos relativos que una instalación de almacenamiento fijo y de poder colaborar en la reducción de ciertos inconvenientes surgidos durante los momentos de alta demanda de fletes o almacenaje (como los que usualmente presentan las fases de cosecha), entre otros aspectos, contribuyeron a que los productores fueran extendiendo su capacidad de almacenamiento a partir del uso de silo-bolsa (Clemente, 2001; Luque y Casini, 2009; Cohan y Costa, 2011; La Nación; 21 de abril de 2001 y 24 de marzo de 2001).

12. Somos conscientes de que la categoría de “productor agrícola” contiene dentro suyo muchos de los formatos que adquiere la empresa agropecuaria argentina contemporánea (desde monotributistas y sociedades comerciales hasta fideicomisos agropecuarios y fondos de inversión).

13. Si en el centro del país los rendimientos productivos fueron más altos que antaño, en el norte grande el avance de la frontera agrícola por el empleo de cultivos transgénicos, en conjunción con un alto déficit de almacenamiento fijo, marcaron un terreno propicio para la difusión de los bolsones plásticos.

Las campañas iniciales de la década del 2000 fueron un punto de inflexión. Ya por entonces, y a solo dos años de su salida al mercado, la cantidad de silos-bolsa comercializados podía cubrir cerca del 14% de lo producido en la campaña 2001/2002, cuando dos años antes lo había hecho en un 0,8%. En términos de tonelaje, esto implicaba pasar de 500.000 a 9,5 millones de toneladas (tabla 1).

Tabla 1. Producción de granos y almacenamiento en bolsas plásticas (en miles de toneladas y rel. porcentual). Argentina, campañas 1999/2000-2017/18

Campañas	Producción de granos (en miles de toneladas)	Almacenamiento en bolsas plásticas (en miles de toneladas)	Relación porcentual producción/almacenamiento en bolsas plásticas
1999/2000	64.152	500	0,8
2000/01	67.537	2.000	3,0
2001/02	69.000	9.500	13,8
2002/03	70.574	14.000	19,8
2003/04	69.052	17.000	24,6
2004/05	84.304	20.000	23,7
2005/06	76.311	22.000	28,8
2006/07	93.348	25.000	26,8
2007/08	96.100	40.000	41,6
2008/09	60.500	40.000	66,1
2009/10	94.344	42.000	44,5
2010/11	103.000	42.500	41,3
2011/12	90.405	43.000	47,6
2012/13	104.400	45.000	43,1
2013/14	109.300	42.500	38,9
2014/15	121.700	40.000	32,9
2015/16	124.400	45.000	36,2
2016/17	132.300	45.000	34,0
2017/18	107.800	45.000	41,7

Fuente: elaboración propia con base en datos ofrecidos por la Dirección de Estimaciones Agrícolas (2024); Casini en Agritotal Vivo (2014a), Bartosik en Agritotal Vivo (2014b); Camarero (2016); Oliverio y López (2008); Bergero y Calzada (2015 y 2017) y Rosadilla y Calzada (2018)

La crisis argentina de principios de milenio no puede desligarse de esos guarismos. Si durante el menemismo (1989-1999), las políticas de liberalización del comercio agrario y la apreciación cambiaria derivada de la convertibilidad habían originado la salida del mercado de un gran número de pequeños y medianos productores (Slutzky, 2010; Abramovich y Amarilla, 2011), ello se agudizó en el gobierno de Fernando De la Rúa (1999-2001). Por ese entonces, muchas cooperativas agropecuarias o pequeñas plantas de acopio también

comenzaron a atravesar situaciones de crisis y quebrantos con mayor asiduidad que antaño (Abramovich y Amarilla, 2011). Y su ruina, en conjunción con medidas gubernamentales como la restricción para el acceso a los depósitos bancarios de diciembre de 2001 conocida como el “corralito”, reverberó en el mercado de granos (comunicación personal, 26 de junio de 2019b; comunicación personal, 8 de junio de 2019; Maliranich, en Agritotal Vivo, 2014c).

La crisis se tornó oportunidad para las tecnologías de almacenamiento. Ante un mercado alborotado, muchos agricultores salieron a la búsqueda de nuevas opciones para su protección. “Con la crisis de 2001 el productor agropecuario desconfió del sistema económico-financiero y quiso retener los granos en el campo”, nos decía uno de los creadores del silo-bolsa para granos secos (comunicación personal, 8 de junio de 2019). Si las infraestructuras no surgen a partir de un cálculo previamente proyectado sino a través de los sinuosos caminos que ofrecen determinadas coyunturas históricas (Star y Ruhleder, 1996), la transitada por Argentina durante 2001/2002 no puede soslayarse a la hora de intentar comprender la extensión de los bolsones en los campos argentinos.

Los diarios de la época aludían a este fenómeno. Por esos días, el periódico *La Capital* de Rosario daba cuenta de que muchos productores optaban por poner “una buena parte” de sus tenencias “en bolsas de plástico para conservarlo hasta la venta”. Un “cambio de hábito” al calor de la crisis, dado que los agricultores “anteriormente, luego de la cosecha, entregaban su cereal y se terminaba su problema” (Monti, 14 de febrero de 2001). Semanas más tarde, durante el comienzo de la campaña de soja 2001/2002, el periódico *La Nación* anunciaba “Crece el almacenaje de grano seco en bolsas de polietileno”, “una técnica sencilla que permite planificar una mejor comercialización, ahorrar costos y solucionar muchos problemas que se presentan antes y después de la trilla” (*La Nación*, 24 de marzo de 2001) como las “condiciones de tránsito de los caminos, (el) encharcamiento del campo y el costo de los fletes” (*La Nación*, 21 de abril de 2001).¹⁴

La presencia de las tecnologías plásticas en los medios gráficos también se advirtió en 2002, cuando los bolsones comercializados ya podían cubrir casi un 20% de la cosecha de esa campaña (tabla 1). En ese año en el cual se disparaba la rentabilidad agrícola luego de la devaluación histórica del peso argentino llevada a cabo por el gobierno de Eduardo Duhalde (Pierri, 2008; Gras y Bidaseca, 2012), los silos-bolsa eran destacados no sólo por el “boom” de su uso (*La Nación*, 1 de junio de 2002), su difusión en nuevas zonas productivas por el avance de la soja (*La Nación*, 25 de marzo de 2002) o los trabajos de pedagogía realizados por sus ingenieros-creadores (*La Nación*, 17 de agosto de 2002); sino también por su enlazamiento con la práctica de retención de granos en el propio lote de producción (*La Nación*, 1 de junio de 2002 y 26 de octubre de 2002).

14. Ese año también se publicaban muchos informes sobre silos-bolsa (Guida Dhaza; 2001; Rodríguez et. al, 2001; Clemente, 2001).

Sobre el avance de la campaña de trigo de ese año, se daba cuenta de que “todos los productores consultados coincidieron al señalar que, a partir de la pesificación, gran parte del sector pudo sanear sus cuentas por lo que hoy puede pensar con mayor tranquilidad qué estrategia utilizará para comercializar su cosecha”. Ernesto Trama, un agricultor del sur de la provincia de Buenos Aires, aseguraba que “el grueso de la producción irá a parar a los silos que tengo en el campo y lo que no quepa en ellos irá al silobolsa, que se ha convertido en una herramienta muy importante para el agro” (La Nación, 26 de octubre de 2002).

Ya no solo los productores que detentaban estructuras de almacenamiento fijo en sus campos podían “sentarse arriba de las cosechas”. La existencia de una opción como el silo-bolsa facilitaba que ello pudiera ser llevado a cabo por una mayor cantidad de agentes ubicados en ese eslabón de la cadena.

La histórica práctica de retención de granos¹⁵ era vinculada en esos días con un repertorio financiero que muchos argentinos venían llevando a cabo desde hacía medio siglo: la compra de dólares (Luzzi y Wilkis, 2019). Y, caída la convertibilidad, muchos productores utilizaban como reserva de valor un bien dolarizado como sus cosechas. Un artículo de *La Nación* era ilustrativo al respecto. Enrique Bertini, presidente de una fábrica de sembradoras, indicaba que “el año pasado la gente quizá vendía el cereal, lo transformaba en dólares y lo ponía a plazo fijo a una tasa muy interesante del 10 al 15% anual. Hoy eso no sucede. La gente tiene el cereal guardado en silo-bolsa y cuando lo vende compra insumos, camionetas o maquinaria agrícola” (La Nación, 21 de diciembre de 2002).

Por esos años, las tenencias granarias enaltecieron así su actuación como una “moneda paralela”, es decir, medios de pago o unidades de cuenta que trascienden el dinero acuñado por el Estado (Blanc, 2000). Pese a que ese tipo de accionar en el cual los granos se tornan una “moneda para que el productor pueda adquirir sus bienes” (La Nación, 21 de diciembre de 2002) venía realizándose, al menos, desde inicios de la década de 1980;¹⁶ dicha práctica se expandió en una coyuntura como la de 2001/2002. En esa dinámica, se abrieron nuevas “interfaces” (Guyer, 2004) que rebasaron el ya habitual umbral de utilización de excedentes granarios para el pago de insumos agrícolas o de arrendamientos de campos (entrevista, 17 de febrero de 2024), para adquirir, también a través de esta “moneda”, maquinaria (La Nación, 21 de diciembre de 2002), camionetas 4 x 4 (Producción Agroindustrial en el NOA, enero/febrero de 2003; comunicación personal, 26 de junio de 2019a; BLD, 2021) y, en algunos casos, inmuebles¹⁷ (comunicación personal, 8 de junio de 2019).

15. Hay muestras de que la retención de cosechas por parte de los productores era realizada ya en la década del 1930 en nuestro país (Coni, 1932).

16. La Junta Nacional de Granos impulsó planes canje de cereales u oleaginosas por fertilizantes, semillas, combustibles o urea desde esa década (Bolsa de Cereales, 1988; Pierri, 2013).

17. Sobre ello, nos decía un ingeniero agrónomo del INTA: “En la zona nuestra, cerca de Oncativo (Córdoba), en la época grave todo era soja: comprabas una casa, era en quintales de soja; comprabas un auto, era en quintales de soja... La moneda fuerte era la soja.

El soporte brindado por los silos-bolsa no puede desligarse de la extensión de este tipo de prácticas. Y la materialidad que asumen los mercados se ponía, con ello, en evidencia (Pinch y Swedberg, 2008; Mackenzie, 2009). Si las cosechas en la etapa contemporánea del agronegocio se tornan financieras (Gras y Hernández, 2020), los bolsones de polietileno colaboraron al respecto, prolongando así su presencia en los campos argentinos (Arrarás, 2022).¹⁸ De ese modo, se extendió una infraestructura de almacenamiento con base en silos-bolsa que intervino en el plano financiero, pero por la que circulan no ya monedas digitales (Deng, 2024) o en la cual se mantiene a resguardo moneda extranjera en efectivo (Sánchez y Arrarás, 2022), sino una mercancía fundamental para la generación de divisas en un país de perfil agrícola como Argentina: los granos. Profundicemos en las consecuencias acarreadas por esta cuestión en el próximo apartado.

Repercusiones en el mercado de primera venta y en la liquidación de los agro-dólares

La propagación de los bolsones de polietileno entre los productores agrícolas colaboró para que cambiara significativamente el modo de comercializar la producción de cada campaña. Si previo a la aparición de los silos-bolsa la insuficiente capacidad de almacenamiento fijo en los campos argentinos hacía que casi la totalidad de la oferta anual de granos fuera entregada desde los productores a los acopiadores durante los períodos de cosecha (en lo que se denomina el mercado de primera venta), la presencia de una opción de acopio como las bolsas para silo estableció una temporalidad distinta de la circulación de esos cultivos. Así, estos actores tuvieron la posibilidad de flexibilizar sus ventas más allá de los momentos de cosecha, logrando un mayor control del ingreso de la materia prima al circuito de comercialización (Luque y Casini, 2009; Justianovich y Bernatene, 2009; Bisang et al., 2009; Pierri, 2014). De esta manera, en consonancia con Pardo Guerra (2019), se exhibía el modo en que la extensión de una infraestructura era capaz de reconfigurar ciertos mercados y alterar en ellos sus relaciones de intercambio (Pardo Guerra, 2019).

Ello no dejó de demostrar una dimensión controversial entre representantes de un histórico agente interviniente del mercado de granos en nuestro país: los acopiadores de granos (Arrarás, 2022). Durante la segunda mitad de los años 90, la antipatía fue presuntamente llevada a cabo por miembros de ese segmento que percibieron a los silos-bolsa como un riesgo para su continuidad como mediadores de la cadena y, en un raptó de ludismo contemporáneo, cortaron bolsones utilizados en los ensayos de investigación del INTA-Manfredi (comunicación personal, 8 de junio de 2019; comunicación personal, 22 de abril

En la época del 2000, 2001. En ese momento, la soja se convirtió en una moneda más generalizada" (comunicación personal, 8 de junio de 2019).

18. Clemente (2001) hacía mención a la actuación del silo-bolsa como objeto financiero, dada su idoneidad "para acompañar una venta de futuros y opciones", adherirse al "manejo de warrants" u "obtener créditos sobre la mercadería (allí guardada".

de 2019). Para inicios del nuevo milenio, los acopiadores atenuaron su arremetida contra las bolsas plásticas hacia formas meramente narrativas.

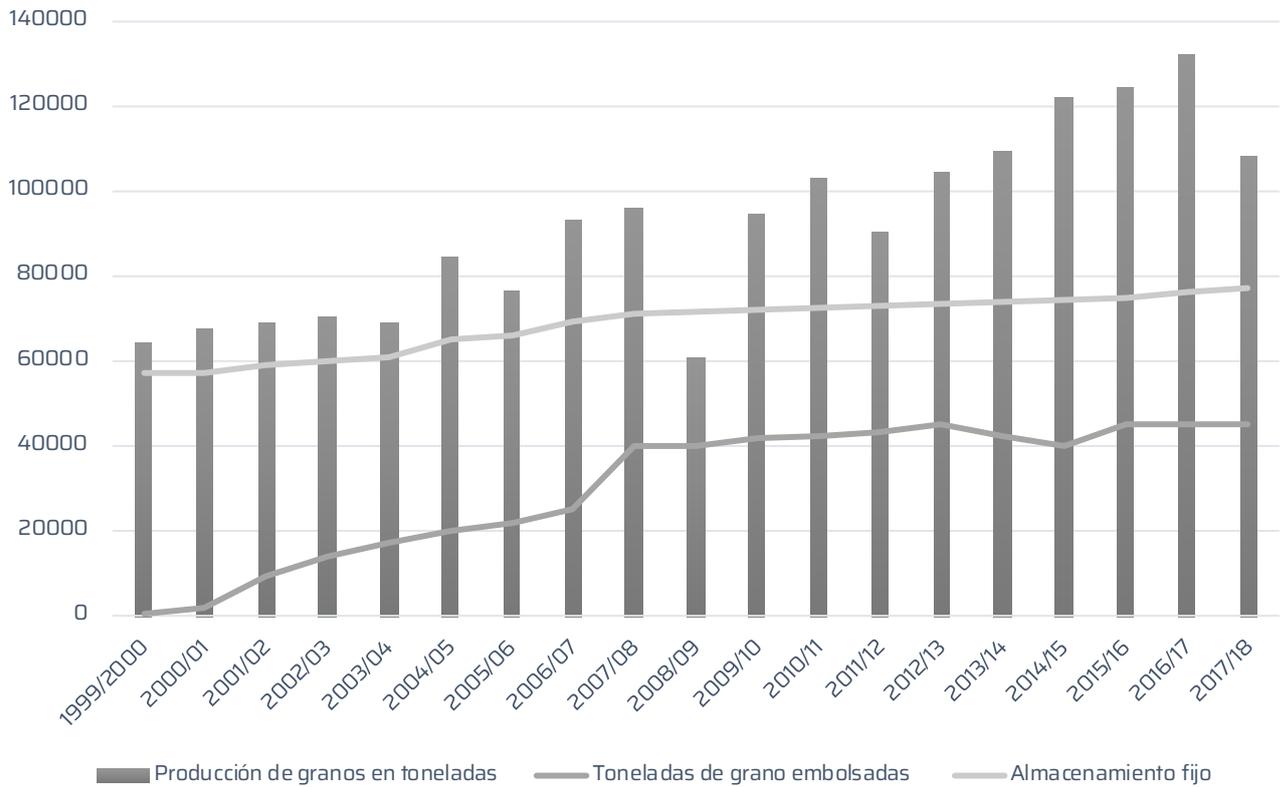
En este último aspecto, la Sociedad de Acopiadores de Granos de Córdoba (2002) resaltaba a inicios de milenio las inconveniencias que presentaba “guardar en bolsas”, las cuales iban desde “la pérdida por calidad comercial, microbiológica y por condición (sobre todo olor)” a la que estaban expuestos los granos, hasta los altos costos relativos que implicaba el uso del sistema para el productor. En suma, el envío de los granos a una planta de acopio era, según ellos, “ampliamente favorable con respecto a cualquier alternativa de almacenaje en bolsa”. Pero la difusión de las tecnologías plásticas en el eslabón primario resultó controversial, más allá del mercado de primera venta. La capacidad de almacenamiento que ganaron los productores gracias a los silos-bolsa los ubicó como mediadores destacados entre las crecientes cosechas transgénicas y el polo agroindustrial situado en el área costera del Río Paraná llamado Gran Rosario,¹⁹ en donde desde hace décadas se genera más de un tercio de los dólares que ingresan a la economía local cada año por exportaciones de soja, maíz y derivados.

En esos primeros años del nuevo milenio, esta cuestión ya tomaba lugar en la agenda pública. “Están sentados sobre una pila de cereales, esperando que la situación se aclare y con la perspectiva de obtener mejores precios en los próximos meses”, señalaba en el suplemento económico Cash de *Página/12* el analista agrícola Ricardo Baccarin el 2 de junio de 2002. Con título “Guardar granos es guardar dólares” y volanta “productores sentados sobre la cosecha”, el artículo escrito por Aldo Garzón contextualizaba una discusión entre el gobierno encabezado por el presidente Eduardo Duhalde y los grandes exportadores de granos por la liquidación de divisas en el mercado. Al resaltar que dicha liquidación era “indispensable para contener la suba del dólar” que se daba en esos primeros meses de posconvertibilidad, la nota intentaba dar cuenta de un “costado oculto, pocas veces mencionado”. “Son los propios productores los que, en su gran mayoría, no están vendiendo a pleno su cosecha” (Garzón, 2 de junio de 2002). En torno a las metodologías para concretar dicha retención de granos por parte de los agricultores, el artículo mencionaba “métodos modernos de almacenamiento” que constituyen “una gran ventaja para los productores”. “Mediante el denominado “silo bolsa” o “silo chorizo”, pueden guardar cereales al vacío durante muchos meses y a un costo de sólo 3 o 4 dólares la tonelada. Además, la mercadería queda en sus propios campos”.

De ese modo, se demostraba el largo alcance que pueden detentar las infraestructuras (Star y Ruhleder, 1996) así como sus aspectos controversiales (Pinzur, 2021). Si los bolsones eran desplegados por productores rurales que retenían en ellos un bien dolarizado como los granos, los efectos de ese accionar redundaban mucho más allá de los establecimientos rurales en donde estaban emplazados, ocasionando, también allí, controversias.

19. Este polo agroindustrial cubre un área costera de 67 km del Río Paraná. Allí, se emplazan más de 20 terminales privadas de agro-graneles.

Gráfico 1. Producción de granos, capacidad de almacenamiento fijo y almacenamiento en bolsas plásticas (en miles de toneladas). Argentina, 1999/2000 - 2017/18



Fuente: elaboración propia con base en datos ofrecidos por la Dirección de Estimaciones Agrícolas (2024); Casini en Agritotal Vivo (2014a), Bartosik en Agritotal Vivo (2014b); Camarero (2016); Oliverio y López (2008); Bergero y Calzada (2015 y 2017) y Rosadilla y Calzada (2018)

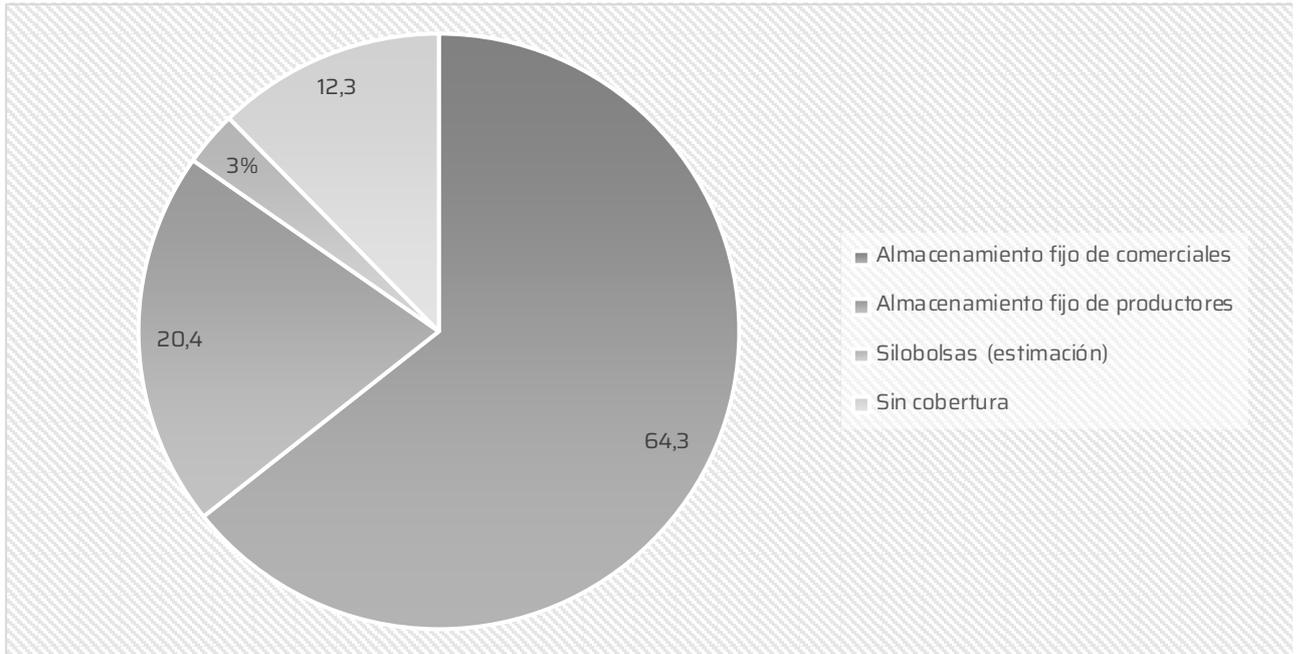
Al son de la utilización masiva por parte de los agricultores, durante esos años iniciales del nuevo milenio, los silos-bolsa para granos secos adquirieron *momentum* (Hughes, 2008), esa inercia que hace devenir “autónomas” a las tecnologías hacia el logro de una meta.

Si bien en la primera parte de la década del 2000 también hubo un incremento de las inversiones en almacenamiento fijo por parte de los productores de zonas pampeanas y extra-pampeanas (Bertello, 13 de marzo de 2004), ello no logró que ese tipo de instalaciones consiguiera dar suficiente soporte a los excedentes productivos que ofrecieron las tierras argentinas. Dicha capacidad fija subió un 15% entre 2000 y 2007 (Oliverio y López, 2008), cuando la producción de granos se incrementó en un 50% en ese mismo período. Así, se presentó un panorama en el cual mientras las instalaciones fijas crecieron matemáticamente, los bolsones lo hicieron de manera geométrica, mostrando variaciones acordes con los niveles productivos que cada campaña ofreció (gráfico 1).

Ese impulso de los silos-bolsa no puede entenderse si no tomamos en cuenta un dato: desde la segunda mitad de la década del 2000, los bolsones comenzaron a ser también utilizados de manera creciente por otros agentes del comercio de granos como los acopios, industrias, procesadores y exportadores (Infocampo, 17 de marzo de 2007). No obstante lo

último, fueron los agricultores quienes hicieron uso del 70% de las unidades de silos-bolsa vendidas en un año como el año 2008, según un representante del mayor fabricante de bolsas plásticas del país (Infocampo, 4 de enero de 2008). Ello colaboró a que el segmento primario de la cadena de comercialización haya elevado significativamente su capacidad de almacenamiento, pasando de cubrir un 23,3% de lo producido en la campaña 2000/2001 al 45% de lo cosechado en 2007/2008 (Casini en Razzeti, 2 de marzo de 2007; NewsAgro en Sociedad de Acopiadores de Córdoba, 2008).

Gráfico 2. Distribución de la capacidad de almacenamiento por pertenencia y tipo (en porcentajes). Argentina, campaña 2000/2001



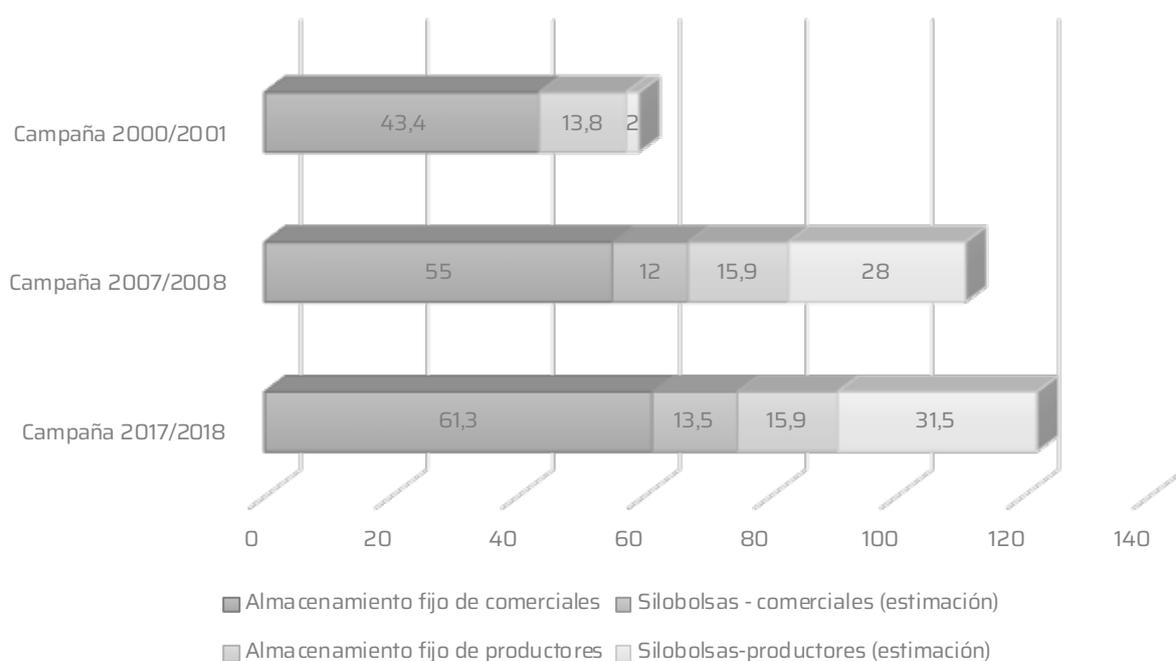
Fuente: elaboración propia con base en datos de Camarero (2016); Casini en Agritotal Vivo (2014a); Bartosik en Agritotal Vivo (2014b); y Dirección de Estimaciones Agrícolas (2024).

Seamos más precisos al respecto a partir de un análisis de la capacidad de almacenamiento para graneles según el agente interviniente en el comercio de granos. Según un informe del Ministerio de Agroindustria de la Nación realizado por Camarero (2006), la campaña 2000/2001 presentaba un escenario en donde el almacenamiento fijo perteneciente a comerciantes (acopios, cooperativas, industrias y procesadores/exportadores) alcanzaba las 43,4 millones de toneladas y el propio de los productores 13,8 millones de toneladas. Por su parte, los silos-bolsa (que por entonces usaban en una amplia mayoría los productores agropecuarios) acopiaban unos 2 millones de toneladas (Camarero, 2006; Casini en Agritotal Vivo, 2014a). Sumadas, estas tres opciones alcanzaban a cubrir en total 59,2 millones de toneladas de granos, un 87,7% de los 67,5 millones de toneladas que generó la agricultura durante la campaña 2000/2001 (Dirección de Estimaciones Agrícolas, 2024). Por tipo de agente en el mercado, el segmento de comerciantes detentaba capacidad fija para cubrir

un 64,3% de la producción, mientras que los agricultores un 23,4% (20,4% en estructuras fijas y 3% mediante el uso de silos-bolsa) y cerca de un 12,3% de los granos se quedaba sin cobertura (gráfico 2).

Como dijimos, la innovación del INTA colaboró significativamente a que se revirtiera ese panorama y que ese porcentaje “sin cobertura” quedara atrás.

Gráfico 3. Capacidad de almacenamiento por pertenencia y tipo en absolutos (en millones de toneladas). Argentina, 2000/2001, 2007/2008 y 2017/2018

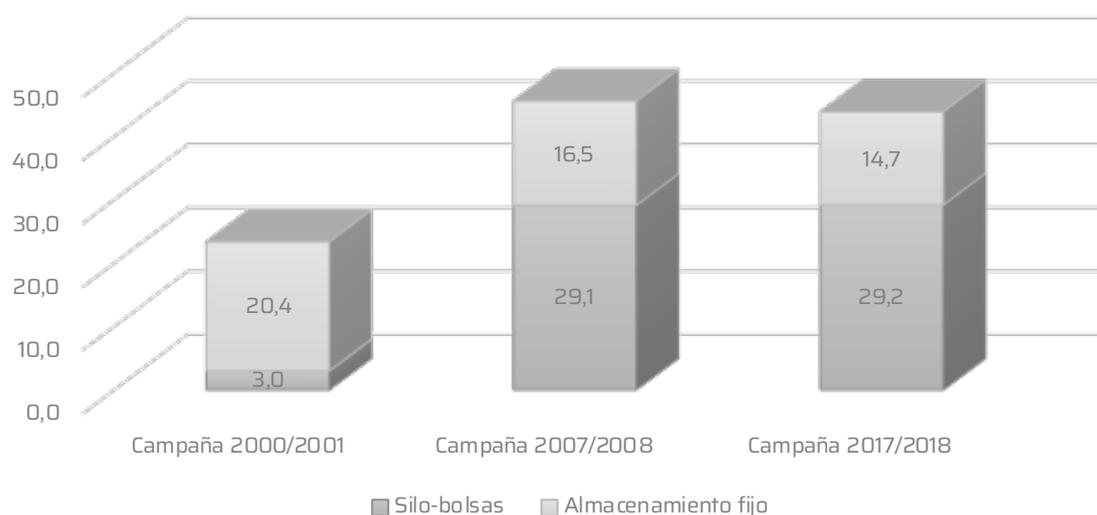


Fuente: elaboración propia en base a datos de Camarero (2016); Casini en Agritotal Vivo (2014a); Bartosik en Agritotal Vivo (2014b); Oliverio y López (2008); Bergero y Calzada (2015 y 2017); y Rosadilla y Calzada (2018).

Según estimaciones propias con base en los datos ofrecidos por Camarero (2006), Oliverio y López (2008), Casini en Agritotal Vivo (2014a) y Bartosik en Agritotal Vivo (2014b), podemos dar cuenta de que la capacidad disponible en establecimientos rurales primarios pasó de 15,8 millones de toneladas en 2000/1 (13,8 millones de toneladas en instalaciones fijas y 2 millones de toneladas por el uso de silos-bolsa) a 43,9 millones de toneladas en 2007/08 (15,9 millones de toneladas en instalaciones fijas y 28 millones de toneladas por la utilización de bolsones plásticos) (gráfico 3). En términos porcentuales, si los productores tenían en su poder capacidad de almacenamiento para cubrir el 23,4% en 2001 (20,4% en sus instalaciones fijas y 3% en sus silos-bolsa), siete campañas más tarde sus instalaciones fijas podían acopiar un 16,5% lo cosechado mientras que sus bolsones un 29,1%. En total, 45,6% de las 96 millones de toneladas producidas en 2007/08. Según estimamos, dicha capacidad se

mantuvo estable hacia 2017/2018 cuando alcanzó los 45 millones de toneladas, un 43,9% de lo producido esa campaña (gráfico 4).²⁰

Gráfico 4. Capacidad de almacenamiento perteneciente a productores (en porcentaje de producción). Argentina, campañas 2000/2001, 2007/2008 y 2017/2018.



Fuente: elaboración propia con base en datos de Camarero (2016); Casini en Agritotal Vivo (2014a); Bartosik en Agritotal Vivo (2014b); Oliverio y López (2008); Bergero y Calzada (2015 y 2017) y Rosadilla y Calzada (2018).

Si las infraestructuras son materias que permiten el movimiento de otras materias (Larkin, 2013), también pueden permitir su inmovilidad. Y quienes tienen la potestad de moldear sus características (Pinzur, 2021) son capaces de disponer de un “poder infraestructural” (Braun, 2020) a partir de su utilización en beneficio propio.

En relación con ello, fue el heterogéneo conjunto de productores agrícolas quienes ganaron en capacidad de almacenamiento mediante el uso incremental de silos-bolsa. A partir de ello, estos actores lograron intervenir con mayor fortaleza en el ingreso de materia prima al circuito de comercialización de lo que lo habían hecho antaño. Sin embargo, esa capacidad se observó más entre esos grandes arrendatarios de explotaciones primarias denominados “sin tierra” (Casini, 2004 en Hidalgo et al., 2009). Así, más allá del grado de difusión alcanzado en el eslabón primario en general, fueron las llamadas “megaempresas” (Murmis, 1998) y/o “pooles de siembra” (Grosso, 2010) de zonas tanto pampeanas como extra-pampeanas (Luque y Casini, 2009) quienes, dado su potencial productivo y financiero,

20. Dado que no hay cifras fehacientes que indiquen cuantos silos-bolsas fueron adquiridos por agente interviniente en el comercio de granos desde la campaña 2007/08 en adelante, consideremos que las unidades comercializadas continuaron con la misma proporción indicada más arriba (70% para productores/ 30% para comerciales).

aprovecharon la innovación del INTA para mantener allí a resguardo sus excedentes por amplios períodos de tiempo. Un hecho que, según estimamos, pervive en nuestra más cercana actualidad.

Conclusiones

A lo largo de las páginas que nos precedieron, realizamos un seguimiento exhaustivo sobre el “trabajo infraestructural” (Pardo Guerra, 2015) de un conjunto de expertos del INTA que fueron centrales en la creación y despliegue del silo-bolsa para granos secos. El accionar de este cuerpo de ingenieros no sólo se basó en la creación y optimización de ese dispositivo sino también en la preparación de los terrenos y hábitos necesarios para que se difundiera por los campos argentinos. Más allá de la importancia que otros actores tuvieron al respecto, fueron los ingenieros del organismo público quienes se destacaron por ser un punto de paso obligado (Latour, 2001) en la red de relaciones que también involucró a fabricantes de bolsas plásticas y empresas de maquinaria agrícola.

A partir de ese impulso inicial, y de coyunturas como la crisis de 2001/2002, los silos-bolsa se adhirieron a las prácticas de almacenamiento de los productores pampeanos y extra-pampeanos, performando una temporalidad distinta del ingreso de las cosechas al circuito de comercialización. Sin embargo, los bolsones también alcanzaron a otros agentes del mercado de granos –como acopiadores, procesadores y exportadores–, lo que colaboró para que estos también elevaran su capacidad de almacenamiento.

En suma, una innovación como el silo-bolsa dio cuenta de una versión criolla del Estado emprendedor (Mazzucatto, 2014), o de uno de sus tantos brazos. Y con ello de una más de las tantas formas en que el Estado interviene en los mercados. A esa lista compuesta por hechos como reglamentar la producción, el consumo y los intercambios (Bourdieu, 2000), promover regulaciones (Fligstein, 2000) o derechos de propiedad de ciertos bienes (Campbell y Lindberg, 1990), debemos agregarle la de materializar y promover una sencilla tecnología plástica; esa que también colaboró para dejar en manos exclusivamente privadas –sean estos productores, acopiadores, procesadores o exportadores– la circulación (o retención) de un bien estratégico para nuestra economía como las cosechas de cada campaña.

Referencias bibliográficas

- Abramovich, Francisco y Amarilla, Cristian (2012). Situación actual y perspectivas del comercio de granos en la Argentina. *Documentos del CIEA*, 07, 151- 182.
- Agritotal Vivo (2014a, 15 de octubre). *Evolución Tecnológica del almacenamiento de granos en Bolsas plásticas* [video] Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=eOxhIf3aKhs&list=PL7yF21OcjqczTLyAVqlxwYXx6le8Cq-c1&index=3>
- Agritotal Vivo (2014b, 15 de octubre). *Almacenamiento en Silo Bolsa y Calidad del grano* [video] Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=WPVeCtPUGD8&list=PL7yF21OcjqczTLyAVqlxwYXx6le8Cq-c1&index=3&ab_channel=AgritotalVivo
- Agritotal Vivo (2014c, 17 de octubre). *Experiencias del uso de silo bolsas en Brasil y el resto del mundo* [video] Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=v8ufEijh_Co&list=PL7yF21OcjqczTLyAVqlxwYXx6le8Cq-c1&index=27&ab_channel=AgritotalVivo
- Arrarás, Juan (2022). *Un estudio sociológico del silobolsa en Argentina (1991-2019)*. Tesis de Doctorado en Sociología. Escuela IDAES, Universidad Nacional de San Martín.
- Bartosik, Ricardo y Rodríguez, Juan Carlos (1999). *Evaluación de una técnica de almacenaje de granos a 8,4% de humedad en bolsas plásticas. Sistema silobag*, Informe INTA-IPESA, Buenos Aires.
- Bergero, Patricia y Calzada, Julio (2015, 6 de noviembre). 15% de la capacidad de almacenaje estática comercial está en los puertos graneleros del gran rosario. *Informativo semanal de la Bolsa de Comercio de Rosario*. <https://www.bcr.com.ar/es/mercados/investigacion-y-desarrollo/informativo-semanal/noticias-informativo-semanal/15-de-la>
- Bergero, Patricia y Calzada, Julio (2017, 15 de septiembre). Fuerte crecimiento de la capacidad de almacenaje de granos. *Informativo semanal de la Bolsa de Comercio de Rosario*. <https://www.bcr.com.ar/es/mercados/investigacion-y-desarrollo/informativo-semanal/noticias-informativo-semanal/fuerte-1>
- Bisang, Ricardo; Anlló, Guillermo y Campi, Mercedes (2009). Cambio de Paradigmas, revolución biológica y realidad local. La agricultura argentina del siglo XXI. *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria*, 63, 393-409.
- Blanc, Jérôme (2000). Monedas paralelas. Evolución y teorías del fenómeno. *Revista Lote*, 34, 16-27.
- BLD (2021). Institucional. <https://www.bld.com.ar/institucional/>
- Bolsa de Cereales (1988). Memoria e Informe. Ejercicio 1987. Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Anagrama.
- Braun, Benjamin (2020). Central banking and the infrastructural power of finance: The case of ECB support for repo and securitization markets. *Socio-economic Review*, 18(2), 395-418.
- Brieva, Susana y Ceverio, Rocío (2009, 28 de octubre). Procesos de resignificación de tecnologías en la agricultura argentina: el uso de silo – bolsa en los últimos años, Ponencia en *XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, Río Negro, Argentina.
- Bustos, Eduardo (2014, 15 de septiembre). Cristiano, el genio del silobolsa. *El Federal*. www.elfederal.com.ar/cristiano-el-genio-del-silobolsa/

- Callon, Michel (1998a). El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico. En M. Domènech, y F. Tirado (Comps.), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (pp.143-170). Barcelona: Gedisa.
- Callon, Michel (1998b). The Embeddedness of Economic Markets in Economics. En M. Callon (Ed.). *The laws of the markets* (pp. 1–57). Oxford: Blackwell Publishers.
- Callon, Michel (2006). What does it mean to say that economics is performative? *CSI Working Papers Series, 005*, 1-58.
- Callon, Michel (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. *Apuntes de Investigación del CECYP, (14)*, 11–68.
- Callon, Michel y Latour, Bruno (1981). Unscrewing the big Leviathan: how actors macro-structure reality and how sociologists help them to do so. En Cicourel, A. y Knorr-Cetina, K. (Eds) *Advances in social theory and methodology: Towards an integration of micro and macro-sociologies*, (pp 277-303) Boston: Routledge.
- Callon, Michel y Law, John (1998). De los intereses y su transformación: Enrolamiento y contraenrolamiento. En M. Domènech y F. Tirado (Comps.). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (pp. 51-61). Barcelona: Gedisa.
- Camarero, Mario (2016, 9 de noviembre). Capacidad de Almacenaje en Argentina, Presentación en *Jornada de Perspectivas Agrícolas 2016/17*, Bolsa de Cereales, Buenos Aires, Argentina.
- Campbell, John y Lindberg, Leon (1990). Property Rights and the Organization of Economic Activity by the State. *American Sociological Review, 55(5)*, 634-647.
- Cardoso, Leandro; Bartosik, Ricardo; de la Torre, Diego; Abadía, Bernadette y Santa Juliana, Mauricio (2014). *Almacenamiento de granos en silo bolsa. Resultados de investigación 2009-2013*. Buenos Aires: INTA.
- Carlson, Bernard (1992). Artifacts and Frames of Meaning: Thomas A. Edison, his Managers, and the Cultural Construction of Motion Pictures. En W. Bijker y J. Law (Comps.), *Shaping technology/building society: studies in sociotechnical change* (pp. 175-198). Cambridge/London: MIT Press.
- Carluccio, José, Bragachini, Mario y Martínez, Enrique (2001). Los plásticos y la conservación de forrajes y granos en la república argentina, *Sitio Argentino de Producción Animal*. https://www.produccion-animal.com.ar/produccion_y_manejo_reservas/reservas_en_general/04-plasticos_y_conservacion_forrajes_y_granos.pdf
- Casini, Cristiano, Rodríguez, Juan Carlos y Bartosik, Ricardo (2009). *Almacenamiento de Granos en Bolsas Plásticas. Resultados de Investigación Convenio de Vinculación Tecnológica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas*. Córdoba: Ediciones INTA.
- Casini, Cristiano y Santa Juliana, Mauricio (2009). Control de insectos en granos almacenados, *Agrolluvia.com*. <https://docplayer.es/10379897-Ing-agr-phd-cristiano-casini-e-ing-agr-mauricio-santajuliana-inta-eea-manfredi.html>
- Clemente, Gustavo (2001). Embolsando granos secos. *Agricultura de Precisión*. <https://>

- www.agroconsultasonline.com.ar/ticket.html/Embolsadodegranos.pdf?op=d&ticket_id=5589&evento_id=11413
- Cohan, Luciano y Costa, Ramiro (2011). *Panorama general de las nuevas formas de organización del agro: las principales cadenas agroalimentarias*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Colomé, Rinaldo (2008). Sobre política agraria argentina en el período 1933-2007. *Revista de economía y estadística*, 46(1), 108-133.
- Dalzell, F. (2010) *Engineering Invention: Frank J. Sprague and the U.S. Electrical Industry*. Cambridge/London: The MIT Press.
- Della Valle, Carlos; Mozeris, Gustavo y Moraña, Eduardo (1993). *Almacenamiento de granos. Análisis de la capacidad instalada en la República Argentina*. Buenos Aires: Secretaria de Agricultura, Ganadería y Pesca.
- Deng, Harry (2024). Negotiating currency internationalization: An infrastructural analysis of the digital RMB. *Finance and Society*, 10(1), 1-17.
- Dirección de Estimaciones Agrícolas (2024) Estimaciones Agrícolas [Data set]. Dirección Nacional de Agricultura. <https://datosestimaciones.magyp.gob.ar/reportes.php?reporte=Estimaciones>
- Edwards, Paul (2003). Infrastructure and modernity: Force, time, and social organization in the history of sociotechnical systems. En T. Misa, P. Brey y A. Feenberg, A. (Eds.), *Modernity and Technology*. Cambridge/London: The MIT Press.
- Eggenmüller, Alfred, Scherer, Lorenz, Notter, Eugen, Bellan, Heinrich y Wagler, Werner (1972). *U.S. Patent No. 3.687.061*. Washington, DC: U.S. Patent and Trademark Office.
- Fligstein, Neil (2000). *The architecture of markets: an economic sociology of twenty-first-century capitalist societies*. Princeton: Princeton University Press.
- Gárgano, Cecilia (2018). Ciencia, Tecnología y Mercado: Investigaciones en Arroz en el INTA Argentino. *J. Technol. Manag. Innov.* 13(1), 75-83.
- Garzón, Aldo (2002, 2 de junio). Guardar granos es guardar dólares, *Suplemento Cash*, Página/12 <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/27-214-2002-06-02.html>
- Gatti, Nicolás (2015). Evaluación económica de la innovación: el caso del silobolsa. *Revista RIA* 41(1), 57-63.
- Graciano, Osvaldo (2004). Los caminos de la ciencia. El desarrollo inicial de las Ciencias Agronómicas y Veterinarias en Argentina, 1860-1910. *Signos Históricas*, 6(12), 8-36.
- Graham, Stephen (2010). *Disrupted Cities. When Infrastructure Fails*. New York: Routledge.
- Graham, Stephen y Thrift, Nigel (2007). Out of Order. Understanding Repair and Maintenance. *Theory, Culture & Society*, 24(3),1-25.
- Gras, Carla y Bidaseca, Karina (2009). Cartografías contemporáneas de tres pueblos sojeros en la Pampa gringa. Sobre territorios y procesos de reconstrucción identitaria de los chacareros. *Realidad Económica*, 245, 97-119.
- Gras, Carla y Hernández, Valeria (2020, julio). La cosecha es financiera, *Le Monde Diplomatique*. <https://www.eldiplo.org/notas-web/la-cosecha-es-financiera/>

- Grosso, Susana (2010, 6 de octubre). Algunas herramientas teóricas para comprender la relación entre agrónomos, sistemas de conocimiento y territorios, Ponencia en *XIII Jornadas Nacionales de Extensión Rural y V del Mercosur*, Asociación Argentina de Extensión Rural (AADER), Potrero de Funes, Argentina.
- Guida Dhaza, Carlos (2001). Alternativas Económicas para el Almacenaje. El Uso de Silo Bolsa de Grano Seco. *Publicaciones de INTA Marcos Juárez*. 1-7.
- Guyer, Jane (2004). *Marginal Gains. Monetary Transactions in Atlantic Africa*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Heredia, Mariana (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hidalgo, Ramon; Pozzolo, Oscar; Barrionuevo, Carlos; Ferrari, Hernán; Curró, Claudia (2009). Estudios de distintos factores incidentes en la calidad de arroz conservado en bolsas plásticas. En Casini, C.; Rodríguez, J. C. y Bartosik, R. (Eds.) *Almacenamiento de Granos en Bolsas Plásticas. Resultados de Investigación Convenio de Vinculación Tecnológica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas* (pp. 79-85). Córdoba: Ediciones INTA.
- Hughes, Thomas (2008). La evolución de los grandes sistemas tecnológicos. En H. Thomas, y A. Buch (Coords.), *Actores, actores y artefactos. Sociología de la tecnología* (pp. 101-145). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Edit.
- Infocampo (2008, 4 de enero). Aumentó el uso de bolsas de silo. <https://www.infocampo.com.ar/aumento-el-uso-de-bolsas-de-silo/>
- Infocampo (2007, 17 de marzo) El silo bolsa ahora es un aliado de los exportadores. <https://www.infocampo.com.ar/el-silo-bolsa-ahora-es-un-aliado-de-los-exportadores/>
- INTA (2004). *Convenio de Asistencia Técnica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas. Informe final*. Primer año de actividades.
- INTA (2005). *Convenio de Asistencia Técnica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas. Informe final*. Segundo año de actividades.
- INTA (2007). *Convenio de Asistencia Técnica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas. Informe final*. Tercer año de actividades.
- INTA Informa (2014, 1 de octubre). El silo bolsa le generó al país más de 10 mil millones de dólares. <https://intainforma.inta.gob.ar/el-silo-bolsa-le-genero-al-pais-mas-de-10-mil-millones-de-dolares/>
- Justianovich, Sergio y Bernatene, María (2007). Aportes del diseño industrial a la agroindustria entendida como cadena de valor. *Boletín informativo No. 121, Instituto Nacional de Tecnología Industrial*.
- Knorr-Cetina, Karin y Bruegger, Urs (2002). Global Microstructures: The Virtual Societies of Financial Markets. *American Journal of Sociology* 107(4), 905-950.
- Knorr-Cetina, Karin y Grimpe, Barbara (2008). Global Financial Technologies: Scoping Systems That Raise the World. En T. Pinch y R. Swedber (Eds.), *Living in a Material World: Economic Sociology Meets Science and Technology Studies* (pp.161-189). Cambridge/London: MIT Press.

- Krige, John (2001). The 1984 Nobel Physics Prize for Heterogeneous Engineering. *Minerva*, 39, 425-443.
- La Nación (2001, 24 de marzo). Crece el almacenaje de grano seco en bolsas de polietileno. <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/crece-el-almacenaje-de-grano-seco-en-bolsas-de-polietileno-nid196632>
- La Nación (2001, 21 de abril). Sugerencias para capear el temporal <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/sugerencias-para-capear-el-temporal-nid196600>
- La Nación (2002, 23 de marzo). Fuerte aumento de las cotizaciones. <https://www.lanacion.com.ar/economia/fuerte-aumento-de-las-cotizaciones-nid382980>
- La Nación (2002, 25 de mayo). Variedades de alto rendimiento, factor clave del desarrollo <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/variedades-de-alto-rendimiento-factor-clave-del-desarrollo-nid222228>
- La Nación (2002, 1 de junio). Una nueva opción para el almacenaje. <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/una-nueva-opcion-para-el-almacenaje-nid222247/>
- La Nación (2002, 17 de agosto). Rastrojos, nuevos genes y un paso más allá. <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/rastrojos-nuevos-genes-y-un-paso-mas-alla-nid222415/>
- La Nación (2002, 26 de octubre). El precio del trigo despierta la ilusión de los productores de 2002. <https://www.lanacion.com.ar/economia/el-precio-del-trigo-despierta-la-ilusion-de-los-productores-nid444239>
- La Nación (2002, 21 de diciembre). La industria trabaja a pleno. <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/la-industria-trabaja-a-pleno-nid460324>
- La Nación (2003, 25 de octubre). Uso correcto del silo de bolsa plástica. <https://www.lanacion.com.ar/economia/campo/uso-correcto-del-silo-de-bolsa-plastica-nid538645>
- Langenohl, Andreas (2024). When transactions turn awry: Infrastructural ambivalence in financial security. *Finance and Society*, 10(1), 18-37.
- Larkin, Brian (2013). The Politics and Poetics of Infrastructure. *Annual Review of Anthropology*, 42, 327-343.
- Latour, Bruno (1993). Etnografía de un caso de 'alta tecnología': sobre Aramis. *Política y Sociedad*, 14, 77-97.
- Latour, Bruno (1995). Dadme un laboratorio y moveré el mundo. En Iranzo, J., Blanco, R., González de la Fe, T., Torres, C. y Cotillo, A (Coord.) *Sociología de la ciencia y de la tecnología* (pp. 237- 258). Madrid: CSIC.
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Gedisa.
- Luque, Rubén y Casini, Cristiano (2009). Estudio del efecto de la media sombra sobre la calidad de los granos de soja y maíz almacenados en bolsas plásticas En Casini, C., Rodríguez, J. C. y Bartosik, R. (2009) *Almacenamiento de Granos en Bolsas Plásticas. Resultados de Investigación Convenio de Vinculación Tecnológica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas* (pp. 94-98). Córdoba: Ediciones INTA.

- Luzzi, Mariana y Wilkis, Ariel (2019). *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*. Buenos Aires: Crítica.
- MacKenzie, Donald (1996). *Knowing Machines: Essays on Technical Change*. Cambridge/London: MIT Press.
- MacKenzie, Donald (2008). *An Engine, Not a Camera: How Financial Models Shape Markets*. Cambridge, MA: MIT Press.
- MacKenzie, Donald (2009). *Material Markets: How Economic Agents are Constructed*. New York: Oxford University Press.
- MacKenzie, Donald (2011). The credit crisis as a problem in the sociology of knowledge. *American Journal of Sociology*, 116(6), 1778–1841.
- MacKenzie, Donald (2018). Material signals: A historical sociology of high-frequency trading. *American Journal of Sociology*, 123(6), 1635–1683.
- Maquinac (2013, 2 de diciembre). Se jubiló Cristiano Casini, prócer del silobolsa. <https://maquinac.com/2013/12/se-jubilo-el-ingeniero-cristiano-casini-el-procer-del-silobolsa/>
- Mazzucatto, Mariana (2014). *El Estado Emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*. Barcelona: RBA Economía.
- Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (2020). *Acopios y almacenajes*. Documento electrónico: https://www.magyp.gob.ar/sitio/areas/ss_mercados_agropecuarios/infraestructura/_archivos/000072_Acopios%20y%20Almacenajes%20-%202020.pdf
- Monti, Francisco (2001, 14 de febrero). La siembra directa como forma de vida, *La Capital de Rosario*. https://archivo.lacapital.com.ar/2001/02/10/articulo_165.html
- Murmis, Miguel (1998). Agro argentino: algunos problemas para su análisis. En N. Giarraca y S. Cloquell (Comps.) *Las Agriculturas del MERCOSUR, el papel de los actores sociales* (pp.205-211). Buenos Aires: La Colmena.
- Neiburg, Federico (2008). Inflación, monedas enfermas y números públicos. *Revista Crítica en Desarrollo*, 2, 93-128.
- Oliverio, Gustavo y López, Gustavo (2008, 4 de septiembre). Fertilizantes e Infraestructura para la Próxima Década. Presentación en *XVII Seminario Anual de la Fundación Producir Conservando*, Buenos Aires, Argentina.
- Olivieri, Néstor (2009). Prólogo. En Casini, C.; Rodríguez, J. C. y Bartosik, R. (2009) *Almacenamiento de Granos en Bolsas Plásticas. Resultados de Investigación Convenio de Vinculación Tecnológica INTA-empresas fabricantes de bolsas plásticas* (pp. 8). Córdoba: Ediciones INTA.
- Pardo Guerra Juan Pablo (2015). Making markets: Infrastructures, engineers and the moral technologies of finance. Documento electrónico: <https://pardoguerra.files.wordpress.com/2014/11/141124-making-markets2.pdf>
- Pardo Guerra, Juan Pablo (2019). *Automating Finance: Infrastructures, Engineers, and the Making of Electronic Markets*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pierrri, José (2014). *Producción y comercio de granos 1980/2012*. Buenos Aires: Biblos.
- Pinch, Trevor y Bijker, Weibe (2008). La construcción social de hechos y de artefactos: o

- acerca de cómo la sociología de la ciencia y la sociología de la tecnología pueden beneficiarse mutuamente. En H. Thomas y A. Bunch (Coords.) *Actos, actores y artefactos. Sociología de la Tecnología* (pp. 19-62). Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Edit.
- Pinch, Trevor y Swedberg, Richard (2008). *Living in a material world: economic sociology meets science and technology studies*. Cambridge/London: MIT Press
- Pinzur, David (2021). Infrastructural power: discretion and the dynamics of infrastructure in action. *Journal of Cultural Economy*, 14(6), 644-661.
- Preda, Alex (2006). Socio-technical agency in financial markets: The case of the stock ticker. *Social Studies of Science*, 36(5): 753-782.
- Preda, Alex (2008). Technology, agency, and financial price data. En T. Pinch y R. Swedberg (Eds.), *Living in a Material World: economic sociology meets science and technology studies* (pp. 217-252). Cambridge/London: MIT Press.
- Razzetti, Nicolás (2007, 2 de marzo). Logística insuficiente para campaña récord, *Revista Infocampo*. <https://www.infocampo.com.ar/logistica-insuficiente-para-campana-record/>
- Reboratti, Carlos (1996). ¿Pampeanización del NOA o la adaptación al ecosistema local? En M. Manzanal (Comp.) *El desarrollo rural en el noroeste argentino* (pp. 161-168). Proyecto de Desarrollo Agroforestal en Comunidades Rurales del Noroeste Argentino, Salta.
- Revista Producción Agroindustrial del NOA (2002, edición septiembre/octubre). Noticias INTA. https://www.produccion.com.ar/2002/02oct_04.htm
- Revista Producción Agroindustrial del NOA (2003). El campo reactivó la economía. Edición febrero/marzo. https://www.produccion.com.ar/2003/03ene_03.htm
- Rodríguez, Juan, Bartosik, Ricardo, Malinarich, Héctor, Exilart, José y Nolasco, María (2001). Almacenaje de Granos en Bolsas Plásticas: Sistema Silobag. Publicación del INTA Balcarce. 1-14.
- Rozadilla, Blas y Calzada, Julio (2018, 28 de septiembre). El silo bolsa en Argentina: almacenaje por 45 Mt/año y exportaciones por US\$ 50 M/año. *Informativo semanal de la Bolsa de Comercio de Rosario*. <https://www.bcr.com.ar/es/mercados/investigacion-y-desarrollo/informativo-semanal/noticias-informativo-semanal/el-silo-bolsa>
- Sánchez, María Soledad y Arrarás, Juan (2022, 14 de noviembre) El mercado de cajas de seguridad. Una reconstrucción sociológica de su expansión y reconfiguración en la Argentina reciente. Ponencia en *XIV Jornadas de Estudios Sociales de la Economía*, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, UNSAM, Buenos Aires, Argentina.
- Schmidt, Mariana (2014). (Des)ordenamientos territoriales salteños. Una aproximación al contexto previo al Ordenamiento Territorial de Bosques Nativos en la provincia de Salta. *Mundo Agrario*, 15(28).
- Sebillote, Michel (2002). Agronomes et territoires. Les trois métiers des agronomes. En *Agronomes et Territoires, deuxième édition des Entretiens du Pradel* (pp. 479-497). Paris; L'hamattan.
- Slutzky, Daniel (2010) Los cambios recientes en la distribución y tenencia de la tierra en el país con especial referencia a la región pampeana: nuevos y viejos actores sociales. *Documentos del CIEA* 6, 141-174.

- Sociedad de Acopiadores de Granos de Córdoba (2002) Estudio sobre el Almacenaje en Silo Bolsa, *Boletín* 1666. <http://www.acopiadorescba.com/deq-download/DigitalCircular/7682/document/12608>
- Sociedad de Acopiadores de Granos de Córdoba (2008) Capacidad de almacenaje. La eficiencia de postcosecha mejora la rentabilidad. *Circular* 591. <http://www.acopiadorescba.com/deq-download/DigitalCircular/10164/document/15079>
- Star, Susan Leigh (1999). The Ethnography of Infrastructure. *American Behavioral Scientist*, 43(3), 377-391.
- Star, Susan Leigh y Ruhleder, Karen (1996). Steps toward an ecology of infrastructure: design and access for large information spaces. *Information Systems Research*, 7(1), 111-134.
- Swedberg, Richard (2005). Markets in Society. En N. J. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *The Handbook of Economic Sociology* (pp. 233-253). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Trigo, Eduardo y Cap, Eugenio (2006). Diez años de cultivos genéticamente modificados en Argentina. *Argenbio*. Documento electrónico: <http://surl.li/nmluy>
- Veblen, Thorstein (1921 [2001]). *The Engineers and the Price System*. Kitchener: Batoche Books.
- Winner, Langdon (1977). *Autonomous Technology: Technics-out-of-Control as a Theme in Political Thought*. Cambridge/London: MIT Press.
- Winner, Langdon (1983). Do Artifacts Have Politics? En D. MacKenzie y J. Wajcman (Eds.) *The Social Shaping of Technology*. Buckingham: Open University Press.
- Zunino Singh, Dhan; Piglia, Melina; y Gruschetsky, Valeria (2021). *Pensar las infraestructuras en Latinoamérica*. Buenos Aires: TeseoPress.



DOSSIER

El mercado como hacedor de ciudad. Límites barriales percibidos y disputados en el mercado de alquileres de la Ciudad de Buenos Aires

Maria Florencia Labiano¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 48-68
RECIBIDO: 05/04/2024 - ACEPTADO: 17/06/2024

Resumen

El presente trabajo invita a reflexionar sobre la productividad simbólica del mercado de alquileres en torno a los sentidos dados a la Ciudad y los barrios de Buenos Aires. En contra de las perspectivas de los “mundos hostiles” entre lo económico y lo no económico, proponemos que el mercado es un espacio de producción de sentidos y valuaciones que son centrales para comprender lo urbano. Para contextualizar el análisis, se brinda una caracterización del mercado de alquileres porteño en las últimas décadas. A partir de entrevistas en profundidad, observaciones participantes y datos no estructurados provenientes de anuncios de alquiler, se indaga sobre las imágenes de la ciudad movilizadas en las transacciones mercantiles y en la definición de los precios. Concluimos que el mercado de alquileres porteño participa de la producción simbólica de la ciudad a través de los precios; pero, en particular, a través de la “relocalización” nominal de las propiedades, redefiniendo límites y creando nuevas homogeneidades. Esto tiene un correlato en las prácticas de selección de inquilinos adecuados por parte de los propietarios y los intermediarios y en la búsqueda de los inquilinos de viviendas apropiadas a su estilo de vida.

Palabras claves: Mercado; Alquileres; Viviendas; Barrios; Ciudad

1. Centro de Estudios Sociales de la Economía – Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales – Universidad Nacional de San Martín; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; mflabiano@unsam.edu.ar; ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-7258-9058>

Abstract

This paper seeks to reflect on the symbolic productivity of the rental market in relation to the meanings given to the city and the neighborhoods of Buenos Aires, and against the perspectives of "hostile worlds" between the economic and the non-economic, we propose that the market is a space for the production of valuations that are central to the understanding of the urban. To contextualize the analysis, we provide a characterization of the Buenos Aires rental market in recent decades. Based on in-depth interviews, participant observations and unstructured data from rental advertisements, we investigate the images of the city mobilized in commercial transactions and in the definition of prices. We conclude that the Buenos Aires rental market participates in the symbolic production of the city through prices, but in particular through the nominal "relocation" of properties, redefining boundaries and creating new homogeneities. This has a correlate in the practices of selection of suitable tenants by landlords and intermediaries and in the search for appropriate housing to their lifestyle done by tenants.

Keywords: Market; Rents; Housing; Neighborhoods; City.

En un paralelismo con la perspectiva de los mundos hostiles que critica Viviana Zelizer (2011), el mercado, tal como lo han conceptualizado tanto la economía clásica como la economía crítica, parece ser corrosivo para la ciudad. La ciudad deviene un espacio de valorización del capital que supedita su producción (y destrucción) a la rentabilidad de flujos en disponibilidad (Harvey, 2007). La mercantilización de la tierra aparece como requisito y límite del desarrollo capitalista (Polanyi, 2017). En esta perspectiva, si bien las ciudades son un dispositivo central de la reproducción humana, esa subsunción al capital pone en jaque su habitabilidad (Rolnik, 2019). En este artículo, tomamos parcialmente distancia de esta aproximación y proponemos al mercado como una esfera social en la que también se traman sentidos, entendiendo que posee una dimensión simbólica inseparable de su instrumentalidad pero no reducible a ella. En este sentido, los precios *en* la ciudad y sobre todo *de* la ciudad en sus mercados inmobiliarios, no son solo una variable síntesis que abstrae particularidades y facilita la comparación, sino que trazan una zonificación que interactúa con el carácter moral atribuido por los agentes mercantiles a diferentes espacios.

Para ello, vamos a pensar la producción de la Ciudad de Buenos Aires desde el mercado de alquiler de viviendas en dos escalas. Por un lado, atenderemos a las representaciones y prácticas de demandantes y oferentes –qué imágenes de ciudad tienen, qué elementos ponen en relación esas imágenes de ciudad, qué consecuencias definen para el mercado (dónde publicar la oferta, cómo hacerlo, qué precio poner, qué requisitos, etc.)–. Por el otro, a partir de comparar la geolocalización de los inmuebles, los límites administrativos y las

localizaciones indicadas en los anuncios, observaremos sus consecuencias para la dinámica de precios a nivel agregado.

La organización del artículo es la siguiente. En primer lugar, introduciremos algunos elementos teóricos para dar cuenta del abordaje del mercado y la producción de valuaciones en las ciudades, es decir, de las operaciones sociales que permiten constituir tanto los precios como los sentidos que los justifican (Vatin, 2013; Beckert y Aspers, 2012). Luego, caracterizaremos al mercado de alquileres porteño al final de la década de 2010 y las dinámicas que presentan sus agentes –personas y hogares, inquilinos y propietarios, e intermediarios inmobiliarios, así como las prácticas de definición de precios y requisitos–. Por último, presentamos hallazgos en base a entrevistas en profundidad y análisis de datos no estructurados provenientes de anuncios de alquiler. Concluimos que el mercado de alquileres porteño participa de la producción simbólica de la ciudad a través de los precios pero también, y en particular, a través de la “relocalización” nominal de las propiedades que redefinen sus límites. Esto tiene un correlato en las prácticas de selección de inquilinos adecuados por parte de los propietarios y los intermediarios, y en la búsqueda de los inquilinos de viviendas apropiadas a su estilo de vida.

Mercados, valuaciones y ciudad

La emergencia y el sostenimiento de los mercados no es obvia, ni estos “están dados” como formas de coordinación de la acción económica. A partir del trabajo de Patrik Aspers (2011), consideramos que los mercados son estructuras sociales para el intercambio de derechos de uso (y explotación) sobre bienes y servicios. Sin embargo, estas estructuras requieren de un trabajo simbólico permanente para su efectividad y exceden la mera asignación de bienes y servicios. Si bien desde la economía clásica se ha considerado que los agentes mercantiles buscan maximizar los beneficios que puedan obtener en ese intercambio a través de la competencia, inscribimos nuestro análisis en los llamados estudios sociales de la economía, que cuestionan y amplían esta concepción básica de la práctica económica.

Los mercados tienen un doble carácter social: uno dado por la lógica y la dinámica propia de las relaciones sociales involucradas, o sea, el hecho de que las relaciones mercantiles sean relaciones sociales; y otro, por su participación en el mundo social más amplio (Beckert, 2009). Esta última implica que los mercados no puedan comprenderse con independencia de las sociedades donde se desarrollan; pero, también, que tienen consecuencias que dan forma a la reproducción de esa misma sociedad. Es decir, el modo en que se dan las relaciones mercantiles está implicado en el modo en que la sociedad se reproduce a través del mercado y viceversa. Este abordaje demanda que atendamos a una temporalidad y a una espacialidad que excede la transacción puntual y la inscribe en un proceso social institucionalizado más amplio (Polanyi, 1976); a la vez que nos advierte sobre la producción de sentido y poder que en ella se realiza.

El consenso en torno a la valuación de las mercancías es uno de los elementos necesarios para poder hablar de mercado (Aspers, 2011). En estos, la pregunta por el valor –aunque

su respuesta exceda el ámbito de la circulación mercantil e incluso de lo económico (Vatin, 2013)–, sigue siendo fundamental. La valuación es resultado de un proceso de comparación y, por ende, presupone una abstracción de ciertas características de los bienes o servicios intercambiados para poder medirlos y jerarquizarlos, de modo tal que las diferencias entre ellos se puedan traducir como distancias entre precios. La producción y legitimación intersubjetiva de lo valioso reduce la incertidumbre, habilita la comparación y hace legibles a productores, vendedores, intermediarios, productos, precios y consumidores entre sí. Pero este proceso es inacabado y cada nueva iniciativa en esta dirección introduce nuevos elementos que abren puntos de fuga (Callon, 2008). La misma puede estar organizada por el tipo de mercado –por ejemplo, si en él circulan productos *standard* o diferenciados, si es un mercado de *status* donde la identidad de los vendedores y los compradores es relevante, etc.– y por el mecanismo por el cual se acuerda el precio (subastas, regateo u otro).

Ahora bien, por la propia naturaleza del espacio urbano, las características de los inmuebles son irrepetibles y relacionales, dado que la disposición única de cada parcela en relación con todas las demás hace que la localización sea un aspecto nodal del valor. Cada parcela adopta parte de sus características como resultado de su proximidad o lejanía al resto, y con ella los recursos anclados al suelo, tanto macroestructurales (los caminos, la infraestructura de servicios, etc.) como las iniciativas privadas sobre ese suelo. Cada localización tiene, así, sus ventajas y desventajas, y por eso no hay dos viviendas *iguales*, o sea, que satisfagan del mismo modo las mismas necesidades. Por ende, la comparabilidad entre los productos inmobiliarios presenta restricciones para las personas y sus posibilidades de cálculo que difieren de otros mercados. En este sentido, tal como analiza Gabriel Noel (2018) para la costa argentina, es clave observar las prácticas, el desarrollo de criterios y las razones desplegadas por oferentes, demandantes e intermediarios, para evaluar los inmuebles. Todos ellos movilizan imágenes de la ciudad que dan forma al mercado, a la vez que su experiencia en el mercado es también una experiencia de la ciudad y de su lugar en ella.

La sociología urbana también brinda elementos para pensar la centralidad de la localización. Por un lado, las dinámicas de los hogares tienen un arraigo espacial que se expresa, entre otras cosas, en las movilidades cotidianas (Cosacov, 2014) y que está presente en las consideraciones sobre los espacios que se habitan. Así, la localización se evalúa, en un sentido, como relativa a las rutinas que llevan a cabo día a día los integrantes de los hogares: trabajar, consumir, formarse, cuidar de otros, divertirse, etc. Por el otro, con base en los trabajos de Pierre Bourdieu (2018), podemos decir que el espacio físico expresa y facilita la reproducción de desigualdades presentes en el espacio social, lo que aproxima a aquellas personas y bienes asociados a la posesión concentrada de diversos capitales –económico, social, cultural– en un polo. Pero, además, las mantiene alejadas de aquellas personas y bienes que se ubican en el otro extremo.

De este modo, puede pensarse a la ciudad como un espacio jerarquizado que responde a la lógica jerárquica que domina su producción, donde unas zonas o barrios no solo son

percibidos como más exclusivos, sino que resultan, de hecho, más excluyentes, por el modo en que el mismo espacio ha sido apropiado. A su vez, los agentes se sienten más “ubicados” en determinadas zonas, mientras que evitan otras en las que consideran que no vive “gente como ellos”; en términos de Bourdieu es “el *habitus* el que hace al hábitat” (2018, p. 111). Entonces, a la hora de buscar alquileres, las preferencias que se desarrollan en términos de localización intentan conciliar la espacialidad de la rutina y la percepción de adecuación a tal o cual zona, aunque muchas veces se ven tensionadas por la disponibilidad de la oferta y de recursos monetarios para garantizar ambas cuestiones, dado que la jerarquización del espacio urbano también tiene un momento en su mercado de alquileres.

El mercado de alquileres porteño

Históricamente, alquilar ha sido una alternativa para el acceso a la vivienda en la Ciudad de Buenos Aires (Gazzoli, 2006). En algunos momentos incluso fue la modalidad dominante. Pero, entre mediados y fines del siglo XX, retrocedió a medida que la vivienda en propiedad avanzaba. Sin embargo, entre 2001 y 2022 la proporción de hogares inquilinos en la Ciudad de Buenos Aires se incrementó en un 65%, y pasó en cantidades absolutas de 227.545 hogares a 517.768, es decir, más del doble, lo que explica el 76% del aumento total de hogares en esos años (que aumentaron de 1.024.231 a 1.406.735). Esta expansión del alquiler como forma de tenencia se explica por varios factores, aunque principalmente se debe a un proceso de polarización patrimonial entre hogares propietarios y hogares no propietarios en un contexto que carece de un mercado crediticio accesible o alternativas no mercantiles para estos últimos.

A su vez, una parte de esos hogares propietarios probablemente posee más de una vivienda, por la cual puede percibir rentas. De acuerdo con un informe del Banco Interamericano de Desarrollo, “la gran mayoría de los arrendadores argentinos [...] son pequeños y medianos rentistas sin estructura empresarial formal y que tienen en promedio de una hasta ocho propiedades” (Reese et al., 2014, p. 102). Esto es afín con la importancia de la vivienda como alternativa de inversión no financiera, no sofisticada y segura, en particular para los hogares. “Los ladrillos” transforman el excedente en pesos en un activo en dólares, lo que les permite resguardar sus ahorros y tener una perspectiva de valorización en el mediano plazo, además de un bien con potencial de uso para las necesidades de sus integrantes.

Gracias a las sucesivas experiencias confiscatorias de los ahorros financieros (como el Plan Bonex en 1989 o el “corralito” en 2001), las casas y departamentos permanecieron como un refugio no solo en un sentido figurado sino principalmente tangible, concreto (D’Avella, 2019). No obstante, para inversores sofisticados la relación entre la renta cobrada (en pesos) y el valor del activo (en dólares) no es competitiva frente a otras alternativas. Para los hogares, en cambio, ese ingreso se vuelve significativo en comparación con salarios y pensiones, y en la posibilidad que brinda de cubrir los gastos que ese patrimonio genera. Esto no quiere decir que la oferta en el mercado de alquileres se componga exclusivamente de hogares,

pero sí que hay indicios para pensar que presenta una estructura menos concentrada que en otras ciudades donde grandes jugadores dominan partes significativas del *stock*.

A su vez, el mercado de alquileres de vivienda permaneció mayormente desregulado entre 1979 (cuando la última dictadura cívico-militar desmanteló las protecciones para las personas inquilinas y descongeló precios, algunos sostenidos desde 1943) y 2020, cuando el Senado de la Nación aprobó la ley 27.551 durante la pandemia del Covid-19. La falta de regulaciones formales y de fiscalización estatal es suplida con estrategias prácticas y regulaciones informales, producidas por los propios agentes mercantiles, que pueden sedimentar en imágenes y/o “usos y costumbres” en torno a la ciudad y a los modos de habitarla en diferentes zonas. Estas interactúan con el *stock* construido y los usos, a los que se dirige la oferta.

En particular, esos “usos y costumbres” han estado controlados por los intermediarios. El poder de las inmobiliarias en Buenos Aires no reside en las ganancias que obtienen por las gestiones que realizan, sino por la posición que ocupan en el mercado. Una corredora inmobiliaria de amplia trayectoria en el sector mencionaba que “sin tener nada que ver, tenemos todo que ver”. Su lugar de intermediación les da un acceso privilegiado a la información y una posición estratégica para influir en las opiniones, expectativas y prácticas del resto de los agentes (Besbris, 2020; Bessy y Chauvin, 2013). Al fin y al cabo, al asesorar a los propietarios, pueden sugerir el precio estimado, los requisitos de acceso e incluso seleccionar a los inquilinos: consiguen moldear el mercado “desde abajo”.

Esto se debe parcialmente a que, tanto inquilinos como propietarios, tienen una experiencia acotada del mercado de alquileres y duradera de la relación de alquiler. Su participación en el mercado se remite al inicio y fin de cada contrato –que hasta 2020, por ley, tenían dos años de duración como mínimo, aunque en la práctica funcionaba como un máximo– y el reinicio de la búsqueda de vivienda o de inquilino. Sin embargo, la relación de alquiler es más o menos cotidiana, ya sea a través de los pagos efectuados o cobrados o de otras cuestiones como arreglos y mejoras en la vivienda, novedades relativas al consorcio, etc.

En los próximos apartados daremos cuenta de un conjunto de regulaciones y prácticas que afectan el modo en que se definen precios y requisitos de acceso y, por ende, enmarcan las valuaciones en el mercado de alquileres. Además de contextualizar nuestros hallazgos, buscamos brindar una sistematización de ciertas características propias de este mercado.

Precios y “ajustes”

Para los propietarios, y sobre todo para los intermediarios entrevistados, el valor del alquiler se establece “según el mercado”, es decir, observando lo que otros piden por propiedades similares. Y en la construcción de comparaciones significativas para ellos: lo que valen otras cosas –qué se puede comprar con ese alquiler–, lo que vale aquello para lo cual ellos destinan ese alquiler –lo que efectivamente se paga con ese alquiler–, lo que le cuesta al inquilino pagar el alquiler (y por lo tanto, lo que le puede costar a ellos conseguir otro inquilino como el o la actual).

En junio de 2019 visitamos una inmobiliaria pequeña que funciona en un departamento –sin vista a la calle– en un octavo piso de un edificio del barrio de Belgrano. En ella trabajaban tres agentes inmobiliarios: Alberto, de unos 45 o 50 años, Luisa de unos 65 o 70 años y Elsa de edad similar. En el espacio que se usa para la administración de la inmobiliaria había una división de madera y vidrio para separar el escritorio de Alberto de los de Luisa y Elsa. Durante la charla preguntamos cómo se ponía en alquiler una vivienda. Los tres mencionaron que el precio no lo fijaban ellos: “es la oferta y la demanda”. Elsa explicó que “si un departamento de dos ambientes está en 10.000, bueno eso es una base, si es un segundo piso por ascensor y tiene *amenities*, pueden ser 11.000, 12.000 y si es un segundo piso por escalera 9.000... O sea, puede ser para arriba o para abajo de esa base”. En general ese precio de base está dado por el tamaño (tanto por la cantidad de m² como de ambientes) y por la localización.

Como mencionamos, la dictadura militar promulgó el decreto-ley N° 21.342 con el objetivo de “normalizar” el mercado de alquileres entre 1976 y 1979. El decreto deshizo una serie de regulaciones que acotaban la explotación económica de la vivienda alquilada y que reconocían una desigualdad entre inquilinos y propietarios que era necesario compensar. Con la derogación de la ley N° 20.625 de 1974, el gobierno militar volvía al régimen del Código Civil de 1869 en el que los contratos de alquiler de viviendas se trataban como cualquier otro contrato privado de locación de inmueble, con algunas definiciones relativas a la duración mínima (entre 1 año y medio y 2 según el tipo de locación). Si bien hubo modificaciones menores e intentos frustrados de regulación, estos elementos básicos pervivieron. A pesar de la crisis del régimen de convertibilidad monetaria, en 2002 se conservó la prohibición de indexación de los contratos entre privados que rigió durante los años 90.

Durante los primeros años de la pos-convertibilidad y una vez resuelta la pesificación de los contratos, esto no resultó problemático. Sin embargo, a partir de 2007, con el retorno de la inflación, volvió a ser una cuestión a considerar. Los propietarios, a fin de no ver devaluados sus ingresos, comenzaron a definir una periodicidad y un porcentaje de actualización del precio basado en la experiencia y en las expectativas inflacionarias para el periodo cubierto por la duración del contrato. En junio de 2020 se aprobó un nuevo proyecto de ley de alquileres (27.551) cuyos dos puntos principales eran la ampliación de la duración mínima de dos a tres años y la actualización anual de los contratos en función de un nuevo índice creado a tal efecto y como excepción a la prohibición de indexación.

Requisitos

Además de los precios y sus actualizaciones, para cualquier persona que precisa alquilar –en ambos sentidos, poner o tomar en alquiler– los requisitos son centrales, y tal como comentamos arriba, en las últimas décadas han estado poco regulados. Por requisitos entendemos las condicionalidades que se le exigen a los interesados para poder alquilar una propiedad. Los más comunes son la presentación de garantes propietarios de inmuebles,

recibos de sueldo por ciertos montos (que se establecen con relación al precio del alquiler), seguros de caución y referencias laborales o educativas de empleadores o superiores, entre otros. Muchas veces se excluyen abiertamente ciertos perfiles: familias con niños pequeños, estudiantes o jubilados. Y otras, se lo hace tácitamente con migrantes y personas LGBTQ+ a partir de entrevistas personales en las que se indaga por la situación laboral, la forma de vida, los vínculos personales, el origen, etc.

Estos requisitos, si bien no son formales, tienen para los agentes del mercado un carácter pseudo-legal: no es común que se firmen contratos sin algún tipo de garante propietario y en general se asume que es una condición necesaria para la operación. En este contexto, si bien un inquilino puede legalmente ser fiador de otro inquilino, esto resulta prácticamente impensable para locatarios como para locadores. La presentación de estos avales es parte de los elementos que hacen a una *performance* de la formalidad, junto con las “señas”, el contrato escrito y los estudios de dominio de las propiedades de los garantes.

Tanto los requisitos como las mecánicas de los precios –los montos y plazos de ajuste, los precios relativos de referencia, etc.– presentan cierta homogeneidad relativa en el mercado, pero varían temporal y espacialmente. El proceso de inquilinización de los últimos veinte años fue concomitante con una complejización creciente de estos, que pasaron de requerir un garante propietario a que la garantía deba estar en CABA y que la persona fiadora deba ser familiar directo del inquilino interesado, o que la propiedad deba superar cierta cantidad de metros cuadrados o valor en dólares. Algo parecido sucedió con los recibos de sueldo. En un principio se solicitaba el recibo de sueldo o la justificación de ingresos de la persona que iba a alquilar, pero más tarde a ese recibo se debieron sumar otros dos, tres o incluso cuatro, que superaran cierto monto, o que representaran una determinada cantidad de veces el precio del alquiler.

Las innovaciones introducidas por la ley aprobada en 2020 buscaron ordenar situaciones que se daban de hecho, al ofrecer diferentes alternativas para garantizar la capacidad de pago de los locatarios y definir que los locadores debieran optar por alguna de ellas.² De este modo, apuntaba a formalizar lo que de hecho sucedía en el mercado. Sin embargo, tras la salida de la cuarentena por el Covid-19 y la finalización del decreto 320/20 que prohibía los desalojos y “congelaba” los aumentos de precios durante este periodo excepcional, la sostenida caída de la oferta, incluso en momentos de recuperación de los precios reales de oferta a 2013 o antes, llevaron a requerimientos insólitos: inmobiliarias que solicitaban pagos para *ver* la vivienda, prioridad a inquilinos que siguieran a la agencia en las redes sociales, un porcentaje significativo o la totalidad del pago del contrato por adelantado, comisiones ilegales, actualizaciones cada tres meses, etc.

2. Sin embargo, esta obligación es ambigua, ya que siempre cabe la posibilidad de desestimar a la persona interesada alegando la libertad de mercado y aprovechando que no hay ningún tipo de fiscalización estatal del cumplimiento de la ley.

Los requisitos continúan siendo clave en varios planos para los propietarios. Por un lado, porque les brindan seguridades sobre la situación económica del inquilino y su círculo, pero también porque sirven para justificar impersonalmente la selección, basada muchas veces en criterios subjetivos. En reiteradas conversaciones informales, los agentes inmobiliarios mencionaron que la elección de los inquilinos se realiza en parte “a ojo”, es decir, como una forma de dar cuenta del conocimiento práctico adquirido en el ejercicio del oficio.

El mercado como hacedor de ciudad

Finalmente, en este tercer apartado queremos presentar nuestros hallazgos sobre la producción de zonas urbanas diferenciadas a partir de la movilización de sentidos y valuaciones en torno a barrios y personas en las prácticas mercantiles del alquiler. Los materiales abordados en el proceso de investigación nos permiten observar diferentes instancias de producción de sentidos *sobre* la ciudad en las interacciones e infraestructuras mercantiles y, a la vez, cómo estas dependen de aquellos para poder interpretar esas transacciones como tales (Weber, 2008). Se identifican proyecciones de la ciudad asociadas tanto a trayectorias residenciales como a movilidades cotidianas (Cosacov, Virgilio y Najman, 2018) que establecen límites y zonificaciones relativas desde puntos espaciales específicos.

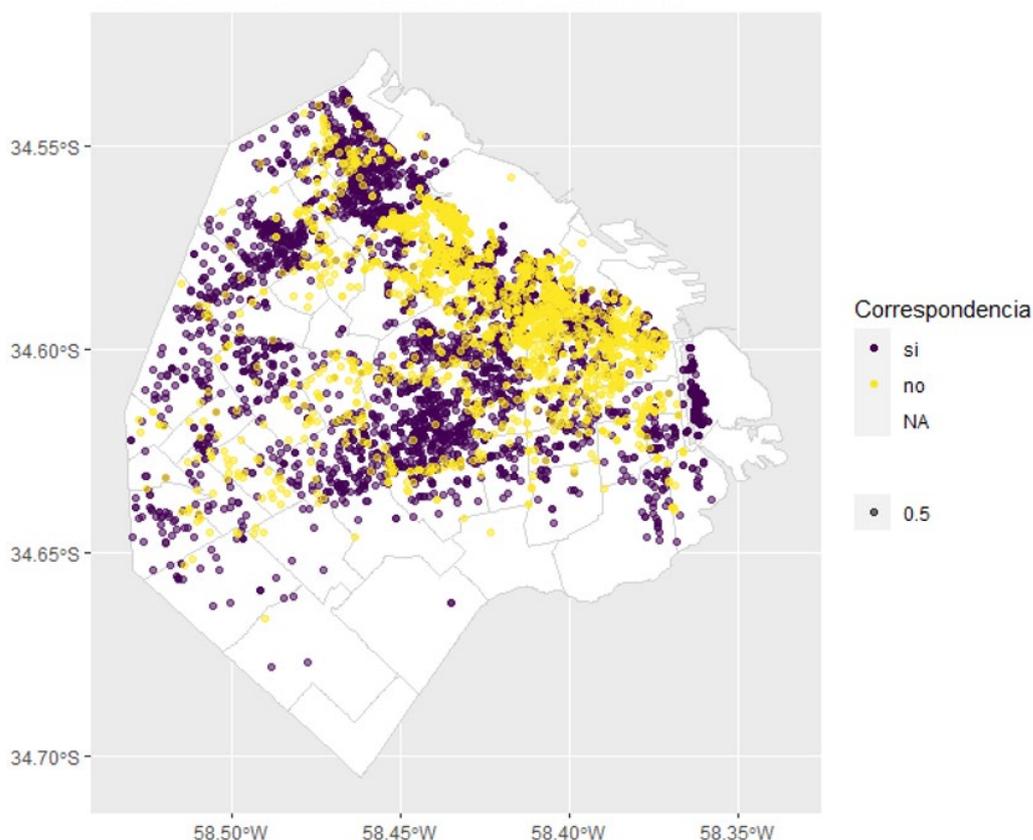
Trabajamos con dos tipos de fuentes. Por un lado, para observar tendencias agregadas, analizamos datos de avisos de alquiler de departamentos de dos ambientes publicados en un sitio *web* especializado entre enero y abril de 2018, meses de relativa estabilidad cambiaria e inflacionaria, y recolectados a través del *web scrapping*.³ En ellos observamos principalmente tres datos: la geolocalización de la propiedad ofertada, las denominaciones espaciales utilizadas por los usuarios al cargar el anuncio y los precios del m² en alquiler. Por el otro, para analizar las prácticas mercantiles, nos basamos en el material producido en más de cincuenta entrevistas en profundidad realizadas entre 2019 y 2022 con inquilinos, propietarios e intermediarios. En el caso de los inquilinos, intentamos dar cuenta de diferentes tamaños y composiciones del hogar así como momentos vitales, origen y situación laboral; en el de los propietarios de viviendas para alquiler, también atendimos en particular a la edad y la situación laboral de las personas del hogar. Los entrevistados fueron contactados a través de redes personales pero también a partir de la Encuesta de Situación de Hogares Inquilinos. En este último caso, se buscó explícitamente diversificar los perfiles en base a diversas situaciones de vulnerabilidad económica e incidencia del alquiler.

3. El *scrapping* es una técnica de recolección automatizada de datos no estructurados. En este caso, un algoritmo accede a cada anuncio y copia la información relativa a diferentes propiedades allí expuestas. Esos datos son volcados a una tabla que permite trabajar con ellos. Para una explicación y justificación de la utilización de esta técnica para mercados de alquileres de vivienda en Francia, consultar Chapelle y Eyméoud (2022).

Barrios que quieren ser otros

El 5 de noviembre de 2013, el *blog* del sitio *web* inmobiliario Properati titulaba “Barrios que quieren ser otros” una entrada en la que mencionaba que era frecuente que los usuarios “vendieran gato por liebre”, es decir, que presentaran un inmueble como ubicado en un lugar que no se correspondía con su georreferenciación.⁴ En lo que sigue, realizamos un análisis similar para intentar identificar tendencias en esos desplazamientos nominales. Para ello, trabajamos con un *data set* de 5.967 avisos de alquiler de inmuebles de dos ambientes publicados entre enero y abril de 2018⁵ para la Ciudad de Buenos Aires. De estos avisos, el 65% está identificado en el barrio donde el inmueble está efectivamente localizado y el restante 35% presenta alguna diferencia, ya sea en la forma en que está indicado el nombre (por ejemplo “Palermo Hollywood”) o directamente porque se encuentra nominado en un barrio distinto (por ejemplo, está localizado en Núñez pero se registró en Belgrano). De esa mayoría “correspondiente”, la muestra presenta anuncios prácticamente en toda la ciudad –excepto en Villa Riachuelo–. La minoría “no correspondiente”, se encuentra distribuida entre sesenta nominaciones distintas. Una primera distribución puede observarse en el Mapa 1.

Mapa 1. Anuncios de alquiler según correspondencia entre nominación usuarios y localización administrativa. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, de enero a abril de 2018



Fuente: Elaboración propia con base en publicaciones web de anuncios de alquiler.

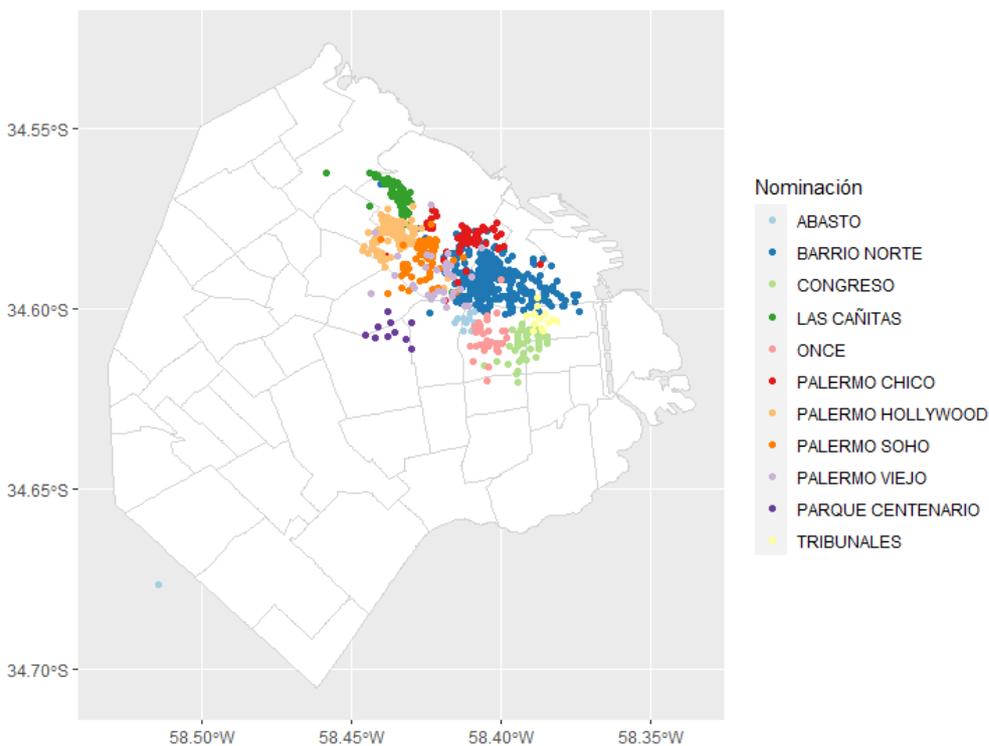
4. <https://blog.properati.com.ar/barrios-que-quieren-ser-otros/>

5. Se utilizaron cuatro meses para tener una muestra de mayor volumen.

Si observamos los “saldos” en las transferencias de nombres y localizaciones de los anuncios entre distintos barrios, podemos decir que hay barrios “expulsores” (Balvanera, La Boca, Boedo, Constitución, Parque Avellaneda, San Nicolás, Villa General Mitre, Villa Santa Rita), barrios “receptores” (Belgrano, Barracas, Villa Luro, San Telmo, Paternal) y barrios que “expulsan” y “reciben” simultáneamente (Palermo, Almagro, Recoleta, Villa del Parque, Núñez, Villa Urquiza).

A su vez, muchas nominaciones espaciales que circulan cotidianamente y son captadas por el mercado no tienen un reflejo administrativo. Ni “Once”, ni “Abasto”, ni “Barrio Norte” figuran en los documentos oficiales. Además, ciertos procesos de valorización urbana y gentrificación –parcialmente impulsados por las políticas del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y acompañadas por el mercado (Lerena Rongvaux y González Redondo, 2021; Socoloff, 2013)– dieron origen a nuevas distinciones y a sus correspondientes etiquetas. Como ejemplo paradigmático puede mencionarse la re zonificación del barrio de Palermo, tras un proceso de puesta en valor a principios del siglo XXI, vinculado a la creación del “Distrito Audiovisual”: a partir del mismo se distinguen Palermo Soho, Palermo Hollywood, Palermo Viejo, Palermo Chico e incluso comienza a llamarse como parte de “Palermo ...” a las zonas lindantes de otros barrios (Colegiales, Chacarita, Villa Crespo) a fin de transferir parte de los sentidos –y los precios– asociados a aquel barrio. En el Mapa 2 puede observarse la distribución de estas nominaciones extraoficiales.

Mapa 2. Anuncios de alquiler con nominaciones usuarias no reconocidas administrativamente. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, de enero a abril de 2018



Fuente: Elaboración propia con base en publicaciones web de anuncios de alquiler.

Además, hay denominaciones administrativas prácticamente borradas, lo que no significa que no presenten anuncios, pero que aparecen en igual o mayor medida bajo otras nominaciones (es el caso de La Boca, Constitución, Villa Santa Rita o Villa Real). A su vez, sucede –casi exclusivamente– con Puerto Madero que todos los anuncios ubicados dentro de los límites del barrio son identificados efectivamente como Puerto Madero (al que se le suman un par más de La Boca y San Telmo), o sea que ninguno adoptó otra etiqueta. Probablemente su relativo aislamiento geográfico, la tipología constructiva y lo novedoso de su demarcación contribuyan a reforzar su excepcionalidad.

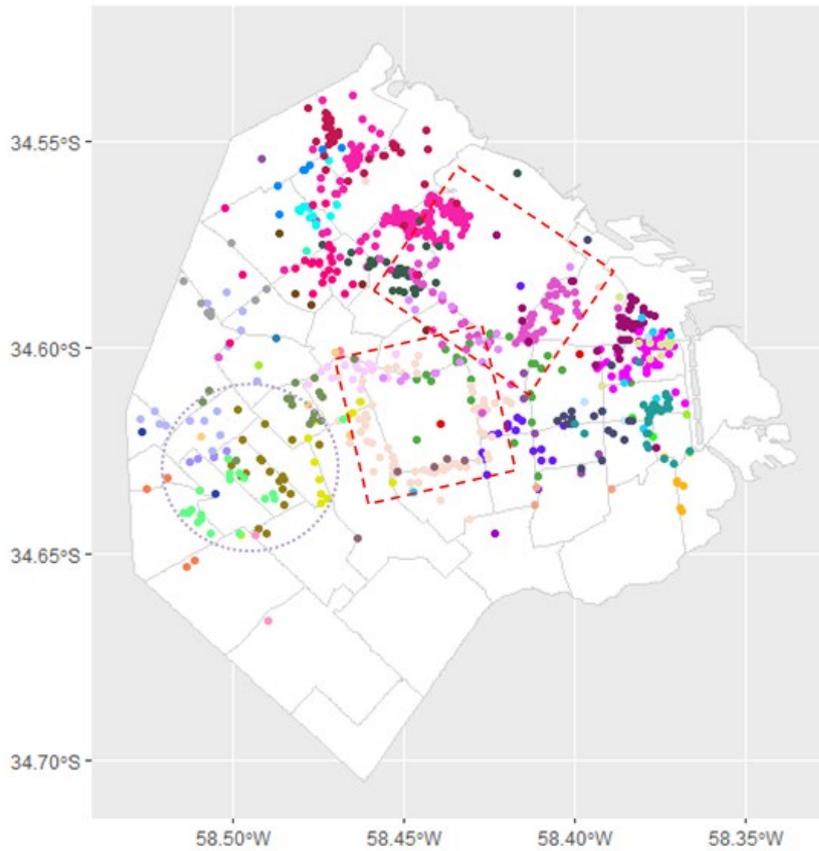
En conjunto, se observan diferentes lógicas con claridad. En muchos casos el “saldo” entre barrios oscila entre cero y dos anuncios, es decir que hay casi tanta “transferencia” de un lado como del otro, lo que indica una probable confusión con los límites barriales. Esto se puede ver en el Mapa 3 dentro de la comuna 15 y en el centro-este de la Ciudad (Balvanera, San Cristóbal, San Nicolás, Monserrat, San Telmo). Es común que los vecinos de Buenos Aires desconozcan a ciencia cierta los límites barriales y referencien más ciertos hitos urbanos –especialmente plazas, parques y estaciones de tren– de cada uno de ellos, a partir de los cuales nombran las cercanías. En un segundo lugar, aparecen los barrios más ignotos para los porteños, con pocos anuncios de alquiler y típicamente propietarios como son los ubicados en el centro-sur de la Ciudad en las Comunas 7, 10 y 11 (Villa Santa Rita, Villa General Mitre, Monte Castro, Villa del Parque, Vélez Sarsfield), señalado con un círculo punteado en gris. En tercer lugar, Caballito y Palermo presentan una “expansión” de sus límites a lo largo de todo el perímetro del barrio, aunque en el primer caso es más acotado en su penetración de otros barrios, ambos marcados con una línea roja intermitente. A pesar de ello y aunque Palermo a través de su diversificación zonal parezca más omnipresente, el barrio más anunciado fuera de los límites administrativos es Belgrano, por amplia diferencia.

Por último, se puede observar una dinámica jerarquizadora en algunas zonas donde el “corrimiento de las fronteras” presenta una direccionalidad que sigue los barrios más caros. Es decir, que los anuncios en barrios de precios más bajos son nominados en barrios de precios intermedios que, a su vez, presentan anuncios nominados en barrios de precios más caros (como sucede con San Nicolás, Almagro o incluso con el mismo Palermo).

Esto parece tener un efecto en los precios: se observa que la introducción y reclasificación de anuncios crea subzonas de mayor homogeneidad sobre todo en los extremos, o sea, en los barrios más caros y en los más baratos, y una estratificación intermedia. Las transferencias que se dan hacia barrios más caros refuerzan las fronteras a través de los precios. Por ejemplo, mientras se pueden ubicar 158 anuncios dentro de los límites administrativos de Colegiales, de los cuales se obtiene un precio del m² promedio de 245 pesos⁶ y una me-

6. Dado que no realizamos una comparación intertemporal sino sincrónica entre los precios anunciados entre sí, pero no en

Mapa 3. Anuncios de alquiler con nominaciones usuarias no correspondientes administrativamente. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, de enero a abril de 2018



Fuente: Elaboración propia con base en publicaciones web de anuncios de alquiler.

diana de 239 pesos, al tomar los anuncios identificados por los usuarios en Colegiales, la cantidad se reduce a 96, el precio promedio se ubica en 230 (con un desvío estándar de 50) y una mediana de 229 pesos. A su vez, 82 de esos 158 (es decir, más de la mitad) fueron ubicados en Belgrano; 37 de los 96 anuncios ubicados por los usuarios en Colegiales se corresponden con el barrio de Chacarita, que también registra una baja en sus precios promedio y mediano si solo nos quedamos con los nominados en Chacarita por los usuarios. O sea, las propiedades más caras de Chacarita fueron absorbidas parcialmente por Colegiales, barrio que a su vez “perdió” sus propiedades más caras en detrimento de Belgrano. Mientras que Chacarita solo “recibió” dos anuncios de otros barrios, uno de Villa Crespo y otro de Villa Ortúzar. Este patrón se repite en múltiples partes de la ciudad.

Es difícil establecer si esta es solamente una estrategia de los oferentes para poder empujar los precios hacia arriba o si los precios devienen parte de la identidad de los barrios. En ese sentido, si bien habría que indagar más y quizás con otras medidas o indicadores,

relación a otros bienes o servicios de la economía, decidimos mantener el valor en pesos corrientes.

el caso de Belgrano es particularmente interesante: mientras pierde 21 anuncios ubicados por los usuarios principalmente en Núñez, gana 233 de otros ocho barrios colindantes (Chacarita, Coghlan, Colegiales, Núñez, Palermo, Saavedra, Villa Ortúzar, Villa Urquiza). Pero entre los 401 localizados dentro de los límites administrativos y los 610 totales nominados por los usuarios en este barrio, el precio promedio es prácticamente el mismo (264,45 pesos contra 264,91), al igual que el desvío estándar (62,71 contra 62,75) y la mediana (257,14 pesos en ambos casos). Así, es de esperar que la composición dentro del grupo ampliado sea bastante similar a la “original”.

En la siguiente sección volvemos a preguntarnos por esta dinámica de homogeneización simbólica, pero tramitada ahora no en los precios, sino en las adecuaciones entre personas, viviendas y barrios, ahondando en los sentidos dados a las ubicaciones por parte de propietarios e inquilinos.

Localización y percepción de la ciudad en las prácticas de alquiler

Como veremos a continuación, tanto propietarios como inquilinos construyen en su experiencia de la ciudad y el mercado imágenes de esta. Si bien comparten sentidos comunes, estas presentan desplazamientos significativos en los límites de esas zonificaciones relativas y las posiciones espaciales y biográficas específicas desde donde se realizan. Estas imágenes de la ciudad son fundamentales a la hora de organizar la búsqueda de vivienda, tanto para la compra (ya sea para habitar o invertir) como para el alquiler, y son también mencionadas como forma de presentación. Para ilustrar este punto, a continuación mostramos el contrapunto entre un par de propietarios, Norberto y Mirta.

Norberto, a quien entrevistamos en 2019, es un propietario de 83 años, criado en el barrio La Boca donde tiene un departamento en alquiler. Vecino de Barracas desde que compró un PH⁷ “que funciona como una casa” con un crédito hipotecario a mediados de la década de 1970, considera que, por oposición a esos barrios típicamente obreros del sur de la ciudad, su mujer es mucho más “coqueta”, ya que venía de “zona norte, de Parque Centenario”. Mientras que Mirta, de aproximadamente la misma edad que Norberto, que a lo largo de su biografía transitó desde Almagro hacia Colegiales y de allí al barrio de Belgrano, y luego se instaló en diferentes partidos del norte del conurbano bonaerense, proyecta una ciudad que, por un lado, diluye la frontera entre la capital nacional y la Provincia de Buenos Aires y, por el otro, prácticamente establece un límite en el barrio de Palermo.

A la hora de buscar y ofrecer alquiler pueden identificarse diferentes criterios involucrados. La localización es uno de ellos, que tiene una dimensión instrumental enraizada en el acceso a servicios e infraestructura urbanos y en las propias rutinas de las personas –vinculadas con la cercanía a la familia, el trabajo o diversas actividades cotidianas–, y a la

7. Propiedad Horizontal.

vez está cargada de sentidos que hacen a la identidad de quienes transitan y habitan esos lugares. En este trabajo nos enfocaremos en cómo en las prácticas mercantiles del alquiler aparece cierta intención reguladora del espacio urbano a partir de responder quién debe vivir en dónde.

Alberto, el corredor de la inmobiliaria familiar citada arriba, ante la pregunta sobre cómo se pone en alquiler una vivienda y dónde se publica el anuncio, primero da una respuesta genérica (“en internet y en el diario”). Pero a continuación puntualiza: “Si tiene 1 o 2 ambientes, que vos sabés que probablemente sea para gente joven, sin familia, ahí lo publicás en internet. Ahora, si es un departamento de 150 m² en Recoleta, ahí lo publicás en los clasificados de *La Nación*. Porque todo depende de quién vaya a vivir ahí”.

Esta adecuación entre tipos de personas u hogares, viviendas y barrios también resuena en la selección de inquilinos. Se trata de una instancia que busca anticipar el habitar de los potenciales inquilinos como forma de evitar problemas y reducir la incertidumbre ante una relación de larga duración. Para ello se tiene en cuenta la cantidad y el “tipo” de personas –su edad, sus actividades, su rutina– que vayan a habitar la vivienda según las características edilicias de ésta, y se los vincula con el cuidado material de la unidad que se pueda esperar. Este análisis del cuidado de la unidad como cuidado del patrimonio es tan importante como la expectativa de la renta a cobrar o incluso más. Frecuentemente, los propietarios “prefieren cobrar menos” pero retener a alguien que les “cuida el departamento”. En un contexto de alta demanda, en el que se descuenta que los interesados están dispuestos a pagar lo solicitado, la impresión en este sentido es central.

Sin embargo, hay un cuidado de la vivienda que tiene que ver con la preservación del valor inmaterial de la misma y que está estrechamente vinculado con su inscripción en la ciudad. En este sentido, el “tipo” de persona refiere a la evaluación moral de los candidatos y su adecuación a las expectativas de quien habita en ese edificio y esa zona de la ciudad. Esta evaluación está muchas veces articulada en un vocabulario de clase (que ambigualmente refiere a la clase de persona y a la persona de clase) y apela a cosas tan dispares como la profesión, el origen, la composición familiar o la identidad de género (Labiano, 2019).

En esa selección de los inquilinos, hay una producción de la ciudad en la medida en que la práctica cotidiana de esas habilitaciones o restricciones busca preservar cierta “identidad” barrial, por lo que tiende a la homogeneización de sus vecinos. Las disputas en torno a esos sentidos se da, por un lado, en la asociación de los barrios a ciertas formas de vida y, por el otro, en la traducción espacial de las delimitaciones entre los barrios; es decir, no sólo qué diferencia a Belgrano de Palermo, sino también dónde se traza la frontera entre ambos.

En el mercado, esta dinámica adquiere una articulación específica y es puesta en juego estratégicamente para negociar a la alza o a la baja precios y requisitos, pero también sentidos en torno a sí mismo. En palabras de Carolina, una propietaria de un departamento en alquiler: “no cualquiera vive en Coghlan, no cualquiera vive en Colegiales, Flores, Floresta, mucho más barato...”. A veces, esto también es efecto de las estrategias de búsqueda de

inmuebles y de inquilinos “entre conocidos”. Los propietarios, al involucrar a otros a partir de las referencias directas, los hacen parte del funcionamiento de la relación (Granovetter, 1973). La referencia personal no solo reduce los costos de transacción: las redes sociales compartidas son también un indicio de tener otras cosas en común, como el nivel educativo, los intereses culturales o las preferencias políticas, es decir, si es o no “gente como uno”.

Esta dimensión del espacio urbano fue movilizada tanto por Ramiro –inquilino de 48 años, que alquila un monoambiente al hermano de unas amigas–, como por Martín –inquilino de un dos ambientes, de 45 años y oriundo de Jujuy– a la hora de buscar una nueva vivienda. Al momento de la primera entrevista ambos vivían solos en el barrio de Recoleta, aunque Martín lo llamaba “Barrio Norte”, y ambos consideraban que no era adecuado para ellos. Si bien diferían en la zona en la que preferirían vivir, parecían compartir la representación de la ciudad.

Desde que llegó a Buenos Aires, Martín tuvo una trayectoria laboral y de ingresos ascendente (becario, docente universitario, diplomático), y su trayectoria residencial respondió a cierta búsqueda de correspondencia entre sus obligaciones, su estatus percibido y sus posibilidades económicas. Así, registró un progresivo desplazamiento desde el centro-este de la ciudad (Once y Congreso) hacia el norte (primero Almagro, casi Palermo, y luego Recoleta), junto con una expansión del espacio alquilado (una pensión, una pieza, un departamento compartido, un monoambiente y finalmente dos departamentos de dos ambientes). Por su parte, la vida de Ramiro desde que llegó a CABA desde Ensenada (Provincia de Buenos Aires), fue mucho más caótica, tanto laboral como residencialmente, y estuvo signada no tanto por sus deseos como por sus posibilidades. No obstante, ambos consideraban que el barrio en el que habitaban no era el *adecuado* para ellos.

Martín se fue de Once porque la “lógica” lo deprimía muchísimo; al indagar, se explaya sobre “las expresiones de la desigualdad” que se veían en la plaza (Miserere) y cómo más de una vez “no podía caminar por la estación [de trenes] de Once”. Si bien no consideraba que esas situaciones le molestaran estéticamente –aunque reconoció “que de alguna forma sí determinaba mi gusto de clase media acomodada”– entendía que su incomodidad provenía del contraste entre ese barrio y la “burbuja” en la que se encontraba gracias a sus experiencias en barrios de “clase media acomodada” en Córdoba y Jujuy. En pos de la adecuación entre su autopercepción de clase y el barrio a habitar, Martín se mudó a “un semipiso en [la avenida] Córdoba” y luego a su departamento actual en Barrio Norte. Al notar su encono hacia el lugar donde vive actualmente, preguntamos por los motivos que lo llevaron allí:

Y porque tenía los prejuicios de la clase media acomodada, quería vivir en un lugar que era, te digo, entre comillas, si vos querés, blanco, lindo, qué sé yo, donde yo me sintiese de alguna forma identificado. Lo que pasa es que yo cambié, ese es el punto... Cuando uno amplía la visión sobre el sujeto social, entiende que el país es

eso, un panegírico de situaciones muchísimo más complejas y más profundas que los prejuicios que uno tiene. (Martín, inquilino, septiembre de 2020)

Es decir, la caracterización de “clase media acomodada” –tanto la propia como la del barrio– refiere no solo a una posición económica, sino también a valoraciones estéticas, morales y políticas que entran en juego en la selección de los barrios. De un modo similar, plantea que cuando recién llegó a la ciudad “tenía la ilusión de que en algún momento iba a vivir en Puerto Madero”, compartiendo una expectativa de movilidad social que se expresaría en el acceso progresivo a zonas más exclusivas. Pero en determinado momento esa “ilusión” se quebró y, por el modo en que narra su trayectoria, vinculando su situación laboral con el tipo de vivienda y zona que considera adecuado, pareciera que el cambio al que refiere en la cita anterior tiene que ver con la “decepción” tras el paso por Cancillería y la vuelta a la docencia universitaria. Lo expresa en lo intolerable que le resultan las posturas políticas de Recoleta, “un barrio que tiene adolescentes de 70 o 40 años”. En esa misma línea explica por qué busca departamento ahora por Almagro o Parque Centenario: “Me imagino que los reductos de clase media ascendente están ahí, digamos, y será gente que piensa más o menos en algunas cuestiones, parecido a lo que uno piensa, pero no lo sé”.

Ramiro vivió en Ensenada hasta los 37 años cuando se mudó a la Ciudad de Buenos Aires, donde vive hace diez años, para estudiar y trabajar como fotógrafo y productor musical. Su trayectoria laboral se vincula con su trayectoria residencial e inquilina, pero por otros motivos a los de Martín. En varias oportunidades las decisiones de alquiler estuvieron condicionadas por la inestabilidad de su inserción laboral y por la necesidad de disponer de espacio para su trabajo autónomo, ya sea en forma de estudios de fotografía o salas de ensayo, lo que lo llevó a alquilar dos lugares distintos y a habitar locales no diseñados como vivienda.

Durante la primera y la segunda de las tres entrevistas que realizamos, Ramiro vivía en un monoambiente en Recoleta por el cual pagaba ocho mil pesos en septiembre de 2020, menos de la mitad del valor de una unidad similar a estrenar en ese momento. Había llegado a ese departamento a través de una amiga, ya que el propietario era su hermano y ella su “garante”. Si bien el departamento le convenía por el precio, nos decía “pero salgo a la calle y estoy en Recoleta y no me gusta”. El disgusto en su caso, provenía de la sociabilidad en el barrio: “En 6 años todavía el kiosquero no me saluda, no sé. Hay vecinos del edificio que no conozco tal vez. No sé quién vive en la parte de más adelante [...] El [supermercadista] chino no me saluda. Hace mil años que voy y no me saluda.” Para él, eso contrasta con su experiencia de “un barrio expuesto a la vida” como aquel en el que se crió, y si bien puede vivir en cualquier lado, preferiría un lugar “mucho más popular [...] Entonces me iría de Rivadavia hacia el sur. Eso seguro. O al Abasto. Bueno, me encanta la gente, me gusta la gente en la calle, cruzarme con personas que te conocen y te digan ‘¿qué haces?’”.

Al igual que Martín, Ramiro asocia una forma de conducirse y una estética específica al barrio. Si bien no las condena en términos políticos, hay algo de lo privatizado de los

vínculos y los espacios que le desagrada y que elige no transitar, que contrapone a otros barrios más “populares”, en los que se sentiría más cómodo. Lo que sí contrasta entre ambas expectativas inquilinas –porque ambos serían mucho menos exigentes en sus localizaciones si pudieran ser propietarios– es el lugar que identifican como más apropiado, al punto que ni siquiera mencionan los barrios que el otro elegiría. Vale agregar que este conocimiento de la ciudad, su relación con el espacio social y la forma en que los barrios son valorados en la búsqueda, son parte del aprendizaje que produce habitar, alquilar y buscar vivienda, sobre todo para los que no tienen una experiencia previa de la ciudad que les “oriente” en el espacio.

Reflexiones finales

A lo largo de este artículo hemos buscado dar cuenta del lugar central que tienen los mercados inmobiliarios en la producción de sentidos en torno a la ciudad de Buenos Aires, sus barrios y sus habitantes. Pero también de la necesidad de esos sentidos para poder articular la búsqueda de viviendas por parte de los inquilinos, la selección de inquilinos y la definición de precios por parte de los propietarios.

Para ello repusimos, por un lado, aportes de la sociología de los mercados y las valuaciones así como de la sociología urbana, a fin de compartir una perspectiva y un vocabulario común sobre estos fenómenos que son tanto económicos como culturales y políticos. A continuación, reseñamos algunas características del mercado de alquileres de la Ciudad de Buenos Aires en las últimas décadas. Además de caracterizar, dentro de lo posible, a sus agentes, nos enfocamos en las prácticas de definición de precios y en los requisitos, presentando las regulaciones formales y las rutinas informales que son centrales para cubrir vacíos, reducir incertidumbres y habilitar los cálculos.

A la postre, mostramos parte de nuestros hallazgos en entrevistas en profundidad con esos agentes mercantiles y en el análisis realizado sobre los anuncios scrapeados. Observamos que una parte significativa de los anuncios de alquiler publicados no presentan una correspondencia entre la localización efectiva y la nominación de esa localización. A partir de allí, identificamos una serie de patrones de esta “relocalización nominal” vinculados con el reconocimiento de usos y costumbres más allá de las disposiciones administrativas, la “confusión” en torno a los límites barriales y una dinámica de orden rejerarquizante. Esta última, en relación con los precios, produce tendencialmente una mayor homogeneidad interna de estas subzonas, sobre todo en los extremos. Queda por profundizar la dinámica entre precios e identidades barriales, sumando al análisis factores infraestructurales –categoría de la vivienda, *amenities* y servicios, etc.– que quizás afectan su reclasificación a la luz de los desarrollos inmobiliarios de las últimas décadas.

Vimos que propietarios y agentes inmobiliarios regulan parcialmente no solo el acceso al mercado, sino también la asignación de ciertos hogares a determinados barrios (Ariztía, 2014; Besbris, 2016; Bourdieu, 2002; Mendez, 2018), a través de las estrategias de difusión

de los anuncios, la solicitud de requisitos específicos y el proceso de selección de inquilinos. De un modo similar a lo que analiza Max Besbris (2020) para la ciudad de Nueva York, la intermediación tiene la capacidad para afectar el perfil y las dinámicas de valorización que adquieren diferentes barrios. Los inquilinos, por su parte, también participan de este proceso en la búsqueda de localizaciones donde se sienten más cómodos. Esta búsqueda de una tipología de hábitat y de un barrio o zona específica afín a la propia autopercepción también conduce hacia una mayor homogeneidad estética, moral y política de los que se reconocen como vecinos.

En este sentido, si bien al inicio propusimos un abordaje crítico de las miradas del mercado como “corrosivo” para la ciudad, nos parece importante ensayar un diálogo desde nuestros hallazgos. Es decir, cómo se articulan los procesos de valuación mercantil, en tanto producción de sentidos, con las lógicas de explotación rentísticas que producen a la ciudad como un espacio organizado para el capital. Por un lado, cómo esa lógica de nominación y valoración puede estar profundizando o creando una segregación. O sea, cómo se instrumentalizan las identidades para extraer más renta. Por el otro, dada una creciente polarización entre propietarios y no propietarios, hasta qué punto las homogeneidades identitarias valoradas por inquilinos y propietarios no son socavadas por ese mismo proceso desigualador; en otras palabras ¿cómo se relacionan desigualdad patrimonial e identificación recíproca?

Referencias bibliográficas

- Ariztía, Tomás (2014). Housing Markets Performing Class: Middle-Class Cultures and Market Professionals in Chile. *The Sociological Review*, 62(2), 400-420.
- Aspers, Patrik (2011). *Markets*. Cambridge: Polity.
- Beckert, Jens (2009). The Social Order of Markets. *Theory and Society*, 38(3), 245-69.
- Beckert, Jens, y Patrik Aspers, eds. (2011). *The Worth of Goods: Valuation and Pricing in the Economy*. New York: Oxford University Press.
- Besbris, Max (2016). Romancing the home: emotions and the interactional creation of demand in the housing market. *Socio-Economic Review*, 14(3), 461-82.
- Besbris, Max (2020). *Upsold: real estate agents, prices, and neighborhood inequality*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bessy, Christian, y Pierre-Marie Chauvin (2013). The Power of Market Intermediaries: From Information to Valuation Processes. *Valuation Studies*, 1(1), 83-117.
- Bourdieu, Pierre (2002). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Bourdieu, Pierre (2018). Social Space and the Genesis of Appropriated Physical Space: FORUM. *International Journal of Urban and Regional Research*, 42(1), 106-14.
- Callon, Michel (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas, *Apuntes de Investigación del CECYP*, (14), 11-68.
- Chapelle, Guillaume, y Jean Benoît Eyméoud (2022). Can Big Data Increase Our Knowledge of Local Rental Markets? A Dataset on the Rental Sector in France. *PLOS ONE*, 17(1), e0260405.
- Cosacov, Natalia (2014). *Habitar la centralidad. Trayectorias residenciales y usos cotidianos del espacio urbano de residentes en Caballito, Buenos Aires*. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- Cosacov, Natalia; María Mercedes Di Virgilio, y Mercedes Najman (2018). Movilidad residencial de sectores medios y populares: la ciudad de Buenos Aires como punto de llegada. *Cadernos Metrópole*, 20(41), 99-121.
- D'Avella, Nicholas (2019). *Concrete dreams: practice, value, and built environments in post-crisis Buenos Aires*. Durham: Duke University Press.
- Gazzoli, Ruben (2006). Submercado de viviendas en alquiler. *Medio ambiente y urbanización: gestión urbana. Enfoques e instrumentos*, 65, 49-62.
- Granovetter, Mark (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 22.
- Harvey, David (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Labiano, Maria Florencia (2019). Primeras aproximaciones a la producción de "lo formal" en el mercado de alquileres de viviendas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *IV Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales IDAES-UNSAM*. San Martín.
- Lerena Rongvaux, Natalia, y Carolina González Redondo (2021). Políticas de renovación urbana y valorización del mercado inmobiliario y de suelo. Los distritos económicos en

- la Ciudad de Buenos Aires. *Revista de geografía Norte Grande*, (78), 163-92.
- Mendez, Maria-Luisa (2018). Neighborhoods as Arenas of Conflict in the Neoliberal City: Practices of Boundary Making Between “Us” and “Them”: Neighborhoods as Arenas of Conflict in the Neoliberal City. *City & Community*, 17(3), 737-753.
- Noel, Gabriel (2018). ¿Cuánto vale vivir en el “paraíso”? Valuaciones monetarias y morales en un mercado inmobiliario de la costa atlántica argentina. En A. Wilkis (ed.) *El poder de (e)valuar. La producción monetaria de jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Bogotá-Buenos Aires: Universidad del Rosario- Unsam Edita.
- Polanyi, Karl (1976). El sistema económico como proceso institucionalizado. En M. Godelier (comp.) *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Polanyi, Karl (2017). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Rolnik, Raquel (2019). *Urban Warfare: Housing under the Empire of Finance*. London: Verso.
- Rosanovich, Sergio (2022). Expectativa y realidad. Los efectos de la nueva Ley de alquileres en un contexto de pandemia e inflación en Argentina. *Quid* 16, 17, 121-140.
- Socoloff, Ivana. (2013). Polos, distritos y enclaves en Buenos Aires. De la pedagogía del inversor a la “inflación” de los precios del suelo. En *La Ciudad Empresa. Espacios ciudadanos y derechos bajo lógica de mercado* (pp. 67-88). Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Vatin, François (2013). Valuation as Evaluating and Valorizing. *Valuation Studies*, 1(1), 31-50.
- Visacovsky, Sergio (2019). Futuros en el presente. Los estudios antropológicos de las situaciones de incertidumbre y esperanza. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 26, 6-25.
- Weber, Florence (2008). Transacciones económicas y relaciones personales. Una etnografía después de la Gran División. *Crítica en Desarrollo*, (2).
- Zelizer, Viviana (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



DOSSIER

El valor del pasado. Un análisis etnográfico de la negociación del valor entre personas y cosas en la Feria de Anticuarios de Acassuso

Miranda Hochman¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 69-88
RECIBIDO: 23/02/2024 - ACEPTADO: 29/04/2024

Resumen

Este artículo analiza las interacciones entre personas y cosas en la Feria de Anticuarios de Acassuso, ubicada en la localidad de San Isidro, Buenos Aires. Indaga específicamente en la construcción del valor de los diversos artículos que se exponen en los puestos desde una perspectiva etnográfica, con especial atención a la dimensión material del encuentro entre las cosas y las personas. El objetivo es comprender los procesos de producción de valor y de venta de los objetos comercializados en la Feria, observando las relaciones entre feriantes, objetos y compradorxs. El artículo propone que el valor no es meramente una representación que las personas hacen sobre los objetos, sino que las propiedades materiales de las piezas, sus características más tangibles, intervienen en el establecimiento de su valor.

Palabras clave: Objetos; Materialidad; Valor; Precio; Ferias

Abstract

This article analyzes the interactions between people and things at the Antiques Fair of Acassuso, located in San Isidro, Buenos Aires. It focuses on the construction of value of the items exhibited from an ethnographic perspective, paying special attention to the material dimension of the encounter between things and people. The aim is to understand the processes of value production and sale of the objects traded at the fair, observing the relationships between sellers, objects, and buyers. The article proposes that value is not merely a representation that people make about objects, but rather that the material properties of

1. Humboldt Universität zu Berlin, mirandahochman@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0307-1926>

the pieces, their most tangible characteristics, play a key role in establishing their value.

Keywords: Objects; Materiality; Value; Price; Fairs

Introducción

Ingresar en la Feria de Anticuarios de Acassuso es sumergirse en un mundo de objetos, donde lo que impera es la superposición, la convivencia, el encuentro entre múltiples y diversas cosas: botellas, videocaseteras, libros, muñecas, cuadros, vestidos, teléfonos, lámparas, espejos, vinilos, entre otros miles de objetos. Estos pueblan las tablas, mesas, vitrinas y estantes que componen los puestos. Y entre los puestos, lógicamente, se encuentran los feriantes:² también múltiples y diversos, hombres y mujeres de todas las edades, que organizan sus piezas y esperan atentamente a potenciales compradorxs. Cada fin de semana, la Feria constituye un espacio de encuentro con texturas, olores, sonidos, imágenes y sensaciones de otros tiempos.

Este artículo pone el foco en la interacción entre las personas y las cosas de la Feria. Indaga en la construcción del valor de los diversos artículos que se exponen en los puestos desde una perspectiva etnográfica, prestando especial atención a la dimensión material del encuentro entre las cosas y las personas. Pretendo explicar cómo se conforma el valor, qué elementos intervienen, qué gestos e interacciones involucra, y cómo se constituye a partir del vínculo entre feriantes y objetos piezas. Busco también dar cuenta de la heterogeneidad de relaciones y criterios vinculados al valor al interior de la Feria, y afirmo que muchas veces estas valoraciones se superponen, contrastan o contradicen.

Comprendo aquí que “valor” no es sinónimo de “precio”. El valor es entendido como una noción más amplia que incluye, por ejemplo, dimensiones simbólicas o afectivas, materiales, saberes colectivos y jerarquías. El valor, en todo caso, puede derivar en precio a partir de la interacción entre feriantes, objetos y compradorxs, pero no lo determina de forma unívoca. En términos de Boltanski y Esquerre, en los momentos de intercambio, los objetos

se someten a una prueba que establece su valor, bien en forma de precio o mediante una valoración comparativa con otros objetos. El término «precio» hace aquí referencia al resultado de la prueba que tiene lugar cuando el objeto cambia de manos; se convierte en un hecho establecido una vez completada la transacción. El «valor», por otro lado, sirve de justificación para los precios y puede ofrecerse antes de la compra, como en el caso de un anuncio publicitario, o en respuesta al

2. En la Feria trabajan tanto varones como mujeres y de muy diversas edades. Sin embargo, la mayor parte de mis interlocutores han sido varones mayores. Quizás por una inclinación o facilidad personal, quizás porque conocí a la mayoría de mis interlocutores a través de Héctor, un feriante de unos 70 años que me introdujo al campo. Este es un sesgo del trabajo de campo que vale mencionar. Es por este sesgo que, a lo largo del artículo, utilizo el genérico masculino para nombrar a mis interlocutores. Al referirme a lxs compradorxs y visitantes, en cambio, hago uso del lenguaje inclusivo.

cuestionamiento de un precio. El valor [...] hace referencia a las propiedades que se dice son inherentes al objeto en cuestión (Boltanski y Esquerre, 2000, p. 43).

El artículo propone que el valor no es meramente una representación que las personas hacen sobre los objetos, sino que las propiedades materiales de las piezas, sus características más tangibles, intervienen en el establecimiento de su valor. Busco comprender de qué modo la materialidad, o como propone Ingold (2007), los materiales, intervienen y actúan sobre el valor de las piezas, y ello sobre las personas. Lo que sigue es entonces un intento por dejar de considerar el valor de los objetos como una mera representación simbólica que las personas les confieren, para comprenderlo en cambio como un proceso en el cual tanto humanos como no-humanos inter-actúan y se hacen mutuamente.

Con este fin, busco captar la especificidad que este proceso adquiere en la Feria de Acassuso, como un “dominio material específico” (Miller, 2001, p. 7). ¿Qué agentes participan en el proceso? ¿De qué modo el cristal, la porcelana, la madera, el hierro, el bronce, dialogan con las personas y actúan sobre el precio que les es asignado? ¿Qué nos pueden decir las superficies, las texturas, sobre la biografía de las piezas? ¿Qué aspectos importan³ a la hora de valorar un objeto?

Finalmente, analizo el modo en que el vínculo con los objetos se ve transformado a partir de la expansión del uso de plataformas de compra y venta en línea. ¿Cómo modifican las prácticas de compra y venta el uso de Mercado Libre o eBay? ¿En qué medida cambian también los modos de concebir y construir el valor de los objetos cuando el encuentro ya no se produce en un mercado físico, sino *en la nube*?

Metodología: el trabajo de campo

Este artículo se desprende de mi tesina de grado titulada “Las personas y las cosas: Una etnografía sobre la Feria de Anticuarios de Acassuso” de la Licenciatura en Antropología Social y Cultural de la Universidad Nacional de San Martín. Para dicha investigación, entre diciembre de 2020 y diciembre de 2021 visité la Feria durante los fines de semana. El trabajo de campo comenzó una vez que la Feria volvió a funcionar tras las restricciones a causa de la pandemia. Los primeros meses de la investigación estuvieron marcados por los cuidados recomendados para evitar la propagación del COVID-19, especialmente si se tiene en cuenta que muchos de los feriantes eran considerados “población de riesgo” por

3. Utilizo el término “importan” buscando traducir el concepto de “matter” propuesto por Miller (2001) para definir aquellos objetos que son relevantes en el campo y que pueden ser abordados mediante la etnografía. En su texto, escrito en inglés, Miller propone este término por sobre el de “importance” o “significance”, porque estos últimos tienden a “implicar un criterio derivado meramente de la investigación y el análisis” (2001, p.11). En cambio, “matter” admite una “asociación difusa, casi sentimental” que nos acerca más a la perspectiva nativa (además de habilitar un juego de palabras que alude a los dos significados de “matter”: como “importar” y como “materia”). Sin embargo, al no haber una definición literal de este término en el castellano, apelo a “importar”, esperando que no se pierda ese matiz etnográfico que sustenta el concepto de Miller.

su edad. La distancia física era imperativa. Muchos puestos colocaban carteles que pedían a lxs visitantes “no tocar” los objetos, aunque a veces esto se debía no al COVID-19 sino a la fragilidad de los mismos.

Con el tiempo, estos cuidados se flexibilizaron, a veces un poco más rápido que lo que las recomendaciones oficiales dictaban. El intercambio en la Feria requería múltiples contactos: la cercanía de los puestos, la convivencia de un público caudaloso, pero sobre todo, la necesidad de tocar los objetos, de pasar piezas de mano en mano, aproximarlas al rostro para sentir su olor; estas eran acciones cruciales en la tarea de mostrar, comprar y vender.

Durante el trabajo de campo me dediqué fundamentalmente a la observación con y sin participación (Guber, 2001); intenté “descubrir los marcos tan diversos de sentido con que las personas significan sus mundos distintos y comunes” (Guber, 200, p. 24). Sentada junto a los feriantes, pasé largas horas no solo en conversaciones distendidas, sino también familiarizándome con sus objetos. En mi diario de campo describí sistemáticamente texturas, propiedades de los materiales y sustancias, formas, colores, sonidos. También registré las interacciones con los objetos sostenidas por lxs visitantes. De este modo, pude no solo acercarme a las experiencias de los feriantes, sino también a las reacciones que suscitaba el encuentro con los objetos en el público en general, y las prácticas de compra y venta que tenían lugar en la Feria. Mi atención estuvo puesta en gestos, formas de manipular los objetos, sonidos y melodías, relatos y narraciones sobre el pasado; también en la interacción de las piezas con otros elementos de la Feria, con el sol, el frío, y el constante paso del tren que las hacía vibrar.

Sobre ferias, cosas y personas

Es extensa la literatura en las ciencias sociales sobre ferias situadas en diversas regiones de Argentina, tal como demuestra el minucioso trabajo de síntesis realizado por Busso (2011). Sus escritos ponen el foco en las condiciones de informalidad que caracterizan el trabajo en ferias, haciendo especial énfasis en los vínculos entre feriantes, las dinámicas sociales que allí se despliegan, los usos del espacio público y las negociaciones con gobiernos municipales o provinciales (Schiaffino y Di Nucci, 2015; Flores et al., 2017; Pérez, 2017, 2018; Pilatti, 2020).

Por fuera de estos abordajes, mayormente asociados al mundo del trabajo y el consumo, existen otras investigaciones que se concentraron en dimensiones menos exploradas. Tal es el caso de Ana Fabaron (2005), quien realizó su tesis de maestría en la Feria de Mataderos, donde indagó etnográficamente en las representaciones de la Nación que allí tienen lugar. Este interés por aspectos de las ferias menos abordados también es desarrollado en la tesis de maestría de Claudia Cardoso Goularte (2017), realizada en la feria montevideana de Tristán Narvaja, dedicada principalmente a la compra y venta de objetos usados. La etnografía de Cardoso Goularte está construida desde la experiencia de mirar, visitar y recorrer la feria, en la búsqueda de encontrar aquello que para otros pueda pasar desapercibido,

como hacen sus visitantes y puesteros. La autora se pregunta acerca de los vínculos de los feriantes con la feria, las trayectorias que los conducen a este espacio, las relaciones entre puesteros, la conexión entre la Feria y la historia del Uruguay. Su investigación presta especial atención a los sentimientos que experimentan tanto puesteros como visitantes regulares ante el encuentro con los objetos.

La propuesta analítica de este artículo retoma la perspectiva de autoras como Cardoso Goularte y Fabaron, en tanto busca dar cuenta de aspectos menos explorados del comercio en ferias. Mientras el grueso de la bibliografía sobre ferias se ha concentrado en las dinámicas sociales entre feriantes, las características del trabajo informal y las disputas políticas con los gobiernos locales, este trabajo reflexiona sobre la interacción material entre personas y objetos y la construcción del valor de las piezas que surge de dicha interacción.

Dado que el foco está puesto en los vínculos entre personas y cosas, la literatura inscripta en el campo de la antropología de las materialidades resulta fundamental. En esta línea, antropólogos como Daniel Miller (2001, 2002, 2005), Tim Ingold (2007) y Bruno Latour (1993, 2008) proponen superar el dualismo “sujetos – objetos”. Es decir, buscan dejar de considerar al aspecto material de la existencia como una simple *tabula rasa* (Ingold, 2007, p. 3), como materia inerte o pasiva sobre la que se imprimen las ideas y significados de “la sociedad”, la cual resulta a su vez reificada o fetichizada. En cambio, sugieren pensar a los objetos y a la materia que componen el mundo como agentes que intervienen activamente en los vínculos, prácticas e ideas de las personas, y que están en constante contacto tanto con humanos como con no-humanos. El objetivo, a partir de lo postulado por Miller, es promover la igualdad entre personas y cosas para reconocer su dependencia mutua; “mostrar cómo las cosas que hace la gente, hacen a la gente” (Miller, 2009, p. 24).

En lo que respecta específicamente a los objetos de colección y las antigüedades, los ensayos de Benjamín (por ejemplo, “Desempacando mi biblioteca”, de 1931), y su analogía entre el acto de coleccionar y el gesto de filosofar, me permitieron reflexionar de un modo más complejo sobre la producción del valor en la relación entre cosas y personas. Lo mismo Baudrillard (1969), quien analizó la especificidad de los objetos antiguos en contraste con objetos de carácter “técnico” o “moderno” para señalar que las piezas antiguas responden al deseo de “testimonio, recuerdo, nostalgia, evasión”. Este artículo se sustenta sobre las reflexiones de estos autores dado que ayudan a pensar los modos en que personas y objetos interactúan y producen efectos concretos, tangibles, sobre el mundo social.

Un cajón de nogal, una pieza de cristal. El contacto con la materia

En septiembre de 2020 me encontré con Gustavo en su local de antigüedades en Acassuso, en lo que fue una de mis primeras incursiones al campo, antes de que la Feria abriera después del aislamiento. En ese encuentro, Gustavo me invitó a conocer los objetos que colmaban su local. Caminamos entonces entre muebles de más de

200 años, jarrones transoceánicos, tapices que posiblemente adornaron importantes salones de antaño.

En determinado momento nos detuvimos frente a un escritorio holandés del siglo XVI-II. Gustavo abrió uno de los cajones, que se encontraba repleto de herramientas y boletas de luz. “Y bueno, yo los uso...”, aclaró entre risas de ambos. Gustavo insertó su mano en el fondo del escritorio y extrajo un cajón oculto. Lo dio vuelta para exhibir el revés, y me pidió que lo sostuviera. “¿Ves cómo está hecho esto? Pasale la mano, ¿sentís?”. Mientras cumplía el gesto, Gustavo orientaba mi percepción: “¿Sentís la irregularidad? Acá *se ve* la herramienta. ¿La sentís o no?”. Aunque mi respuesta de cortesía fue un tibio “sí... más o menos”, lo cierto es que no me fue posible captar aquello que sus palabras indicaban. La frustración fue, sin embargo, un dato: en el tacto y en la conexión del tacto con la mirada, se cifraba su saber. Gustavo podía “tocar” para “ver” una herramienta en acción tres siglos atrás. Me explicó que el cajón era de madera de nogal, que la irregularidad de la superficie indicaba que había sido hecho a mano, con una herramienta específica cuyo nombre no pude retener. Gustavo recreó el trabajo del ebanista: hizo la mímica del gesto con que este le habría dado forma al cajón. De algún modo se comportaba como un historiador indicial, que ponía en relación vestigios, huellas, indicios (Serna y Pons, 2000).

Algunos meses más tarde, ya en la Feria, me encontraba en el puesto de Esteban, un joven feriante. Conversábamos sobre los objetos que componían su mercadería cuando mencionó que tenía algunas copas de cristal y otras de vidrio. Al preguntarle por la diferencia entre ambos materiales, tomó una pieza pequeña y la expuso a la luz del sol. Inmediatamente aparecieron colores proyectados sobre el suelo y la lona verde del puesto. De este modo, Esteban quería mostrarme que el cristal, a diferencia del vidrio, refracta la luz, produciendo “el arcoíris”. Le pregunté si el sonido que se producía al golpear suavemente un objeto de cristal también servía para identificar el material. Ante mi pregunta tomó un cenicerito de cristal y lo golpeó suavemente. El cenicerito no emitió sonido. “Es un chamuyo”, sentenció.

Gustavo y Esteban me permitieron comprender los límites de la palabra a la hora de apreciar los objetos que circulan en la Feria. Sus descripciones verbales eran necesarias, pero al mismo tiempo insuficientes. Tocar, mirar, escuchar y “sentir” eran acciones fundamentales moldeadas por el oficio, de las cuales se derivaban valoraciones, “verdades” en el sentido amplio del término. ¿Qué nos pueden decir estas dos escenas sobre la forma en que las materias (humanas y no-humanas) interactúan? ¿Qué reflexiones sobre el valor de estas mercancías podemos aventurar?

Tim Ingold propone “tomar a los materiales en serio” (2013, p. 37). El autor expresa su crítica a los estudios de materialidad porque, en pocas palabras, reproducen la idea de que habría efectivamente una materialidad y, por lo tanto, una inmaterialidad (llámese mente, significados, representaciones o ideología). En cambio, Ingold concibe que estamos sumergidos en un “océano de materiales”, donde no existe un principio o un fin de la materia, sino superficies que entran en contacto, una continuidad corpórea del mundo, de elementos



Esteban mostrando la refracción de la luz sobre un cristal. Fotografía de la autora, agosto de 2021.

tanto orgánicos como inorgánicos. Propone entonces prestar atención a los materiales, a las cosas de las que están hechas las cosas (*“the stuff that things are made of”*, Ingold, 2007, p.1) y, principalmente, a sus propiedades.

En esta línea, Ingold critica los estudios de autores como Daniel Miller, por poner el foco en el consumo más que en la producción. Según Ingold, tales investigaciones toman como punto de partida “un mundo de objetos que desde ya se han [...] cristalizado fuera de los flujos de los materiales y sus transformaciones” (Ingold, 2013, p. 30), es decir, son presentados como entidades acabadas, agotadas. Sin embargo, luego de observar el consumo en la Feria, concretamente la compra y venta de piezas viejas, antiguas y demás objetos, podríamos decir que estas acciones no implican necesariamente que esas piezas se entiendan como “cerradas” en sí mismas. Más bien, ese flujo de la vida en que las piezas están insertas, según pude observar, frecuentemente era resaltado a la hora de realizar una venta: se narraba de dónde provenían los objetos, se buscaba dar cuenta de cómo se produjeron o de los cambios que habían atravesado, recurriendo a los sentidos sensoriales para ello; también se lanzaban elucubraciones sobre el destino de las piezas en el futuro. Esto, en definitiva, evidencia que las piezas continúan en el proceso de producción, aun cuando ya pueden ser consideradas bienes de consumo.

Las dos escenas etnográficas descritas al principio de esta sección (Gustavo y el cajón de nogal; Esteban y la pieza de cristal) son claros ejemplos de la concepción de los objetos inmersos en el flujo de la vida de la que habla Ingold. Gustavo me enseñó cómo el gesto del ebanista holandés, realizado hace más de 200 años, había quedado inscripto sobre la superficie del cajón. El nogal, gracias a sus propiedades, exhibía aún la huella de la herramienta utilizada para darle forma. Al pasar la mano por la madera Gustavo y yo entrábamos en contacto con aquel gesto, perpetuado en el tiempo y reactualizado en la textura del cajón. Él buscaba volver a experimentar ese contacto y me invitaba a vivenciarlo. Piel – madera – herramienta – mano son algunos de los elementos que forman parte de ese cajón, entendido como un proceso abierto y en constante transformación. Aquello que Gustavo guardaba en el escritorio también era parte de ese flujo de la vida (contenedor de boletas de servicios y herramientas) hasta tanto fuera vendido. Es posible afirmar, entonces, que los objetos exhibidos y en venta no se encuentran cerrados sobre sí mismos, sino que están sumergidos “en el océano de materia”, conviven con otros elementos materiales, interactúan y se transforman los unos a los otros.

El caso de Esteban y la pieza de cristal, por su parte, ejemplifica la interacción y convivencia de múltiples actores en ese proceso de mutua construcción de objetos y personas. Aquí, las manos del anticuario movían la pieza de cristal, el sol impactaba sobre su superficie, la luz se reflectaba sobre la lona verde, nosotros captábamos los prismas de colores con la vista. Todo esto sucedía simultáneamente y Esteban podía afirmar, a partir de esta interacción, que la pieza estaba hecha de cristal. (Re)conocer ese material, tener la capacidad de dar cuenta de la red de agentes (Latour, 2008) que conforman la pieza (incluidos Esteban y yo) permitió a este vendedor atribuir un determinado valor al objeto. En ese valor intervinieron todos los elementos mencionados; sin ellos parecía imposible identificar las diferencias entre uno y otro material y, en consecuencia, establecer jerarquías.

En la Feria registré la convivencia de muchísimos otros materiales que cotidianamente debían ser identificados para definir valores o para justificar precios frente a posibles compradorxs. Observé cómo un feriante recorría la superficie de una araña⁴ con un imán para confirmar que estaba hecha de bronce; la dueña de un puesto de vajilla colocaba una tacita contra una lámpara para corroborar que fuera de cerámica o, en su defecto, de loza; otro vendedor hablaba con sus clientes sobre la “textura del sonido” de los discos de vinilo en el aire mientras sonaba *Another Brick in the Wall* de Pink Floyd desde un viejo tocadiscos.⁵

4. Se denomina “araña” a un elemento de iluminación con un diseño específico, que posee una estructura ramificada donde se ubican múltiples velas o focos de luz, y que se suele colgar del techo en salones y hogares. Las arañas suelen estar cargadas de caireles, es decir, piezas de cristal que refractan la luz, aunque actualmente existen variados diseños y se utilizan diversos materiales. Las arañas eran un símbolo de estatus, elegancia y lujo, y continúan siendo utilizadas en la actualidad.

5. En la introducción del libro *Why some things matter* de Daniel Miller, el autor nombra el sonido como un “aspecto altamente material de la cultura” (2001, p. 15), refiriéndose al ensayo *Radio texture: between self and others* de Jo Tacchi, que forma parte del mencionado libro.

Estas son algunas de las manifestaciones de la convivencia entre agentes humanos y no humanos, entre materiales diversos que se muestran en mutua construcción. Entre las y los feriantes encontré lo que Ingold llama un “conocimiento nacido de la percepción sensorial y el compromiso práctico” que los muestra habilidosos, especializados, participantes de un “mundo de materiales” (Ingold, 2007, p. 35).

Este modo de especificar y jerarquizar las cualidades de los objetos era usual entre los así llamados “anticuarios” que conocí en la Feria. Sin embargo, no era el único. Conocí también lo que, con relación a los materiales, algunos comerciantes llamaban “vender al peso”. Ante la imposibilidad de vender algunas piezas mis interlocutores decían, en algunas ocasiones, “venderlas por su peso”. Esta fue la suerte, por ejemplo, de una estatuilla de bronce que Héctor tenía desde hacía meses exhibida en el puesto, para la que consideraba casi imposible encontrar alguien que la compre. En estos casos, se “reducía” la pieza al material del que estaba compuesta: lo que se vendía era el material en sí, no ya la forma, la función, las características estéticas, su historia o todos los otros elementos posibles que componen al objeto. Anulado todo ello, el precio se veía disminuido significativamente. En una ocasión Ricardo y Lucio se encontraban conversando sobre una araña que había vendido el primero:

“La regalé”, dijo Ricardo, refiriéndose a la araña que había logrado vender. Lucio le respondió que no le parecía mal el precio al que la había vendido. Ricardo respondió comentando los caireles que adornaban la araña: “tampoco son de plástico”, insinuando así que tampoco eran de tan mala calidad. Dijo que había tenido que venderla ‘al peso’. Pregunté qué significaba eso y me dijeron que, si tenés una pieza, por ejemplo, una araña, y pasás mucho tiempo sin venderla, conviene venderla al peso “para sacársela de encima”.

Pregunté si había un precio preestablecido para cada material y me dijeron que no, pero que por lo general el bronce se cobra \$600 el kilo. Aunque, afirmaron, siempre conviene venderla como pieza, pero eso implicaría “ponerle mucho trabajo, dejarla bien linda, es todo un trabajo...”. (Nota de campo, 09 de mayo de 2021)

Esta conversación me permitió advertir la existencia de valores para las sustancias (bronce, hierro, oro, plata, etc.) dispuestos por el mercado, que ofician de base para establecer los precios y que en algunas circunstancias se agotan en ellos. Esto sucedía cuando los comerciantes percibían que no había compradorxs dispuestxs a adquirir las piezas como tales, a valorarlas por todos los elementos que las componen, incluyendo el material pero también lo que ese material narra sobre el objeto: su historia, su origen, su paso por el tiempo. Esta falta de interés por parte de lxs compradorxs derivaba en que el precio fijado fuera mucho menor que lo que podría haber sido si hubiera habido interés. Vemos en este caso que los comerciantes decidían renunciar a ese valor para encontrar compradorxs y obtener, al menos, una ganancia posible.

A partir de lo analizado, puede afirmarse que los materiales y la forma en que las personas interactúan e intervienen sobre sus propiedades hacen a la construcción del valor de los objetos. No es lo mismo el modo en que los feriantes experimentan el vidrio que el cristal, el hierro que el bronce, la loza que la porcelana, y en ese vínculo se establecen jerarquías entre los materiales, que se expresan en sus precios. Estas jerarquías, sin embargo, no son meras “representaciones sociales” sobre la calidad de los objetos. Como explicaba Esteban, el valor también es “una cuestión de impacto” o, en otras palabras, refiere efectivamente a la experiencia, a la percepción sensorial de esos materiales. El modo en que podemos percibir visualmente, pero también a través del tacto, del olfato, el oído, el efecto de los materiales sobre nuestra propia materialidad y sobre la materialidad del resto del mundo: todo ello interviene en la configuración de su valor.

En esta línea, Ingold (2007, p. 36) señala que los materiales “no existen”, sino que “acontecen”:

las propiedades de los materiales [la translucidez de la porcelana, el tono verdoso del vidrio, la fragilidad del papel], considerados como componentes de un ambiente, no pueden ser identificadas como fijas, o atributos esenciales de las cosas, sino más bien como procesuales y relacionales. No son ni objetivamente determinadas ni subjetivamente imaginadas, sino experimentadas en la práctica. En ese sentido, toda propiedad es una historia condensada. Describir las propiedades de los materiales es contar la historia de lo que les sucede a medida que fluyen, se mezclan y mutan.

Sin embargo, como veíamos, no todas las personas percibían y se vinculaban con los materiales del mismo modo; mientras que anticuarios o coleccionistas demostraban un saber en relación con el valor de las piezas, ese “conocimiento” y “compromiso práctico” que nombra Ingold (2007, p. 35), muchas veces los compradorxs requerían demostraciones, explicaciones, ante las cuales tenían reacciones diversas. Si mostraban desinterés, los feriantes podían intentar convencerlos del valor de la pieza al invitarles a interactuar con los mismos, o a través del relato de su historia, con lo cual podría acordarse un precio elevado. Recurrían, en este caso, a lo que Boltanski y Esquerre denominan la “prueba” del valor de los objetos, como un momento en el que los materiales interactúan y sus propiedades e historias “acontecen” (Ingold, 2007). O bien, podían renunciar a este valor y conformarse con un precio más bajo para aumentar las probabilidades de vender la pieza. La interacción entre anticuarios o comerciantes y compradorxs se presentaba entonces como el escenario de una negociación, donde lo que estaba en juego para los primeros era la posibilidad de obtener dinero por el valor de la pieza en su totalidad, desde su conocimiento y compromiso práctico. Esta

negociación,⁶ las pruebas que allí tienen lugar y el contacto entre materiales, todas conforman el valor de la pieza.

Sellos de autor y muñecos Jack. En busca de la excepcionalidad

Este apartado se enfoca en las posibilidades de advertir el trabajo humano en las piezas. La presencia de “historias condensadas” en los objetos y la posibilidad de percibirlos conforman uno de los criterios que *importan* a anticuarios y coleccionistas a la hora de valorar una pieza como “especial”. Cuando diversos anticuarios y coleccionistas mostraban sus objetos, cuando explicaban por qué tenían un valor particular para ellos, frecuentemente aludían a un criterio de excepcionalidad.⁷ A continuación, trataré de describirlo según era empleado como fuente del valor de sus piezas.

La excepcionalidad de una pieza deriva de diversas razones y factores. En general, incluye a los objetos que fueron producidos artesanalmente, pero también a aquellos artículos de producción en masa que presentan características que los hacen únicos. Retomando lo desarrollado en el apartado anterior, argumento que muchas veces anticuarios y coleccionistas valoran más las huellas del pasado, las marcas de gestos únicos que le confieren al objeto su excepcionalidad, que el objeto en sí. O, más bien, se valora el objeto en tanto expresión de eso que sucedió, como “manifestación de una causa previa” (Strathern, citada en Miller, 2005, p. 18). Retomo esta definición para aproximarme a lo que les *importaba* a los feriantes en relación con sus objetos.

En primer lugar, existe el valor otorgado al trabajo humano inscrito en una pieza cuya superficie perpetúa los gestos de quien la elaboró, así como la intervención de otros elementos que le dieron forma, tal como veíamos en el caso del cajón de nogal del escritorio holandés. En una ocasión mientras conversaba con Esteban, comentó que “las cosas hechas a mano tienen más valor que las hechas en serie”. A continuación, me mostró un plato alemán pintado con oro, cuyos dibujos decorativos eran desiguales, irregulares, lo que demostraba que estaba trabajado “a mano”. La firma de su autor en el revés del plato y el sello que indicaba que había sido hecho en Alemania, ambas marcas señaladas a su tiempo por Esteban, oficiaban de evidencia, brindando verosimilitud a sus palabras.

6. El clásico texto de Clifford Geertz, *The Bazaar Economy: Information and Search in Peasant Marketing* (1978) analiza los vínculos entre los participantes del mercado de bazar en Sefrou, Marruecos. Allí, “la búsqueda de información [...] es la experiencia central de la vida en el bazar”, y la negociación constituye una “interacción en la que los desequilibrios de información son la fuerza motriz” (1978, pp. 30-31). Lo mismo sucede en la Feria de Acassuso, donde la negociación “en vivo” implica ejecutar las pruebas donde esta “información”, estos conocimientos sobre los materiales y sus propiedades, se ponen en juego. Agradezco a los evaluadores del artículo la recomendación de esta lectura.

7. Boltanski y Esquerre retoman la noción de “economía de las singularidades” desarrollada en el texto de Karpik *Valuing the Unique* (2010). El término permite distinguir entre el análisis económico “clásico”, enfocado en el intercambio de mercancías producidas en masa y un tipo distinto de enfoque que “observa las cosas buscando lo que tienen de singular”: “Como una persona, un objeto puede observarse teniendo en cuenta sus cualidades singulares y ser así investido de fuertes apegos emocionales, quizá incluso de una pasión obsesiva, como a menudo se dice que les ocurre a los coleccionistas” (Boltanski y Esquerre, 2000, p. 43).

En este sentido, retomando el análisis de Strathern, podría decirse que algunos objetos son excepcionales en tanto ponen de manifiesto el trabajo humano que le dio forma. Ese diálogo entre materiales, entre persona y materia, sucedido en otro tiempo, tiene como consecuencia la pieza que hoy se encuentra en la Feria. A veces esta autoría se explicita mediante una firma o un sello, como el que me enseñaba Esteban.

En una conversación entre Fred Myers, Barbara Kirshenblatt-Gimblett y Annette Weiner, los autores señalan que “la conexión entre la cosa y la persona es lo que establece el valor”, y también que existe un cierto interés de las personas por “encontrar, en el mundo de los objetos, algo que se diferencie por quién lo poseyó antes y que, por lo tanto, diferencia a quien lo posee ahora” (Blanco Esmoris et al., 2020, p.107). De esta forma, afirman, se produce esa “distintividad”. Encuentro que este comentario puede echar luz sobre el modo en que se produce o se establece el valor de determinadas piezas, especialmente cuando éstas pueden ser asociadas con quienes las elaboraron o las poseyeron en el pasado, a través de marcas (sellos, firmas) o características (texturas, estilos) que anticuarios y coleccionistas se ocupan activamente de identificar.

En una ocasión, mientras conversaba con José en su puesto, comentó que los coleccionistas buscaban “cosas raras”. Puso por ejemplo monedas o billetes fallados, porque son “únicos”: “como coleccionista querés tener la pieza única. Lo que menos hay, vale más”. Ese día también narró la historia de los muñecos Jack, y de cómo antes eran pintados a mano. Explicó que “Felfort contrataba a la gente del barrio, les daba muñequitos y los pots de pintura y les pagaba por pintarlos a mano. Entonces, tal vez a uno se le acababa la pintura y, como quería que le pagaran la pieza, pintaba con otro color, por lo que había variantes de color”. “Los Jack existen desde los sesenta”, siguió, “pero ahora son chinos, son perfectos, no tienen fallas ni variaciones”. Durante un rato me mostró muñecos Jack con variaciones de color ofrecidos por miles de pesos en la plataforma Mercado Libre, así como también billetes con errores de impresión, monedas falladas y otros objetos excepcionales. “El coleccionista busca la rareza, no completa la colección, sino que va buscando fallas”, sentenció José finalmente. Las fallas (o el acto creativo, según se lo enfoque), en estos casos son la huella del trabajo humano artesanal investido en la pieza; valorar esta modalidad de la presencia humana en la elaboración de un objeto puede ser también percibir las imperfecciones en el mismo, aquello que la producción y circulación de mercancías en la fase actual del capitalismo global tiende a controlar y anular. Esta misma idea puede encontrarse en la obra de David Graeber, quien afirma que “el valor emerge de la acción; es un proceso por el cual la potencia invisible de una persona –su capacidad de actuar– deviene una forma concreta, perceptible” (2001, p.45. Traducción propia). Lo que otorga valor al objeto, en este caso, es la “acción humana previa” que de alguna forma queda perpetuada en él (Sutton, 2004, p. 375. Traducción propia).

En la mencionada conversación entre Kirshenblatt-Gimblett, Weiner y Myers, este último señala que “cualquier ítem o conjunto de diferencias” puede, potencialmente, devenir

un objeto que permita a la gente distinguirse cuando lo adquiere. Los objetos coleccionables no son solamente aquellos “estéticos”, sino “todo aquello que sea capaz de diferenciarse por su escasez y su singularidad” (Blanco Esmoris et al., 2020, p. 96). Entiendo, entonces, que el criterio de “excepcionalidad” también hace referencia a la escasez de cierto tipo de objetos, al hecho de que existe una cantidad finita de ellos. Al respecto, Carlos, un coleccionista reconocido en la Feria y en el ambiente del coleccionismo, explicaba:

Cuando [un objeto] se hace masivo pierde valor, lo mismo sucede con los juguetes. No lo hacían en serie, se hacía uno, después otro... El objetivo no era coleccionar, por eso tiene valor coleccionable. Hoy en día con una peli salen 500 cosas de *merchandising*. Ya no tiene el mismo valor, lo que tiene valor son las cosas que van desapareciendo, que son difíciles de conseguir. Por ejemplo, aunque sea una Barbie, en el año 58 se hicieron muy pocas, por eso tiene valor coleccionable. Hoy todo es chineada, tienen el mismo origen. (Nota de campo, 20 de junio de 2021).

Carlos propone una idea que considero importante tener en cuenta: antes “el objetivo no era coleccionar”, y eso según él define que la pieza o la serie de piezas tengan “valor coleccionable”. Es decir, que habría habido un cambio –Carlos emplea primero el tiempo pasado y, luego, el tiempo presente para referirse a los dos tipos de objetos– definido por un pasaje de un tiempo de cosas escasas con valor coleccionable, a un tiempo de masividad, de objetos fáciles de conseguir (“chineadas”) y, por lo tanto, fácilmente acumulables (fácil de completar la serie). En este sentido, puede comprenderse que la tarea de coleccionistas y anticuarios muchas veces esté vinculada a buscar y encontrar rarezas, piezas únicas, “difíciles de conseguir”.⁸

La excepcionalidad, ya sea que está dada por una falla, porque fue realizada por determinada persona, porque es imperfecta, porque es escasa o por cualquier otro motivo, permite distinguir objetos especiales de lo que resulta considerado “chatarra” o “basura”. Como señalaba Myers en la entrevista a Weiner, “cualquier ítem [...] tiene el potencial de convertirse en un objeto cuya adquisición le permita a la gente distinguirse” (2020, p. 96). La posesión de estas piezas tiene un efecto sobre el estatus de las personas; les confiere a ellas mismas cierta excepcionalidad, les otorga la posibilidad de distinguirse de aquellos que no las poseen o que no saben reconocer que las poseen. La excepcionalidad de las piezas, en cierta

8. A pesar de que Carlos señala que el objetivo “no era coleccionar” es interesante pensar el modo en que las empresas se han hecho eco de este interés y han creado el formato de la “edición limitada”. Es decir, objetos que aun siendo industriales y creados por empresas de consumo masivo también son, en alguna medida, excepcionales. Esto mismo señalan Boltanski y Esquerre para el caso de las “firmas de lujo”: “hacen todo lo posible por establecer una identidad de marca «excepcional» mediante la fabricación de productos en series estrictamente limitadas, con tiempos de espera de meses o incluso años para sus clientes millonarios” (Boltanski y Esquerre, 2000, p. 47).

forma, impregna a sus dueños. En el sentido contrario, la “chantada” podría definirse como aquello que es ofrecido y potencialmente vendido a un precio más elevado que su valor. Sacar beneficio de piezas sin valor, mentir sobre el precio de su material o, incluso, hacer pasar una pieza como original cuando se trata de una réplica se concebía, en la Feria, como propio de “chantas”.

Ahora bien, si para los feriantes el valor de las piezas proviene de su excepcionalidad, de las huellas de la acción humana inscriptas en los materiales, ¿qué *importa* a lxs compradorxs a la hora de apreciar un objeto? Durante el trabajo de campo percibí que no siempre lxs visitantes de la Feria preguntaban o se interesaban por lo mismo que sus vendedores. Al aproximarse a un puesto, al consultar por determinados artículos, la primera pregunta por lo general concernía al precio de los mismos. Ante esto, los feriantes enunciaban el monto y ensayaban una rápida explicación que pudiera dar cuenta del valor enunciado, e intentaban cautivar a lxs potenciales compradorxs con un relato que justificara el precio. Algo semejante proponen Boltanski y Esquerre cuando afirman, como señalamos al principio del artículo, que el valor permite justificar precios y puede ofrecerse ante el cuestionamiento de los mismos. Por ejemplo, en el puesto de Esteban lxs visitantes frecuentemente señalaban un juego de vajilla y preguntaban por su costo, a lo que él siempre respondía en una misma oración de corrido: “7000 pesos, son piezas originales de cristal checo”.

Por supuesto, también encontré otros tipos de compradorxs: algunxs coleccionistas visitaban la Feria en busca de piezas excepcionales y preguntaban por objetos que podían describir minuciosamente, como es el caso de un señor que encontré preguntando por “un yo-yó de la marca Fanta del sesenta y cuatro, todo celeste, con un ribete blanco y un payasito” (Nota de campo, 20 de junio de 2021). Otros preguntaban por la utilidad de las piezas: “¿esto para qué sirve?”, “¿funciona todavía?”. Pero, sobre todo, predominaban quienes que se interesaban por los objetos que consideraban estéticamente bellos: un gesto muy frecuente consistía en señalar, a veces incluso tocar o tomar la pieza, exclamar “¡qué lindo!” para luego consultar “¿cuánto sale?”.

Finalmente, algunxs visitantes sí se mostraban más interesadxs por la trayectoria de los objetos aunque, por lo general, su interés derivaba más de una asociación con elementos de su propio pasado que el atribuible a la pieza en cuestión: “Mirá, ¡las mismas copas que tenía mi abuela!” “¡Con esos muñequitos jugábamos de chiquitos!”, escuché decir en algunas ocasiones. José narró una escena que va en este sentido: en su puesto tenía “un

9. El término “chanta” proviene del lunfardo, el lenguaje coloquial originado y hablado principalmente en Buenos Aires y los alrededores del Río de la Plata. Se utiliza para señalar que alguien es poco confiable o que busca sacar provecho de una situación por medio de trampas, engaños o estrategias poco transparentes. En el contexto de la feria, la categoría designa a quienes ofrecen “cualquier cosa”, quienes “dicen saber pero no saben” y, por lo tanto, no conocen el valor de los objetos; a quienes “chamuyan”, engañan o sacan provecho de objetos sin valor. La “chantada” podría definirse como aquello que es ofrecido y potencialmente vendido a un precio más elevado que su valor. Sacar beneficio de piezas sin valor, mentir sobre el precio de su material o, incluso, hacer pasar una pieza como original cuando se trata de una réplica se concebía, en la Feria, como propio de “chantas”.

camioncito Duravit, hermoso, naranja, bien para coleccionista”. Un día, contó, se acercó un señor y preguntó por el camión. José enseguida se dio cuenta de que no era coleccionista e intentó explicarle que se trataba de un objeto con gran valor de colección. El señor, a su vez, le contestó que le interesaba el camión porque era exactamente igual al que él había manejado toda su vida, puesto que era camionero. José describió cómo el señor se había emocionado mucho y, finalmente, adquirió el camioncito (Nota de campo, 04 de julio de 2021). Existe entonces cierta divergencia entre los criterios de valoración de los objetos por parte de feriantes y compradorxs. En el caso del camión, mientras que para José el mismo tenía valor coleccionable por el modo en que había sido confeccionado, por su belleza, por su excepcionalidad, para el señor tenía un valor ante todo afectivo, vinculado a su propia historia como trabajador.

De la travesía al *click*. Desplazamientos del valor

¿Cómo interpretar y contextualizar la expresión “difícil de conseguir” que utilizaba Carlos para definir a los objetos coleccionables? Muchos feriantes señalaron algunas de las tareas implicadas en encontrar las piezas excepcionales; tareas que, de algún modo, definen al oficio. Esas tareas implican, entre otras cuestiones, “viajar”, “conocer el mundo”, “tener plata”, “saber tratar con la gente”. De acuerdo con Carlos, antes “se movían mucho”, debían desplazarse largas distancias para encontrar objetos en otras regiones del país, en áreas rurales y pueblos distantes: “nos hacíamos viajes hasta el sur por buscar una pieza”. Estos viajes implicaban una “búsqueda”: “te ibas hasta pueblos aislados, recorrías relojerías antiguas, encontrabas repuestos. Había que conseguir plata para pagar el viaje, había costos logísticos muy grandes”. Estos tiempos, según afirmaban mis interlocutores, parecen haber pasado.

Carlos señalaba un cambio importante en el modo de trabajar y conseguir las piezas, marcado actualmente por el alcance de páginas de compra y venta *online* como Mercado Libre o eBay. “Hoy lo mirás y compras por internet y te lo mandan a tu casa”. “Ya no conseguís tanto”, seguía, “todos los lugares venden por internet, ellos hacen el envío y fin. Antes ya costaba viajar y hoy más todavía, no vale la pena el costo de ese viaje”. Es decir, antes, la tarea de ir a buscar el objeto, encontrarlo en pueblos o parajes aislados, comprarlo y llevarlo (para comercializarlo o bien para coleccionarlo), implicaba el desplazamiento de las personas, había que invertir recursos que, en definitiva, agregaban a las piezas un valor monetario expresado en el precio, pero también un valor moral y afectivo, derivado del esfuerzo que había conllevado conseguirlas y de las experiencias en el transcurso de la travesía. El valor de un objeto reflejaba todo aquello que requería desprenderlo de su lugar de origen, de su contexto, para colocarlo en una tienda o un puesto a miles de kilómetros de distancia.

Actualmente, en virtud de las plataformas de compra y venta en línea, pareciera que ese “trabajo de desprendimiento” queda puesto en cuestión. Las piezas no se encuentran ya inmersas en contextos específicos, unidas a personas concretas u otros objetos que anticuarios y coleccionistas pueden conocer de antemano. Por el contrario, podría pensarse que

no habitan “en ningún lado”, que pueden encontrarse “en la nube” y que desde ella viajan “solas”, hasta la puerta de la casa de la persona compradora.

Estas páginas habilitan una cierta amplificación en el acceso a los objetos, en tanto cualquiera que posea un dispositivo con internet y el dinero necesario puede adquirirlos. Por esta razón, podría pensarse que existen más compradorxs abocadxs a la búsqueda online de estos objetos y es por ello que, como señalaba Carlos, “hoy no conseguís tanto”. Esto no es necesariamente percibido como algo perjudicial para el oficio: muchos feriantes contaron que ellos también compran y venden por Mercado Libre, especialmente coleccionistas en busca de piezas específicas que tal vez se ofrecen en lugares lejanos y a las cuales de otro modo no podrían acceder, o deberían, como antes, desplazarse para buscarlas. Muchas veces ellos mismos las utilizaban para comparar precios o para mostrarme, con un dejo de fascinación, objetos que no tenían en sus puestos. Algunos anticuarios se quejaban de las dificultades para vender determinados artículos, pese a que los ofrecían “a un precio mucho menor que en las plataformas”, pero estas dificultades se adjudicaban más a la falta de compradorxs en general que a la alta oferta por medios digitales. Los comentarios sobre las plataformas de compra y venta más bien iban acompañados de cierto sentimiento de nostalgia o resignación ante la percepción del cambio en la forma de interactuar con compradorxs y de comercializar los objetos.

Con relación a los cambios que traen aparejadas las plataformas, resulta significativo el modo en que se transforma la relación entre las personas y los objetos en términos materiales: al comprar una pieza por internet, es imposible involucrar el tacto u otros sentidos para conocerla. La apreciación deviene únicamente visual, a través de las fotografías que acompañan la publicación del objeto. Así fue como, por ejemplo, Gustavo adquirió un mueble del 1800 por internet, pero al recibirlo en su local inmediatamente se dio cuenta de que no era tan valioso como creía: “Lo vi al toque, me lo describieron mal. Tiene cosas de su estado original, pero también tiene partes posteriores, como esta pata” (Nota de campo, 09 de septiembre de 2020). De haber podido encontrarse con el mueble antes de comprarlo, seguramente no lo hubiese adquirido o hubiese ofrecido una suma de dinero menor.

En este punto, podemos retomar el análisis que realiza Cardoso Goularte sobre la Feria de Tristán Narvaja (2017). Allí, afirma la autora, se produce una superposición de “mundos paralelos”: en los puestos conviven objetos que, de otro modo, y a simple vista, nada tienen que ver: cucharas junto a revistas, muñecas, caseteras y vajilla europea, postales junto a sombreros, son algunas de las convivencias “imposibles”. Esa superposición de mundos que convergen en el espacio de la Feria determina, en cierta medida, la experiencia de la visita y la compra. En la Feria, lxs compradorxs primero tienen que “encontrar” los objetos de valor, llamar la atención sobre piezas particulares sumidas en un rompecabezas (in)coherente de cosas (Cardoso Goularte, 2017, p.39). Recorrer la Feria implica un encuentro inusitado con objetos que se superponen, articulan significados e “instauran una comunicación” entre sí, “pareciendo estar a la espera de sus admiradores” (Cardoso Goularte, 2017, p. 39). Lxs compradorxs adoptan una actitud cuasi



Nuevo | 1 vendido

Juego De Te Vajilla Verbano

Detalles En Oro Sin Uso
Antiguo

\$ 29.900
en 12x \$ 4.829⁹⁰

[Ver los medios de pago](#)

Llega gratis entre el martes y el viernes
[Ver más formas de entrega](#)

Devolución gratis
Tenés 30 días desde que lo recibís.
[Conocer más](#)

Color: Blanco

¡Última disponible!

[Comprar ahora](#)

Juego de vajilla presentado en una publicación de Mercado Libre. Captura de pantalla de la página <https://shorturl.at/hiAGY> consultada el 20/09/2022.



A la izquierda, juego de copas exhibido en un puesto donde se superpone con otros objetos. A la derecha, el encuentro inusitado entre objetos diversos en un mismo puesto. Fotografías de la autora, julio de 2021.

arqueológica, al buscar y encontrar las piezas valiosas (Cardoso Goularte 2017, p. 41). En Mercado Libre, en cambio, las piezas se presentan casi como en un catálogo, a partir de imágenes que permiten verlas prácticamente “aisladas” del mundo. Cabe preguntarse por el efecto de esta disposición completamente distinta de los objetos en la experiencia de compra de los mismos y en la percepción de su valor.

Con estas observaciones no pretendo sumar a la nostalgia por tiempos pasados, sino simplemente consignar el modo en que se transforman tanto las relaciones entre personas y objetos como los regímenes de valor a partir de la expansión y el alcance de las plataformas virtuales. De hecho, el propio Carlos señalaba que “los cambios hay que aceptarlos”.

Conclusiones

A lo largo del artículo analicé algunos de los elementos que forman parte de la construcción del valor de los objetos en la Feria. Para esto, introduje la distinción entre valor y precio, afirmando que el valor es una noción más amplia que incluye, por ejemplo, dimensiones simbólicas o afectivas, materiales, saberes colectivos y jerarquías. Ese valor se construye en la interacción entre personas y objetos y puede devenir o justificar precios numéricos para las cosas. Sin embargo, no siempre el valor de los objetos, tal y como era percibido y experimentado por los feriantes, coincidía con las percepciones de lxs compradorxs.

Partiendo del modo en que objetos y personas se relacionan y constituyen mutuamente, el artículo da cuenta de la red de agentes (Latour, 2008) que intervienen en el acto de valorar, vender y comprar una pieza. De este modo, observamos que el valor no depende simplemente de “representaciones” o ideas mentales de las personas, sino que en el acto de valorar un objeto intervienen diversos elementos tanto humanos como no-humanos. Es en la *prueba* y en la negociación entre feriantes y compradorxs (Boltanski y Esquerre, 2000) que los materiales interactúan y acontecen (Ingold, 2010), configurándose así el valor de los objetos.

También destacué algunos de los criterios que *importan* (Miller, 2001) tanto a feriantes como a compradorxs a la hora de establecer o negociar un valor. El principio de excepcionalidad, particularmente, es central a la hora de comprender el valor de algunos objetos y el efecto de distinción de quienes los poseen.

Finalmente, analicé algunos de los cambios que están teniendo lugar en la experiencia de comprar y vender antigüedades y otros objetos a partir de la expansión del uso de plataformas digitales. Las limitaciones al contacto físico y, por lo tanto, sensorial con los objetos que caracteriza al comercio por plataformas, modifica sustancialmente el acto de la compra, así como las posibilidades reales de otorgar un valor a los artículos. El significativo aumento del comercio por plataformas plantea novedosos interrogantes que se vuelve necesario abordar, particularmente en aquellos mercados donde los materiales son protagonistas y la interacción entre personas y cosas hace a la configuración del valor, del modo en que lo he descrito en este artículo.

Referencias bibliográficas

- Baudrillard, Jean (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Blanco Esmoris, María Florencia, Faccio, Yanina y Ohanian, María Jazmín (2020). Arte y cultura material: una conversación con Annette Weiner. *PUBLICAR-En Antropología y Ciencias Sociales*, 14(28), 71-111.
- Boltanski, Luc y Esquerre, Arnaud (2000). La vida económica de las cosas. *New Left Review*, 98, 37-64.
- Busso, Mariana (2011). Las ferias comerciales: también un espacio de trabajo y socialización. Aportes para su estudio. *Trabajo y Sociedad*, 15(16), 105-123.
- Cardoso Goularte, Claudia (2017). *Tristán Narvaja: una etnografía sobre a Feira dos 'Mundos Paralelos' na cidade de Montevideo*. Disertación de maestría. Programa de Pós- Graduação em Antropologia, do Instituto de Ciências Humanas da Universidade Federal de Pelotas.
- Fabaron, Ana Clara (2005). *El campo y la ciudad. Prácticas y representaciones en torno a la idea de "argentinidad" en la Feria de Mataderos de la Ciudad de Buenos Aires* [Tesis de maestría inédita], Instituto de Desarrollo Económico y Social, Universidad Nacional de San Martín.
- Flores, Cynthia Elizabeth, Huerta, María Guadalupe, Lerda, Lucía del Rosario, y López Ramirez, Rocío (2017). *Territorios che'jes. La co-construcción de un espacio común alternativo en la Feria Isla de los Patos* [Tesis de licenciatura inédita], Universidad Nacional de Córdoba.
- Geertz, Clifford (1978). The Bazaar Economy: Information and Search in Peasant Marketing. *The American Economic Review*, 68(2), 28-32.
- Graeber, David (2001). *Toward an anthropological theory of value. The False Coin of Our Own Dreams*. Nueva York: Palgrave.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial, Norma.
- Hoskins, Janet (2006). *Agency, biography and objects*. En C. Tilley, W. Keane, S. Kuechler, M. Rowlands y P. Spyer (eds.), *Handbook of Material Culture* (pp. 74-84). Londres: SAGE Publications Ltd.
- Ingold, Tim (2007). *Materials against materiality*. *Archeological Dialogues*, 14(1). Pp. 1-16.
- Ingold, Tim (2013). Los Materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo* 7(11), 19-39. Traducción Belén Hirose.
- Karpik, Lucien (2019). *Valuing the Unique: The Economics of Singularities*, Princeton: Princeton University Press.
- Latour, Bruno (1993). *We have never been modern*. New York: Harvester Wheatsheaf.
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Miller, Daniel (2001). *Material cultures. Why some things matter*. University College London. Taylor & Francis e-Library.
- Miller, Daniel (2002). *Home possessions. Material culture behind closed doors*. Oxford: Berg.
- Miller, Daniel (2005). Materiality: An introduction. En D. Miller (ed.), *Materiality* (pp. 1-50). Durham: Duke University Press.

- Pilatti, Camila (2020). *La feria de los Patos de la Ciudad de Córdoba. Economía urbana y apropiación del espacio público, 2018- 2020* [Tesis de licenciatura inédita], Universidad Nacional de Córdoba.
- Schiaffino, Guillermo Nicolás y Di Nucci, Josefina (2015). Espacios de consumo populares: Las ferias comerciales de indumentaria en Argentina. *Geograficando*, 11(2).
- Serna, Justo y Pons, Anaclet (2000). *Cómo se escribe la microhistoria*. Madrid: Frónesis.
- Strathern, Marilyn (1988). *The gender of the gift*. Berkeley: University of California Press.
- Sutton, David (2004). *Anthropology's value(s). A review of David Graeber. 2002. Toward an Anthropological Theory of Value: The False Coin of Our Own Dreams*. New York: Palgrave.

DOSSIER

Explorando lo social en los mercados. Apuntes sobre la comercialización alternativa de alimentos

Lisandro Fernández¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 89-107
RECIBIDO: 28/02/2024 - ACEPTADO: 27/05/2024

Resumen

Los espacios alternativos para la comercialización de alimentos se han consolidado en los últimos años promoviendo un intercambio basado en objetivos y lógicas diferentes a los estándares del mercado convencional, el cual se centra exclusivamente en la acumulación de capital. Desde la perspectiva de la sociología económica se ha teorizado este proceso por medio de diversos conceptos como: mercados alternativos, circuitos, redes. La sistematización de investigaciones previas refleja tanto una complejidad empírica por su diversidad, como teórica por la creciente discusión relacionada con la “alternatividad” de estas experiencias. Por ende, el presente trabajo tiene por objetivo profundizar en la indagación sobre las similitudes y diferencias entre los principales conceptos esgrimidos por los estudios precedentes, así como también en sus dimensiones constitutivas, como puente para discutir los desafíos actuales de la comercialización alternativa, tomando como referencia a la experiencia vinculada a la agricultura familiar.

Palabras claves: Comercialización; alternativas; alimentos

Abstract

Alternative spaces for food marketing have been consolidated in recent years, promoting an exchange based on objectives and logics different from the standards of the conventional market, which focuses exclusively on the accumulation of capital. From the perspective of economic sociology, this process has been theorized through various concepts

1. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, lfernandez@fahce.unlp.edu.ar, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7949-2727>

such as; alternative markets, circuits, networks. The systematization of previous research reflects both an empirical complexity due to its diversity, and a theoretical complexity due to the growing discussion related to the “alternativeness” of these experiences. Therefore, the objective of this work is to deepen the investigation into the similarities and differences between the main concepts used by the preceding studies, as well as their constitutive dimensions, as a bridge to discuss the current challenges of alternative marketing, taking as reference to the experience linked to family farm.

Keywords: Commercialization; alternatives; food

Introducción

En la Argentina, la administración gubernamental nacional, en manos de La Libertad Avanza, busca imponer una política económica que privilegia y favorece las reglas del libre mercado como único ordenador social. Así, bajo los supuestos de la competencia perfecta, los precios de las mercancías serían asignados eficientemente y toda la sociedad se sustentaría en un mercado auto-regulado, entendido como un ámbito técnico para la teoría convencional neoclásica (Samuelson y Nordhaus, 2010), y desvinculado de todo contexto. Como consecuencia, las relaciones sociales han sido tratadas como externalidades que afectan el libre mercado (Granovetter, 1985).

Por el contrario, desde la perspectiva de la sociología económica el mercado es una construcción histórica del orden y la sociabilidad humana y, por lo tanto, han existido (y pueden existir) formas alternativas (Sánchez, 1999). En ese sentido, Polanyi (2011[1957]) señala que la idea del mercado auto regulado difiere de la realidad de las sociedades humanas a lo largo de la historia en las que la economía se arraigaba en la sociedad, lo que implica que ha estado subordinada a la política, la religión y las relaciones sociales. Concomitantemente, los trabajos que analizan los mercados desde la sociología económica consideran diversos ejes constitutivos: las redes sociales, la cultura y la confianza, las instituciones y reglas, las políticas públicas, entre otras. Desde esta mirada los mercados no son autónomos de la sociedad, sino que se encuentran conformados y articulados con diferentes aristas constitutivas de la misma. Así, los intercambios significan y conllevan un conjunto de convenciones y prácticas que la economía neoclásica no considera (Fligstein y Dauter, 2007).

Existe entonces un contrapunto analítico en torno a la concepción del mercado como ente autónomo o como una construcción social, disyuntiva que se traslada a diversos sectores de la economía, como por ejemplo la comercialización de alimentos. Esta constituye un eje central en la Argentina, ya que en el mercado mundial de cereales y oleaginosas, el país es protagonista; y a su vez, en el mercado interno se observa una elevada concentración, dificultad de acceso para los consumidores y múltiples problemáticas para los pequeños productores.

Esta situación se pone de relieve especialmente en el sector hortícola, donde el mercado predominante se compone por una oferta atomizada y un elevado número de consumidores,

particularmente en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Allí el formato de ventas convencional se realiza principalmente a través de cadenas largas de comercialización, compuesta por múltiples eslabones entre productor y consumidor, en las cuales un fletero recoge la producción de las quintas, la traslada a los mercados concentradores (donde interactúan la oferta y la demanda), y desde allí se distribuye a las verdulerías de cercanía. Esta situación deja como resultado una asimetría de poder que perjudica a los productores familiares, quienes quedan en un lugar subordinado de tomadores de precios (García, 2012). Se estima que el productor solo obtiene entre una quinta y una cuarta parte del precio final que pagan los consumidores (Caracciolo, 2019a). Este es uno de los motivos por los que la comercialización convencional es cuestionada por grupos y organizaciones de la agricultura familiar (AF) que elaboraron experiencias alternativas en todo el país (García, 2021): estas son impulsadas actualmente por actores diversos y modalidades heterogéneas. Tomando la definición del proyecto² en el cual se enmarca el presente trabajo, la comercialización alternativa de alimentos se puede considerar como aquella que combina aspectos éticos, acortamiento de la cadena y prácticas productivas respetuosas del ambiente. Aquí se toma dicha definición como una referencia general y aproximativa, ya que a lo largo de la investigación se desarrollarán los diferentes conceptos y sus implicancias

Según Caracciolo (2019a), existen cerca de 800 puntos de venta en ferias, mercados populares, cooperativas etc., en todo el país, cifra que, si bien marca la importancia de estos espacios, muestra que sólo un porcentaje reducido de los alimentos frescos se canaliza por este tipo de mecanismos. Por ende, aunque se han consolidado, está presente el interrogante sobre sus potencialidades y limitaciones para su crecimiento a futuro. Asimismo, el análisis de la literatura existente sobre el tema refleja una complejidad empírica y teórica. La primera, por los problemas de clasificación de la diversidad encontrada; y teórica, por la creciente discusión relacionada con la alternatividad de los mismos (Craviotti, 2020). Por ende, se considera pertinente identificar y analizar las particularidades de la comercialización alternativa que la distinguen de la convencional, desde la perspectiva de la sociología económica que toma en cuenta las dimensiones sociales de los mercados.

Por ende, el objetivo del presente artículo es contribuir a la reflexión sobre la construcción social de la comercialización alternativa de alimentos, mediante la revisión de la literatura existente sobre la temática. Para ello, recurre a la sistematización y análisis comparativo de los principales aportes de la bibliografía internacional y nacional, al considerar las similitudes y diferencias entre los conceptos y las dimensiones que los delimitan. Para ello se toma como exponente principal a las construcciones vinculadas con la agricultura familiar hortícola, ya que constituyen una referencia central en investigaciones previas, la política pública y la sociedad.

2. PICT 2019-2650: "La construcción de circuitos alimentarios alternativos: Actores sociales y dispositivos".

Las preguntas de investigación que guiaron el presente trabajo fueron: ¿Qué conceptos refieren al proceso de comercialización alternativa de alimentos? ¿Qué dimensiones los constituyen? ¿Cuáles son sus similitudes y diferencias? ¿Qué alcances tiene la alternativa que se proponen?

La metodología empleada para el trabajo consistió en el análisis comparado de la bibliografía internacional y nacional especializada que permitió cotejar los conceptos, haciendo hincapié en su marco conceptual, las variables clasificadoras para cada uno, las modalidades de distribución que abarcan y las dimensiones analíticas que los sustentan.

El trabajo se organiza del siguiente modo. Luego de esta introducción, se presentan los principales conceptos y términos hallados. A continuación, se identifican las dimensiones analíticas que componen las diversas perspectivas. En el tercer apartado, se desarrollan las discusiones que se desprenden del análisis teórico y de la construcción actual de los circuitos alternativos. Por último, el artículo culmina con las reflexiones finales.

Diversos conceptos para un proceso heterogéneo

La comercialización alternativa de alimentos ha recibido diversas conceptualizaciones para pensar sus características en un contexto hegemónico por la lógica del capital. Para comenzar conociendo las miradas al respecto, a continuación, se desarrollan las principales definiciones de la literatura existente vinculada a la temática.

El primer concepto que puede vincularse a la comercialización de alimentos es el de Prácticas Económicas Alternativas (PEA) utilizado en Sánchez Hernández y Gómez González (2018) y Sánchez Hernández (2021). Dicho término refiere a mecanismos de coordinación económica que se rigen con autonomía, reciprocidad y promueven valores no competitivos. Los casos incluidos en esta definición están vinculados mayormente a la alimentación, como los movimientos campesinos agroecológicos, el trueque o los comedores comunitarios. Estas experiencias difieren de las formas hegemónicas por su organización interna: la propiedad de los recursos (que puede ser colectiva), la retribución equitativa del trabajo; y la selección de los proveedores por criterios no competitivos, entre otras. Su carácter alternativo radica en que se proponen reunificar la vida y la economía, priorizando lo primero, ponderando una perspectiva gradualista en donde exista un continuo de combinaciones en las prácticas concretas entre lo capitalista y lo alternativo, discusión que se desarrollará más adelante.

Por otro lado, Caracciolo (2019a) y González et al (2012) aluden al concepto de Mercados Alternativos: conformados por aquellos que escapan a la lógica del capital, porque buscan desarrollar reformas basadas en principios no capitalistas de producir, intercambiar y consumir. Su mirada se enmarca en la perspectiva de la Economía Social, según la cual no existe separación entre propietarios de los medios de producción, los trabajadores, y quienes toman las decisiones y distribuyen los ingresos en las unidades económicas. Su objetivo central es la reproducción ampliada de la vida (mediante la satisfacción de las

necesidades de las personas). Las experiencias contempladas en esta definición, incluyen: (i) la relación directa entre productor y consumidor; (ii) productores en relación con minoristas; (iii) consumidores organizados en relación con productores; (iv) comercializadoras de intermediación solidaria; (v) Estado organizador para intermediar y; (vi) Estado organizador como comprador (Caracciolo, 2019a, 2019b).

Especialmente en el ámbito europeo se desarrolló el concepto Mercado Anidados, que incluye la comercialización de alimentos (Polman et al., 2010; Ploeg et al., 2012; Hebinck et al., 2015). Este se enmarca en las teorías de la Nueva Economía Institucional y refieren centralmente a mercados que constituyen segmentos dentro del mercado general, pero con elementos diferenciales. Se caracteriza por un precio claro, una distribución del valor en favor de los productores primarios y una estructura de gobernanza más horizontal (Ploeg et al., 2012).

Otro concepto de amplia difusión es el de Redes Alimentarias Alternativas (RAA), (Sánchez Hernández, 2009; Goodman y Goodman, 2009; Le Velly y Dufeu, 2015; Blumberg et al., 2020), para casos europeos, pero también en Argentina (Viteri, 2019; Bocco, 2022). Las RAA hacen énfasis en la reconexión (de Rezende, 2013) entre los actores, en particular entre productores y consumidores. Esto es, ante la distancia geográfica, social y económica que genera el mercado convencional de alimentos, las RAA tienen por objetivo acercar a los actores en tiempo y espacio por diversas modalidades. Esto implica la construcción de vínculos sociales y lazos con eje en el rol nutricional y cultural de los alimentos, que promuevan la confianza y formas más equitativas de gobernanza: todo lo cual genera condiciones para una distribución del valor más equitativa. Aquí, la modalidad del intercambio juega un rol central para su carácter alternativo (Corsi et al., 2018). En este sentido, uno de los aspectos destacados es la necesidad de que los alimentos lleguen con información a los consumidores (Venn et al., 2006; Maye y Kirwan, 2010), como una manera de generar confianza entre actores y también para estimar a la comida más allá de su aspecto mercantil. Una forma de hacerlo es mediante las certificaciones, o la difusión de las características de los alimentos (quién y dónde los produjo, de qué forma), o las visitas a los sitios de producción, etc. Por ejemplo, las organizaciones de la AF organizan visitas de consumidores a las quintas hortícolas.³ Otras de las variables consideradas para caracterizar las RAA son: la naturaleza del alimento (por ejemplo, que sea orgánico); el proceso de producción (producción fresca o tradicional, o a baja escala); el canal de distribución (mercados locales, cadenas cortas), el lugar de procedencia, entre otros (Sánchez Hernández, 2009).

La bibliografía también utiliza el concepto Circuito para definir las experiencias en cuestión. Aquí, en primer lugar, se encuentran los denominados Circuitos Alternativos de

3. Por ejemplo, la comercializadora Pueblo a Pueblo vinculada a la organización Federación Rural realizó una visita el día 28 de octubre de 2023, en las quintas del partido de La Plata. Ver https://www.facebook.com/photo/?fbid=419611213919653&set=pcb.419612047252903&locale=es_LA (Último acceso: 11 de enero de 2024).

Comercialización (CAC). Estos hacen referencia a actores organizados con objetivos diferentes a las cadenas convencionales, cuyos objetivos se relacionan con: (i) mejorar los precios de los productos, (ii) fomentar la autonomía de las familias productoras, (iii) garantizar la sostenibilidad socioeconómica y ambiental de los territorios, (iv) el principio de calidad en términos organolépticos (Chauveau y Taipe, 2012). En este mismo sentido, desde el enfoque de la Economía Social, Dziencielsky (2019) señala, que la comercialización alternativa pone en el centro la reproducción de la vida de los productores y los consumidores, y además genera nuevas formas de intercambio. De este modo, los CAC se definen como un “sistema de producción-comercialización-consumo solidario basado en principios de sostenibilidad ambiental, donde se reduce la presencia de intermediarios, se prioriza el beneficio para los pequeños productores y consumidores, se valoran las tradiciones y se contribuye a la soberanía alimentaria” (Riveros et al., 2011).

Otro autor que comparte la perspectiva de la Economía Social y Solidaria es Pastore (2022), quien desarrolla el concepto de Circuitos Socioeconómicos Alimentarios (CSA): se definen como construcciones de producción, trabajo, financiamiento e intermediación orientados tanto al acceso de alimentos saludables de la población, como así también al mejoramiento de ingresos y producción de la pequeñas unidades productivas agroalimentarias, y de los territorios vinculados (Pastore, 2022). Estas experiencias se proponen (i) generar un impacto positivo en el ciclo alimentario dado por la producción-circulación-distribución-consumo-deshecho, (ii) contribuir a la perspectiva de la alimentación como derecho, (iii) potenciar condiciones de trabajo y, (iv) fomentar procesos de cooperación social. En ese marco, Pastore establece tres tipos de CSA. Primero los circuitos de cercanía que tienen uno o ningún eslabón de intermediación. Segundo, los mercados institucionales, que incluyen políticas de distribución alimentaria; las experiencias de compra público, o la demanda de sindicatos, o centros comunitarios. Por último, Pastore (2022) menciona a los circuitos de logística y distribución mayorista: variante que promueve una mayor escala operativa buscando reducir los costos de logística, pero con lógica de intermediación solidaria.

Por último, es preciso mencionar a los Circuitos Cortos de Comercialización (CCC), uno de los conceptos más citados y desarrollados. La bibliografía sitúa sus orígenes en Japón en la década de 1960, a partir de la búsqueda de un grupo de productoras en alianza con consumidores a quienes les vendían alimentos sin procesamientos químicos (Furnaro et al., 2013). Partiendo de una definición general que refiere a los CCC como aquellas modalidades que se basan y propician el acercamiento entre el productor y el consumidor (Craviotti, 2020), estos han sido estudiados largamente por las investigaciones de alcance nacional e internacional. Uno de los criterios definitorios de los CCC es la cantidad de intermediarios existentes entre productor y consumidor, considerando como máximo un solo eslabón (Renting et al., 2003; Lopez Garcia, 2011; Craviotti y Soleno Wilches, 2015).

En un sentido similar al concepto de redes alimentarias, algunos trabajos señalan que los CCC hacen hincapié en el acercamiento o reconexión de las relaciones entre actores

involucrados (Renting et al., 2003; Cendón et al., 2023). Esto permite a los consumidores tener mayores conocimientos acerca de quiénes y cómo producen la comida, generando vínculos de mayor confianza entre productores y consumidores. Asimismo, los CCC promueven un mayor poder de decisión de la producción y el consumo en cuanto a qué se produce y el valor del mismo (López García, 2011).

Al tomar una de las clasificaciones de los CCC, desarrollada en Renting et al. (2003), estos se dividen en tres tipos: (i) cara a cara, donde la relación productor-consumidor se da en forma directa; (ii) relaciones de proximidad, donde la cercanía puede ser espacial, en la cual los compradores saben de dónde proviene el producto, o también pueden ser una proximidad cultural y; (iii) relaciones extendidas, donde si los productos son vendidos fuera de la región contienen información cargada para que los consumidores conozcan quiénes y cómo produjeron los alimentos.

Principales dimensiones de la alternatividad

El *racconto* de la sección anterior permitió un acercamiento a las similitudes entre los conceptos y sus definiciones, aunque también apreciar sus matices. Se observa que, a pesar de tener objetivos diversos de estudio, se comparte el interés por las experiencias opuestas o diferenciadas de la lógica del mercado auto regulado. No obstante, dentro de dicho marco se ponderan diferentes dimensiones que es necesario precisar y comparar para comprender sus particularidades. En la presente sección se analizan las mismas teniendo en cuenta que no representan límites herméticos, sino que pueden compartirse o solaparse entre autores y/o términos ya mencionados.

Al respecto, una primera dimensión refiere a la perspectiva marco de diversas definiciones. La más representativa es el paradigma de la Economía Social (González et al., 2012; Caracciolo, 2019a; Pastore, 2022), donde se pone el acento en el intercambio de alimentos basado en la generación de vínculos más equitativos entre productor y consumidor, y la construcción de nuevos paradigmas más allá, o en lugar de, la acumulación de ganancias, para vincularse con la búsqueda de sustentabilidad económica, social y territorial, o incluso con la soberanía alimentaria (Jones et al., 2010; Furnaro et al., 2013).

Una segunda dimensión se relaciona con la reconexión o la mayor proximidad tanto entre los actores sociales (Caracciolo et al., 2023), como entre estos y los alimentos, por contraposición al mercado convencional caracterizado por la des-conexión y la comida considerada exclusivamente como mercancía (Goodman y Goodman, 2009). La re-conexión permite una mejor relación entre ambos, y un mayor conocimiento sobre quiénes, cómo y dónde producen los alimentos, promoviendo vínculos de confianza y, a su vez, un re-equilibrio de poder (De Rezende, 2013; López, 2015). Al mismo tiempo, posibilita a los consumidores hacer nuevas apreciaciones sobre la comida basadas en sus conocimientos, experiencias e imaginarios (Renting et al., 2003; Cendón et al., 2023). En este sentido, la incorporación de información sobre el origen y formas de producción de los alimentos

permitiría fomentar la re-conexión (Venn et al., 2006). Un ejemplo de ello es la publicidad que realizan organizaciones de productores que informan por medio de redes sociales en la web cómo conforman el precio de los bolsones de hortalizas o el origen de las producciones que comercializan (Fernández, 2022). Otro tipo de acciones que apuntan en un sentido similar son los Sistemas Participativos de Garantía (SPG): estos son mecanismos de credibilidad que rompen con la lógica de la certificación de tercera parte. Algunos CCC los desarrollan para generar confianza de forma horizontal, participativa y autogestionada (Cuéllar 2009, citada en Sevilla Guzmán et al. 2012). Por ejemplo, en el sector hortícola de La Plata y cercanías, ciertas organizaciones de productores que comercializan variedades agroecológicas por espacios alternativos han iniciado procesos de SPG junto con organismos del sector público y universidades nacionales y, en algunos casos, participan consumidores en las jornadas de evaluación (Cieza et al., 2022).

Una tercera dimensión es la cuestión geográfica o territorial; algunos análisis señalan la necesidad de considerar el soporte físico o ecológico como parte inescindible de las RAA (Jones et al., 2010), ya sea como un soporte de las actividades económicas (Sanz-Cañada, 2014) o como organización socioespacial de todo sistema alimentario (Azevedo da Silva, 2009). La relevancia de la proximidad geográfica para la construcción de alternativas se encuentra en la posibilidad de reducir los costos de transporte, poner en valor los orígenes de la producción local, fortalecer la identidad de los alimentos locales, generar vínculos más estrechos entre sociedad y naturaleza; la circulación local del valor, y/o puede generar gobernanza y cohesión territorial (Azevedo da Silva, 2009; Pastore, 2022). Sin embargo, no existe un consenso sobre la escala espacial para delimitar los circuitos alternativos. En algunos estudios, como Bocco (2022) y Castagnino et al. (2022), la proximidad geográfica implica que el circuito no supere 100 km entre el origen de la producción y el consumo. Mientras que en Craviotti y Maréchal (2017), en entrevistas a consumidores orgánicos de Francia, lo local refiere de forma ambigua a una distancia no mayor a 20-50 kms. Si bien los enfoques territoriales ponen énfasis en el desarrollo endógeno y las iniciativas locales, algunos autores señalan los peligros del localismo que ello puede generar (De Rezende, 2013). Esto es, cuando lo local se toma como dado, y allí se pierde de vista el rol de la desigualdad y el poder existentes en los territorios (Goodman y Goodman, 2009).

Otra de las dimensiones para caracterizar las experiencias alternativas es la cantidad de intermediarios existentes entre productor y consumidores, especialmente en la definición de circuitos cortos de comercialización. El acortamiento de la intermediación, o directamente su ausencia, genera potenciales condiciones para mejorar el poder de negociación y la autonomía del sector productor, redistribuir el valor y crear vínculos de confianza entre los actores. Existen enfoques donde los CCC se definen por la nula intermediación (Carraciolo, 2016) y otras, más comunes, en las cuales estos pueden abarcar hasta un eslabón intermediario (Renting et al., 2003; López García, 2011; Craviotti y Soleno Wilches, 2015). Sin embargo, el acortamiento de la cantidad de eslabones no implica necesariamente un

acercamiento social, ya que incluso los supermercados han adoptado dicha estrategia, transformándose en el único eslabón entre pequeños productores y consumidores (Renting et al., 2003; Sevilla Guzman, 2012; Corsi et al., 2018). Por ende, es preciso considerar no solo la cantidad, sino también el tipo de intercambio y la estructura organizativa. Incluso otros autores afirman que lo esencial del acortamiento es la redefinición práctica y activa de las relaciones de poder en relación simultánea a favor de productores y de consumidores (Sevilla Guzman et al., 2012), aunque la dimensión cualitativa se puede ver potenciada con el acortamiento de eslabones. Por ejemplo, en la venta directa en las ferias, la interacción a lo largo del tiempo genera vínculos de confianza entre productor y consumidor, lo que permite a los primeros tener un rol más activo en el proceso, y a los segundos conocer cómo y quiénes producen los alimentos y, a su vez, a los productores conocer los gustos y demandas de los consumidores, lo cual retroalimenta la oferta disponible y el vínculo entre los actores.

Por otra parte, la existencia de una instancia de intermediación puede llevarse a cabo con lógicas asociadas a la Economía Social, Popular o Solidaria, este es el caso de las Comercializadoras de Intermediación Solidarias (Mosse, 2019). Estas son organizaciones que: (i) distribuyen alimentos bajo valores cooperativos con sostenibilidad ambiental y social, (ii) buscan el “precio justo” y, (iii) asumen valores cooperativos e intentan visibilizar las consecuencias del consumo más allá del acto de compra. No obstante, se debe considerar que si bien el acortamiento de la intermediación le otorga mayor participación (económica y social) al sector productivo, a su vez implica un costo de oportunidad para el mismo, debido al tiempo y esfuerzo que conllevan las tareas de comercialización, como en las ferias francas (Caracciolo, 2019b).

Por último, un elemento clave para la caracterización se vincula el aspecto económico, esto hace referencia a la valuación de los alimentos, el destino del excedente, y la distribución del valor más equitativa (Renting et al., 2003; Lopez Garcia, 2011; Riveros et al., 2011; Ploeg et al., 2012; Craviotti y Soleno Wilches, 2015). En oposición a la acumulación ampliada del capital, se postulan valores ligados a la reutilización del excedente, la circulación local del dinero, la acumulación solidaria (Cruz, 2011, citado en Pastore, 2022; Caracciolo, 2019a), o buscan la mejora de los ingresos de los pequeños productores y/o para los consumidores, lo que múltiples experiencias de organizaciones de la AF denominan precio justo⁴ (García, 2021; Fernández, 2022). Concomitantemente, al valuar los alimentos en la comercialización alternativa intervienen otros factores además de los costos, tales como los vínculos intersubjetivos y las motivaciones ideológicas de los actores (Dziencielsky y Laborda, 2020).

Particularmente en el sector hortícola, la valuación en las experiencias alternativas de la AF considera elementos diferenciales respecto al circuito convencional. En ciertas

4. Existe un debate acerca de lo que se considera precio justo, y a quien/es beneficia (Ver Aruguete, 2021; Fernández, 2022).

experiencias se definen los precios en forma colectiva, en asambleas, procurando establecer niveles inferiores al mercado hegemónico. En otras experiencias, se toma el precio de los productores y se le suma un porcentaje vinculado a la logística y a las tareas de comercialización (Caracciolo, 2019a; Dziencielsky y Laborda, 2020). En Argentina, numerosas comercializadoras exhiben los criterios para la determinación del precio y la estimación del costo del trabajo (Fernández, 2022), como una forma de reflejar sus diferencias con las cadenas de ventas y abastecimiento hegemónicas, elemento que contribuye a establecer mayor cercanía, conexión o transparencia entre productores y consumidores.

En el mismo sentido, una característica sustancial es la distribución de los ingresos hacia dentro de cada organización. Diversos trabajos señalan que los circuitos de venta alternativa permiten una mayor proporción del precio final apropiado por los sectores productivos (Azevedo da Silva, 2009; López García, 2011; De Rezende, 2013; Furnaro, et al., 2013; Hebinck et al., 2015). En el caso de la horticultura, dentro de los esquemas comerciales que reseñamos, al eliminar eslabones de intermediación, el/la agricultor/a, tiene un mayor poder de negociación en la fijación de los precios (Caracciolo, 2019a). Aunque la información empírica sobre la mejora en la distribución del valor es escasa y fragmentada, estimaciones previas afirman que, en los procesos de intermediación solidaria, los productores obtienen un piso de entre el cincuenta y el sesenta por ciento del precio final (Pastore et al, 2021). En Fernández (2022) se observa que, en las experiencias de distribución de bolsones de hortalizas en La Plata, el sector productivo obtiene aproximadamente entre un 60% y un 70% del precio final, dependiendo de las tareas asumidas por cada actor. Más allá de esta ventaja, el problema es la baja escala de las mismas (Caracciolo, 2019a) y/o el esfuerzo en términos de tiempo que demanda la actividad para los productores, lo que exige a los productores a continuar vendiendo por medios convencionales.

Discusiones en torno a su caracterización y alternatividad

El análisis de las diversas variables ayuda a comprender sobre qué bases se asienta un proceso que en Argentina cuenta con años de crecimiento y consolidación, especialmente durante el siglo XXI: las construcciones de este tipo (específicamente en el ámbito hortícola) se han arraigado como una referencia para los productores, los consumidores, la política pública y el público en general (Craviotti, 2020; Cendón et al., 2023). Si bien existe una diversa experiencia en todo el país con diferentes grados de desarrollo, en la actualidad persisten controversias respecto al alcance teórico, sus potencialidades y desafíos para generar transformaciones integrales.

Un primer eje de controversia son los diversos términos utilizados para referirse a las experiencias alternativas, ya sean red, circuitos, mercados o prácticas, aunque en algunos casos se presentan en forma articulada o yuxtapuesta. Son escasos los trabajos que diferencian explícitamente dichos conceptos o términos (Renting et al., 2003; Ploeg et al., 2012), ya que incluso los mismos pueden compartir características, dimensiones o estar englobados

uno dentro del otro (Craviotti, 2020). Chauveau y Taipe (2012) señalan que el término Circuito se diferencia de Cadena porque el primero contempla diversos alimentos, y el segundo analiza la conformación de uno solo. Asimismo, Azevedo da Silva (2009, citando a Castillo, 2005) menciona que dicha diferencia se encuentra en la dimensión territorial del trabajo que implican los circuitos. Mientras que otros trabajos señalan que el término Red puede asociarse con las concepciones de tipo territorial (Pastore, 2022; Cendón et al., 2023).

Mientras que, por otro lado, en Ploeg et al. (2012) se ponen de manifiesto las diferencias entre las RAA y los mercados anidados, aunque con matices. Según su análisis, las primeras actúan guiadas por el voluntarismo, niegan las luchas de los productores y su foco se centra en el norte y occidente del mundo.

Otro eje de debate se refiere al alcance de la alternatividad de las experiencias estudiadas. En diversos trabajos de investigación aparece la tensión entre el objetivo de construir lógicas y prácticas contrahegemónicas (López García, 2015), y los límites en un contexto dominado por la lógica del capital. Al respecto, Maye y Kirwan (2010) señalan que lo alternativo es cada vez más difuso, porque las líneas divisorias entre una experiencia al margen del actual sistema predominante y otra con puntos de contactos, son cada vez más lábiles. También Sánchez Hernández (2021) afirma que no es posible pensar las construcciones en términos binarios alternativo/convencional, ya que ninguna experiencia se desarrolla sin contradicciones con relación a la provisión de insumos en el mercado, los medios de difusión que emplean, las relaciones de trabajo, etc. (Sánchez Hernández, 2021). En relación con este punto, para Goodman et al. (2012), lo alternativo no es necesariamente la oposición total al capitalismo hegemónico, sino que refiere a las nuevas formas de distribuir alimentos que conviven con el sistema. En un sentido similar, para otros estudios la comercialización alternativa es una línea de fuga (Bocco, 2022) o actúan dentro de la política de lo posible (Jones et al., 2010).

Otro aspecto relativo al grado de alternatividad es el vínculo entre los circuitos alternativos y la agroecología. Desde un punto de vista, dado que la producción agroecológica promueve la diversificación de las variedades, por caso en la horticultura, los circuitos alternativos serían más favorables para su distribución ya que promueven un consumo más diverso y estacional. Además, la agroecología implica la búsqueda de nivelación de las desigualdades a partir de cosmovisiones y recursos endógenos, lo que conlleva a potenciar los CCC para establecer relaciones de confianza entre los actores (Sevilla Guzman et al., 2012). Estos se articulan en la necesidad de mayor previsibilidad, planificación y diversificación de las unidades productivas (Cieza et al., 2022). Adicionalmente, los CCC ahorran energía y fomentan los ingresos locales, lo cual concuerda con el planteo agroecológico (Egea Fernández y Egea Sánchez, 2013). No obstante, el vínculo no siempre es claro o explícitamente definido, ya que algunos autores marcan que los espacios de comercialización alternativos no siempre son condición necesaria para promover la AE (Mier y Terán, 2018; García, 2021). Entre otras cuestiones, esto se debe a la baja incidencia de los circuitos alternativos sobre

el total de las ventas, como señala García (2021) para el caso de la horticultura platense, o López García (2011) para el caso de algunos países europeos.

Como premisa para profundizar en futuros trabajos, se sostiene que lo distintivo o alternativo de estas experiencias en la actualidad es la generación de una distribución del valor más equitativa, concretamente un mayor porcentaje del precio final apropiado por el sector productivo como, por ejemplo, la agricultura familiar (Caracciolo et al., 2023; Cendón et al., 2023). Según las investigaciones para casos de la AF en Argentina, este objetivo se alcanza parcialmente si se tiene en cuenta el precio por unidad vendida, pero la reducida escala de ventas exige al sector productivo continuar en los circuitos convencionales (Craviotti, 2020).

Es por ello que diferentes organizaciones de la agricultura familiar desarrollan experiencias con el objetivo de generar mayores volúmenes de distribución, las cuales pueden englobarse dentro de los circuitos socioeconómicos con distribución y logística mayorista de alimentos (Pastore, 2022). Algunas de las más importantes en la actualidad son las de la (i) Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT); (ii) Alta Red; (iii) Todos comen; (iv) Pueblo a Pueblo; (v) Más cerca es más justo; (vi) Red de alimentos cooperativos, entre otras.⁵ Por medio de las mismas, se procura tener mayor alcance territorial y de ventas, con una multiplicidad de alimentos, intentando sostener un mayor porcentaje del precio final destinado al sector productivo. Tal como señalan Caracciolo (2019a) y Caracciolo et al. (2023), estos procesos marcan que la inclusión de la agricultura familiar en proyectos sociopolíticos más amplios es necesaria para aspirar a experiencias económicas sostenibles. Similarmente, Mier y Terán et al. (2018) destacan que las RAA de los movimientos sociales que estudian promueven la agroecología y potencian su acción transformadora cuando las utilizan como esferas de acción sociopolíticas.

En relación con la búsqueda de crecimiento, en los últimos años, especialmente desde el aislamiento por COVID-19, se observa una multiplicidad de estrategias de distribución y abastecimiento a diferentes tipos de consumidores. Organizaciones como la UTT, o Pueblo a Pueblo (vinculada a la Federación Rural) abrieron locales de venta minorista, donde ofrecen variedades hortícolas agroecológicas y/o convencionales; igualmente distribuyen bolsones por medio de nodos de consumidores y participan en ferias. También crece la compra vía web (como lo hace la comercializadora Todos Comen). Por otro lado, es relevante el fomento que realizan universidades nacionales a la organización de ferias de venta directa o la entrega de bolsones, tal es el caso de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Buenos Aires o la Universidad Nacional de Quilmes, por mencionar solo tres.

5. Ver por ejemplo Agencia Tierra Viva (2021); Aruguete (2021); Vales (2021), El Diario AR (2021). La sistematización de las experiencias en Argentina excede los objetivos de este trabajo, aquí se mencionan algunas de las que desarrollan un trabajo a gran escala.

A la par del mayor crecimiento (territorial y de escala) surge el interrogante sobre las posibilidades de sostener la re-conexión y los vínculos de confianza entre productor y consumidor, o el mayor poder de negociación y toma de decisiones por parte del productor (García, 2021). Sobre este punto, Le Velly Defeu (2015) señalan que el escalamiento no necesariamente es un hecho negativo porque se puede sostener un vínculo entre los actores con visitas a los lugares de producción, *newsletters*, o medios similares. En coincidencia, Caracciolo (2019a) sostiene que la distribución mayorista no debería significar un retroceso al anonimato por parte de la AF, ya que las comercializadoras solidarias cuentan con herramientas de comunicación para seguir fortaleciendo los vínculos entre productores y consumidores. Incluso, Barros y Dumrauf (2021) afirman que la comercialización de la AF dentro de la economía social y solidaria no se reduce únicamente a la ampliación de los volúmenes, sino que se trata de generar nuevas relaciones sociales que promuevan otra economía, otorgándole suma importancia a los vínculos de intercambio generados.

En torno al escalamiento y las alternativas para superar las limitaciones que plantea, se coincide con trabajos previos que destacan la necesidad del rol estatal a lo largo de todo el circuito, con la idea de que el sector público pueda absorber parte de los gastos operativos, de infraestructura y de trabajo, pero también pueda que apuntalar la ampliación de las escalas de comercialización que prioricen la sostenibilidad económica del sector popular productor de alimentos (Caracciolo, 2019b; Barros y Dumrauf, 2021; Aruguete, 2021).

Reflexiones finales

El trabajo de revisión y análisis de la literatura sobre comercialización alternativa de alimentos permitió profundizar el estudio sobre las dimensiones que caracterizan a dichas experiencias al cotejar sus términos, conceptos y variables constitutivas. Su permanencia y consolidación exhibe la falacia de las propuestas basadas en el mercado autorregulado que lo consideran un mecanismo meramente técnico, propio de la economía *mainstream*. Asimismo, la sistematización de los ejes sobre los que se asientan las construcciones alternativas apunta a dilucidar algunos de los puntos de debate en la actualidad en torno a las posibilidades y desafíos para su crecimiento, en pos de aspirar a la transformación del modelo convencional.

Del estudio de los principales autores y dimensiones de análisis, se observó la utilización de términos y conceptos semejantes o equivalentes para hacer referencia a un proceso de organización que, con modalidades y estrategias heterogéneas, ha institucionalizado un intercambio comercial basado en lógicas y objetivos alternativos al circuito hegemónico. Entre ellos podemos mencionar la búsqueda por construir vínculos más cercanos entre los actores sociales (productores y consumidores principalmente) o los mejores ingresos para el sector productivo, comúnmente el más perjudicado. Asimismo, emerge como elemento compartido la impugnación al modelo actual de distribución de alimentos, y la correspondiente necesidad de cambio o transformación.

En ese sentido, uno de los principales aspectos a indagar en futuras investigaciones son los reales alcances (territoriales, económicos y sociales) de estas experiencias, así como también examinar si se trata de un nicho dentro del mercado general de alimentos, o si existen aristas por las cuales es posible fortalecer sus dinámicas para desplazar el actual modelo hegemónico. Para ello, uno de los principales desafíos (considerado en este artículo) es el crecimiento de la escala de volumen distribuido y de su territorialidad sin perder (o minimizando la pérdida de) la re-conexión entre los actores, que es uno de los pilares de la construcción de alternativas. En este sentido, se coincide con la apreciación de que el establecimiento de experiencias colectivas amplias como realizan organizaciones de la agricultura familiar (UTT, Pueblo a Pueblo) o la conjunción de cooperativas son fundamentales para la expansión y alcance de diferentes tipo de consumidores, pero también será necesaria la intervención integral y sistemática del sector público para aportar soluciones en cuestiones de logística, costos y escalas.

Se advierte por otra parte, que si bien hasta el momento la comercialización está dominada por la lógica del capital, las experiencias alternativas contribuyen a generar tensiones que desplazan los límites de lo posible en pos de cambios en la forma actual de abastecimiento de alimentos, particularmente con relación a la generación de una distribución equitativa del valor, una característica compartida en múltiples definiciones analizadas en el trabajo.

Más allá de los diversos conceptos utilizados para referirse a los circuitos alternativos, los mecanismos de distribución, los actores protagonistas y su consolidación en los últimos años, quedan múltiples desafíos pendientes para fortalecer sus procesos, ya sea desde las organizaciones, la política pública o el sector consumidor. Sin menospreciar las diferentes dimensiones que componen estos circuitos, uno de los objetivos prioritarios a corto plazo refiere a la necesidad de incrementar sus escalas (territoriales y de ventas) de abastecimiento, al mismo tiempo que el sector productivo pueda obtener una proporción más equitativa del precio final.

Si bien en los días presentes la administración gubernamental nacional en la Argentina intenta imponer la lógica del mercado autorregulado a todos los ámbitos de la sociedad, las construcciones relativas a la comercialización de alimentos alternativos evidencian con su trabajo diario, su capacidad de organización y sus propuestas, que es posible otra forma de llevar a cabo la distribución, el abastecimiento y el intercambio de la comida en el país. Para su fortalecimiento y crecimiento será necesario profundizar los debates tanto en el ámbito académico como en el de la política pública; se espera que el presente trabajo sea una contribución en ese sentido.

Referencias bibliográficas

- Agencia Tierra Viva (2021, 23 de noviembre). Alta Red, una alianza cooperativa para la alimentación sana y los precios justos. *Agencia Tierra Viva* <https://agenciaterraviva.com.ar/alta-red-una-alianza-cooperativa-para-la-alimentacion-sana-y-los-precios-justos/>
- Arugete, Natalia (2021, 19 de diciembre). La otra cadena agroalimentaria. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/389882-la-otra-cadena-agroalimentaria>
- Azevedo da Silva, Clacio (2009). La configuración de los circuitos «de proximidad» en el sistema alimentario: Tendencias evolutivas. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (54), 11-31.
- Barros, Ana y Sergio Dumrauf (2021, 18 a 22 de Octubre). Comercializadora Universitaria La Justa. Experiencia de intermediación solidaria y economía popular en el marco de la pandemia. Ponencia en *XII Jornadas de Investigación, Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional*, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata, 448-455.
- Blumberg, Renata; Helga Leitner, y Kirsten Cadieux (2020). For food space: Theorizing alternative food networks beyond alterity. *Journal of Political Ecology*, 27(1), 1-22.
- Bocco, Romina (2022). Redes agroalimentarias comunitarias ¿Qué (en)traman? *Otra Economía*, 15(28), 241-255.
- Bos Elisabeth, y Luke Owen (2016). Virtual reconnection: The online spaces of alternative food networks in England. *Journal of Rural Studies*, (45), 1-14.
- Calo Inés; Tomás Giménez; Eduardo Real, y Henk Renting (2012). Circuitos cortos de comercialización en Andalucía: Un análisis exploratorio. *Revista española de estudios agro-sociales y pesqueros* (232), 193-227.
- Caracciolo, Mercedes (2016). *Situación de la institucionalidad de apoyo a la innovación comercial y de los procesos de gestión comercial de la agricultura familiar en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: IICA.
- Caracciolo, Mercedes (2019a). Espacios comerciales alternativos de la agricultura familiar: Criterios para su análisis y diferenciación. En M. L. Viteri, S. Dumrauf y M. Moricz (Eds.), *Mercados: Diversidad de prácticas comerciales y de consumo* (pp. 133-160). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: INTA.
- Caracciolo, Mercedes (2019b). Circuitos cortos de producción, comercialización y consumo en la Agricultura Familiar y la Economía Social, Popular y Solidaria: tipología propuesta de políticas. *Realidad Económica*, 49 (329), 134-151.
- Caracciolo, Mercedes; Verónica Dziencielsky; Luis Mosse, y María Celia Vittar (2023). *Circuitos cortos comerciales de la agricultura familiar, campesina e indígena en Argentina y su contribución al desarrollo territorial*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Huvaití Ediciones.
- Castagnino, Ana María; Karina Díaz; Rodrigo Galizio, y María Laura Cendon (2022). Estudio del consumo latinoamericano de frutas y hortalizas locales “Km 0”. *Horticultura Argentina*, 41(106), 66-102.
- Cendón, María Laura; Mariana Bruno; María Victoria Lacaze; María Celeste Molpéceres, y María Laura Zulaica (2023). La conceptualización de los canales cortos de

- comercialización. *Debates en Sociología*, (57), 273-296.
- Chauveau Christophe, y Diana Taipe (2012). *Circuitos alternativos de comercialización. Estrategias de la agricultura familiar y campesina*. Quito: Ministerio de Agricultura Ganadería Acuacultura y Pesca.
- Cieza, Ramón; Cecilia Seibane; María Paula May; Guillermina Ferraris; Lorena Mendicino, y Gustavo Larrañaga (2022). Incorporación del enfoque agroecológico en sistemas productivos de La Plata y territorios de cercanía. *Revista De La Facultad De Agronomía*, 121(1), 087.
- Corsi, Alessandro; Filippo Barbera; Egidio Dansero, y Cristiana Peano (2018). *Alternative Food Networks: An Interdisciplinary Assessment*. Cham: Springer International Publishing.
- Craviotti, Clara (2020). Circuitos cortos de comercialización. (Argentina, 2000-2019). En J. Muzlera y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del agro iberoamericano* (pp. 301-306). Buenos Aires: Teseo Press.
- Craviotti, Clara, y Ronald Soleno Wilches (2015). Circuitos cortos de comercialización agroalimentaria: Un acercamiento desde la agricultura familiar diversificada en Argentina. *Mundo Agrario*, 16(33), 19.
- Craviotti, Clara, y Gilles Maréchal (2017, 7 a 10 de noviembre). Sistemas alimentarios de proximidad y agriculturas deslocalizadas: Reflexiones a partir de la producción láctea bretona. Ponencia en *X Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
- De Rezende, Carvalho (2013). Alternative agri-food networks: Convergences and differences in the evolution of markets. *Agroalimentaria*, 19(37), 17-39.
- Dziencielsky, Verónica (2019). La comercialización alternativa de alimentos en la ciudad de Buenos Aires: Fortalezas y desafíos ante los capitales concentrados. En *II Congreso Nacional de Economía Social y Solidaria La economía popular ante la crisis. Por la defensa de derechos y hacia una economía social y ambientalmente sostenible*. Quilmes, Argentina.
- Dziencielsky, Verónica, y Valeria Laborda (2020). El valor de la intermediación solidaria. *Idelcoop* (28), 13-40.
- Diario AR (2021, 12 de agosto). Qué es y cómo funciona Alta Red, la primera federación de comercializadoras solidarias de alimentos agroecológicos. *Diario AR*. https://www.eldiarioar.com/servicios/funciona-alta-red-primera-federacion-comercializadoras-solidarias-alimentos-agroecologicos_1_8215088.html
- Egea Fernández, y Egea Sánchez (2013). *Canales cortos de comercialización, soberanía alimentaria y conservación de agrobiodiversidad*. Documento electrónico: <https://www.agroecologia.net/recursos/publicaciones/actas/cd-actas-xcongresoseae/actas/comunicaciones/103-canales-egea.pdf>
- Fernández, Lisandro (2022). Dinámicas de valuación en circuitos alternativos de comercialización. Estudio de caso de los bolsones de hortalizas en La Plata (Buenos Aires, Argentina), 2015-2022. *Mundo Agrario*, 23(53).
- Fligstein Neil, y Luke Dauter (2007). The Sociology of Markets. *Annual Review of Sociology*, 33(1), 105-128.

- Furnaro, Andrea; Eduardo Ramírez; Pilar Eguillor; Ema Laval; Daniela Acuña; Natalia Sotomayor, y Álvaro Urzúa (2013). *Cómo vender en circuitos cortos. Desafíos y oportunidades para la agricultura familiar campesina*. Santiago de Chile: Rimisp.
- García, Matías (2012). *Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platenense en los últimos 20 años. El rol de los horticultores bolivianos*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de La Plata.
- García, Matías (2021). Los canales alternativos de comercialización y el desafío del eslabón más débil, en F. González, P. Vértiz y J. Seoane, *El precio de los alimentos: dinámicas globales y soluciones locales* (pp. 24-32). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Instituto Tricontinental de Investigación Social.
- Gonzalez, Edgardo; Mariana Moricz, y Sergio Dumrauf (2012). *Modalidades alternativas de comercialización en la Agricultura Familiar*. Documento electrónico, disponible en https://www.trabajosocial.unlp.edu.ar/uploads/docs/gt10___modalidades_alternativas_de_comercializacion_en_la_agricultura_familiar_.pdf
- Goodman, David, y Michael Goodman (2009). *Alternative Food Networks*. En R. Kitchin y N. Thrift *International Encyclopedia of Human Geography* (pp.208-220). Amsterdam: Elsevier
- Goodman, David; Melani DuPuis, y Michael Goodman (2012). *Redes de alimentos alternativos. Conocimiento, práctica y política*. Nueva York: Routledge.
- Granovetter, Mark. (1985). Economic action and Social Structure. The problem of Embeddedness. *American Journal of Sociology*, 91(3), 481-510.
- Hebinck Paul; Sergio Schneider, y Jan Douwe van der Ploeg (2015). The construction of new, nested markets and the role of rural development policies: Some introductory notes. En P. Hebinck, S. Schneider, y van der Ploeg, J. Douwe (Eds.), *Rural Development and the Construction of New Markets* (pp. 1-15). New York: Routledge.
- Jones Owain; James Kirwan; Carol Morris; Henry Buller; Robert Dunn; Alan Hopkins, y Jeff Wood (2010). On the Alternativeness of Alternative Food Networks: Sustainability and the Co-production of Social and Ecological Wealth. En Fuller, Jones, y Lee (Eds.), *Interrogating Alterity: Alternative Economic and Political Spaces* (pp. 95-109). Oxford: Ashgate.
- Le Velly Ronan, e Ivan Dufeu (2015). Alternative food networks as “market agencements ”: Exploring their multiple hybridities. *Journal of Rural Studies*, 43, 173-182.
- López García, Daniel (2011, 6 y 7 de mayo). Canales cortos de comercialización como elemento dinamizador de las agriculturas ecológicas urbana y periurbana. Ponencia en I Congreso Estatal de Agricultura Ecológica Urbana y Periurbana. 1-15. Elx, España
- López García, Daniel (2015). *Producir alimentos, reproducir comunidad. Redes alimentarias alternativas como formas económicas para la transición social y ecológica*. Madrid: Libros en Acción.
- Maye Damian, y James Kirwan (2010). Alternative food networks. *Sociopedia*, 1-12.
- Mier y Terán, Mateo; Giraldo, Omar; Aldasoro, Maya; Morales, Helda; Ferguson, Bruce; Rosset, eter; Khadse, Ashlesha y María Campos (2018). Bringing agroecology to scale: Key drivers and emblematic cases, *Journal Agroecology and Sustainable Food Systems*, 42 (6): 637-665.

- Mosse, Luis (2019). Organizaciones de intermediación solidaria en el Área Metropolitana de Buenos Aires. En M. L. Viteri, S. Dumrauf, & M. Moricz (Eds.), *Mercados: Diversidad de prácticas comerciales y de consumo* (pp. 173-184). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: INTA.
- Pastore, Rodolfo (2022). Crisis alimentaria y circuitos socioeconómicos de la economía popular, social y solidaria. *Otra Economía*, 15(28), 146-165.
- Pastore, Rodolfo, Niño, Laura, y Arnaiz, Christian (2021). Intermediación solidaria y circuitos socioeconómicos frutihortícolas. *Revista de Ministerio de Desarrollo Agrario*, 2(2), 37-41.
- Ploeg, J. van der (2016). Theorizing Agri-Food Economies. *Agriculture*, 6(3), 30. <https://doi.org/10.3390/agriculture6030030>
- Ploeg J. D. van der; Jingzhong, y Sergio Schneider (2012). Rural development through the construction of new, nested, markets: Comparative perspectives from China, Brazil and the European Union. *Journal of Peasant Studies*, 39(1), 133-173.
- Polanyi Karl (2011[1957]). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Polman Nico; Schans Jan van der Ploeg; Jan Douwe; y Krijn Poppe (2010). Nested markets with common pool resources in multifunctional agriculture. *Rivista di Economia Agraria*, 65(2), 295-318.
- Pueblo a Pueblo (2023). https://www.facebook.com/photo/?fbid=419611213919653&set=pcb.419612047252903&locale=es_LA
- Renting Henk; Terry Marsden, y Jo Banks (2003). Understanding Alternative Food Networks: Exploring the Role of Short Food Supply Chains in Rural Development. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 35(3), 393-411.
- Riveros Hernando; Margarita Baquero; Adriana Paredes; Lautaro Andrade; Demeus Wolfgang; Carlos Jácome, y Mauricio Jerez (2011). *Enfoques de Asociatividad entre Actores del Sistema Productivo: Conceptos, Casos Reales y Metodologías*. Quito: IICA Y CONCOPE.
- Samuelson Paul, y W. Nordhaus (2010). *Economía con aplicaciones a Latinoamérica*. México DF: McGraw Hill
- Sánchez, Arturo (1999). La crítica de la economía de mercado en Karl Polanyi: El análisis institucional como pensamiento para la acción. *Reis* (86), 27-54.
- Sánchez Hernández, José Luis (2009). Redes alimentarias alternativas: Concepto, tipología y adecuación a la realidad Española. *Boletín de AGE*, (49), 185-207.
- Sánchez Hernández, José Luis (2021). Los mecanismos organizativos de las prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 67(3), 417-440.
- Sánchez Hernández José Luis, y Alejandro Gómez Goncalvez (2018). Los participantes en las prácticas económicas alternativas de la ciudad de Salamanca. Ponencia en *XVII Congreso Internacional de Investigadores en Economía Social y Cooperativa*, Toledo, España.
- Sanz-Cañada, Javier (2014). Sistemas agroalimentarios locales y multifuncionalidad. Un enfoque de investigación en alimentos, ciencias sociales y territorio. En del Valle-Rivera, M Carmen (Ed.), *El desarrollo hoy. Hacia la construcción de nuevos paradigmas* (pp. 87-103).

- Universidad Nacional Autónoma de México:
Sevilla Guzmán; Montiel Marta; David Gallar Hernández; Isabel Vara Sánchez, y Angel Calle Collado (2012). *Canales cortos de comercialización alimentaria en Andalucía*. Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces, Consejería de la Presidencia e Igualdad, Junta de Andalucía.
- Vales Laura (2021, 9 de febrero). “Todos Comen” llegará con sus alimentos a todo el país. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/322503-todos-comen-llegara-con-sus-alimentos-a-todo-el-pais>
- Venn Laura; Moya Kneafsey; Lewis Holloway; Rosie Cox; Elizabeth Dowler, y Helena Tuomainen (2006). Researching European «alternative» food networks: Some methodological considerations. *Area*, 38(3), 248-258.
- Viteri, María Laura (2019, 5 a 8 de noviembre). Redes Alimentarias Alternativas: Una Aproximación Teórica – Empírica en el Sudeste Bonaerense, en *XI Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales Argentinos y Latinoamericanos*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ARTÍCULOS LIBRES



Profesiones de Fe. Trayectorias e identidades en el Radicalismo Intransigente durante el primer gobierno peronista

Pablo Fabián Americo¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. X109-127
RECIBIDO: 17/10/2023 - ACEPTADO: 29/2/2024

Resumen

En este artículo nos proponemos explorar la articulación de tradiciones políticas heterogéneas dentro del Movimiento de Intransigencia y Renovación que se conformó hacia el interior de la Unión Cívica Radical durante los años cuarenta. Para eso, nos enfocaremos en los discursos y escritos de Antonio Sobral y Moisés Lebensohn, dos de los dirigentes más importantes de la facción radical. Ambos casos nos presentan la oportunidad de observar la confluencia de dos segmentos políticos diferentes (el sabattinismo y la juventud bonaerense) dentro de un grupo político en formación (la intransigencia) y complejizar una serie de visiones desarrolladas desde una sociología de las identidades políticas sobre la composición identitaria del primer antiperonismo.

Palabras clave: radicalismo; identidades políticas; reforma constitucional; tradiciones políticas.

Abstract

In this article we intend to explore the articulation of heterogeneous political traditions within the Intransigence and Renewal Movement that was formed within the Radical Civic Union during the forties. For that we will focus on the speeches and writings of Antonio Sobral and Moisés Lebensohn, two of the most important leaders of the radical faction. Both cases present us with the opportunity to observe the confluence of two different political segments (Sabattinism and Buenos Aires youth) within a political group in formation (intransigence) and to question a series of theories developed from a sociology of political identities on the identitarian composition of the first anti-Peronism.

Keywords: argentine radicalism; political identities; constitutional reform; political traditions.

1. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales - Universidad Nacional de San Martín, pablofamerico997@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0001-7614-8077>

Introducción

En febrero de 1948, a través de novedosas elecciones con votación directa, miembros del Movimiento de Intransigencia y Renovación alcanzaron puestos de autoridad en la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical. Este hito coronaba un proceso en marcha desde al menos 1943, cuando las viejas divisiones radicales –yrigoyenistas y antipersonalistas– terminaron de quedar obsoletas frente a la fractura entre unionistas e intransigentes.² Aunque se solapara con la anterior –los unionistas, en su mayoría, antipersonalistas y los intransigentes, yrigoyenistas–, los términos de la disputa política hacia el interior del partido habían cambiado. Se trataba, ahora, de discutir las bases programáticas, así como su relación con las demás fuerzas del arco político.

Fue el fracaso de la Unión Democrática lo que catapultó a los intransigentes a la conducción del partido. Dentro de este escenario, las propuestas intransigentes se tornaban cercanas a las del partido gobernante: las principales figuras del movimiento promovían medidas de fuerte intervencionismo económico y reivindicaban un legado del nacionalismo popular yrigoyenista. Como señala Melo (2013, p. 82): “Muchos intransigentes combatían en un doble o triple frente: contra el peronismo, contra el resto del antiperonismo y contra los unionistas en el interior del propio partido”.

Podemos encontrar una lectura al respecto en Aboy Carlés (2001, p. 121): “concebían a la UCR como siempre lo había hecho el yrigoyenismo, como la irrupción del pueblo, de una voluntad entendida en forma monista y definida, en la vida pública. [...] Junto a la pretensión hegemónica estaba el convencimiento de que sólo la UCR podía imponerse en comicios libres”.³ Pero, ¿qué ocurre si hacia el interior de la propia Intransigencia podemos encontrar formas distintas de configurar dicho hegemonismo? ¿Qué ocurre con las sub-identidades y fronteras interiores, conformadas por unionistas e intransigentes, jóvenes bonaerenses y sabattinistas? ¿Hasta qué punto se puede descender –pensar en un “arriba” y “abajo”– desde la metodología de la investigación socio-política?

En este artículo nos proponemos una primera exploración de estos interrogantes. Nuestra hipótesis es que las diferentes tradiciones sedimentadas hacia el interior de la identidad intransigente configuraron distintos modos de articular la representación de una parte que se asume como el todo, así como de excluir a determinados elementos de esta representación. Con esa intención, haremos una aproximación preliminar a los discursos de dos dirigentes intransigentes que representan líneas diferentes de la facción: Antonio

2. En los últimos años se ha desarrollado un campo de estudios historiográficos sobre el primer antiperonismo, que incluye, entre otros, a García Sebastiani (2005) y Nállim (2014). Sobre la frontera entre unionistas e intransigentes podemos mencionar a Pizzorno (2022).

3. Halperin Donghi aporta una lectura similar: describe a la intransigencia como una agrupación de carácter “populista” debido a que la corriente sostenía que “el radicalismo no era un mero partido político, sino la representación en este plano de la Nación toda, y no podía por lo tanto entrar en contacto con los representantes de parcialidades y facciones antipopulares” (Halperin Donghi, 2006, p. 127).

Sobral, sabattinista cordobés, y Moisés Lebensohn,⁴ líder de la juventud radical bonaerense. El ejercicio –un recorte de intervenciones de Sobral y Lebensohn– podría repetirse con otros líderes de la Intransigencia –por ejemplo, Frondizi o Balbín– o incluso podría realizarse entre figuras del Unionismo. En ese sentido, los interrogantes del trabajo se tratan de una pregunta abierta sobre la heterogeneidad interna de la identidad Intransigente, así como de la heterogeneidad interna de la identidad Radical, proponiendo que dicha heterogeneidad es inherente a la condición de constitución de una identidad política. Por cuestiones de extensión, solo desarrollaremos brevemente los contextos de enunciación de los discursos radicales citados. Sin menospreciar la importancia de estos contextos para un análisis del discurso, nuestro método preferirá buscar tensiones desde una perspectiva teórica anclada al estudio de identidades políticas.

El espejo intransigente

Sin negar la importancia de los aportes realizados por la historiografía política en materia de estudios sobre el primer antiperonismo, nos vamos a centrar en las aproximaciones realizadas dentro de una sociología de las identidades políticas. En ese sentido, suscribimos a la definición de identidad política aportada por Aboy Carlés (2001, p. 54) como “un conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de diferenciación externa y de homogeneización interna, solidaridades estables [...]” que se constituyen “en el marco de una doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia”.

Los elementos por los que nos preguntamos en este artículo responden a una inversión de la idea de “diferenciación externa” y “homogeneización interna”. Es decir, ¿qué ocurre cuando existe una diferenciación interna? Por lo tanto, proponemos descender en la escala de abstracción: antes que centrarnos en la disputa interna entre Unionistas e Intransigentes, nos enfocaremos en el modo en que diferentes tradiciones sedimentadas en el discurso de representantes de la Intransigencia podían generar configuraciones heterogéneas hacia adentro de la misma identidad.

Toda identidad política, además de contingente y relacional, es una formación “dislocada”, que depende de un exterior que la niega y es su condición de posibilidad (Laclau, 2000, p. 55). La identidad se constituye a su vez en un “acto de identificación”, dado que presupone una decisión, un “acto de poder”, efectuado sobre el “terreno de una indecibilidad estructural radical” (p. 76). Pero nos encontramos ante la posibilidad de un interior que también niega la constitución plena de la identidad. Para pensarlo, tomamos en consideración un fragmento de Michel Pêcheux:

4. Para datos biográficos de Sobral, ver Roitenburd (1994), Calvo (1997) y Chatelain (2018). Para datos biográficos de Lebensohn, ver Oyhanarte (1956), Álvarez Guerrero (1992) y Bielicki (2015).

este “antagonismo” [...] se despliega en realidad al interior de la forma–sujeto, en la medida en que el efecto de lo que definimos como el interdiscurso continúa determinando la identificación o la contra–identificación del sujeto con una formación discursiva, en la que la evidencia del sentido le es provista, para que él adhiera a ella o la rechace. (Pêcheux, 2016, p. 187)

Podemos pensar que la identidad está atravesada por un *interdiscurso*, un antagonismo –quizás, en algunos escenarios, más intenso que el externo– desplegado al interior e influyente sobre la identificación o contra-identificación en pugna. Incluso, en situaciones de intensificación de esta negación interior, podría ocurrir que la re-activación de la frontera interna aparezca como un modo de re-constituir la identidad en sí. Pero, ¿cómo podríamos pensar la pulsión hegemónica de una identidad política a su vez desestabilizada por una constitución errática? Es decir, una identidad política que evite su propia fijación y ritualización y active una diferenciación interna que a su vez busque representar un todo hegemónico.

Debemos considerar relevantes los aportes realizados por Azzolini y Melo (2011) y Melo (2013) quienes postulan que el populismo⁵ puede definir no sólo el rasgo distintivo de la constitución y funcionamiento de una identidad política, sino que puede sobre-determinar a un conjunto de identidades co-constituídas relacionalmente. A partir de la búsqueda de discursos espejo entre ambos partidos, Azzolini y Melo (2011) encuentran un campo semántico compartido entre peronistas y radicales. De este modo, observan que desde el radicalismo intransigente se dio un combate por la representación popular que significaba la totalidad social y transformaba a la Unión Cívica Radical en el nombre de esa totalidad.

Al explorar esta sugerencia, Melo (2013) se enfoca en las características del antagonismo entre antiperonistas y peronistas. Al respecto, el autor señala que radicales, peronistas, socialistas, entre otros, creían librar una batalla final por dar forma definitiva a la comunidad política argentina.⁶ En cambio, al postular una pugna entre dos lógicas políticas que conciben la representación comunitaria de la misma manera y combaten por demostrarse legítimas para liderarla, esas identidades pueden pensarse como manchas superpuestas antes que como dos campos paratácticos. Según el autor, lo que se entabló entre ambos espacios fue una competencia por la titularidad legítima de dichos contenidos, por lo que

5. Pensamos el populismo siguiendo la línea teórica inaugurada por Aboy Carlés, según la cual: “el populismo constituye una forma particular de negociar esa tensión entre la afirmación de la propia identidad diferencial y la pretensión de una representación global de la comunidad política. Así, las identidades populistas emergen como una impugnación al orden institucional existente [...] a una pretensión hegemónica de constituir la representación del verdadero país”. (2007, pp. 51-52)

6. En palabras de Perón, en un discurso de febrero de 1948: “la República está en una etapa de su vida en la que se decide su destino [...]. Esta oportunidad [...] no se ha de repetir jamás” (Perón, 1999, p. 64). Por su parte, el candidato a vicepresidente por la Unión Democrática, Enrique Mosca –proveniente del antipersonalismo– decía: “de esta gran batalla [...] depende el resurgimiento de la patria o el derrumbe sombrío de sus sagradas instituciones [...] el domingo se juega el destino de nuestra dignidad cívica” (Mosca, 1946, pp. 132-135).

la investigación del antagonismo político emergido durante los años cuarenta debería enfocarse en trazar el desarrollo de estas gramáticas superpuestas.

Una revisión por los documentos partidarios de la Intransigencia sustenta esta hipótesis. Entre citas a Yrigoyen, el pronunciamiento de los intransigentes ante la Junta Nacional del Radicalismo (1946) –conocido como “Manifiesto de los Tres”, redactado por Crisólogo Larralde, Arturo Frondizi y Antonio Sobral– proclamaba: “la Unión Cívica Radical debe retomar su filiación revolucionaria para reencauzar y realizar las reivindicaciones políticas y sociales del pueblo” (Altamirano, 2001, p. 234).⁷ Al respecto, la “Profesión de Fe Doctrinaria” de 1947 es quizás el documento más contundente:

El Radicalismo es la corriente histórica de la emancipación del pueblo argentino [...] En la tradicional contienda que nutre la historia argentina, el Radicalismo es la corriente orgánica y social de lo popular, del federalismo y de la libertad [...] es el pueblo mismo en su gesta para constituirse como Nación dueña de su patrimonio y de su espíritu. (Del Mazo, 1957, pp. 80-81)

Así, aparece un llamado a restituir el gobierno de la verdadera argentinidad,⁸ que en otros puntos de los documentos del MIR se relativiza, y describe a un “pueblo radical” que es parte del pueblo –aunque pareciese ser su parte más pura–. Además, aquí es donde los documentos del MIR empiezan a evidenciar una división interna. Dice, por ejemplo, la “Declaración Política” redactada durante el Congreso del MIR en 1947:

La Unión Cívica Radical enfrenta la última etapa de su crisis, en esta hora de reconstrucción [...]. Plantea un dilema decisivo en la suerte del país. O un partido que podrá llevar su nombre, pero en negación del espíritu radical, que es el que ansían los intereses conservadores [...] o un Radicalismo fiel a su origen y a su entraña popular, cual lo sienten los argentinos con vocación de justicia. (Del Mazo, 1957, p. 85)

Aparece un nuevo escenario, en el que la propuesta regeneracionista de la comunidad política es bifronte: por un lado, se debe restituir a lo argentino en el gobierno, por otra parte, se debe rehacer las bases del Radicalismo. En el “Manifiesto de los Tres” de 1946 se agrega un elemento:

7. Sobre el programa política del Radicalismo Intransigente, con muchas consignas que se podrían considerar en contacto con las del primer peronismo, ver “Bases de acción política” (Del Mazo, 1957, pp. 82-84).

8. Similares expresiones aparecen entre políticos radicales del bando Unionista. Por ejemplo, durante los debates por la sanción de la ley de reforma constitucional de 1948, el diputado unionista Nerio Rojas manifestaba: “la Unión Cívica Radical está como siempre de pie en contra de todo lo que es adverso a la verdadera Argentina” (En Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación –en adelante, DSCDN-; Reunión 33°, Agosto 13 y 14 de 1948, 2696).

frente a los pequeños grupos de dirigentes que se resisten a toda renovación, se encuentra una gran parte del pueblo radical que quiere que la Unión Cívica Radical recobre su jerarquía de fuerza revolucionaria, de libertad política y de justicia social y que asuman su dirección conductores que, nutriéndose en sus grandes orientaciones, sean una garantía de realización de los ideales que reclaman. (Altamirano, 2001, p. 238)

Mientras que “Justicia social”, “pueblo” e incluso “conductores” aparecen como significantes compartidos con el peronismo, se nos presenta la noción de un “pueblo radical” que, aunque claramente representa a la versión más pura del pueblo argentino –aquella que está del lado de la justicia–, no deja de ser una parte de lo popular.⁹ Por consiguiente, tenemos una *matrioshka* de partes que asumen el lugar del todo: la Intransigencia dentro del Radicalismo, el Pueblo Radical dentro del Pueblo Argentino, el Pueblo Argentino dentro de la Argentina.

El pertinente problema planteado por Azzolini y Melo (2011) se desdobra entre la relevancia de estudiar la conformación de los contenidos enunciados por esa gramática común que describen los autores y la necesidad de contemplar la existencia de una división interna hacia el interior del Radicalismo y la Intransigencia. En la siguiente sección, nos enfocaremos sobre los discursos de dos Radicales Intransigentes –Lebensohn y Sobral–, donde observamos, a su vez, la existencia de un campo compartido de ideas que son enunciadas desde tradiciones y sentidos con matices y diferencias.

El agitador y el pedagogo

Dentro del MIR, nos centraremos en los discursos de dos de sus dirigentes principales: Moisés Lebensohn, representante de la Juventud Radical bonaerense, y Antonio Sobral, filiado con el sabattinismo cordobés. Nos parece relevante observar las distintas texturas de los discursos de ambos dirigentes, sin plantear que existiera una “diferencia abierta” entre ambos, sino una conjugación de tradiciones que traen a primer plano la heterogeneidad constitutiva de una identidad. En este primer apartado, consideraremos las intervenciones de ambos actores previas a la Convención Constituyente de 1949, y nos concentraremos en la sedimentación de diferentes tradiciones al interior del discurso de ambos autores.

9. Perón y los peronistas también realizaban un juego pendular discursivo entre la noción de un Pueblo y un Pueblo Peronista. Por ejemplo, en su mensaje radial al electorado peronista sobre la reforma constitucional del 3 de diciembre de 1948, Perón reconocía la existencia de “elementos formativos de ese pueblo que todos componemos con convicciones” diferentes a las peronistas. Al mismo tiempo, los caracterizaba como elementos que podían “estar ofuscados por la pasión o perturbados por el odio”, pero tenían el deber de concurrir “a las urnas para hacer valer sus derechos y defender sus convicciones” (Perón, 1999, p. 532)

Durante la década de 1930, Moisés Lebensohn fue un ferviente crítico del alvearismo,¹⁰ que planteaba la necesidad de un proceso renovador dentro del partido y era escéptico de las estrategias abstencionistas. Al incorporarse a la representación radical del Concejo Deliberante de Junín, Lebensohn denunció que hacía seis años que las bancas del Concejo no eran ocupadas por radicales, al afirmar que “la mayoría del pueblo era radical, pero se había trampeado su voto” (Álvarez Guerrero, 1992, p. 56). Y agregó: “Somos aquí una minoría, una minoría a la que no podrá negársele el título de representar a la gran mayoría del pueblo de Junín [...]” (Bielicki, 2015, p. 65). Es decir que, años antes de la conformación de la Intransigencia, en el discurso lebensohniano aparecía una mayoría falseada, a la que, a su vez, la minoría –en ese momento, electoralmente mayoritaria– no podía negarle ser la verdadera mayoría, al mismo tiempo que expresión “mayoría del pueblo” traslucía la existencia de un pueblo no radical.

Este reclamo yrigoyenista de la titularidad del pueblo, se combinaba en Lebensohn con una persistente convicción internacionalista y una postura a favor de los Frentes Populares. Además, a esto se sumaba una reivindicación de la izquierda, como puede observarse en un artículo titulado “Conversión a la Izquierda” publicado en el diario *Democracia* –propiedad de Moisés Lebensohn–, el 21 de marzo de 1936:¹¹

el espíritu izquierdista se impone ampliamente, arrasando al fascismo internacional [...] [que los] vende–patrias pretenden implantar entre nosotros. [...] Hay que creer en la democracia cuya esencia es izquierdista. [...] Hay que vivir integralmente la democracia para que haya más justicia social y para que no siga esquilmandonos el imperialismo. (Bielicki, 2015, pp. 88-89)

Las afirmaciones antifascistas e “izquierdistas” convivían por momentos con elementos de un discurso filo-nacionalista. Por ejemplo, en 1939 Lebensohn presentó un proyecto de declaración en el Concejo Deliberante, donde expresaba su satisfacción por el Decreto 31.321 y solicitaba al Poder Ejecutivo provincial una disposición análoga. El Decreto estipulaba que las asociaciones extranjeras no podían depender de gobiernos u organizaciones foráneas, ni recibir subvenciones del exterior y se les prohibía el uso de distintos, enseñas o himnos que no fueran argentinos y se les instaba a escribir sus estatutos en español (Friedmann, 2010). Lebensohn denunciaba la existencia de organizaciones extranjeras que “ejercen coacción moral sobre sus connacionales para que opinen y obren [...] de acuerdo con orientaciones de gobernantes extranjeros”. Aunque afirmaba que “como hombres de concepto liberal, aceptamos la difusión de todas las ideas” (Bielicki, 2015, pp. 79-80).

10. Sobre la juventud radical y Moisés Lebensohn en los años treinta, ver Giménez (2014). Sobre el partido radical en el mismo período, ver Persello (2004) y Piñeiro Iñíguez (2021a).

11. El texto fue publicado sin firma, pero es posible presumir su autoría.

Esta pulsión nacionalista posiblemente se debiera a la huella yrigoyenista en el discurso de Lebensohn, que incluso traía una concepción organicista de la sociedad argentina. De este modo, la expresión “socialdemócrata” de la Intransigencia Radical contenía también un componente que era difícil de caracterizar como puramente liberal. Podemos ver este espectro no liberal en el discurso que Lebensohn pronunció el 24 de mayo de 1940, inaugurando del V Congreso de la Juventud Radical bonaerense:

Nuestro político no es ya el escultor del alma nacional y de la estructura de su país. No es conductor de masas que se lanza hacia adelante y [...] señala un camino para que el pueblo, en su base, el pueblo, lo siga o lo rechace. [...] Yo concibo al país como una unidad orgánica, de componentes solidarios y unidos entre sí. (Lebensohn, 1994, p. 21)¹²

Por consiguiente, vemos una concepción voluntarista donde se requiere la emergencia de un “conductor de masas” que sea “escultor” del “alma nacional” y un decidido organicismo. El pueblo, a su vez, es caracterizado como radical, con la posibilidad de verse desviado por engaños y demagogias transitorias. Este tipo de engaño momentáneo es lo que representa el peronismo para el pensamiento de Lebensohn, como nos muestran sus caracterizaciones en su discurso inaugural del VI Congreso de la Juventud Radical bonaerense, el 30 de noviembre de 1946:

La mayoría de los ciudadanos que entregó sufragios al continuismo tiene nuestros mismos ideales. Se nutre de nuestras mismas aspiraciones nacionales. [...] Pronto comprenderá que corrió tras un espejismo. Quería una revolución democrática, nacional, de trabajadores. [...] Pero la realidad le está demostrando cómo respaldan al gobierno todas las fuerzas reaccionarias. (Lebensohn, 1994, p. 45)

La batalla es, entonces, contra el orden político que se estableció en 1930 –que tiene continuidad en el peronismo–, por la necesidad de regeneración sociopolítica y contra la dirigencia del partido, que ha olvidado su vocación de conductora de masas e intérprete legítima de la voluntad popular. Este mismo pensamiento se conjuga con una vocación internacionalista, ciertas inclinaciones obreristas y en favor de la socialdemocracia y un ferviente antifascismo. Con estas observaciones, pretendemos tomar distancia de cualquier análisis historiográfico que busque dentro del discurso de un sujeto político una formulación cerrada y monolítica: el discurso no solo se nos aparece como contingente,

12. En el mismo discurso, el joven radical afirmaba: “Los radicales se hicieron por temperamento, por sentimiento democrático, por irradiación del prestigio místico que rodeaba la personalidad de Yrigoyen” (Lebensohn, 1994, p. 21)

sedimentado y sujeto a distintas articulaciones a lo largo del tiempo, sino que se demuestra como atravesado por un *interdiscurso* –que no tiene por qué ser explicitado o consciente para su autor–. No pretendemos, de todos modos, señalar los desplazamientos en el discurso lebensohniano, que requerirían un trabajo sistemático para diferenciar sus intervenciones en distintos momentos de su trayectoria.

El discurso de Antonio Sobral también presentaba elementos pertenecientes a tradiciones heterogéneas. Para comenzar a abordarlo, vamos a retroceder a fines del segundo gobierno yrigoyenista, cuando, en julio de 1930, ejerciendo como Diputado Provincial y presidente de la Cámara, decía: “la consigna es una [...] hay que rehacer la cultura occidental”. (Roitenburd; 1994, p. 8).¹³ Así, aparece un primer elemento que tempranamente caracterizará el discurso de Sobral: un internacionalismo atado a una preocupación católica y occidentalista.¹⁴

Un elemento compartido entre Sobral y Lebensohn, aunque más enfático en el caso del cordobés y posiblemente influido por las trayectorias de ambos en el Estado, sería cierta inclinación hacia la descentralización, el autonomismo y el provincialismo.¹⁵ Roitenburd (1994, p. 7) señala la influencia de Saúl Taborda en el pensamiento de Sobral, que repensaba el sistema educativo cordobés a través de una pedagogía “crítica del positivismo pedagógico”. La búsqueda de una nueva identidad nacional y occidental emprendida por Sobral lo llevó “hasta el humanismo hispánico y a los fundamentos del comunalismo federalista” aunque esta visión del hispanismo fue elaborada “desde una perspectiva diametralmente opuesta a la del Nacionalismo Católico Cordobés”.¹⁶

A diferencia de Lebensohn, Sobral expresó una fuerte oposición a las iniciativas de frentes populares y alianzas inter-partidarias que proliferaron durante la Segunda Guerra

13. Ese mismo año, Sobral presentó un ambicioso proyecto de Ley de Educación. Sobre el mismo, Chatelain (2018, p. 89) afirma que: “entre otras cosas propiciaba el laicismo humanista, conjuntamente con la garantía a los docentes, de [...] participación activa en la gestión del sistema educativo [...] incluidas las mujeres [...]”. La caracterización de Sobral como “católico” debe matizarse y diferenciarse de proyectos clericalistas que abundaban en el espacio político cordobés: como señala Vidal (2006) “desde mediados del siglo XIX” se había constituido en un Córdoba “un proyecto político conservador con una impronta claramente clerical” que rechazaba “aspectos esenciales del liberalismo” e “incluía una defensa palmaria de la autonomía provincial respecto de la política emanada del gobierno central” (pp. 31-32). Aunque requeriría una investigación que excede los marcos de este trabajo, creemos que esta tradición política previa –pero persistente– al surgimiento del radicalismo puede haber sedimentado en posiciones de la identidad radical regional.

14. Lebensohn, años más tarde, en su prédica internacionalista reivindicará a la Unión Soviética y a China como vencedores frente al fascismo. Sobral no se hace nunca eco de este tipo de consignas.

15. En 1943, al frente del Consejo Provincial de Educación, Sobral impulsará un proyecto que apuntaba a conseguir la participación de los maestros y las familias en la redacción de los programas escolares, Sobral pretendía que se consiguiese una mayor participación de los vecinos en la vida escolar, logrando una vinculación entre educadores y “pueblo” (Calvo, 1997).

16. Sobral, por su inspiración “laicicista” y afiliación yrigoyenista-sabattinista, sería blanco de ataques por parte del conservadurismo cordobés. En el diario conservador *Los Principios*, se escribía sobre él en marzo de 1943: “el título que mejor le acredita es ser hombre de izquierda, liberal al rojo lo que significa que va a seguir la actual trayectoria de implacable perseguidor de todo lo que sea respetar un sentimiento elevado, inspirado en la religión de la Constitución y el Estado” (Roitenburd, 1994). Sobre las figuras de Sabattini y Taborda, decisivas en la conformación del pensamiento político de Sobral, ver Tcach (1993).

Mundial. En el diario *Intransigencia*, que Sobral dirigió a partir de 1945,¹⁷ se publicó una editorial anónima –presumiblemente escrita o aprobada por el pedagogo cordobés– que criticaba a:

quienes, desconociendo que la Unión Cívica Radical es la afirmación de una conciencia argentina de profundo contenido ético, pretenden llevarla a concretar pactos [...] con fuerzas que representan la negación de lo moral, de lo argentino, y que han llevado al país [...] a hacer de él una factoría de toda actividad económica extranjerizante, y del gobierno [...] una gerencia administrativa [...] de negociados particulares. (Del Mazo, 1957, p. 55)

Encontramos, entonces, en Lebensohn y Sobral dos acciones que trazaban un antagonismo interno en la UCR: mientras que, en los extractos que hemos reseñado, Lebensohn apunta a la necesidad de regenerar a la dirigencia radical que ha perdido la capacidad de conducir al pueblo, Sobral apunta a un enemigo radical que ha hecho pactos o negociados con fuerzas oligárquicas y extranjerizantes. El trazo de esta frontera puede notarse en su discurso como delegado cordobés en la Convención Nacional de la UCR, en diciembre de 1945:

no podemos estar con las fuerzas culpables y responsables de la frustración radical de 1930, porque significaría estar con quienes se han colocado a servicio de todos los intereses económicos de la oligarquía, que son intereses extranjerizantes [...] el enemigo común, a la vista, es aquél, pero Uds. también pueden ser los enemigos invisibles de los cuales tenemos que cuidarnos. (Sobral, 2015)

De este modo, el peronismo representaba el continuismo del golpe que había derrocado al yrigoyenismo, pero sus tentáculos podrían llegar a extenderse hacia el enemigo invisible en el interior del radicalismo. Además de este componente anti-frentista, el pensamiento de Sobral se revelaba deudor del sabattinismo, que se construía en torno a la idea de un espíritu superior, una especie de *Volkgeist* que se debía preservar y fortalecer (Tcach, 2006, p. 35).¹⁸ Al definirlo como un “sabattinista heterodoxo”, Tcach afirma que, en una asamblea intransigente, Sobral habría declarado: “El primer antisabattinista que existe en el partido soy yo” (p. 72). Aunque anecdótica y posiblemente jocosa, la frase presenta los límites internos de una identidad en un

17. El lema del diario era una frase atribuida a Yrigoyen: “La causa de la UCR es la de la nación misma”.

18. Tcach (2006, pp. 22-23) hipotetiza que el sabattinismo recrea un “movimientismo yrigoyenista” que se distingue del “movimientismo peronista”. Ambos comparten una concepción de la identidad política “como la expresión totalizadora de la voluntad del pueblo argentino y la apelación a los militares como recurso instrumental legítimo para realizar un destino nacional”. Según el autor, se diferencian en que en el movimientismo radical “el elemento articulador clave es el partido”, hay una identificación “con la nación pero no con el Estado” y existe un énfasis “en el respeto a las reglas del juego político democrático”.

sentido que no podemos explorar en este artículo: la diferenciación interna puede formarse en torno a la necesidad de expulsar-contener a un Líder.

De todos modos, en su discurso pueden distinguirse los rastros del sabattinismo, que se componía de: “una simbiosis de yrigoyenismo acentuado [...], teleología laica [...] y exaltación romántica de los nobles valores del agro nacional” (p. 88). En la visión sabattinista, “la fragmentación de las identidades políticas colectivas” era “interpretada como un fenómeno artificial, pasajero y destinado a diluirse” (p. 60) siendo el radicalismo un fenómeno constante y necesario en la vida política nacional. Una articulación de estas diversas tradiciones –pedagogía, autonomismo, hispanismo, sabattinismo, yrigoyenismo– puede leerse en su discurso durante los debates de la Ley de Enseñanza Religiosa Obligatoria en marzo de 1947:

La Unión Cívica Radical es una agrupación cívica que se afirma, como voluntad política, en un sistema de direcciones ideales del pueblo argentino. Su concepción del hombre y de la vida le da su particular significación histórica como expresión de lo originario y auténtico [...]. Por eso en su faena cívica acusa su filiación libertaria [...] y denuncia su linaje espiritual [...] con el cristianismo. (Del Mazo, 1957, pp. 125-126)

Por consiguiente, la función de la UCR como agrupación cívica que expresa la voluntad política del pueblo argentino se conjuga con a) una filiación libertaria –podemos presumir liberal¹⁹ y b) una inserción en la cultura Occidental –cristiana–. Esta condición, en evidente tensión, ocupa un lugar tanto como abanderada de esa concepción cristiana –que podríamos enlazar con el hispanismo– como también cultora de una libertad liberal y pluralista, asimismo conjugada con una pretensión de interpretación monista de lo popular. Los dichos de Sobral durante el debate por la Ley 13229 para la creación de la Universidad Obrera Nacional, en agosto de 1948, expanden su interpretación del liberalismo:

no podemos concretarnos a una clase determinada. Dentro de la democracia, tendemos a la eliminación de clases. [...] no podemos ver nada más que un régimen jurídico dentro de nuestra democracia, donde se ofrecen posibilidades iguales a todos sus miembros, para que de acuerdo con la diferencia que la naturaleza ha puesto en más o en menos, lleguen hasta donde sus capacidades. (Sobral en Del Mazo, 1957, pp. 122-123)

En esta cita encontramos una interpretación sobre lo justo y lo socioeconómico que, sin servirnos para una caracterización del programa político de la Intransigencia, muestran

19. Se podría especular que la adopción de credos liberales por parte de Sobral llegó con la aparición del Peronismo aunque requeriría un trabajo más sistemático sobre sus discursos.

una concepción que es claramente distinta en contenidos y formas a la peronista. De este modo, la escena de manchas superpuestas planteada por Azzolini y Melo (2011) requiere problematizarse: si existe una disputa por la titularidad legítima de ciertos conceptos, no se puede soslayar que a veces poseen contenidos en extremo diferentes. Aún más, hacia dentro de sí mismas las identidades se nos presentan como elementos con divisiones internas y una compleja y cambiante articulación de tradiciones. En el siguiente apartado, aunque mantendremos consideraciones sobre estos elementos, buscaremos comenzar a preguntarnos por el modo en que esta articulación de tradiciones y trayectorias –que no tienen por qué ser “coherentes”, ni tampoco pretendemos caracterizar como “contradictorias”–, pueden haber configurado una lógica distinta de entender la representación de una parte como el todo.

Los radicales frente a la Constitución peronista

El 27 de agosto de 1948 se sancionó la ley 13.233 que declaró necesaria la reforma de la Constitución Nacional. Durante el debate por la sanción de la ley en Diputados, Sobral realizó una intervención sosteniendo que el radicalismo no se oponía en sí a la reforma de la constitución –ni a la inclusión de ideas del constitucionalismo social–, sino que se encontraba disconforme con los mecanismos empleados por el oficialismo. Sobral argumentó que “la única revolución en profundidad y con auténtico sentido argentino ha sido iniciada ya por la Unión Cívica Radical”.²⁰

En el radicalismo sucedieron debates sobre la posición a tomar frente a la reforma. Según un testimonio de Andrés Amil,²¹ hacia abril de 1948 había tres posiciones: el unionismo militaba la abstención, mientras que la Intransigencia se dividía en dos posturas. El grupo sabbatinista proponía elaborar un plan de reformas para colaborar en la sanción de una nueva constitución.²² El otro grupo proponía concurrir a la Asamblea Constituyente y utilizarla como medio para difundir un mensaje opositor. La resolución final fue tomada en octubre, con la disposición de participar en la elección de convencionales y ordenándose que los constituyentes se abstuvieran de presentar proyectos de reforma (Bielicki, 2015, p. 158).

El 5 de diciembre de 1948 se llevaron a cabo las elecciones de convencionales constituyentes. En las elecciones, el Partido Peronista obtuvo el 66,79% de los votos y 109 representantes, la UCR alcanzó el 29,71% de los sufragios y 48 convencionales. La Convención

20. En DSCDN, Reunión 33°, Agosto 13 y 14 de 1948, 2689.

21. Citado a partir de una carta en González Arzac (1999) y Bielicki (2015).

22. El diputado peronista y ex-forjista cordobés Raúl Bustos Fierro nombró durante el debate por la Ley 13.233 que Antonio Sobral había elaborado una propuesta de reforma constitucional que estaba siendo estudiada por el Partido Radical. (DSCDN, Reunión 33°, agosto 13 y 14 de 1948, 2700)

Constituyente²³ sesionó entre el 24 de enero y el 16 de marzo de 1949. Los líderes de la bancada minoritaria fueron Antonio Sobral y Moisés Lebensohn (Vanossi, 1993).

En una de sus primeras intervenciones, Lebensohn declaró que la UCR estaba “al servicio de las instituciones históricas” y por eso impugnaba la asamblea y el acto eleccionario previo. Según él, “gran parte del país” consideraba “inconstitucional” a la reforma, y denunciaba que el gobierno peronista impedía la libertad de expresión y había clausurado “las voces libres del pensamiento y la cultura argentinas”.²⁴ A partir de ahí, comenzaría una serie de movimientos a la hora de caracterizar a la parte-totalidad radical, expresando que la “gran parte del pueblo” representada por el radicalismo era agraviada y cuestionaba que Perón pudiese realizar la “unión espiritual de todos los argentinos”.²⁵

Lebensohn expuso su teoría sobre las dos tradiciones argentinas. La primera, nacida en Mayo, era la de la “filiación histórica del radicalismo”; mientras que la otra era “la sombra infausta de la tiranía”. La tradición radical era la “humanista” y “democrática”, “el resultado de siglos de elaboración del pensamiento humano”, y permitía que en “las colectividades nacionales” conviviesen “mayorías” y “minorías”. En cambio, la tradición del peronismo era la del “primitivismo”, la “tradición totémica”, la “tradición del clan”. En otro punto, Lebensohn pidió la palabra para realizar una impugnación general del proceso electoral de 1948²⁶ y comenzó su discurso diciendo que la UCR no cumplía una “función opositora”, y la definía como un “movimiento civil ensamblado en las grandes corrientes forjadoras de la República”, cuya vocación era “la afirmación militante, combativa, de la voluntad de realizar la construcción nacional sobre bases de justicia y libertad”. Por consiguiente, había una gran parte del pueblo que era radical y el partido no era oposición sino movimiento nacional, al mismo tiempo que existía una tradición –primitiva y externa– que representaba a un pueblo peronista.

Por su parte, el discurso en que Antonio Sobral intervino como miembro informante por la minoría estuvo centrado en intentar demostrar que el radicalismo favorecía una reforma constitucional, defendía la tradición liberal argentina y se reconocía en una tradición localista y agraria²⁷. El tono belicoso sería persistente en su exposición y, de forma muy directa, amenazaría con el posible inicio de acciones violentas por parte de la UCR: “cada uno de nosotros [...] integrará esa milicia en un levantamiento magnífico para defender [...] nuestra libertad [...] desde mañana la Unión Cívica Radical será una heroica milicia”.²⁸

23. Para una descripción de los eventos de la reforma, ver Piñeiro Iñiguez (2021b, pp. 442-523).

24. En Diario de Sesiones de la Convención Nacional Constituyente –en adelante, DSCNC-, Reunión 1°, enero 24 de 1949, 5-6.

25. En DSCNC, Reunión 3°, febrero 1, 58-61.

26. En DSCNC, Reunión 1°, enero 24, 16-18.

27. En DSCNC, Reunión 6°, marzo 8, 292-307.

28. En DSCNC, Reunión 6°, marzo 8, 297.

En ese sentido, la UCR buscaba “afirmar una concepción de la vida argentina” frente a las “doctrinas foráneas justificadoras de una desviación de la tradición argentina”. Y el partido se definía como: “el proceso de una voluntad histórica articulada como voluntad política de la Nación”. Revelaba Sobral, en su exposición, su influencia hispanista:

nuestro sentido de lo popular y del hombre [...] no arranca del sistema vertebral inglés ni tampoco francés –de éstos hemos tomado sus instituciones, su aparato formal–, nos viene por vía de Aragón y tiene sus raíces en las mesetas de Castilla. [...] Por eso la Unión Cívica Radical es portadora de los elementos configuradores de un auténtico derecho político y público argentino.²⁹

Un núcleo importante del discurso de Sobral fue su oposición al establecimiento de la elección directa de presidente y vicepresidente. Sobral argumentó que eso debía hacerse cuando se alcanzara un estado de verdadero federalismo, ya que mientras tanto implicaría una derrota de las provincias por parte de la capital. Según Sobral, esta medida “desprovincializaba” y en ese sentido consistía en un proceso de “desargentinización”. Incluso si la elección directa era una vieja consigna radical, Sobral se oponía a ella e insertaba su explicación dentro de sus tradiciones autonomistas y su rol de pedagogo: se debía lograr que la sociedad argentina aprenda a ser federal primero.

Al retomar elementos de su oposición al establecimiento de una universidad obrera, Sobral argumentó contra la inclusión de los derechos del trabajador en la Constitución, entre otras cosas, presentando una visión del hombre como totalidad que no puede ser descompuesta por un elemento de esa totalidad –el trabajo–. Este concepto de una personalidad humana imposible de escindir estaba atada a la imagen sobralista del rol de la UCR:

la Unión Cívica Radical no es un simple partido [...] sino el mandato patriótico de nuestra nativa solidaridad nacional y la intransigencia con que debe ser cumplido el sentimiento radical indeclinable de la dignidad cívica argentina. [...] Por eso el radicalismo no se divide según las parcialidades de clases, de razas ni de oficios, sino que atiende al hombre como hombre, con dignidad, como ser sagrado.³⁰

En los anteriores fragmentos, se puede notar la combinación de una línea hispanista y sabattinista combinada con una serie de reivindicaciones liberales y localistas. A su vez, esto se conjugaba, al igual que en el discurso de Lebensohn, con una teoría dicotómica sobre la historia argentina. Sin embargo, antes que una parte del pueblo engañada, en Sobral

29. En DSCNC, Reunión 6°, marzo 8, 295.

30. En DSCNC, Reunión 1°, enero 24, 304.

aparecía una lucha final –tal vez, relacionada a su concepción belicista– entre dos partes de la Argentina, donde se definiría quién representaba en verdad a la Nación:

dentro de la vida argentina discurren en lucha secular, para librar su final batalla, dos grandes corrientes, la autocrática [...] y la otra, la de la libertad, de la democracia, la pura y limpia, que tiene también sus raíces seculares por allá por las tierras de Castilla [...] Esta reforma es el enfrentamiento [...] de esas dos corrientes. Una de las dos tiene que sucumbir definitivamente [...] estamos hoy sabiéndonos, como nunca, la causa misma de la Nación. [...] –el final dirá si son ustedes o nosotros los equivocados–, equivocados o no, porque ustedes también representan un trozo de la realidad argentina.³¹

Los elementos que contrastan estas dos visiones de la “totalidad” entre Lebensohn y Sobral pueden distinguirse en la última intervención de Lebensohn en la Convención –y la última intervención de un radical antes de que la bancada minoritaria se retirase–.³² Allí, Lebensohn reitera una división entre tradiciones lejanamente similar a la de Sobral: la “revolución-mito” y la “revolución del pueblo”. Según Lebensohn, estas dos revoluciones coexistían, y utilizaban un “idioma” y “consignas” similares, pero diferían en su “esencia” y “sentido”.³³ La “revolución que quería el pueblo” era la “causa” que otorga su razón de ser al radicalismo. Esta revolución tenía como objetivos la “renovación de la existencia argentina”, a través de métodos democráticos y una “profunda transformación económica y social para afianzar las libertades esenciales”. En cambio, el régimen establecido tras el golpe de 1943 construyó una revolución-mito, que se apropiaba de “las consignas populares”, mientras bloqueaba la expresión a quienes las militaron durante la década de 1930. El peronismo, denunciaba Lebensohn, usaba falsamente la “justicia social” y los “amigos obreros” algún día se darían cuenta de esto. Así, señalaba que los radicales no se sentían “adversarios del hombre del pueblo que votó en contra de ellos”, dado que: “Sus aspiraciones nacionales son nuestras aspiraciones nacionales”.

Parece interesante destacar que, en una lectura del radicalismo de los años treinta, Halperín Donghi (2004) señalaba que entre Alvear e Yrigoyen existían modos distintos de concebir la “homologación entre partido y Nación” (p. 195) –la relación de la parte con la representación de una totalidad– porque, mientras que para Yrigoyen el “Régimen” le aseguraba a su liderazgo la centralidad en un “dramático relato de caída y redención”, en Alvear “la

31. En DSCNC, Reunión 1°, enero 24, 307.

32. El discurso completo de Moisés Lebensohn puede consultarse en DSCNC, pp. 327-339, Reunión 7°, marzo 8 de 1949.

33. En estos momentos, en parte, Moisés Lebensohn parece, anacrónicamente, hacerse cargo de la hipótesis de Azzolini y Melo (2011).

historia argentina era más bien la de un plácido avance hacia el remanso de una unanimidad blanda y sin aristas” (p. 197). Contra toda intuición, el discurso lebensohniano podría aparecer emparentado con esta visión del alvearismo: en este caso, a través de la refutación del mito, la Nación volvería a abrazar la causa radical, continuando con un plácido avance hacia la unanimidad. Mientras tanto, el belicismo sobraliano tendría aires del Yrigoyen de Halperín: un relato dramático de batalla final entre dos tradiciones antiguas y esenciales que habrían dado forma a la historia argentina.

De este modo, las diferencias entre los discursos de Lebensohn y Sobral son múltiples. Por un lado, ambos se posicionaron de forma distinta de cara a los eventos de la Reforma (hasta donde sabemos, Sobral con la propuesta de colaborar y Lebensohn con la de utilizar la Convención como espacio donde expresarse). Pero además, encontramos diferentes lecturas sobre el voto peronista (en el caso de Sobral, aparentemente una presencia a ser derrotada mucho menos legítima que en la visión de votantes engañados que repite Lebensohn) y una diferente filiación dentro de las tradiciones políticas argentinas (el hispanismo cristiano, el federalismo y el liberalismo en el caso de Sobral y la visión antifascista y liberal-socialdemócrata elaborada por Lebensohn). A la vez, más allá de los tonos y texturas diferentes que ambos discursos adoptan, se conjugan con una similar concepción del rol del radicalismo (un movimiento intérprete y representante de la voluntad popular revolucionaria), pero que en su relación con el peronismo se dan un sentido diferente: mientras que en uno hay una lucha entre una parte legítima y una parte que intenta legitimarse —que debe ser derrotada—, en el otro aparece la idea de una mayoría tramposa y precaria sostenida a través de engaños que próximamente va a ser demostrada como falsa.

Conclusiones

En 1954, tras una serie de controversias en torno a la designación del presidente del Comité Nacional, la Intransigencia se fraccionaría de manera formal, con la aparición del Movimiento de Intransigencia Nacional que agruparía al sabattinismo. Este evento sería la culminación de una serie de acercamientos entre sabattinistas y ex-unionistas durante la segunda presidencia peronista. Aunque, en parte, esto convertiría a nuestra investigación en contrafáctica, consideramos que un primer motivo para revalorizar estudios sobre las corrientes internas de la Intransigencia es la necesidad de explicar esta fractura.

Pero, también observar los discursos y el universo de ideas de las corrientes internas de la Intransigencia Radical —así como también su diálogo con el unionismo y el peronismo— nos permite aproximarnos a una visión de las identidades políticas que trae a primer plano el solapamiento de diversas tradiciones dentro de una identidad política, así como la heterogeneidad constitutiva que emerge ante cada intento de homogeneización interna y diferenciación externa. En un trabajo anterior (Americo, 2023), al retomar las reflexiones de Azzolini y Melo (2011) sobre los discursos espejo entre Radicales y Peronistas, postulamos la posibilidad de pensar a las identidades políticas como una figura quiral: un objeto

que no es superponible con su imagen especular. Este tipo de modelo puede representarse con un par de manos: aunque parezcan ser una imagen-espejo de sí mismas, no hay posición posible en que ambas puedan superponerse.

Avanzando en el presente artículo sobre el problema de la diferenciación interna de una identidad, creemos haber profundizado esta construcción: al mismo tiempo que antagonizan con otras partes de la comunidad política, las identidades pueden trazar antagonismos hacia su interior, en un combate por la representación del todo identitario, a la vez que las mismas partes que se fraccionan en ese combate pueden estar atravesadas por una multiplicidad de interdiscursos, sedimentaciones y fronteras internas. Podríamos decantarnos por la imagen de un espejo roto, que refleja una imagen distorsionada –y por ende, contradictoria–, pero preferimos pensar bajo el esquema de una figura quiral: un elemento que posee bordes y una entidad distinguible al mismo tiempo que no puede reflejarse ni mantenerse estática en ningún momento.

En este punto, consideramos que hay un espacio de diálogo entre los estudios historiográficos sobre biografías y trayectorias de dirigentes políticos y una sociología de las identidades políticas que nos puede permitir realizar este análisis. Sin pretender negar la existencia de una identidad radical –de carácter precario y con fronteras porosas– o buscar “contradicciones” que demuestren sus discursos como falsos, nosotros queremos presentar una imagen dinámica de la misma. En ese sentido, sostenemos que el historiador o el científico social puede determinar una escala de abstracción (Nación, partido, facciones, sub-facciones, dirigentes), pero debe recordar la contingencia de estos elementos que solo son delimitados y aislados por necesidad de la investigación. En este sentido, nuestro posible diálogo tiene a la representación como problema principal: si toda lógica representativa requiere enunciar algún tipo de totalidad –sea la encarnación de la Nación o la presentación de un individuo–, es en el estudio del modo de construir esta totalidad y de su inestabilidad expresada en diferenciaciones internas y tradiciones articuladas donde podemos encontrar las formas –o no– de nuestra imposible figura.

Bibliografía y fuentes

- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Aboy Carlés, Gerardo (2007). La democratización beligerante del populismo. *Debate. Revista de la Asamblea Nacional de Panamá*, 47–58.
- Altamirano, Carlos (2001). *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Ariel.
- Álvarez Guerrero, Osvaldo (1992). *Las máscaras del poder. Lebensohn–Cooke*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Americo, Pablo Fabián (2023). La figura quiral: sobre el antagonismo político en el peronismo temprano (1948-1949). *Identidades*, (24), 105-124.
- Azzolini, Nicolás y Melo, Julián (2011). El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina (1943–1949). *Papeles de Trabajo*, (8), 53–71.
- Bielicki, Jose (2015). *Moisés Lebensohn. El hombre que pudo cambiar la historia*. Buenos Aires: Lumiere.
- Calvo, Bernardino (1997). *Antonio Sobral, ese hombre*. Villa María: Biblioteca Bernardino Rivadavia.
- Chatelain, Esteban (2018). Antonio Sobral, las crisis institucionales y el campo político cordobés de la primera mitad del siglo XX. *Sociales Investiga*, (6), 87–111.
- Del Mazo, Gabriel (1957). *El radicalismo. El Movimiento de Intransigencia y Renovación (1945-1957)*. Buenos Aires: Ediciones Gure.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (DSCDN)*, 1948
- Diario de Sesiones del Congreso Nacional Constituyente (DSCNC)*, 1949.
- Friedmann, Germán (2010). *Alemanes antinazis en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Sebastiani, Marcela (2005). *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires: Prometeo.
- Giménez, Sebastián (2014). Una experiencia juvenilista y reformista en el radicalismo de los años treinta: Moisés Lebensohn y su actuación en Junín (1930–1937). *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, (14), 212–237.
- González Arzac, Alberto (1999). La Constitución del ‘49 y los radicales. *Revista Desmemoria*, (21/22), 71–88.
- Halperín Donghi, Tulio (2004). *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires: Ariel.
- Halperín Donghi, Tulio (2006). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, Ernesto (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lebensohn, Moisés (1994). *Pensamiento y acción*. Buenos Aires: Editorial La Causa.
- Luna, Félix (1984). *Perón y su tiempo. La Argentina era una fiesta (1946–1949)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Melo, Julián (2013). La frontera invisible. Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946–1949). En G. Aboy Carlés; S. Barros y J. Melo, *Las Brechas del Pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo* (pp. 65–90). Los

- Polvorines: Ediciones Undav.
- Mosca, Enrique (1946). *Unión, Democracia y Libertad*. Buenos Aires: Juan Perrotti Editor.
- Nállim, Jorge (2014). *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Oyhanarte, Julio (1956). *Lebensohn*. Buenos Aires: Editorial Línea Combatiente.
- Pêcheux, Michel (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Perón, Juan Domingo (1999). *Obras Completas*. Tomo X. Buenos Aires: Editorial Docencia.
- Persello, Ana María (2004). *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916–1943*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Ediciones.
- Piñeiro Iñíguez, Carlos (2021a). *Alvearismo y justismo. La fractura política en los años 30*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Piñeiro Iñíguez, Carlos (2021b). *El peronismo y la consagración de la Nueva Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Pizzorno, Pablo (2022). La disputa radical. Unionistas e intransigentes en los años peronistas (1946–1955). *Temas y debates*, (43), 175–200.
- Primera Plana (13 al 19 de junio de 1967). “Una nueva constitución”. En “Historia del peronismo. La Primera Presidencia. XLVIII”, *Revista Primera Plana*, (233).
- Roitenburd, Silvia (1994). Antonio Sobral: heterodoxia y educación. *Estudios*, N° 3, 5–15.
- Tcach, César (1993). Iconoclastas americanos. Saúl Taborda y Amadeo Sabattini. *Estudios*, N° 1, 11-20.
- Tcach, César (2006). *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Vanossi, Jorge (1993). Las reformas de la Constitución. *Revista Todo Es Historia*, (316), 8–32.
- Vidal, Gardenia (2006). Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912. *Revista Escuela de Historia*, Año 5, Vol. 1, N° 5, pp. 25-57.

Descripción etnográfica de una zona roja. La sociabilidad de mujeres trans y travestis durante el período 2018-2019

Cristian Alejandro Darouiche¹

PAPELES DE TRABAJO, 18(33), ENERO-JULIO 2024, PP. 128-145
RECIBIDO: 4/4/2024 - ACEPTADO: 2/6/2024

Resumen

El siguiente trabajo presenta una descripción etnográfica de una zona roja donde mujeres trans y travestis ejercían la actividad de sexo comercial durante el período 2018-2019. A su vez, esa descripción también propone un análisis sobre las identidades y las sociabilidades que el mismo espacio presentaba. El artículo no piensa la zona como un espacio homogéneo sino que es entendido como un espacio creativo en donde se producen identidades y jerarquías sociales, y en donde la noción de trabajo no se restringe a la actividad de sexo comercial.

Palabras claves: zona roja; etnografía; mujeres trans; travestis.

Abstract

The following work presents an ethnographic description of a red zone where trans women and transvestites carried out commercial sex activities along period 2018-2019. At the same time, this description also proposes an analysis of the identities and sociability that the same space presented. In this work, the area is not thought of as a homogeneous space, but rather as a creative space where social identities and hierarchies are produced and where the notion of work is not restricted to the activity of commercial sex.

Key works: red zone; ethnography; trans women; transvestitism.

1. Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de Mar del Plata, Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas, cristian-darou@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1502-5759>

Introducción

El siguiente artículo se propone realizar una descripción etnográfica que explique las particularidades propias del espacio socio-urbano denominado “la zona”² donde mujeres trans y travestis de la ciudad de Mar del Plata ejercían la actividad de sexo comercial,³ durante el período 2018-2019, antes de la aprobación de una ordenanza municipal que intenta regular el comercio sexual callejero.⁴ Como segundo objetivo se propone describir y explicar algunas características de la sociabilidad que allí ocurría entre ellas, y quienes transitaban, como así también analizar las identidades que surgían en ese espacio-temporal.

El siguiente artículo se inscribe dentro de los estudios sobre identidades trans y travestis, y en lo que Cutuli (2012, p. 165) denomina como una línea de investigación sobre la “prostitución y sociabilidad”. Esta línea está nutrida por aquellas investigaciones en las que analizan las diferentes sociabilidades, tensiones y alianzas que produce el compartir “la esquina” como espacio urbano y social (Fernández, 2004; Kulick, 1998; Ripossio, 2021, 2022; Silva, 1992). Sin embargo, lo novedoso de esta investigación es la presentación de particularidades de la sociabilidad en una ciudad mediana, con algunas características socio-demográficas y con algunas singularidades en sus formas de interacción, post ley de identidad de género en Argentina.

Al igual que en muchas investigaciones (Perlongher, 1987; Silva, 1993; entre otras) aquí se intenta no pensar al ejercicio de sexo comercial callejero de forma universal y ahistórica, sino que, se parte de otra premisa: el ejercicio de sexo comercial toma múltiples formas según distintos contextos socio-históricos y espaciales: calles, burdeles, departamentos privados, locales comerciales, saunas, internet, etc. y atraviesa distintas clases sociales (Fonseca, 1996; Piscitelli, 2012, 2013; Nascimento, 2015).

En ese sentido, se considera que la actividad de sexo comercial callejero que aquí se presenta es propia del contexto histórico y cultural, y pertenece a una de las tantas aristas que puede ocurrir bajo esa categoría. A su vez, al existir cada vez nuevas formas de realizar la actividad de sexo comercial (por ejemplo, videollamadas por celulares), estas producen transformaciones en “la calle”, ya que, en última instancia, la calle aparece como una forma

2. Categoría emic de las propias sujetas.

3. Este artículo elige usar la categoría de sexo comercial como un intento de no retomar la discusión entre abolicionismo –perspectiva que propone abolir toda forma de explotación sexual, reglamentarismo –perspectiva que propone una reglamentación y reconocimiento de derechos laborales a quienes realizan actividades sexuales comerciales y prohibicionismo –perspectiva que propone prohibir determinadas formas de ejercicio de actividades sexuales comerciales. Se define como sexo comercial a las prácticas de intercambio de servicios sexuales (de carácter explícito y de corta duración) por recursos económicos (Juliano, 2002). A su vez también se opta por esta categoría porque muchas de las colaboradoras de esta investigación no se autopercebían como trabajadoras sexuales.

4. En el año 2022, el Municipio de General Pueyrredon aprobó la ordenanza Municipal 25.590 con el fin de destinar un espacio urbano, para que mujeres trans y travestis ejerzan la actividad de sexo comercial en ese lugar. Quienes realicen la actividad en otro lugar son penalizadas con multas económicas y hasta pueden ser detenidas.

incómoda y peligrosa para algunas personas. También ocurre que “la calle” aparece como una oportunidad para quienes tienen menos acceso –y capitales– a otras modalidades. Es decir, “hacer la calle” tiene una fuerte impronta de clase. En el caso de las mujeres trans y travestis, en su mayoría quienes ejercen la calle son personas migrantes (Vásquez Haro, 2020, p. 145) debido a la falta de acceso a los derechos básicos como la vivienda.

Una aclaración necesaria está relacionada con las transformaciones de los intentos reguladores de la actividad de sexo comercial en las calles, tanto a nivel nacional, provincial y local. Antiguamente, la forma de regulación de la actividad de sexo comercial ejercida por mujeres trans y travestis eran los edictos policiales (Berkins, 2007; Fernández, 2004). Los edictos policiales, fueron códigos contravencionales elaborados por el Estado, que brindaban el poder a la policía para encarcelar y detener a las personas sin un debido proceso. Existieron muchos edictos, pero había dos particularmente dirigidos hacia las personas trans y travestis (Fernández, 2004). Los edictos estuvieron en vigencia (en diferentes provincias) hasta los finales de los años noventa, cuando se declararon inconstitucionales debido a la militancia del movimiento LGTB (Lesbianas, Gays, Trans*, Bisexuales).

Derogados los edictos, podemos decir que, al momento de realizar esta investigación en la ciudad, no existía una penalización de la actividad de sexo comercial ni tampoco estaba reglamentada, aunque la producción de un orden moral recaía sobre el accionar de las fuerzas policiales provinciales bajo la fuerte estigmatización que vivían las mujeres trans y travestis que ejercían sexo comercial callejero. Esta estigmatización estaba alimentada principalmente por la asociación creada entre mujeres trans y travestis y venta de droga, lo que derivó en la creación de la categoría mediática-judicial de la “narco-travesti” (Cutuli, 2019; Lascano, 2018).

Recientemente,⁵ debido a diferentes manifestaciones públicas de grupos de vecinos, se promulgó una ordenanza municipal que estipuló un lugar determinado de la ciudad, como espacio permitido para el ejercicio de la zona de sexo comercial. Quienes no cumplan con esa directiva, deben abonar multas y/o pueden recibir penas de encarcelamiento de 30 a 180 días. Vemos que las formas de controlar y regular la actividad de sexo comercial callejero se transforman. Estos intentos de regulación del espacio público, ya fueron realizados en otras ciudades como la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a principios de los años 2000, y que mostró una ineficiencia social, ya que solo reproducen prejuicios sociales e inhabilitan el derecho al espacio público de determinadas identidades (Boy, 2015; Sabsay, 2011, p. 120)

Como última aclaración, afirmamos que es necesario repensar el propio concepto de zona. El término reconoce varias acepciones: a) áreas determinadas para distinguir zonas climáticas; b) una acepción más tecno-administrativa, relacionada con la delimitación de regiones referidas a normas y legislaciones; c) espacios donde se realizan determinadas

5. La promulgación de esta ordenanza municipal se produjo en los tres años posteriores a la realización de esta investigación.

actividades (por ejemplo, zona portuaria, zona céntrica, zona bancaria, etc.). Esta última acepción puede ser la más conveniente para definir la zona roja. Pero eso no es todo, ya que se considera que la zona no es un espacio público-urbano homogéneo, unificado y neutral. Por el contrario, no deja de producir jerarquías, identidades, distinciones y desigualdades de corporales, clase y nacionalidad.

En esta investigación se considera a la zona roja como un espacio público urbano inacabado, que se actualiza y se transforma, y en el que se inscriben prácticas diversas (legales e ilegales). Allí, la noción de trabajo no se restringe a las actividades de sexo comercial. Es un espacio público de intersecciones y relaciones de poder, que se constituye y permite una gran circulación de personas, vehículos, informaciones, redes de relaciones, etc. Es un espacio sumamente creativo, determinado por normas, y un escenario de múltiples sociabilidades y relaciones. Es por eso que se vuelve necesaria investigaciones de carácter etnográfico que den cuenta de esa heterogeneidad. A partir de esta máxima, presentamos este artículo que se divide de la siguiente manera: en la próxima sección se presentan algunas orientaciones metodológicas, mientras que en la siguiente se presenta el espacio urbano y sus características. En la tercera parte se presentan las sociabilidades observadas y sus tensiones. En la cuarta y última sección se presentan algunas conclusiones.

Metodología

Los datos aquí presentados pertenecen a un proyecto mayor, desarrollado durante el período 2018-2019, en el que se estudiaron las condiciones de vida, la sociabilidad y las relaciones de parentesco entre las mujeres trans y travestis que ejercen sexo comercial callejero. Esa investigación se desarrolló con un trabajo de campo etnográfico, entendiendo que dicha estrategia metodológica era la forma más eficaz para conocer cómo se comportan y se desenvuelven las propias colaboradoras, según su perspectiva y cosmovisión del mundo. Las herramientas metodológicas fueron la observación participante y la entrevista semiestructurada.

El trabajo de campo etnográfico se dividió en dos momentos. En un primer momento se realizaron observaciones participantes en la zona roja de la ciudad. Por medio de actividades⁶ de prevención de la salud sexual (entrega de profilácticos y geles íntimos) se mantenía conversaciones etnográficas con las colaboradoras de esta investigación, y además se observaban las dinámicas de sociabilidad y conflicto, entre ellas y otros actores sociales.

Para este primer momento del trabajo de campo, se realizaron grillas de observación en las que se registraron: cuántas y qué mujeres trans y travestis estaban en las esquinas;

6. La periodicidad de las actividades de prevención, en un primer momento, fue dos veces por semana. Se hacía un recorrido por zona en bicicleta para tener una imagen general del espacio social. Sin embargo, después de percibir que ese modo no posibilitaba demasiado los diálogos extensos, ni la observación en detalle de las dinámicas, se decidió hacer recorridos a pie, además de aumentar la frecuencia de días. Los recorridos siempre se hacían en diferentes franjas horarias, diferentes días de la semana, pero nunca después de las doce de la noche.

cuáles eran las esquinas que estaban habitadas; quiénes transitaban por la zona; si había habido algún conflicto previo; cómo era la modalidad de presencia policial; qué percepciones de peligrosidad tenía el investigador en relación con las personas que transitaban por la zona; entre otras. Luego, también se elaboraban pequeñas preguntas para ser realizadas a las mujeres trans y travestis que capturaran las estrategias de conflictos o alianzas entre ellas, como así también sus percepciones sobre la zona.

En el segundo momento del trabajo de campo se realizó observación participante en los espacios domésticos e íntimos, como festejos y/o reuniones sociales. Como complemento a estas observaciones se realizaron siete entrevistas semiestructuradas, bajo consentimiento informado, a diferentes mujeres trans y travestis que ejercían la actividad de sexo comercial callejero. El procesamiento de los datos fue realizado de manera artesanal, sin *softwares* computacionales, lo que permitió crear categorías centrales (muchas de ellas categorías emic), a las que se les agregaron propiedades recogidas por medio de las entrevistas y de las observaciones.

La zona de Luro

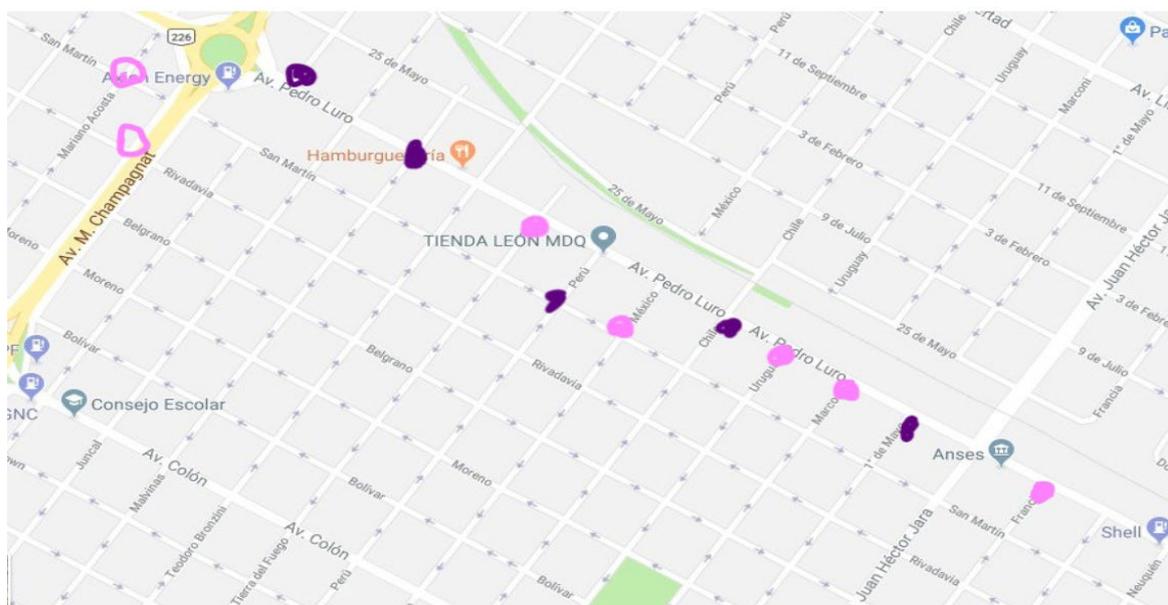
Como toda ciudad media, cosmopolita, en la ciudad de Mar del Plata existían diversos espacios para las actividades de sexo comercial. Dos de ellos eran cercanos geográficamente, pero eran diferentes en sus usos, debido a que en uno de ellos predominaban mujeres cis⁷ y en el otro estaban las transfeminidades. El tercer espacio era una zona un poco más alejada en términos geográficos, pero era poco concurrida, y había sido modificada con la instalación de un *shopping* comercial.

La zona donde estaban las transfeminidades era una zona relativamente reciente, surgida menos de diez años antes de hacer la investigación. Se creó porque ellas habían sido corridas de una zona anterior: “nos fuimos a Luro porque los policías nos echaron de la Perla debido a las denuncias de los vecinos” (fragmento de entrevista a mujer trans peruana). En aquel momento, en la Perla, ellas trabajaban a cuerdas de distancia de la zona de las mujeres cis, pero no pudieron resistir demasiado debido a los embates policiales. Vemos así una itinerancia, desde la Perla a Luro, y ahora actualmente en la clandestinidad, por la nueva ordenanza, explicada en líneas anteriores. Vale la pena aclarar que la nueva ordenanza estipula un espacio para el ejercicio del sexo comercial, pero no es acatada por las mujeres trans y travesti debido a la lejanía y la inseguridad que genera. Es por eso que deciden mantenerse esparcidas por diferentes espacios cercanos a Luro, sujetas a la discrecionalidad de la policía (Darouiche, Martinowskyj y Pérez, 2023, p. 10)

Los barrios de la ciudad donde se encontraba la mayor cantidad de mujeres trans y travestis eran los barrios Don Bosco y Los Andes. La zona era denominada y conocida como

7. Personas cisgéneros (o cis) hace referencia a personas que coincide su fenotipo sexual (su genitalidad) con su identidad de género.

Luro, haciendo referencia al nombre de la Avenida Pedro Luro. Esta avenida es una de las avenidas más importantes de la ciudad, es una arteria que conecta la ciudad de Este a Oeste: comienza en el mar y llega hasta donde termina la jurisdicción de la ciudad de Mar del Plata. La zona comenzaba mayormente desde la intersección de Luro y Francia hasta Luro y Champagnat, otra avenida importante de comunicación de la ciudad. Luego continúa por Champagnat unas cuadras (Champagnat y San Martín; Champagnat y Rivadavia).



Un aspecto interesante que surgía de la propia estructura de la zona consistía en su cualidad de espacio creativo, un espacio de jerarquías sociales, éticas y estéticas. Si bien al hablar de Luro se hacía referencia a todo ese espacio arriba señalado (las dos avenidas y los dos barrios), cuando se distinguía la zona de Luro y Champagnat como zonas diferentes, esta división respondía a dos criterios: estéticos y morales. Los estéticos se ligaban a que sobre la avenida Luro estaban “las más bonitas”, “las que tenían mejor cuerpo” (más feminizados y con intervenciones quirúrgicas), o, “las que podían responder mejor a las demandas del comercio sexual”. Mientras que en Champagnat se encontraban “las más feas”, definidas como las que no se arreglaban, no se vestían lindas, y mantenían algunos rasgos y marcadores de masculinidad como “barba crecida”, “no tenían pechos”, etc. Los criterios morales respondían a que en Champagnat las conductas de las mujeres trans y travestis eran más escandalosas: “se emborrachaban, se peleaban” y frecuentemente “andaban a los gritos en las paradas”. Sin embargo, esta división de criterios no siempre era tan nítida, ya que en el trabajo de campo se había notado que ellas se presentaban siempre como parte de una misma zona homogénea, es decir, todas pertenecían a la zona de Luro. Las divisiones de los espacios urbanos de sexo comercial, no es una novedad en el caso de Mar del Plata, un ejemplo similar ocurre en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en donde existen varias zonas de sexo comercial callejero, pero cada una responde a criterios estéticos

y migratorios. Por ejemplo, en su investigación Pérez Ripossio (2021, p. 120) asegura que en la zona de Constitución la mayoría de las mujeres trans y travestis son migrantes y son rechazadas de la zona de Palermo, en donde solo están mujeres trans y travestis argentinas.

En cuanto al caso estudiado, de día la zona se comportaba de una manera puramente comercial, con diferentes rubros (semillerías, poli-rubros, ferreterías, verdulerías, farmacias, ferias comunitarias, pinturería, cancha de fútbol, locales comerciales de materiales para la construcción, estaciones de servicio que sirven de parada para taxis, remises y personas particulares). Al ser una de las aristas de la ciudad, durante el día había un movimiento intenso de colectivos, camiones, taxis, remises. También habían sucursales de bancos, una oficina de ANSES (Administración Nacional de Seguridad Social) y una oficina de la empresa proveedora del servicio energético de la ciudad. En aquel periodo había dos fábricas en funcionamiento (una de lácteos y de pasta) y otra de la que quedaron solo estructuras. Encontramos espacios educativos y culturales (una escuela pública, clubes sociales y centros culturales). Había dos hoteles denominados “familiares” y un hotel alojamiento. Eran (y son) muy pocas las viviendas familiares sobre la avenida, las mismas se encontraban en las calles perpendiculares y paralelas. Como dijimos, durante el día, la zona proponía una altísima circulación de personas, transportes, información, productos, etc.

Durante la noche, la geografía social cambiaba. Al ocultarse el sol, ese espacio se comenzaba a transformar y a producir nuevas reglas, nuevos significados, nuevas formas de habitar el espacio. Las transfeminidades llegaban en remises o taxis a su “parada”, producidas con ropas provocativas y maquilladas; el flujo de circulación de peatones comenzaba a disminuir, la zona comenzaba a tornarse oscura, pero no por falta de iluminación, sino porque predominaba un escenario de sombras y luces, producto de las ramas de la arboleda que existía. Este recurso de sombras y luces era muy utilizado por las mujeres trans y travestis para realizar diversas actividades (mostrarse, hacer alguna práctica sexual, o dedicarse a la venta de estupefacientes).

Además de las transfeminidades, había también un actor muy importante que comenzaba a hacerse presente: la policía provincial y la policía federal. La presencia policial en la zona era muy fuerte y utilizaba diferentes procedimientos para hacerse visible. El patrullaje era el más común. El segundo mecanismo era la realización de control vehicular a las personas civiles: la característica de este procedimiento es que siempre era cerca de las paradas de las chicas, lo que producía un control sobre ellas y sobre quienes circulaban en vehículos. El último procedimiento lo constituían las requisas.⁸ Este es un procedimiento

8. Las requisas son controles policiales en que los agentes revisan las pertenencias de las personas en busca de algún elemento que garantice que estén cometiendo delito. En este caso, revisaban a las chicas entre sus ropas y sus pertenencias en busca de algún elemento que las comprometa y compruebe que estaban cometiendo el delito de la venta de estupefacientes. Se estipula que las requisas deben ser realizadas por orden judicial. Pero las modificaciones en el Código Procesal Penal Nacional (art. 189) y el Código Procesal Penal de la Provincia de Buenos Aires (art. 151 y 153) otorgan la posibilidad a los agentes de realizar estas requisas sin

que vulneraba los derechos de las personas trans: eran desnudadas, revisadas violentamente e insultadas por los oficiales de la policía. Las requisas eran periódicas. Esto producía y reproducía una relación siempre desigual entre las transfeminidades y las fuerzas de seguridad (Fernández, 2004, p. 80).

Con las requisas y los abusos de poder que ejercía la policía, se podía pensar que, pasados los edictos policiales, existía un nuevo dispositivo que habilitaba esa violencia. En esta investigación, al igual que otras realizadas en diferentes lugares de la Provincia de Buenos Aires (Lascano, 2018; Pérez Ripossio, 2022) se afirma que con la creación de la categoría mediático-judicial de “narco-travesti”, y los prejuicios sociales sobre las trabajadoras sexuales callejeras, la policía tenía nuevos argumentos para producir cierto orden del espacio público. Vale recordar que, durante los últimos años, se han incrementado las detenciones sobre las personas trans migrantes, debido al crecimiento de la práctica de microtráfico, sin embargo, acá aseguramos que no todas las mujeres trans y travestis trabajadoras sexuales realizan esa práctica. Bajo la categoría “narco-travestis” (Cutuli, 2017; Darouiche, 2019) ha crecido la estigmatización a ese colectivo en particular.

En cuanto al orden y el control del espacio público ejercido por la policía, afirmamos, que, en el mismo, además, se articulaban los grupos de vecinos. Los vecinos eran un gran referente de la moral pública que servía para justificar las intervenciones policiales.

En la esquina de T. y Luro me encontré con B. Ella estaba un poco molesta debido a que la policía había estado hace unas horas requisando a todas las chicas de esa esquina. Le pregunté bajo qué motivo lo habían realizado y ella me aseguro que algún vecino llamó a la policía, porque cuando se hicieron presente dijeron que había recibido denuncias anónimas de los vecinos por los gritos que sentían y por los escándalos. Esto era claramente mentira, y me lo hacía saber, ella me aseguraba que hace horas que estaba sola en la parada. (Diario de campo, 2018)

En la actualidad con la creación de la ordenanza municipal en la ciudad ya no es necesario hacer una metáfora o trazar un paralelismo, ya que como lo demuestran algunos datos (Darouiche, Martynowskyj y Pérez, 2023), la misma actualiza los viejos edictos policiales, y el único objetivo es generar un control sobre los cuerpos de las mujeres trans y travestis en el espacio público (Boy, 2015). Sin embargo, sigue actualizado el rol activo y de control de los vecinos, debido a que ellos pueden realizar denuncias por medio de mensajes vía celular si ven a personas trans y travestis en las esquinas.

Además de la policía y las transfeminidades que realizaban la actividad de sexo comercial, se han podido detectar algunos otros actores que participaban en la zona:

- Mujeres trans y travestis que venden droga: si bien era una zona de sexo comercial,

autorización en caso de emergencia o si ellos sospechan que se está cometiendo algún delito.

también convivían prácticas ilegales como el microtráfico. La existencia de estas personas, creaba una distinción y el surgimiento de identidades entre “las que trabajaban a cuerpo” y “las que hacen sus cosas o sus cochinas”. La distinción y el conflicto en estas identidades se describirá más adelante, pero ahora vale aclarar que muchas veces esta distinción era fluctuante y estaba condicionada por las condiciones materiales de las transfeminidades.

- Clientes de drogas: estos eran tanto varones como mujeres que llegaban por diferentes medios: caminando, en motos, bicicletas, remises, autos particulares, taxis, etc.
- Clientes en busca de sexo comercial: suelen ser varones que buscaban a las mujeres trans y travestis para contratar sus servicios sexuales, algunas veces, aunque no siempre, también son clientes de drogas.
- Consumidores de drogas: eran hombres y mujeres jóvenes que transitaban por la zona y compraban allí. A diferencia de los clientes, estas personas se quedaban por la zona, molestaban a las transfeminidades, y/o las cuidaban a cambio de drogas.
- Fisuras: hombres jóvenes, marginales, que estaban en situación de calle y que solían tener conductas agresivas para con las mujeres trans y travestis, con los clientes de drogas y/o clientes de sexo comercial.
- Maridos:⁹ Eran los vínculos sexo-afectivos de las transfeminidades y se paraban en una esquina frente a ellas para cuidarlas y protegerlas de los fisuras y de la policía.

En la antigua zona existía un protocolo de trabajo (como una forma de ordenar el espacio público y las relaciones sociales) pero muy pocas veces se cumplía a rajatabla. Sin embargo, el análisis del protocolo servía para dar cuenta de algunas prácticas consensuadas. Las directrices eran: 1. No hacer sus necesidades en cualquier lado y menos en las puertas de las casas de los vecinos; 2. mantener limpias las esquinas; 3. no hacer escándalos, generar peleas o griteríos y que no haya más de tres personas por paradas (esquinas); 4. tener cuidado con las juntas de muchas personas, puesto que no siempre tienen buenas referencias tanto para los clientes como para la policía; 5. división de turnos de trabajo y respetarlo para que todas las chicas puedan trabajar; 6. esperar que terminen los horarios escolares para llegar a la zona. El protocolo era discutido colectivamente en reuniones esporádicas que ellas organizaban.

Para finalizar con esta descripción de la zona, se destacarán dos particularidades que habían salido en el trabajo de campo. La primera es la distinción que existía entre invierno y verano. Mar del Plata es un centro turístico y toda su geografía sociourbana, su sociabilidad y su estructura cotidiana cambian en verano. La actividad de sexo comercial, la zona y las transfeminidades no dejaban de participar en esas modificaciones. En verano la zona se poblaba más y había más mujeres trans y travestis que venían a hacer turismo y a ejercer

9. Categoría emic. Para ver más consultar Darouiche, 2023.

la actividad por la gran cantidad de dinero que podían recaudar. Algunas venían todos los años, eran conocidas, tenían su espacio y su esquina. Otras eran nuevas y tenían que respetar las dinámicas, y ganarse el espacio por medio de diferentes luchas sociales y simbólicas.

Hoy con las personas de la esquina de M. y Luro conversamos sobre cómo se preparan para el verano, esperando que sea un buen verano, ya que se está trabajando muy poco. Yo les pregunté si venían personas nuevas a la parada. Ahí me contaron que hay muchas que vienen hace años, ya que tienen su esquina, mientras que hay muchas nuevitas, y que encima te quieren robar la parada o se quieren parar donde ellas quieran. Ante esa situación una se tiene que poner dura y mala, reclamando su esquina, y la tenés que correr con las compañeras... “Ellas se tienen que buscar su parada”, me decían, “ellas tienen que preguntar a donde se pueden parar ya que aquí nosotras trabajamos todo el año”. (Diario de campo, 2018)

La segunda particularidad tiene que ver con una transformación que había sufrido la zona durante los últimos años. En los cuatro años previos a la realización del trabajo de campo, en la zona se les cobraba la parada a las mujeres trans y travestis. Había una encargada de la zona que manejaba la actividad y autorizaba a las mujeres trans y travestis a pararse o no. En el momento del trabajo de campo, esa encargada ya no estaba y nadie cobraba nada, pero las disputas por las paradas continuaban, aunque de otra manera. Por ejemplo, en una visita se encontró una chica que estaba en una esquina en la cual no se solía parar; se le preguntó qué había pasado, y contó que había discutido con dos compañeras de su antigua esquina por un mal entendido con un cliente, y la habían corrido, y prefería estar alejada para evitar contacto con ellas. Sin embargo, con respecto al cobro de la parada y el control, muchas de las mujeres trans y travestis agregaban que la zona, en el momento del trabajo de campo, era “cualquier cosa”, sin un orden, sin un control, sin una orientación. Algunas decían que “se hace lo que quiere” y, sobre todo, que la venta de drogas se había consolidado en la zona. Cuando se les preguntaba desde cuándo es que ellas tenían esa percepción de la zona, aseguraban que desde el momento que no había una encargada. Afirmaban que ya no había una organización formal.

Ahora la zona es cualquier cosa, antes por lo menos había una que las retaba a las chicas o las multaba no dejándola trabajar si las encontraba que se estaba mandado alguna, porque se entendía que nos perjudicaba a todas. Vos además tenías que asistir a las reuniones, porque ahí se discutían las cosas, y si no asistías también te multaban. Digamos por una parte era un abuso, pero por otra, vos sabés que había una organización, y sabías que había un orden. (Entrevista con mujer trans, 29 años)

Luego de realizar una presentación etnográfica de la zona de sexo comercial de la ciudad de Mar del Plata, en el siguiente apartado se realizará una descripción de la sociabilidad que allí emergía entre las mujeres trans y travestis.

La sociabilidad en la zona de Luro

Las relaciones de sociabilidad de las mujeres trans y travestis estaban mediadas por el protocolo de trabajo descrito anteriormente. Se dijo que, como un intento de ordenamiento, este regulaba las cercanías y las distancias de ciertas personas. Así, entre los marcadores identitarios, emergían los turnos de trabajo: “las chicas de la noche”, “las chicas de la madrugada”. Pertenecer a un turno de trabajo era compartir la zona con determinadas personas más o menos afines entre ellas. Para ejemplificar estas dinámicas, se presenta el fragmento de una nota de campo:

Cuando le pregunté a P si conocía a B, ya que ella se había contactado conmigo por un tema de salud, P lo primero que me preguntó es en qué horario trabajaba ella, ya que ella de su turno no conocía a nadie con ese nombre. “Seguramente de ser una de las chicas que se paran a la madrugada” me respondió y me sugirió que para encontrarla tendría que ir a la madrugada o hablar con algunas de las chicas de ese turno. (Diario de campo, 2018)

Otro marcador identitario que emergía en la zona de trabajo era la nacionalidad. Se ha explicado en trabajos anteriores que en la ciudad de Mar del Plata la mayoría de las personas que ejercían (y ejercen) la actividad de sexo comercial eran personas migrantes (Darouiche, 2019, p. 20). Muchas veces en la zona se hacía referencia a las “ecuatorianas”, “peruanas”, “argentinas”. En efecto, la etiqueta funcionaba como una forma de distinción social ante ciertas circunstancias. Por ejemplo, para desprestigiar sus conductas y comportamientos. En una entrevista una mujer trans peruana decía que “muchas de las ecuatorianas no respetaban los turnos de trabajo”. Se puede presentar otros ejemplos: “mirá, las peores son las ecuatorianas. Ellas salen más temprano de lo que tienen que salir, son terribles, ellas además son las que no respetan a nadie, son las que roban a los clientes, entre otras cosas. Siempre hay problemas con ellas” (Fragmento de entrevista, mujer trans peruana).

El jueves llegué a la zona sabiendo que un día antes había existido una pelea entre las compañeras y una había terminado herida por un elemento cortante. Yo me enteré por Facebook, debido a las publicaciones que habían compartido algunas de ellas. En ese momento intenté preguntarles a algunas de las que estaban en la zona (ecuatorianas y argentinas) y ellas respondieron que sabían y que eran las peruanas de la madrugada. Ellas son las más escandalosas, las que más problemas traen debido a la junta que hacen y a que están toda la noche borrachas y terminan todas peleadas. (Diario de campo, 2018)

Se puede observar que los marcadores identitarios de la nacionalidad, en la zona, servían en algún sentido para justificar mayormente los malos comportamientos y malas conductas dentro de la zona. Es decir, existía un desplazamiento de la discriminación (Marcus, 2009) sobre un grupo, dentro de esa comunidad, que servía como blanco para cristalizar los discursos de discriminación. Salvo algunas excepciones, muy pocas veces se escuchó hablar de nacionalidad como referencia a alguna característica positiva.

Por último, una identidad que emergía siempre y era uno de los nudos de conflicto de las relaciones sociales, lo constituía el consumo de drogas y la práctica de actividades ilegales. Ellas usaban marcadores identitarios como “las que trabajaban cuerpo” y “las que hacen sus cosas”, estas últimas referidas a la venta de drogas, y que en cierta manera esa identidad producía un ordenamiento espacial, porque algunas no querían compartir la misma esquina. Aunque otras veces, ambas prácticas sociales, convivían en un mismo espacio reducido.

A pesar de los conflictos, existían diferentes tipos de alianzas entre ellas. Un primer tipo se daba en las situaciones de peligro, como por ejemplo ante los robos, salidas con clientes que despertaban alguna sospecha, ataques de transeúntes, y peleas con fisuras. Ellas solían unirse para defender a la compañera y solían actuar todas juntas. Por ejemplo, así lo cuenta una mujer trans peruana en la entrevista:

-P: Cuando existe una situación de robo o si alguien se quiere pasar de vivo, lo agarramos entre todas. Ya pasó que uno le quiso robar a C, y así quedó, le pegamos una paliza que lo dejamos internado (risas). Es una forma de decir, eh. Me acuerdo que una compañera gritó y salimos todas corriendo. En un momento una agarró y se sacó el taco y se lo dio por la cabeza. Es muy difícil, tenemos nuestras cosas, pero no tenemos que dejar que vayan a pasarse de vivos con nosotras. (Entrevista con mujer trans peruana)

Otro tipo de alianza se daba ante situaciones de peleas con los maridos, ya que muchas veces ellos generaban problemas que solían consistir en escenas de violencia por motivos de celos. Para ejemplificar se presenta una nota de campo:

Hoy cuando llegué a la esquina de C y Luro me encontré con C sola, parada en la esquina, pero a lo lejos, sobre la calle C, pude ver que estaba G apoyada sobre una pared con un hombre frente a ella. El hombre le hablaba a los gritos y ella respondía también a los gritos. Entonces le pregunté a C qué es lo que estaba ocurriendo y ella me respondió que estaba discutiendo con su marido porque él se puso celoso por un mensaje de celular. Le pregunté que si iba a dejar que la situación siguiera así y ella me dijo que no “si se poné más violento ya tengo acá algo para pegarle”, estaba esperando solo que G le dé la seña, ya que no estaba bien

que maltraté así a su amiga además ya le había informado a las de la otra esquina para que vinieran. (Diario de campo, 2018)

La situación de conflicto que más reunía a las mujeres trans y travestis era el accionar policial, es decir, las requisas o las detenciones. Ellas entendían perfectamente que el gran enemigo común era la policía. Esto fue remarcado en varias de las entrevistas, pero para ejemplificar se retoma un fragmento de una entrevista a una mujer trans ecuatoriana “cuando aparece la policía, y nos quiere identificar, o nos quieren requisar, lo que solemos hacer es llamar a todas las compañeras cercanas y grabarlos con el celular por los abusos, así nosotras tenemos pruebas de lo que vivimos todos los días” (fragmento de entrevista, mujer trans ecuatoriana).

La tercera alianza consistía en hacer silencio sobre quienes realizaban actividades ilegales, como la venta de droga. Y, por último, existía un tipo de alianza entre ellas para realizar colectas y actividades de recreación, para juntar dinero y ayudar a distintas compañeras de la zona que están presas o que atraviesan alguna dificultad económica.

-P: Entre las compañeras nos ayudamos en algunas cosas, por ejemplo, cuando hay que llevar cosas a las compañeras detenidas, hacemos colectas y/o hacemos una comida para vender y compramos carnes y verduras; cigarrillos, artículos de limpieza entre otras cosas. También lo hacemos con algunas compañeras que están mal de salud, o que necesitan asistencia y no puede venir a trabajar. (Entrevista con mujer trans peruana)

A pesar de haber podido identificar estas alianzas y estos conflictos por medio de observaciones y entrevistas, lo que más llama la atención es a cómo ellas describen la comunidad de las trabajadoras sexuales callejeras. Siguiendo los aportes de Bauman (2006) sobre el concepto de comunidad (identitaria, sexual o de otra índole), coincidimos con el autor que muchas veces se ha pensado, con nostalgia del pasado, que pertenecer a una comunidad implica un lugar de comodidad en las relaciones, un espacio de fraternidad y de cuidado mutuo por parte de las personas que lo integran. Pero muchas veces las comunidades no son ese lugar seguro para las personas. En el trabajo de campo, pero sobre todo en las entrevistas, se encontró que lejos de realzar los aspectos positivos de la comunidad, las mujeres trans y travestis definían sus relaciones como relaciones de competencia, de envidia y de soberbia. Un mundo de relaciones falsas, donde todas se engañaban, había “puterios” “peleas” y “chismes”. Esto generaba varios efectos: muchas de ellas se recluían, no se relacionaban con las otras, o evitaban hacerlo, y pasaban sus vidas en soledad. Otro efecto era que se exaltaban las diferencias y se reproducían algunos estigmas y prejuicios comunes, es decir, un desplazamiento de la discriminación.

Vamos a detener el análisis en dos cuestiones claves: la envidia y los chismes.¹⁰ El chisme era uno de los principales obstáculos para que las mujeres trans y travestis entablen relaciones entre ellas. Según lo narrado, dentro de la comunidad, existían muchos chismes acerca de la salud sexual, de los precios que cada una cobraba, de las relaciones con sus maridos, de los robos a clientes, de la salud mental, de los cuerpos, y de las relaciones de amistad/falsedad entre ellas.

A partir de los estudios antropológicos y sociológicos que estudian el chisme (Fonseca, 2000; Fassano, 2006; Gluckman, 1968; Liberatori, 2008, entre otros) se percibió que este es una práctica social que sirve para disputar posiciones sociales y de estatus, como a su vez, para armar alianzas entre los miembros de determinadas comunidades. También es una forma de regular y sancionar moralmente conductas y comportamientos que están este-reotipados como buenos y malos, aceptables y no aceptables. Pero el chisme, además de su función social como una forma de sanción, también sirve para reforzar una cohesión del “nosotros” como grupo, ya que siempre es sobre los miembros de un grupo los chismes que circulan y hacen circular.

En el caso de la comunidad investigada, veíamos que se cumplía varias de las funciones otorgadas al chisme. Entre ellas hacían circular chismes de salud, si alguna robaba, si alguna cobraba menos, con el fin de disputar poder y posiciones sociales dentro de la comunidad y de la zona. También utilizaban el chisme para sancionar las conductas de las compañeras, por ejemplo, esparciendo chismes sobre si alguna tenía la práctica de robar la pertenencia de los clientes o si era capaz de robar la pertenencia de las compañeras. En cierta manera, además de hacer circular esos chismes para sancionar, a partir de ellos, se generaban –aunque ellas digan que no– algunas alianzas. Lo interesante era verlas en acción al hacer circular un chisme.

Respecto a la envidia, al reflexionar sobre la misma, se percibió que este era denominado como un sentimiento propio de muchas. Pues, valía la pena, entonces, preguntarse qué era lo que se envidiaba. Ellas decían que pueden ser objeto de envidia: las características corporales y la asociación con la belleza; las ganancias económicas de los servicios sexuales; la obtención de objetos materiales y de consumo; y hasta una relación amorosa. De esa manera se puede inferir que “lo que se envidiaba” se dividía en dos grupos: a) bienes materiales y b) posiciones y estatus sociales.

Para un análisis sobre esta situación era necesario recurrir a literatura que indague la envidia como un sentimiento social, y así se llegó a la literatura antropológica y sociológica sobre las emociones. Del campo de la sociología (Kemper, 1990; Hochschild, 1975 citados en Alastuey, 2000) se recuperó herramientas para pensar las emociones no como algo innato

10. En esta investigación existe una diferencia entre rumor y chisme. El chisme se da siempre dentro de una comunidad dada y se mantiene dentro de esa comunidad. Nunca se genera un chisme sobre alguien que no pertenece a determinado grupo. El rumor, por su parte, siempre se expande y sale de esa comunidad, como así también pueden decirse rumores sobre personas que no se conocen (Fassano, 2006).

y natural de los individuos sino como efectos del universo de posibilidades de formas de relacionarse que ofrece la sociedad moderna. Se evitó ver a la envidia como un sentimiento negativo o a reducirla a la psiquis, para resolver pensarla, primero, como un sentimiento que surge en un contexto determinado; y, segundo, como un sentimiento que fomenta un modo específico de relación –de competencia por estatus y poder–.

Las herramientas de análisis más eficaces las ofreció el campo de la antropología, ya que la envidia fue más analizada en diferentes estudios sobre comunidades no occidentales (Bermudez y Suarez, 1990; Della Corte, 2014; Foster, 1965, 1972; Shoek, 1969; Lutz, 1986). En estas investigaciones –si bien la envidia está asociada a la magia y el mal de ojo– se piensa la misma como un sentimiento propio de las relaciones sociales ligada principalmente al excedente de capitales (económicos, simbólicos, sociales). Es decir, mientras el excedente se concentre en pocas manos, es más propicio el clima para que la envidia entre los miembros de las comunidades. Esto claramente se veía reflejado en la comunidad de mujeres trans y travestis que ejercían el sexo comercial callejero. Ya que, según lo narrado, cuando a alguien le iba mejor en términos económicos, cuando alguien poseía características asociadas a la belleza, cuando alguien tenía más clientes, o poseía bienes materiales era más probable que aparezcan personas que la envidien.

En la comunidad trans, la envidia también es analizada como una forma de impulso para superar a aquella persona que se envidia, ya que ellas elaboraban estrategias para reapropiarse de capitales y ser envidiadas. Es así que se trataba de un sentimiento que servía para dinamizar las relaciones de poder y las posiciones (incluso en el propio espacio geográfico) de estatus entre ellas mismas.

Conclusiones

El presente trabajo analizó y describió etnográficamente una zona roja donde mujeres trans y travestis ejercían la actividad de sexo comercial en la ciudad de Mar del Plata. En primer lugar, se dio cuenta del espacio socio-urbano con sus características y sus dinámicas geográficas y comerciales. En segundo lugar, se dio cuenta de las relaciones de sociabilidad que el propio espacio proponía. Por último, se analizó cómo ellas veían la comunidad misma a la que ellas pertenecían. Allí se analizó cómo el chisme y la envidia, eran dos características principales de sus relaciones sociales, pero que lejos de ser parte de algo negativo, eran características que dinamizaban las relaciones sociales.

Referencias bibliográficas

- Alastuye, Eduardo (2000). La sociología de la emoción y la emoción en sociología. *Papers Revista de Sociología*, 62, 147-176.
- Bauman, Zygmunt (2006). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Berkins, Lohana (comp.) (2007). *Cumbia, copeteo y lágrimas. Informe nacional sobre la situación de las travestis, transexuales y transgéneros*. Buenos Aires: Madres de Plaza de Mayo.
- Bermúdez, Eduardo y Suarez, Matilde (1990). El papel de la envidia en una comunidad negra de Venezuela. *Caribbean Studies*, 23(3), 1-33.
- Boy, Martin (2015). Travestis y vecinos de la 'la zona roja' de Palermo: distancias y cercanías en conflicto. Ciudad de Buenos Aires, 1998-2012. *Sexualidad, salud y sociedad. Revista Latinoamericana*, (15), 175-196
- Cutuli, María Soledad (2012). Antropología y travestismo: revisando las etnografías latinoamericanas recientes. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, 1(1), 161-181.
- Cutuli, María Soledad (2017). La travesti permitida y la narco travesti: imágenes morales en tensión. *Cadernos Pagú*, (50),
- Darouiche, Cristian (2019). *Condiciones de vida, sociabilidad y vínculos de parentesco entre las mujeres trans que realizan sexo comercial en la ciudad de Mar del Plata*. (Tesis de Licenciatura en Sociología). Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Darouiche, Cristian (2023). *Si me querés, quereme trans: Una etnografía de los significados del amor de las personas transfemeninas y travestis* (Trabajo Final Integrador para Especialización en Metodologías de Investigación de las Ciencias Sociales). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- Darouiche, Cristian, Martynowskyj, Estefania y Pérez, Inés (2023). *Violencia Policial, vulneración de derechos y deterioro de las condiciones de vida de las trabajadoras sexuales trans y travestis. Informe sobre los efectos de la creación de una zona roja en Mar del Plata*. Cuadernos del ISTeC, Núm 3. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Della Corte, Elisabetta (2014). La envidia en el trabajo: entre la competencia y la destrucción. *Microfísica de la envidia. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, (15), 53-64.
- Fassano, Patricia (2006). *De boca en boca: el chisme de la trama social de la pobreza*. Buenos Aires. Antropofagia.
- Fernández, Josefina (2004). *Cuerpos desobedientes: travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Fonseca, Claudia (1996). A dupla carreira da mulher prostituta. *Estudos feministas*, 4(1), 7-33.
- Fonseca, Claudia (2000). *Família, fofoca e honra. Etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da Universidade do Rio Grande do Sul.
- Foster, George (1965). Cultural responses to expressions of envy in Tzintzuntan. *Southwestern Journal of Anthropology*, 21(1), 24-35.

- Foster, George (1972). The anatomy of envy: a study in symbolic behavior. *Current Anthropology*, 13(2), 165-202.
- Gluckman, Max (1968). Psychological, sociological and anthropological explanations of witchcraft and gossip: a clarification. *Man New Series*, 3(1), 20-35.
- Juliano, Dolores (2002). *La prostitución, el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria editorial
- Kulick, Don (1998). *Travesti: Sex, gender, and culture among Brazilian transgendered prostitutes*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lascano, Aramis (2018). De los edictos a la ley de Drogas: la persecución penal a travestis, transexuales y transgéneros en la zona roja de La Plata, Ponencia en *V Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismo: desarmar las violencias, crear resistencias*, Ensenada, Argentina.
- Liberatori, Marina (2008, 5 de Agosto). El chisme y las relaciones sociales de vecinazgo en pensiones de un barrio de Córdoba, Ponencia en *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
- Lutz, Catherine (1986). Emotion, Thought and Estrangement: emotion as a cultural category. *Cultural Anthropology*, 1(3), 287-309.
- Marcús, Juliana (2009). *Vivir en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires. El proceso de construcción de identidad en mujeres migrantes que residen en habitaciones de hotel* (Tesis de Doctorado). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Nascimento, Silvana (2015). Corpo-afeto. Corpo violência: experiências na prostituição da estrada na Paraíba, *Revista Ártemis*, 18(1), 69-86.
- Peréz Ripossio, Ramiro (2021). Representaciones y disputas espaciales de las travestis/trans sudamericanas: ejercicio de la prostitución/trabajo sexual en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Quid 16 Revista del Área de Estudios Urbanos del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales*, (16), 109-136.
- Peréz Ripossio, Ramiro (2022). Sociabilidades y migración de las travestis/trans sudamericanas en el AMBA: solidaridades, tensiones y conflictos. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 19(2), e50668.
- Perlongher, Néstor (1993). *La prostitución masculina*. Buenos Aires: La Urraca.
- Piscitelli, Adriana (2012, septiembre). Exploração sexual, trabalho sexual, noções, limites, Ponencia presentada en *Seminário Corpo, Sexualidades e Feminilidades*, Universidade Estadual de Rio de Janeiro, Brasil.
- Piscitelli, Adriana (2013). *Trânsitos: brasileiras nos mercados transnacionais do sexo*. Rio de Janeiro: Euderj
- Sabsay, Leticia (2011). *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Schoeck, Helmut (1969). *Envy: A theory of social behavior*. Indianapolis. Liberty Fund.
- Silva, Hélio (1993). *Travesti a invenção do feminino*. Rio de Janeiro: Relume-Dumará.

Vásquez Haro, Claudia (2020). *Identidades Golondrinas desde una epistemología del despojo. Estudio sobre las prácticas político-comunicacionales de las feminidades travestis y trans migrantes peruanas en La Plata: las charapas*. Tesis de Doctorado en Comunicación Social. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

ENTREVISTA



Entrevista a Juan Carlos Torre

Por Sebastián Pereyra y Gerardo Aboy Carlés

Esta entrevista abierta a Juan Carlos Torre fue realizada el 24 de octubre de 2022 en la mesa de cierre de las primeras Jornadas del Centro de Estudios Sociopolíticos (CES) de la Escuela IDAES-UNSAM. La versión que aquí se transcribe fue revisada por Juan Carlos Torre y Sebastián Pereyra.



Sebastián Pereyra: *Muy buenas tardes, gracias Mariana Gené y a Daniela Slipak por la organización de estas primeras Jornadas del Centro de Estudios Sociopolíticos del IDAES, rompieron la inercia de las jornadas que estábamos organizando hace muchos años y nunca se concretaban, así que es un paso muy importante el que dieron. Muchas gracias Juan Carlos Torre por haber aceptado la invitación a esta entrevista, a esta conversación pública. Es un orgullo, un honor para nosotros esta visita y la posibilidad de este diálogo. Vamos sin más con la primera pregunta.*

Gerardo Aboy Carlés: *Queríamos iniciar con una pregunta de orden más bien biográfico: ¿cómo fue que alguien que había hecho la escuela secundaria en Bahía Blanca vino a Buenos Aires y se inscribió en la carrera de Sociología, que recién se había creado?*

Juan Carlos Torre: Respondo enseguida y evoco para ello a la generosidad de mi padre. ¿Por qué? Porque mi padre tenía una casa de comercio en un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, Darregueira. Y esperaba que yo, el primogénito de la familia, me hiciera cargo en algún momento del negocio. Ocurrió que cuando me preguntó qué quería estudiar le respondí “quiero estudiar filosofía”. Explicablemente, a mi padre no le pareció una buena opción y me propuso, en cambio, que estudiara para contador público. Conversamos y llegamos a un acuerdo: contador y filosofía. Vengo pues en 1958 a Buenos Aires y me anoto en las dos facultades, la Facultad de Ciencias Económicas y la Facultad de Filosofía. Durante un año estuve dando materias en una facultad y dando materias en la otra. Fue entonces que apareció la carrera de Sociología y me apresuré a escribirle a mi padre diciéndole “la sociología es la combinación de filosofía y economía”. Era un abuso de la imaginación, pero a esta altura del partido mi padre estaba resignado y no puso objeciones.

Así fue que entré a la carrera de Sociología y comencé a formar parte de la primera generación de estudiantes. No éramos muchos, algunos venían de otras carreras, otros recién entrábamos a la universidad. Durante los años iniciales, la carrera de Sociología fue una disciplina que se estaba buscando a través de la guía orientadora de Gino Germani, su promotor, que tenía una mirada muy amplia y, en los hechos, nos expuso a una literatura muy variada en la que los textos de sociología convivían con textos de psicología social, antropología, filosofía. Más tarde, la carrera habrá de tener un formato más sistemático, pero siempre congruente con su matriz original, el fuerte énfasis en la investigación empírica. Este énfasis con su práctica –proponer hipótesis sobre la realidad social, justificarlas lógicamente y recoger evidencias para probarlas o desmentirlas– la hizo para muchos de nosotros muy atractiva. A pesar del interés que despertaba la literatura que Germani ponía a nuestro alcance, las creencias marxistas que inspiraban a buena parte de nosotros continuaron firmes. Así, el corolario de esa experiencia en los primeros años de la carrera fue sintetizado por una consigna: “marxismo con datos”, popular entre nosotros.

A propósito hay una anécdota de aquellos tiempos que me gustaría contarles. Fue la polémica en la que me metí en compañía de mi amigo Manolo Mora y Araujo con una figura principal del Partido Comunista, Rodolfo Ghioldi. En 1962 Ghioldi publicó en *Cuadernos de Cultura*, la revista intelectual del partido, un feroz artículo con el título “Cosas de la Sociología” en el que denunciaba “la degeneración ideológica” de la sociología burguesa y exaltaba al marxismo como la única teoría científica de los procesos sociales. A Manolo y a mí, jóvenes estudiantes de Sociología y también militantes de la FEDE, el artículo nos pareció un horror desde un punto de vista conceptual y retórico y nos atrevimos a escribir una réplica y se la hicimos llegar al secretario de la revista, Héctor

Agosti. Nunca supimos qué pasó *a posteriori*. Hasta que hace unos meses le pedí a Horacio Tarcus que buscara en los archivos de CEDINCI y tuve suerte: me mandó una copia del artículo de Ghioldi, pero más importante: me mandó copia de la carta que escribimos (había perdido el original) y una copia de la respuesta que nos hizo Ghioldi y que nunca había llegado a nuestras manos. Estoy preparando un dossier con estos materiales para publicarlo próximamente. Al releerlos, destaco que nosotros, luego de proclamar nuestra identificación con la teoría marxista, apuntamos a que en el artículo “el esquematismo, la violencia de los adjetivos, el uso de citas aisladas, colocan la polémica en un lugar distante al que debe tener la discusión científica”. Y a partir de lo que estábamos aprendiendo en la carrera de Sociología abogamos por “realizar trabajos empíricos de nuestra realidad que superen la observación periodística y la mera compilación de datos estadísticos”. Y respaldamos nuestra demanda con citas a sociólogos marxistas que afirmaban que “el menosprecio a las investigaciones concretas es una manifestación clara de dogmatismo”. Nuestro atrevimiento –polemizar con Ghioldi– no llegó a mayores porque la revista no le dio cabida. Y Ghioldi no alteró nada su postura, más bien la redobló. Así respondió que “los compañeros reprochan el empleo de adjetivos pero si la adjetivación es pertinente no solo no suele estar de más si no que sirve para dar más relieve la sustancia. También los trabajos de Marx y Lenin no ahorran calificativos. El asunto es saber si está bien o está mal, por ejemplo, hablar de degeneración ideológica burguesa. O ¿será que les molesta que se hable irrespetuosamente de la sociología burguesa?”. También se ocupó de nuestro llamado a la investigación concreta para afirmar: “Se desea la producción de trabajos empíricos sobre la realidad nacional. De acuerdo, pero siempre que no sea para negar la existencia de leyes generales del desarrollo social o el rechazo de la lucha de clases como lo hace el sociologismo burgués y decadente. Quienes quieran emprender ese trabajo aprovecharán mucho releyendo los materiales producidos por el partido desde hace algunas décadas”. Y nos recomendó para cuestiones generales leer el Programa del Partido Comunista Soviético, “que es un verdadero manual de sociología científica”. Su último párrafo nos colocó en la mira: “Creo que los compañeros se equivocan cuando piensan que si los intelectuales y los estudiantes no admiten fácilmente nuestros materiales se debe a no sé qué esquematismo que estos tienen; estimo que se debe sobre todo a que, estando bajo el peso de la influencia ideológica burguesa, las vacilaciones y debilidades de nuestros propios compañeros no son el camino más adecuado para persuadirlos; lo fundamental es la lucha insuficiente contra la ideología burguesa, y, en el caso de la sociología, contra el pensamiento de las diversas capillas burguesas”. Al poco tiempo de este episodio, cuyo completo trámite recién he conocido 60 años después, Manolo y yo nos fuimos de la FEDE, tomando con el tiempo senderos distintos: él se acercó al partido ultra liberal de Álvaro Alsogaray y yo me incorporé al grupo gramsciano de la revista cordobesa *Pasado y Presente*. Termino aquí con esta digresión y vuelvo a ustedes.

SP: *Muy bien. Ahora vamos a la obra. Habíamos pensado con Gerardo empezar por lo más actual e ir primero por Diario de una temporada en el quinto piso. Nos imaginamos que está más metido en discusiones sobre este último libro que salió el año pasado. Y la pregunta es una pregunta sobre el tono y el género al que pertenece ese libro. Uno podría pensar que el libro en algún sentido se gestó en los años 80 con la idea de hacer un diario y que en esa primera idea lo central era producir materiales para un ejercicio más reflexivo sobre la intervención en la vida pública. Más hacia 2021, cuando el libro efectivamente sale publicado o hacia el 2020 cuando terminó de editarlo se parece más al género de unas memorias, ¿no? A la vez, es un libro que tiene un registro analítico, es decir, uno puede leer también un registro analítico a lo largo del libro. ¿Qué tipo de libro es para usted? Y luego ¿cuántas idas y vueltas tuvo el libro a lo largo de los años? ¿Cuántos cambios tuvo como proyecto a lo largo del tiempo?*

J.C.Torre: Bueno, el libro del que estamos hablando es un libro que comenzó a gestarse al poco tiempo que me invitaron a formar parte del equipo económico de Sourrouille; el que me invitó se llamó Adolfo Canitrot, a quien conocía por nuestros años en común en el Instituto Di Tella. Y yo le dije: “y, ¿pero qué voy a hacer yo? Si yo no sé nada de economía y tampoco quiero saber, ya bastante con lo que sé de historia y sociología”. Y él me respondió: “vení, vení porque siempre es bueno tener una mirada otra”.

Y efectivamente durante mucho tiempo yo fui la otra mirada. ¿Cuál otra mirada? Aparte de la que podía ofrecer como analista político para un elenco de economistas profesionales, mi otra mirada consistía en una oferta no siempre intelectual. A la oficina mía venían y golpeaban la puerta otros miembros del equipo económico y esta se convertía en una suerte de consultorio sentimental, porque la vida cotidiana en la trinchera del Ministerio de Economía es muy costosa en términos personales. Estar en el quinto piso es frecuentar una cámara de tortura, porque junto a los problemas a afrontar, están las tensiones que se generan dentro del propio equipo. Como estaba más lejos de los frentes de lucha y más afuera de ese círculo principal, yo terminé operando como una especie de “coach” emocional, destinatario de confidencias y de información privilegiada. En esa condición fue que descubrí que tenía a mi alcance una oportunidad única, la oportunidad, que diría, siempre estuve soñando como académico. ¿Cuál? Ver más de cerca el momento de las decisiones de gobierno. Acostumbrado a vislumbrarlo a través de los archivos, de los diarios, de los testimonios indirectos, ahora en mi oficina del quinto piso me hallaba más cerca; no digo que estuviera en la primera fila ni en el escenario, pero sí más cerca de cómo se gestaban las decisiones. Como era una oportunidad única me propuse sacar partido de ella comenzando por registrar lo que escuchaba y veía.

Me consigo un grabador, una amiga me lo presta, ella está aquí escuchándome y me reprochará más tarde que no se lo devolví. Los fines de semana mi esposa, que también está acá atrás mío, me esperaba para comentar mis novedades del frente y yo, a partir de notas que tomaba en el día a día, le hablaba al grabador, con el entusiasmo que imagino es el que tiene un antropólogo al entrar en contacto con una tribu lejana, solo que

en mi caso la tribu en cuestión era la que las contingencias de la política había colocado a cargo de la adopción de decisiones sobre la vida económica del país. Cuando me lanzo a la tarea de llevar un diario tengo presente literatura producida en otros países donde con frecuencia figuras de la vida pública se ocupan de sus experiencias en forma retrospectiva. Pero se trata no obstante de una literatura escrita en clave de memorias. Y tiene en los hechos un propósito: justificar conductas y decisiones. Yo decidí hacer otra cosa. Como digo en el libro, procuré ponerme a salvo de las trampas de la memoria histórica, que suele volver selectivamente sobre el pasado al compás de las expectativas del presente. Para ello decidí reunir en el libro el registro en caliente de los hechos que tenía a mi alcance y de mis impresiones tal como las experimenté. Mi libro no es pues un libro de memorias. Tampoco es un informe de la gestión del equipo económico porque solo abarca las cuestiones que llegué a conocer y no otras, por cierto hay ausencias significativas, en este testimonio de esa complicada gestión de la emergencia en la transición a la democracia.

SP: Una pregunta adicional sobre el género del libro. Como diario o como registro más cotidiano, el libro tiene de todas maneras un tono que va casi entre la novela policial y la intriga política ¿Ese fue un tono buscado? ¿Hay mucho trabajo sobre el diario en ese aspecto?

J.C.Torre: El libro es una historia contada tal como la veo desarrollarse. Además de las grabaciones, luego transcritas, y de los apuntes que hice en cuadernos varios, el libro contiene una buena cantidad de cartas que escribí durante esos años. Yo fui siempre un cultor de un género que se ha eclipsado por los celulares, me refiero al género epistolar. Con una hermana viviendo en Venezuela, Lucia Isabel, y una amiga residente en París, Silvia Sigal, tuve un buen pretexto para escribir largas cartas, de 15 a 20 páginas comentando lo que ocurría en la Argentina de Alfonsín. Aproveché esas cartas para tomar distancia de la crónica cotidiana y volverme “más analítico”, haciendo reflexiones tanto sobre la transición a la democracia y sus desafíos como sobre la trayectoria de la sociedad argentina. Sobre quiénes somos y hacia dónde vamos. El libro tiene, pues, esos dos registros y es un esfuerzo por contar lo que yo veo y al mismo tiempo pensar lo que yo veo.

GAC: Recién nos contaba lo que significaba estar en el quinto piso. ¿Pensó en el impacto del libro como reflejo de una situación más crónica en la Argentina y del presente que se vive? ¿Cuánto le parece que sirve para pensar algunos dilemas y avatares que enfrenta el país en materia económica? ¿Y cuánto de permanencia hay en esa tensión entre técnica y política? Pero que tampoco es una tensión entre técnica y política, sino que aparece como una tensión entre el largo plazo político y las exigencias, o los costos, que implican las decisiones sobre el largo plazo para la política de corto plazo y las imposibilidades que hay. ¿Qué continuidades ve en los problemas que ustedes atravesaron en el quinto piso? ¿Y cuánto cree que sigue siendo de actualidad ese mensaje?

J.C.Torre: Para ir a la respuesta voy a hacer un rodeo primero, y digo: este es un libro que estaba guardado, en la computadora, en papeles, en casetes y estuvo ahí durmiendo por años. Yo decidí al principio dejar pasar el tiempo, antes de volver sobre una experiencia que había vivido intensamente; después fui ocupándome de otras cosas que me interesaban también dentro de la trayectoria académica. El lugar del peronismo en la historia argentina fue principalmente una de ellas. Y así los años en el quinto piso fueron quedando a un costado. Hasta que entendí que había llegado el momento de volver sobre ellos luego de consultar mi reloj biológico y constatar que tenía 80 años. No podía esperar mucho tiempo más. Aproveché la cuarentena para reunir lo que había acumulado –casetes, apuntes, cartas– para sacarme de encima esa experiencia y colocarla al alcance de gente conocida mía. Yo no esperaba trascender más allá de personas cercanas a mí o que habían participado del primer tramo de la transición a la democracia conducida por Alfonsín. De allí que, confieso, sí me sorprendí cuando vi que el libro empezó a circular y se destacó en él su gran resonancia con los problemas y dilemas de la actualidad del país. Si tuvo ese efecto, les aclaro, no fue un efecto buscado.

Fue así que una vez publicado el libro me encontré con el predominio de una lectura que trazaba paralelos entre la gestión de la economía bajo Alfonsín y experiencias más cercanas. Esa lectura evocadora destaca cómo se repiten circunstancias y reacciones a lo largo del tiempo. Se subraya que estamos ante un país que vive o se desenvuelve a la sombra de la inflación. Ese estado de cosas nos coloca ante un drama sociopolítico; quiero usar la palabra “sociopolítico” que es la etiqueta del centro en que estamos hoy, para destacar que es un drama que incluye una temática social y una temática política. El país que está con una inflación persistente y vive endeudado termina, tarde o temprano, yendo al Fondo Monetario en busca de auxilio. Esto fue lo que ocurrió con nosotros y con los que más tarde hicieron lo mismo. Con independencia de los personajes y los gobiernos, el telón de fondo es muy similar. Una peculiaridad del país dentro de la región es que el Fondo Monetario ocupe un lugar siempre presente en la vida de los argentinos, como no ocurre en otros países. A primera vista, hay pues en el libro una resonancia histórica. Además de esa resonancia histórica, hay también una resonancia más conceptual y es la que evoca los problemas de la economía y los problemas de la política. Cuando entramos con esa óptica al mundo que este libro describe vamos a hallar fenómenos que resultan esperables cuando arriba a la presidencia un gobierno electo luego de un largo ostracismo político. El elenco de ministros del primer gabinete de Alfonsín eran personas cuya experiencia en la vida pública se remontaba veinte años atrás. Habían sido ministros del presidente de origen radical Arturo Illia, que gobernó desde 1963 a 1966, cuando fue derrocado por un golpe militar. Eran personas de otra época en un país que había cambiado y mucho, sobre todo en los años más recientes, por las transformaciones económicas y sociales provocadas por la dictadura de 1976.

De modo que asistimos a una suerte de desacople, disculpen la palabra, entre los tiempos presentes y el universo de ideas de los que estaban a cargo de la economía, y, quizás

también de la política. Pero además de ese desacople estaban sobre la agenda del gobierno los desafíos que colocaban los dilemas de la transición a la democracia. ¿Cuáles eran esos dilemas? ¿Qué es lo que tenía Alfonsín ahí sobre su mesa? Tenía dos temas principales: el juicio al terrorismo de Estado y el riesgo de una hiperinflación. En esas circunstancias, quien estaba en el timón de la nave, me refiero a Alfonsín, llegó a una conclusión: “necesito nueva tripulación”. Y con esa conclusión se rodeó de gente nueva y externa al partido de gobierno. Convocó por un lado a expertos en derecho, liderados por Carlos Nino, que habrían de diagramar los pasos para hacer frente a los crímenes de lesa humanidad sin afectar a la institución militar, y por el otro lado convocó a nuevos economistas, liderados por Juan Sourrouille, con la misión de diagramar qué hacer con la inflación sin recaer en recetas ortodoxas.

Alfonsín armó así una nueva ruta de navegación acompañado, al cabo de un año, con un elenco renovado que era producto de la imaginación política de un político fuera de serie surgido del radicalismo. Piensen ustedes un momento en qué es lo que ocurrió al final del gobierno de Alfonsín: estalló la hiperinflación y se produjo el indulto a los militares. Esto es: en su transcurso, el gobierno de Alfonsín caminó bajo las consecuencias de haber decidido el enjuiciamiento de los jefes militares (y luego va a terminar en el indulto de Carlos Menem) y caminó bajo la amenaza de la hiperinflación que estaba a la orden del día, ya en 1984. Esas fueron las circunstancias en las que procuró llevar la nave de la transición adelante para que atracara en un buen puerto. Sabemos que el escenario de mediados de 1989, un país en medio del vértigo hiperinflacionario, fue el de un puerto menos glorioso que el imaginado por el timonel. Y en los hechos consistió en el momento en el que un presidente civil le entrega la banda a otro presidente civil. Hacía muchísimos años que eso no ocurría. Por lo tanto y, visto con la perspectiva que nos brinda el tiempo, colocó una plataforma para, a partir de ella, profundizar la marcha iniciada en 1983.

Con ese final a la vista, quiero retomar los dilemas de la transición. Después de mi experiencia en el gobierno hice un giro en mi trayectoria intelectual. Dejé a un costado la literatura sobre sindicatos y trabajadores a la que me había dedicado y comencé a leer sobre políticas públicas, incluso monté un curso a partir de esas lecturas. En esa búsqueda por entender los problemas de la gestión a los que había sido expuesto leo y leo. Dentro de esa nueva literatura me encontré con un artículo de una profesora de Princeton, Nancy Bermeo, en el que sostenía lo siguiente: “en términos comparativos los primeros gobiernos de la transición se van a ocupar sobre todo de la democracia, y la economía va a quedar subordinada a ese objetivo; en cambio, los segundos gobiernos de la transición, teniendo a una democracia más o menos encaminada, van a poder dedicar sus energías a la economía”. Esa es la secuencia que me pareció cumplirse con el pasaje del gobierno de Alfonsín al gobierno de Menem, con independencia del signo de las políticas económicas. Esa luz retrospectiva sobre la experiencia que había conocido entre 1983 y 1989 fue todo un *shock*. Porque mientras esa experiencia tenía lugar, y la vivíamos día a día acompañando las opciones

que hacía Alfonsín, desde la atalaya de la cátedra de Princeton nos miraban como diciendo “saben qué, el destino de ustedes ya estaba escrito porque son parte de la lógica de los dilemas de la transición”, como diciendo, en fin, “el desenlace del gobierno de Alfonsín ya estaba contemplado en los anales de la política comparada”.

Con los elementos de juicio que fui reuniendo a la distancia y con el paso del tiempo, el contraste que nos sugiere la profesora de Princeton entre los primeros y segundos gobiernos de la transición me parece verosímil y razonable. Y creo que evoca, como decíamos recién aquí, las tensiones entre la economía y la política en el camino de una transición a la democracia.

Aprovecho la referencia a las tensiones entre la economía y la política para comentarles las lecturas que se han hecho de mi libro sobre *La Temporada en el Quinto Piso*. Para hacerlo comienzo por recordar un truco de la psicología muy popular durante mis años en la universidad: hablo del Test Rorschach. Para conocer las inclinaciones de las personas se les presenta una tela con manchas borrosas y se les pregunta qué ven ellas. Así tenemos que algunos creen ver la cabeza de un león, otros unas mariposas. Las reacciones a mi libro han sido tan variadas. Ejemplos. Según me he enterado, por indicación de Martín Guzmán, Cristina Kirchner leyó mi libro y en un discurso público habló de él recomendando su lectura al Presidente Fernández con un mensaje implícito: “Mirá Alberto, mirá lo que le pasa a los gobiernos que, aconsejados por su equipo económico, terminan rendidos ante el Fondo Monetario”. La lectura de Cristina apunta a mostrar cómo la economía malversa la política, cómo la delegación del poder a los economistas pone en peligro la gestión de la política. Una lectura opuesta es la que hizo Mauricio Macri. Una vez que leyó el libro sacó una conclusión y dijo a sus más cercanos “¿Saben qué? Ese libro muestra cómo los políticos y sus condicionamientos corrompen los esfuerzos por una mejor economía”. Yo creo que ambas son visiones muy simplificadas. En mi opinión, el valor del libro es invitar a la gente a que se avive o se dé cuenta de que todo es mucho más complejo. Bien llegó hasta acá.

SP: Bien, bien. Si le parece, le proponemos entonces, Juan Carlos, iniciar un pequeño viaje en el tiempo con una parada biográfica y después volvemos sobre los textos que son el objeto central de la entrevista. En ese sentido, la pregunta siguiente es sobre el inicio de su trabajo académico en el Instituto Di Tella. Queríamos preguntarle sobre algunos de sus recuerdos principales sobre ese momento inicial de su incorporación al Di Tella, el trabajo en el Di Tella y en particular sobre el lugar o la especificidad de la sociología y las ciencias sociales desde su punto de vista en el proceso de incorporación y de inicio del trabajo académico.

J.C.Torre: Esta ventana biográfica que me abre Sebastián me ubica en el año 1972, cuando logré entrar al plantel de investigadores del Instituto Di Tella, un lugar académico de privilegio de la época. Allí conseguí tener una agenda de investigación propia. Hasta entonces había trabajado, como tantos otros sociólogos, en el Consejo Nacional de Desarrollo

–Conade–. En rigor en el Di Tella fueron unos tres años dedicados a la sociología del trabajo y el sindicalismo y disfrutando del diálogo con colegas de primera. Hacia fines de 1975 ya me estaba yendo. Ahora quiero aprovechar la pregunta para irme bien más atrás, porque tengo una anécdota importante en mi biografía que querría contarles. Acabo de estar en una reunión en Mar del Plata sobre el legado de Gino Germani. Estuve allí junto con Elizabeth Jelin, ambos representantes de la primera camada de estudiantes de sociología de la UBA. En nuestra charla evocamos a los profesores extranjeros que invitaba Germani, quien con gran generosidad traía exponentes de distintas corrientes, inclusive críticos de su propia metodología. Uno de ellos, Aaron Cicourel, con una perspectiva muy distinta al modelo empirista en boga. Recuerdo un llamado de alerta que nos hacía en sus clases: “Ojo, cuando salgan al trabajo de campo para hacer encuestas, ojo con las preguntas que hagan. Cuando pregunten al entrevistado por ejemplo ¿cuántos hijos tienes? Ahí se están metiendo en un problema. ¿Por qué? Surge la pregunta ¿qué hijos? ¿Los hijos del matrimonio? ¿Del matrimonio anterior? Si ustedes se limitan a la pregunta censal, pierden”. Entonces nos decía, “Ojo con lo que la gente tiene en la cabeza; la pregunta en un cuestionario es un intercambio social, un intercambio muchas veces entre universos culturales distintos”. Me limito a esta observación con relación al enfoque de la llamada etnometodología. Porque quiero ahora ocuparme de la anécdota prometida.

Cicourel me contrató como ayudante suyo y me entusiasmé con sus ideas. Fue entonces que me dijo: “Juan Carlos, tenés que venir a estudiar a los Estados Unidos porque aquí tenés un techo, allá podés seguir avanzando”. Era el año 1965. Me puso contento su propuesta pero enseguida le advertí: -Aaron, hay un problema. -¿Cuál? -Y, no sé si me van a dar la visa en el consulado. -¿Cómo que no sabés? -Es porque yo soy un militante estudiantil de izquierda bastante conocido. En ese año yo era parte de la representación de la bancada estudiantil en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. Cicourel me dijo entonces que procuraría facilitarme las cosas.

Yendo ahora a mis antecedentes. Me había afiliado a la Juventud Comunista a los 19 años ¿Quién me había afiliado? Juan Carlos Portantiero ¿Y qué me había dicho Juan Carlos Portantiero? “Afílate porque queremos crear una fracción disidente”. ¡Se dan cuenta!, no entré como un leal ¡para nada! Esta pequeña historia no habla de mí sino de un clima de época. Nosotros no éramos inocentes, y podíamos hacer esas jugadas pícaras. Creo que la inocencia en materia de creencias políticas vino años más tarde en Argentina. Un dato adicional: en la Facultad de Filosofía y Letras de entonces la opción comunista era a mi juicio la opción de izquierda más moderada. Los socialistas estaban muy ganados por la influencia de la Revolución Cubana que desde nuestra ortodoxia se salteaba etapas e iba demasiado rápido con el cambio social. Lo cierto es que durante tres años estuve en la Federación Juvenil Comunista hasta que me fui con otros más, hartos del burocratismo del partido y me incorporé a la llamada “nueva izquierda” de mediados de los sesenta que se alimentaba de disidentes de las filas comunistas y socialistas. En esa condición seguí

militando a tiempo completo en el movimiento estudiantil. Mi compañera Elizabeth Jelin entró a la Facultad al mismo tiempo que yo, pero ella terminó sus estudios en 3 años; yo conseguí hacerlo recién a los 6 años porque había años que rendía una sola materia.

Para ir a la anécdota que quería contarles y que dejé cuando les hablé de mi conversación con el profesor Cicourel, un día recibo una carta en casa del Consulado de Estados Unidos, donde me dicen: “Nos hemos enterado que quiere estudiar en Estados Unidos, sería bueno que pase por acá y conversamos”. Y yo me dije a mí mismo: “Seguramente esta tiene que ver con mi amigo Aaron que está moviendo influencias”. Con esa expectativa, con la actitud de quien quiere complacer a alguien que está por dar una mano, fui al consulado ubicado cerca de Plaza San Martín. Me acuerdo, siempre evoco ese momento, son como las seis de la tarde, ya se ha ido todo el mundo de las oficinas, hay una señora que está limpiando un pasillo con las luces bajas. Yo entro y aparece un señor en medio de la oscuridad y pregunta -¿Torre? Sí, respondo. Y él se presenta: Soy Turner. Que era el nombre de quien firmaba la carta. Nos presentamos uno y otro y vamos a su oficina. Una vez en ella veo que tiene la mesa llena de panfletos y papeles, esto es, las huellas de mi militancia. Estaba todo ahí, y comienza hacerme preguntas muy personales: de qué trabajo, con quién estoy casado, a quiénes conozco en Estados Unidos. Reparen en una pregunta que me hace: -¿Usted conoce gente en Estados Unidos? - Sí, sí, sí. respondo. ¿Lo conoce a Seymour Lipset? “Bueno... sí”, le digo. A propósito ¿Cómo fue que yo lo conocí a Seymour Lipset? Este era un nombre importante de la sociología política de los años 60, y había llegado a Buenos Aires en ocasión de un congreso de ciencia política. Me encuentro con Pepe Nun por la calle y me dice “¿Qué te parece si pasamos por el hotel donde está el amigo Lipset?”. Vamos al hotel y Lipset, a quién Pepe conocía, está comiendo en el restaurant. El encuentro es muy breve, lo saludamos y nos vamos. Pero claro, después de estrecharle la mano al gran politólogo, yo hago chapa entre mis conocidos. “Estuve con Lipset”. Conclusión: alguien muy cercano a mí conocía ese episodio y lo había transmitido al señor Turner. Y junto con el episodio le había acercado todos mis antecedentes políticos. Empiezo a desconfiar de mi interlocutor, ya no lo miro con buenos ojos y todo se aclara cuando me dice - Señor Torre, ¿sabe qué? Usted no puede entrar a Estados Unidos. No podemos darle la visa para ir a estudiar allí. -¿Por qué? pregunto. -Y bueno, porque según la información que tenemos usted es afiliado al partido comunista, o es comunista, o fue comunista, y la legislación norteamericana lo prohíbe.

Mi primera reacción, todavía en busca de un apoyo, fue: No, de ningún modo, he sido un camarada de ruta, como se dice, pero no un afiliado. Turner: “Es su palabra contra la nuestra”. ¿Cómo podemos salir de este dilema? Entonces Turner me mira y me dice: “¿Estaría dispuesto a cooperar con nosotros?”. Cuando me hizo esa propuesta tan franca yo me recuperé. Hasta ese momento yo estaba tratando de hacer buena letra, como si fuera... un perrito que quería quedar bien con su dueño. Cuando Turner me hace la propuesta me digo a mí mismo: “Bueno ya está, se acabó” ¡Se acabó! Entonces me hago el pícaro y le digo “¿Qué

quiere decir cooperar?”. Entonces Turner hace referencia a mi lugar en el Consejo Superior de la Universidad y dice que le interesaría saber con quiénes conversamos en la bancada estudiantil, quién nos da la línea sobre las posiciones a adoptar, y agrega que cada quince días podríamos encontrarnos para que le cuente. No, no, lo siento mucho, no puedo hacer eso –respondo– son amigos míos y a mis amigos no los puedo traicionar –y envalentonado le dije– tampoco voy a dar sus señas a mis amigos porque le pueden hacer pasar un mal momento. Cuando vuelvo sobre este episodio, y lo he hecho otras veces, me sorprende por mi reacción, teniendo como tenía unos 25 años de edad.

Al despedirnos Turner insiste: “Piénselo, aquí estamos siempre abiertos”. Y yo me fui a casa preguntándome ¿Quién fue el que me vendió? Porque alguien lo había hecho al poner en manos de Turner información personal que no era pública. Y concluí que era un joven estudiante norteamericano que, con el pretexto de hacer una tesis sobre el movimiento estudiantil, circulaba infiltrado entre nosotros y llegó a hacerse amigo mío porque, en mi doble condición de dirigente estudiantil y sociólogo, yo era exactamente la persona con quien hablar. Y para colmo yo le había hecho confidencias y compartido con él muchas cosas. No pude pedirle cuentas porque hacía poco había regresado a Estados Unidos, después de haber sacado partido de mi ingenuidad. Luego le escribí a Cicourel contándole la experiencia y le dije que a la pregunta “¿cómo es que ustedes se enteraron que pensaba ir a estudiar a EEUU?”, Turner me respondió que era costumbre de los profesores informar a su regreso sobre posibles candidatos a estudiar en universidades del norte. Cuando supo lo que me había pasado, Cicourel se enojó mucho y me mandó a decir que iba a hacer un despelote ante las autoridades. Yo a mi vez le recomendé que diera vuelta la página y no hiciera nada porque acababa de haber un golpe militar que derrocó al presidente Illia, y lo último que quería era un protagonismo público.

Al cabo de un silencio de varios meses, Cicourel se puso en contacto y me mandó la carta que le había escrito al embajador norteamericano en Argentina donde decía, más o menos lo siguiente: *Estimado embajador, no puede ser lo que están haciendo. Ustedes usan mi nombre para hacer un tipo de propuesta que puede poner en peligro los intercambios que estamos generando entre la academia norteamericana y la academia argentina, un intercambio muy fructífero ¡No puede ser! ¡pido explicación!* En la misma carta me envía la respuesta del embajador norteamericano: *Estimado Profesor Cicourel. En primer lugar, el señor Torre nunca estuvo en el consulado, no tenemos registrado que estuvo alguna vez. Tampoco entre nuestro personal figura un señor Turner. El incidente del que está hablando no existió.*

Ustedes han visto películas, han leído novelas. Historias como esta que les cuento ocurren y son la materia de películas y novelas. Es todo verdad, yo puedo dar fe. Un último e importante detalle de la carta del embajador. Después de negar que el incidente haya ocurrido, el embajador le señaló al “*profesor Cicourel que el señor Torre fue miembro de la Juventud Comunista hasta julio de 1963*”. El dato era correcto; fue en ese año que, junto con Portantiero, varios nos fuimos de la organización. Quien me vendió lo hizo con información de primera mano, la que me extrajo a mí. A la vista de todo esto le dije al profesor Cicourel “olvídate”,

de allí que no hice estudios de posgrado en Estados Unidos y terminé luego de varios años teniendo un doctorado de sociología en París.

GAC: *Bien, muy bien. Y vamos a París, año 1976, llegando a la École (des Hautes Études en Sciences Sociales). La génesis de las preguntas que finalmente estructuraron “La vieja guardia sindical y Perón”, su tesis. ¿Cuánto peso relativo piensa retrospectivamente que tuvieron tres vectores: primero, la propia influencia de Alain Touraine y su mirada sobre la cuestión obrera y la cuestión sindical; luego, los primeros trabajos sobre el peronismo con los que de alguna forma usted dialoga y critica; y finalmente su contacto con la academia anglosajona? Uno podría leer su interpretación ejemplar del peronismo, muy común a una secularización, en clave de proceso de democratización muy de la mano de la sociología y la historia británica en algún punto, por ejemplo.*



J.C.Torre: ¿Estamos hablando entonces de...?

GAC: *Las fuentes de La vieja guardia...*

J.C.Torre: Fui a París desde Nueva York, adonde llegué en diciembre de 1975 por la invitación de un amigo argentino, Juan Corradi, de la New York University. Después del incidente con el señor Turner me colocaron en la lista negra de los académicos indeseables. No obstante, pude viajar varias veces a Estados Unidos; me daban una visa especial siempre por un plazo prefijado. Recuerdo que a principios de 1976 me encontré en Nueva York con Fernando Henrique Cardoso y cuando le comenté el status de mi visa me dijo que él tenía una igual. Estando en Nueva York recibí un subsidio del Social Science Research Council con el que tenía previsto volver a la Argentina para continuar mis investigaciones sobre sindicatos y orígenes del peronismo. Pero en marzo de 1976 se produjo el golpe de Estado y cambiaron mis planes. Hablé con la gente que me dio el subsidio y pregunté “¿me lo puedo llevar a cualquier lado, ¿no?”, “Sí, cómo no, llévese el cheque en el bolsillo donde quiera”, y me lo llevé a París. Me inscribí para hacer el doctorado con Touraine, a quien conocía de

antemano. El cheque me permitió estar un año en París y cumplir con la parte pedagógica del posgrado: asistir a equis cantidad de cursos. Una vez satisfecho ese requisito uno queda autorizado a comenzar a trabajar sobre la tesis. Lo hice de manera itinerante. Después de París pasé un año en Sao Paulo, gracias a una invitación de Francisco Weffort. Luego, en 1978, David Rock hizo lo mismo desde Londres y al cabo de varios meses de allí pasé a Oxford por los siguientes 3 años con el apoyo de Alan Angell. En estas condiciones empecé entonces a armar el libreto de lo que sería *La vieja guardia sindical y Perón*. Ese libreto tenía una preocupación de índole política: ¿Es posible la autonomía sindical en el marco de un proceso revolucionario? ¿O uno tiene que sumarse a la marcha de la revolución y alinearse con quien la conduce? Estas fueron preguntas distintas a las que dominaban los estudios sobre los orígenes del peronismo, que tenían un sesgo más sociológico y giraban en torno a las razones del apoyo de los trabajadores a Perón.

Este fue el dilema que tenían frente a sí dirigentes sindicales que hacia 1945 llevaban por lo menos 20 a 25 años de militancia gremial –los que llamo “la vieja guardia sindical”– cuando se encontraron con un fenómeno inesperado para ellos: un hombre vestido con uniforme verde oliva, el coronel Perón, que aparece y les dice “señores, estoy dispuesto a escuchar sus quejas y reclamos”. Por cierto, se quedan perplejos, no estaban esperando esa convocatoria. Y son varios los que viven esos momentos como una situación complicada y se preguntan “¿qué margen de independencia vamos a tener para ejercer nuestras responsabilidades de dirigentes obreros en el proceso de cambio a punto de iniciarse?”. Mientras armaba el esquema de mi libro, procuré ponerme en su encrucijada y desde ese ángulo entrar a la cuestión de las relaciones entre la vieja guardia sindical y Perón con una cuestión más general a despejar: ¿Cómo es posible ejercer autonomía en el marco de un proceso revolucionario? Porque los procesos de cambio tienen sus costos políticos, por ejemplo, quienes participan de ellos sienten que de un modo u otro tienen que abdicar a su libertad y actuar bajo la conducción de la revolución.

He querido usar la palabra abdicación para evocar otra vez a título ilustrativo mi experiencia en el Ministerio de Economía durante el gobierno de Alfonsín. La incorporación al equipo económico significó para mí poner entre paréntesis mi libertad intelectual. Como soy parte de una gestión colectiva, me dije a mí mismo, debo sujetarme a la lógica de la marcha de un gobierno. En consecuencia, no puedo permitirme la libertad que practicaba en el mundo académico y salir en público diciendo como funcionario “yo pienso distinto”. Es verdad que tenemos por delante experiencias de gobierno en donde cunden al aire las opiniones más diversas y los conflictos se exhiben sin pudor. Pero yo tenía cierta resistencia a ese ejercicio de la libertad personal porque había sido formateado en la disciplina de la organización durante mis años de militancia. Advierto: no quiero establecer equivalencias fuera de lugar, pero ante la convocatoria de Perón y la revolución social que ponía en marcha, detecté en las filas de la vieja guardia sindical resistencias a renunciar a la autonomía del liderazgo obrero,

En el transcurso de mi investigación llegué a hacerme muy amigo de la expresión paradigmática de esa vocación de autonomía: el dirigente del gremio telefónico, Luis Gay, que llegó a ser presidente del Partido Laborista, una fallida apuesta política. Luis Gay encontró en mí una persona que lo sacaba del desván de la historia al que, una vez derrotado, había sido confinado. Y habló y habló, y mientras lo escuchaba llegué a tener una mimesis con él y pude filtrar esa demanda de autonomía de él en un encuadre más general sobre los imperativos de las revoluciones en la historia *vis à vis* el ejercicio de la libertad. Gay fue parte principal de la coalición que llevó a Perón al gobierno en 1946. Luego del desmantelamiento del Partido Laborista, por orden de Perón, Gay fue nombrado, como un homenaje de sus camaradas, secretario de la CGT. En esa calidad fue llamado por Perón. Menciono aquí el diálogo que tuvieron en la Casa Rosada: Perón le dice “Gay, allí tiene la oficina de al lado, quienes le van a decir lo que va a tener que hacer y decir a partir ahora”. Luis Gay se sorprende “no puede ser, yo tengo 25 años de militancia sindical, yo sé lo que tengo que hacer y decir”. Y ahí se cavó la fosa porque al poco tiempo desde los círculos oficiales lo denunciaron por ser caballo de Troya del imperialismo norteamericano, tuvo que abandonar la vida gremial y entró en un largo ostracismo. A partir de esa experiencia, el encuadre que escogí para abordar los orígenes del peronismo me desmarcó de los términos más habituales de la época, porque coloqué en el centro de la cuestión una pregunta de tipo político: ¿se puede o no se puede tener un proyecto de autonomía en medio de una revolución? El libro que escribí fue la reconstrucción de una tragedia, es decir, sigue la pista de gente que pretende tener una voz independiente y al poco tiempo se da cuenta de que no puede. Ante esa constatación, algunos optan por reciclarse en el proceso en marcha, otros resignados quedan afuera.

SP: En una entrevista hace unos años sostuvo que el acercamiento al primer peronismo estuvo marcado por una pregunta sobre la dinámica de las grandes movilizaciones sociales y su desenlace en la ocupación del Estado por un nuevo elenco dirigente. Querría preguntarle lo siguiente: usted terminó la tesis en 1983 y después, según cuenta en Diario de una temporada en el Quinto Piso, retomó el texto para publicarlo recién a principios de 1990. ¿Hubo algún corrimiento en las coordenadas con las que fue pensada la investigación original y el texto finalmente publicado en el libro?

J.C.Torre: Para responder a la pregunta voy ir para atrás, a los comienzos de mi trayectoria. Les recuerdo que empecé siendo sociólogo y a la vez militante estudiantil. Mi primer interés intelectual fue el movimiento estudiantil. Yo tenía 21 o 22 años y pensaba estudiar el movimiento estudiantil porque en la década de 1960 era un tópico importante en la agenda de sociología de Latinoamérica. Por entonces y luego de la Revolución Cubana de 1959, las juventudes estaban en movimiento; de allí el interés que suscitaban. Ocurre que, paralelamente, entre los primeros graduados o estudiantes de Gino Germani fueron varios los

que discutían sus tesis sobre el peronismo. Una de ellas fue Celia Durruty. Antes que Juan Carlos Portantiero y Miguel Murmis hicieran conocer sus trabajos, convertidos luego en una referencia emblemática en esa discusión, Celia fue quién tomó la iniciativa revisando las claves de las tesis de Germani. Fue una exploración incompleta porque falleció muy temprano, a los 30 años en 1967. Yo estaba casado con ella, a su muerte reuní sus aportes, que eran todavía borradores, en un libro, y me propuse retomar su proyecto, ahí encontré un tema y dejé de lado mi interés por el movimiento estudiantil. El viraje de mi agenda de investigación fue, así, el resultado de una contingencia trágica. Y comencé a estudiar el papel de la vieja guardia sindical, esto es, sindicalistas iniciados al gremialismo en los años de 1930, en los orígenes del peronismo. Con esa hoja de ruta fui armando mi tesis de doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. La presenté a principios de 1983.

Aprovecho y de paso les comento esa experiencia. Ante la perspectiva de defender la tesis delante del jurado designado, compuesto por Alain Touraine, Alain Rouquié y Gustavo Beyhaut, me preocupé. Tenía un francés bastante precario. Un amigo me tranquilizó: en Francia es muy habitual que los miembros del jurado terminen discutiendo entre sí. Y eso fue lo que sucedió. Luego de mi intervención, Touraine y Rouquié comenzaron a polemizar con opiniones distintas sobre el tema de la tesis y yo me quedé mirándolos, casi desde la tribuna. Al final, retomé mi lugar, y más seguro de mí mismo hablé nuevamente, hasta que me dijeron: “Torre, ya es suficiente”. Respiré aliviado y aguardé el veredicto favorable.

Con la tesis aprobada bajo el brazo, regresé a Buenos Aires con el propósito de revisarla y transformarla en un libro. Estaba en eso, eran los tiempos de las elecciones en las que resultará electo Raúl Alfonsín, y viene un amigo economista, colega del Instituto Di Tella, Adolfo Canitrot y me dice: “¿Querés venir al gobierno de Alfonsín?”. Le respondo que estoy ocupado, pasando la tesis al formato de un libro y le pido 24 horas para pensarlo. Por fin respondo positivamente a la invitación y Canitrot me asegura que no debo preocuparme porque voy a contar con tiempo suficiente para completar mi proyecto académico. No fue así: el manuscrito durmió unos cinco años, que fueron los que pasé en las filas del gobierno. Recién pude publicar el libro en 1990. Próximamente, la editorial de la Universidad de Tres de Febrero va a publicar una nueva edición de *La Vieja Guardia y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo*.

GAC: *Con relación a La vieja guardia, ¿hasta qué punto generacionalmente el desenlace de la situación de los 70 y el papel del propio Perón en la experiencia de los 70 no alumbró, o no llevó como un giro hacia el pasado, a proyectar algunos aspectos de lo que había sido la experiencia vital de los 70 en los 40 y en los 50? ¿Reconoce una marca generacional en el modo en que su trabajo, al igual que el de James, el de De Ípola o Laclau, enfatizan en la resolución de la tensión en favor de la heteronomía para analizar el primer peronismo?*

J.C.Torre: Para entendernos: aquí estamos hablando de miradas sobre los trabajadores durante el período del primer peronismo, entre 1946 y 1955, que han puesto el énfasis en una experiencia de desmovilización. Yo siempre estuve prevenido frente a hipótesis como esa y mi prevención es tributaria de mi formación bajo Alain Touraine. Gracias a él conseguí saltarme la etapa estructuralista por la que pasaron contemporáneos míos. Uno de ellos, según lo comentó después, fue Emilio de Ípola. Afortunadamente me salvé porque allí donde Althusser veía la reproducción indefinida de un orden, Alain Touraine siempre nos alertaba “preste atención al conflicto”. Y busqué siempre ahí, donde el silencio de la noche es más rotundo, presté oído al murmullo que rompe ese silencio, para decirlo con palabras de James C. Scott, el politólogo norteamericano que en su libro, *La dominación y el arte de la resistencia*, exploró un caso extremo de dominación, el mundo de los esclavos, y llamó la atención sobre las canciones que ellos cantaban en voz baja en el silencio de la noche. A través de esas canciones se filtraba un distanciamiento, una crítica al estado de cosas existente. Scott sugiere que cuando se está en presencia de un orden compacto hay que prestar siempre atención a las formas más o menos veladas del conflicto que borronean la imagen rotunda de una dominación que se despliega segura de sí misma.

Al examinar los años peronistas, mi conclusión es que Perón, al convocar a los trabajadores, abrió una suerte de caja de Pandora, y que buena parte de su empresa política posterior consistió en un esfuerzo por meter otra vez dentro del ánfora política a esa criatura que había hecho emerger: el movimiento obrero. Porque no olvidemos: Perón era un militar y como tal, por formación, alguien muy sensible a la construcción y preservación de un orden. Durante su gestión, ese orden fue periódicamente desafiado por el movimiento obrero, que mientras proclamaba su lealtad política no bajaba la guardia cuando se trataba de defender sus aspiraciones gremiales.

Entre 1946 y 1955, un número importante de sindicatos estuvo intervenido. El súper sindicato de los trabajadores azucareros de Tucumán, la FOTIA fue intervenido casi todo el periodo. ¿Por qué la necesidad de recurrir a las intervenciones? Porque se estaba en presencia de una dirigencia sindical que, con el ojo atento al mundo de los trabajadores y sus demandas, promovía conflictos que no encuadraban dentro de la lógica sistémica del gobierno peronista. A mi juicio, la palabra desmovilización no describe bien ese capítulo de la historia del peronismo. El movimiento obrero fue un hueso duro de roer. Al respecto, vale la pena echar un vistazo a lo que ocurrió en el año 1954. Para esa fecha caducaba la política de suspensión de las negociaciones colectivas decidida en 1952 en medio de una fuerte crisis económica. Con el fin de retomar las negociaciones, los trabajadores buscaron hacer presión sobre las empresas y lanzaron una sucesión de huelgas. ¿Qué tipo de huelgas? Como los trabajadores actuaban en el marco de un régimen muy celoso en cuanto al ejercicio de las libertades públicas, procuraron no correr riesgos lanzando huelgas abiertas que eventualmente pudiesen ser reprimidas ¿Qué hicieron entonces? Apelaron a respaldar sus demandas mediante el trabajo a reglamento dentro de las empresas. Para recurrir a ese

método de protesta es preciso contar con una disciplina laboral formidable. ¿Qué es el trabajo a reglamento? Limitarse a cumplir con lo que establece el convenio colectivo. Ocurre que en la práctica la gerencia siempre le pide un plus al trabajador y ese esfuerzo adicional es el que define la dinámica cotidiana de la empresa. Con la puesta en práctica del trabajo a reglamento comienza a desorganizarse el día a día de las empresas. ¿Quién es el que puede recurrir a este método de presión? ¿Quién lo puede hacer? Una clase trabajadora organizada y disciplinada. La ola de protestas que sin apelar a la huelga abierta conmovió al año 1954 fue una manifestación de la recuperación de la iniciativa por parte de los trabajadores en un contexto difícil. Vista a partir de esta experiencia histórica, admirablemente reconstruida por Louise Doyon, la hipótesis de un estado de desmovilización obrera luego de 1946 me resulta históricamente muy discutible.

SP: Le agregamos una pregunta más sobre los conceptos o las coordenadas que aparecen y reaparecen en los estudios sobre sindicalismo. Así como heteronomía y autonomía fue una clave de lectura sobre el sindicalismo y sobre el movimiento obrero, también aparece la idea de política corporativa, digamos, como una clave de lectura, de descripción de la política laboral y sindical.

J.C.Torre: Bien, bien.

SP: Ahora, en esa idea, así como autonomía y heteronomía, aparece cruzada por una dimensión normativa o valorativa. Le quería preguntar sobre la idea de política corporativa.

J.C.Torre: Si, señor.

SP: ¿Cuánto hay de una crítica o una mirada basada en una contracara de la política corporativa, que es el pluralismo democrático, que abona esta idea de política corporativa?

J.C.Torre: Para llegar a responder la pregunta quisiera comenzar diciendo lo siguiente: en un país como es la Argentina, en donde estamos acostumbrados a idas y vueltas, ir hacia un lado y hacia el otro, hay un actor que fue exitoso, en términos relativos: el movimiento obrero. Visto en perspectiva, el movimiento obrero construyó y logró preservar, a pesar de los vaivenes, unas instituciones laborales muy favorables a sus objetivos y que se distinguen en términos comparativos. Quien busque en el resto del mundo algo parecido a la Argentina no le va a ser fácil encontrarlo. Esa formidable institucionalidad laboral, creada inicialmente bajo los años peronistas, consiguió luego sostenerse no obstante los reveses experimentados. En el centro de ella tenemos el monopolio de la representación sindical, la negociación colectiva centralizada y el control de las obras sociales. A partir de esa plataforma, el sindicalismo se convirtió en un grupo de presión más. Con el paso del tiempo se transformó precisamente en un grupo de presión con un objetivo muy claro: defender

los salarios, las condiciones de trabajo y la seguridad social de los trabajadores. Al observar su comportamiento, es difícil advertir en él aspiraciones más trascendentes, que trasciendan su óptica sectorial o, si se prefiere otra expresión, su óptica corporativa. Quienes están al frente de los sindicatos son unos gestores más o menos competentes de la misión que tienen a su cargo. Esa misión incluye también bregar por una legislación laboral favorable. En este plano su gestión fue asimismo exitosa porque supo resistir las periódicas tentativas por revisar su marco normativo. Cuando se examina la trayectoria de los movimientos obreros, una conclusión emerge: una cosa es caminar en el desierto y otra cosa es caminar a la sombra de un marco normativo. En Argentina, una vez sancionado, ese marco normativo pro-laboral creó una formidable expectativa y generó un grupo de presión organizado en torno a ella. Con esa credencial, el sindicalismo se incorporó al elenco de grupos de presión que hay en el país.

Por mucho tiempo esa fue la caracterización dominante en la sociología política de Argentina. Luego se introdujo una precisión, bajo la influencia de los estudios sobre el corporativismo en boga en los años setenta. Y se destacó que es un grupo de presión pero de tipo corporativo, porque sus títulos y su radio de influencia provienen de garantías provistas por decisiones estatales, como es el caso del otorgamiento de la personería gremial para representar a trabajadores en un determinado sector de actividad. A este perfil yo tiendo a sumar otro rasgo y sostengo que el movimiento obrero argentino es un movimiento obrero reivindicacionista, esto es, que su actividad está centrada en la defensa de intereses sectoriales, los de los trabajadores, y no se prolonga más allá de ellos. Quizás en esto se parece a todos los sindicalismos en el mundo, que se mueven buscando explotar en favor de los trabajadores las oportunidades que se presentan en el *statu quo*. Esto es, el movimiento obrero no es un movimiento social, en efecto, hay en él un fuerte principio de identidad, hay también un fuerte principio de oposición, pero el tercer componente que califica a un movimiento social, el principio de totalidad, es decir, un proyecto más integral para la nación, brilla por su ausencia o se manifiesta muy pobremente. Cuando hablo en esta clave no solamente rindo tributo a la perspectiva analítica de Alain Touraine; también rindo tributo a mis primeras reflexiones sobre el movimiento obrero que tuvieron por ejemplo a la experiencia italiana. En dicha experiencia los sindicatos, en particular los de obediencia comunista, aparecían movilizados por algo más que reivindicaciones sectoriales, apuntaban a un orden social y económico alternativo. Es posible que la mía fuera una visión idealizada de una realidad más prosaica pero me proporcionó un criterio para analizar las modalidades que puede adoptar el movimiento obrero.

Entonces, cuando yo veo allí un grupo corporativo en acción no veo un fenómeno que esté en las antípodas del pluralismo democrático, este último concepto nos introduce a otro marco conceptual. El pluralismo democrático en su versión más simple es una versión muy simplificada de la realidad política. Al respecto, les traigo para ustedes una frase de un politólogo noruego, Stein Rokan: “Los votos se cuentan, los recursos deciden”. Con

esta afirmación se quiere destacar que para formar gobiernos en democracia en efecto la suma de los votos cuenta, pero para gobernar los electos por el voto deben encontrar un *modus vivendi* con aquellos que controlan recursos: por ejemplo, la decisión de invertir; por ejemplo la decisión de hacer huelgas, que al final del día deciden sobre la marcha de la vida económica y social del país.

Entonces, la suerte de la gestión democrática que se juega en los votos que se cuentan en las urnas, también debiera poder convivir con los recursos que deciden. Este es el contexto que ha hecho que en muchos países, junto a la Cámara de Diputados, se hayan instituido otras agencias, como los consejos económico-sociales, que en teoría operan como una cámara legislativa paralela en torno a una mesa de tres patas: el gobierno, las asociaciones empresarias y los sindicatos. Su misión es coordinar las fuerzas económico-sociales con los objetivos del gobierno. Esto es lo que en los años setenta se llamó en ciencia política el neocorporatismo –ver Philippe Schmitter– para distinguirlo del corporatismo estatal, donde la coordinación es impuesta en forma autoritaria. La visión de la gestión pública en la versión extrema del llamado pluralismo democrático tiene un problema y es ¿qué se hace con las fuerzas sociales? Yo estoy a favor de encontrar una fórmula para neutralizar que estas operen por su cuenta y pongan en riesgo la gobernabilidad de la economía y con ella la salud del régimen democrático.

GAC: Una pequeña preguntita adicional sobre esto. Partiendo de este punto, ¿qué nos puede decir sobre los años de Alfonsín donde el rescate de la dimensión liberal de la democracia vino acompañado por un fuerte prejuicio anti corporativo? Esto es, por un prejuicio que se alimentó de una concepción un poco anacrónica de los factores legítimos del gobierno de la democracia.

J.C.Torre: Para ubicarnos en los años de Alfonsín, comienzo por destacar que el partido radical no se caracteriza por su arraigo en el mundo de los intereses sociales. Es más bien un partido que descansa sobre el mundo de las creencias políticas. La UCR llega al gobierno en 1983 y por consiguiente no puede proclamar que tiene detrás de sí sindicalistas o empresarios. Por cierto, los hay pero siempre a título individual. Se trata, pues, de un partido ajeno a las fuerzas sociales organizadas. Esta fue una preocupación entre los jóvenes radicales nucleados en la llamada Coordinadora en 1983, que vivieron esa carencia como un fuerte déficit del partido. Tengamos en cuenta que en un pasado remoto los radicales habían contado con un significativo respaldo en los sectores del trabajo. En su exhaustivo estudio sobre el voto a Perón en 1946, Samuel Amaral ha mostrado que los radicales fueron los principales perjudicados por el vuelco del electorado trabajador en favor de Perón. Después de 1946, su difícil subsistencia bajo los diez años de autoritarismo peronista hizo que se convirtieran en la expresión política del anti peronismo. Ese sentimiento se mantuvo latente y fue reforzado por la dura experiencia de la presidencia de Arturo Illia entre 1963 y 1966, hostilizada sin cesar por el sindicalismo peronista. El malestar con la cúpula sindical ganó más

intensidad cuando vieron por la TV que entre el público que asistía al acto de asunción de la presidencia por parte del jefe del golpe que había derrocado a Illia, el general Juan Carlos Onganía, se hallaba nada menos que Augusto Vandor, el líder de los metalúrgicos. En el elenco de radicales que llegó al gobierno en 1983 hubo muchos que habían sido miembros del gabinete de Illia. Uno de ellos fue German López, designado secretario general de la presidencia por Alfonsín, para quién había llegado la hora del ajuste de cuentas, y estuvo entre los promotores de la llamada Ley Mucci, por el nombre del ministro a cargo de la cartera laboral. Al respecto es oportuno recordar aquí otro contexto previo: durante la campaña electoral de 1983, Alfonsín había lanzado una denuncia de alto impacto: la existencia de un pacto sindical-militar por medio del cual los jefes militares, ante la previsible victoria electoral del peronismo, estaban buscando impunidad por sus crímenes a cambio de ventajas a los sindicalistas. La justificación de la Ley Mucci, que impulsaba un llamado a elecciones internas en los gremios y ofrecía garantías a las minorías, fue la siguiente en palabras de Alfonsín: “así como los políticos hemos revalidado nuestras credenciales en las recientes elecciones, ¿por qué la dirigencia sindical no hace lo mismo y se somete a las reglas de democracia interna?” Por supuesto, la dirigencia sindical se movilizó en contra y la Ley fue rechazada por el Congreso. Al final las elecciones en los gremios tuvieron lugar, pero luego de que fuera aprobada una nueva normativa más acorde con las exigencias de la dirigencia sindical. La relación con el movimiento obrero fue todo un problema para los políticos radicales. El clima de confrontación de los primeros años, pautado por la gimnasia de los paros generales, experimentó un viraje insólito a mitad del mandato de Alfonsín. En vísperas de las elecciones legislativas de 1987 se decidió entregar la llave del Ministerio de Trabajo a un núcleo de altos dirigentes sindicales para conseguir una tregua laboral y con la expectativa de recortar apoyos claves a la oposición peronista. La jugada estuvo más en sintonía con el punto de vista de los jóvenes de la Coordinadora que con el prejuicio anti sindical de los viejos radicales. Y culminó en un estruendoso fracaso. El gobierno fue derrotado en las elecciones, perdió bancas en el Congreso y se vio forzado a una negociación con la oposición peronista para poder legislar. Y todo ello con un agregado patético: un alto dirigente peronista mandó decir que agradecía haber podido hacer campaña electoral sin la compañía de los jefes sindicales. Mientras estuvieron a cargo de la cartera laboral, estos aprovecharon para archivar las reformas laborales promovidas por Armando Caro Figueroa, un argentino proveniente de los círculos del socialismo español de Felipe González y, con el respaldo legislativo, las sustituyeron por un retorno del estatuto tradicional del sindicalismo. Esta experiencia, que pude acompañar de cerca, me confirmó que, como dije, qué hacer con el movimiento obrero fue un dilema difícil de la gestión de Alfonsín.

SP: Otra pregunta sobre sus textos. Lo llevamos ahora, en otro salto temporal, a los textos del 2003 y del 2017 sobre transformaciones de la representación: los textos sobre los huérfanos de la política de partidos. En esos textos trabajó sucesivamente sobre la crisis del polo no peronista primero, en

el texto de 2003, y sobre el polo peronista en el texto de 2017. ¿Cuál es la mirada retrospectiva que tiene sobre las dos olas de análisis, de la crisis en los dos polos?

J.C.Torre: Comienzo por el texto de 2003 sobre los huérfanos de los partidos. El mérito de ese artículo fue simplemente publicitario. Es decir, encontrar la etiqueta apropiada para un fenómeno que estaba a la vista de todos. Luego de la hecatombe electoral del 2001, los votantes se estaban yendo del partido radical, y de la Alianza también. Estaban convirtiéndose en electoralmente disponibles. Huérfanos, perdidos en la noche. Este fenómeno de desalineamiento partidario me permitió volver sobre temas más analíticos, si ustedes quieren. Me refiero a la relación de los ciudadanos con los partidos. Y con la literatura en ciencia política a la mano distinguí entre los que adhieren y los que simpatizan. El que adhiere se pone la camiseta y contra viento y marea, esto es, en las buenas o en las malas, proclama por ejemplo “yo soy boina blanca” con los radicales, o “soy compañero” con los peronistas. Y está a su vez el simpatizante, que se acerca al partido según que las propuestas de este estén en sintonía con sus inquietudes personales. El universo de los adherentes –más permanente– es el que mantiene la estabilidad del sistema de partidos. El universo de los simpatizantes –más volátil– es el que explica las fluctuaciones de los resultados electorales. Al nombrar a los huérfanos, en el artículo de 2003, estaba colocando la atención sobre todo en lo que ocurría en el polo no peronista, en el que parecían eclipsarse las expresiones partidarias tradicionales. Quiero destacar que al hablar de huérfanos de la política de partidos no estaba implicando que estábamos ante huérfanos de la política. Recuerdo que tuve una discusión a propósito. No estaba hablando de huérfanos de la política en general. Huérfanos de la política como tal son aquellos que dicen “no cuenten conmigo, yo me voy a la abstención”, o a una alternativa distinta a la democracia liberal. Estimo que en Argentina hay un *commitment* todavía fuerte a seguir jugando con las reglas del juego democrático. Lo que pasa es que lo que sí se ha deteriorado con el tiempo es la lealtad hacia las formaciones partidarias: típicamente, las que ocupan el polo no peronista. Hoy sabemos que esos huérfanos detectados hacia el 2001 encontraron un lugar. Mal o bien, lo encontraron a la sombra del PRO y Macri, y hoy caminan por la calle con un 40% de la masa electoral como se pudo verificar en 2019.

En el artículo más reciente, del 2017, me pregunté: ¿esa sensación de orfandad será exclusiva del polo no peronista? ¿Será que en el polo peronista también se está produciendo un fenómeno parecido?, esto es ¿estamos asistiendo a una disgregación de las lealtades que le dieron su gran consistencia a través del tiempo? En mi respuesta a la pregunta destacué entonces que más que una disgregación de la lealtad peronista lo que teníamos por delante era a una mayor heterogeneidad o diversidad de la lealtad peronista, y propuse distinguir los comportamientos políticos entre los trabajadores de la economía informal y los trabajadores ocupados en la economía formal. Esto es, propuse explorar los correlatos políticos de la pérdida de la homogeneidad del mundo del trabajo, que fue una plataforma clave de la trayectoria peronista.

Bajo el impacto de las reformas de mercado y los ajustes económicos se ha producido en efecto una fragmentación notable de la condición obrera. Las condiciones bajo las que los obreros venden su fuerza de trabajo ya no son las de la empresa capitalista. Desde hace tiempo las fábricas industriales no crean empleo, aún en marcos económicos favorables, porque los cambios tecnológicos han reducido la demanda de fuerza de trabajo. Los que han proliferado son distintas variantes de empleos precarios; en ellos ya no gravitan los sindicatos, más bien, lo hacen los movimientos sociales y son el ámbito de un peronismo más plebeyo y menos sintonizado con las tradiciones sindicales. Ante un escenario como ese hice la hipótesis de que quizás la base popular del peronismo se estaba fragmentando en el nivel político y esto puede dar lugar a variantes del peronismo que no teníamos hasta ahora. Pero agregué, afortunadamente, recuerdo bien la frase, lo que la sociedad fragmenta, la política puede eventualmente suturar. Este es un punto muy importante porque hay una tensión visible dentro del mundo del trabajo. Veamos una escena familiar: una movilización de piqueteros pasa frente al edificio de la obra social de un sindicato, y se pregunta ¿quiénes son los que entran y salen de allí? Consumen sus servicios, tienen atención médica, hacen deportes, disfrutan de vacaciones y con todo derecho se dicen ¿y nosotros qué? Nada que ver es la respuesta. La brecha entre ser trabajador formal y ser trabajador precario es muy fuerte. Lo observamos en el plano de la acción colectiva. Los sectores más postergados recurren a tácticas disruptivas para reclamar el auxilio de los poderes públicos mientras que los trabajadores sindicalizados apelan a la huelga en las negociaciones con las empresas. Lo observamos asimismo en el plano de las demandas: los primeros reclaman asistencia social a través de bolsas de comida y empleos subsidiados, los otros cierran filas en defensa de esos bastiones de bienestar que son las obras sociales y la resistencia a pagar impuestos a los ingresos.

Esta diversidad de miras que se observa en el mundo del trabajo, ¿es potencialmente productiva en el terreno político? Echando una mirada a las elecciones del 2015, en las que el liderazgo peronista concurrió dividido, me pareció que sí: los sectores más vulnerables votaron más por Cristina Kirchner, los trabajadores formales lo hicieron más por la disidencia encabezada por Sergio Massa. Esto es lo que surgió de una investigación hecha por Rodrigo Zarazaga. La brecha social se plasmó en una brecha política. El resultado fue una clamorosa derrota electoral. Hacia delante fue el turno de la política, que tuvo por tarea acercar lo que la dinámica espontánea de la sociedad separaba y, con una conducción unificada, el peronismo volvió al poder en 2019. De todos modos las tensiones siguieron operando. Lo hemos visto en los tres actos en los que en este 2022 se recordó en forma separada la fecha histórica del 17 de octubre. Yo no sé qué hay que esperar para admitir que aquí tenemos un problema. Ese problema es a mi juicio el eclipse de la sociedad argentina a la que estábamos acostumbrados. Argentina tenía una etiqueta con la que se paseaba por América Latina desde 1910 a 1970: este es el país de la incorporación social. Busquen otro país, no van a encontrar nada igual. A mediados de 1970 comienza a cambiar todo,

llegamos al 2000 y escuchamos a Maristella Svampa decir “ojo, Argentina está perdiendo la excepcionalidad que tenía en América Latina, la del país de la incorporación social”. Por supuesto que a través del tiempo hubo contrastes sociales, pero estos no exhibieron entonces la dureza que muestran hoy cuando estamos ante poblaciones que viven en niveles de destitución desconocidos.

Ese lugar excepcional que tenía la Argentina en América Latina lo está perdiendo, es cierto, pero para ganar otra excepcionalidad que es la que me interesa destacar: Argentina es un país donde los pobres están movilizados. La descripción habitual de la Argentina como una sociedad latinoamericanizada es una descripción parcial, porque socio-demográficamente es verdad pero vayan ustedes a encontrar un movimiento piquetero como el que tenemos entre nosotros en otros países de la región. Entonces cuando la Argentina está perdiendo la excepcionalidad del país de la incorporación, está ganando otro como ejemplo de la resistencia de esa desincorporación y eso está cerrando el perfil de la Argentina contemporánea. Entonces, donde estamos acostumbrados a mirar en forma lúgubre el país que ya no fue –una visión en mi opinión muy discutible– propongo matizar esa mirada lúgubre sobre nuestros tiempos actuales llamando la atención a que sí hay pobres, pero son pobres movilizados, y ese estado de cosas, al que he llamado “la emergencia de un nuevo actor socio-político” remite, a mi juicio a la obra de tradiciones de organización existentes y una demanda de inclusión siempre vigente.

SP: Por ahí podemos pedirle una reflexión específica de comparación entre ambos textos. El texto del 2003 focalizaba principalmente en la oferta política, en las transformaciones de las élites políticas y su distanciamiento con adherentes y simpatizantes. Pensando en el texto sobre el polo peronista, el problema allí es la heterogeinización de los representados, pero ¿se produjo un distanciamiento similar entre representantes y representados? ¿Es igualmente significativo el problema de la orfandad?

J.C.Torre: Digamos que no tengo opinión definitiva. Pero sí puedo decir que entre nosotros la representación siempre ha estado en discusión en Argentina. Es un país de gente activa y movilizada. Es un país donde la iniciativa desde abajo es muy fuerte. Por lo tanto, la amenaza sobre la representación en la versión más simple está a la orden del día. Por otro lado, no sólo desde abajo hay una presión muy alta, sino que arriba, quienes ocupan el poder, están habitualmente ante grandes desafíos. En efecto, ¿cómo estar a la altura de las expectativas sociales actuando en un país que se caracteriza por recurrentes dificultades económicas? Pero sobre todo con tantos poderes de veto. Cuando en algunas entrevistas me invitan a mirar el país hacia adelante lo que yo veo es la escena donde se despliega un poder de veto fenomenal. El otro día estaba conversando con un señor que fue secretario de Industria, me contaba su trajín cotidiano: venía una cámara y al rato venía la otra cámara, otra cámara y otra, y cada una con un planteo distinto al otro y él estaba forzado a hacer

cintura todo el tiempo. O sea, digo que hay una capacidad de iniciativa sectorial que está activa todo el tiempo. Me parece interesante la referencia a Chile. Allí tuvo que producirse una explosión social en las calles para poner de manifiesto que algo estaba pasando; mientras tanto fueron largos años en donde la representación se reciclaba todo el tiempo; fue preciso, pues, que en 2019 saliera a la luz un agujero social de grandes dimensiones. Bueno, yo creo que esos agujeros en Argentina están tan a la vista, por eso en este momento... lo que se respira es el temor a la disgregación. Es decir, si ustedes miran alrededor, lo que van a encontrar son sectores pensando primero cómo ganarle a fulano a mengano, pero después, si dirigen la vista hacia los bordes de la sociedad argentina van a hallar situaciones a punto de activarse de forma descontrolada. Estimo que la representación siempre está en discusión en este país.

SP: Una pregunta más de nuestra parte y después usted cierra como le parezca, con lo que quiera. No pudimos resistir la tentación con Gerardo de hacer una especie de hipótesis de lectura más transversal de su obra y curiosamente está más anclada en los trabajos de los 90, sobre políticas públicas y sobre política económica. Esa lectura pone en el centro la noción de proceso político. Le queríamos preguntar si usted reconoce en una noción como la de proceso político la definición de una mirada particular, de una herramienta analítica. Si es algo que puede ser pensado como un elemento transversal a sus distintos trabajos.

J.C.Torre: Sí, sí. El proceso político se puede decir... no es una palabra conceptualmente muy fina. Yo la uso. Pero bueno, captura parte de un interés... no todo mi interés. Pero en todo caso captura efectivamente lo que me apareció a mí cuando entré al Ministerio de Economía como sociólogo político en 1983. Y lo que advertí en ese momento es que la gente piensa la toma de decisiones en economía en forma muy inocente. Llegamos, entramos y aplicamos el plan. No, no es así que funcionan las cosas. No es así. El proceso político es central, porque la política es central ¿Cuál es el papel de la política? El político tiene dos tareas por delante: definir un rumbo y acercar lo que está separado, procurando pasar de un equilibrio a otro. En la coyuntura que le toca actuar el político se pregunta ¿y si nos juntamos? ¿y si nos separamos? La tarea del político es pastelear. El político que no pastelee, es decir, que no busque juntar lo que está separado, no es un político que esté a la altura de las circunstancias, es un doctrinario sin vuelo. Proceso político hace referencia a cómo se hace una amalgama entre recursos y votos. Y entre distintas formas de la expresión pública. Me parece muy importante. Y cuando yo fui al Ministerio de Economía dije “esto es un lugar importante de observación para ver el proceso político”. Tanto es así que salí de ahí y comencé a estudiar políticas públicas, a preparar un curso de políticas públicas. Escribí un libro que se llama el proceso político de las reformas de mercado, tratando de capturar la lógica de cómo se hace la política económica. Efectivamente yo soy muy sensible a eso. Y eso ilustra una de mis preocupaciones.

Ya que estamos hablando de trayectoria, hay otra inquietud que me ha acompañado. Tiene origen en una entrevista apócrifa que yo inventé. En ella tengo 18 años, entro a la carrera de Sociología y me encuentro con un profesor, ciertamente no es Germani porque Germani era para mí una persona muy cascarrabias, era otro profesor. Me dice: -Torre ¿qué hace usted acá? -Y, yo quiero estudiar sociología, -¿Y por qué quiere estudiar sociología? -Porque... quiero hablar de la Argentina. -No, Torre, no, mire, usted recién tiene 18 años. Y ahora solo puede guitarrear, usted lo tiene que hacer es aprender el oficio. -¿Y cómo hace uno para para aprender el oficio? -Elige un campo, pruébese en ese campo, vea qué habilidades tiene y con el paso del tiempo, quizás, ya dominando esas habilidades, pueda atreverse a las preguntas grandes sobre el país. Y eso fue lo que hice: elegí un campo de estudios, y me dediqué al movimiento obrero. En mi cabeza, la inquietud primera de mi entrevista apócrifa: quiero escribir sobre la Argentina. Y llegado a un determinado momento me sentí con fuerza para retomar mi aspiración y probarme en el trabajo. Y junto con una colega, una persona clave al respecto, Elisa Pastoriza, escribí un libro: *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*. Es un libro donde se reconstruye el itinerario de la villa balnearia, creada por la oligarquía, que se convierte con el paso de los años en el balneario de todos. Sólo en un país animado por la mentalidad igualitarista como la Argentina pudo haber sido posible esa trayectoria. Tanto es así que, fíjense ustedes mismos, hacia 1928 se lanza una propaganda oficial en favor de la democratización del balneario; solamente en un país como en Argentina alguien puede atreverse a democratizar los balnearios. Y efectivamente se democratiza y se democratiza muchísimo. Antes de Perón, por supuesto, y por supuesto con Perón. Y después sigue su itinerario hasta llegar a ese lugar de un mañana y de todos. Y Mar del Plata también lleva la marca de la Argentina porque efectivamente ya no es el balneario de todos, porque ya es un país más heterogéneo, más fragmentado. Y de Mar del Plata se fueron los ricos a Punta del Este, los jóvenes se fueron a Villa Gesell; sigue siendo el balneario de masas, pero no el balneario de todos. El balneario de todos es un sueño de los argentinos que está vertebrado sobre este impulso igualitario que está condensado en un viejo aforismo criollo: "Aquí naidés es más que naidés". Al respecto, se cuenta que un inmigrante proveniente de Europa hacia fines del siglo XIX, al bajar del barco en Buenos Aires pregunta qué país es este al que ha arribado, y si vale la pena quedarse aquí. Y obtiene una respuesta de parte de uno como él, pero ya residente, que le aconseja quedarse acá. ¿Por qué? Porque aquí naidés es más que naidés. El personaje de esta historia "compra" esa perspectiva, se queda acá y comienza a habitar en el horizonte normativo de los argentinos según el cual ninguna persona era por nacimiento inferior a otra y cualquiera fuesen sus diferencias en los ingresos y la educación, todas estaban en pie de igualdad en materia de derechos y de recursos. Si bien puede discutirse cuán efectiva era esa creencia, lo cierto es que fueron muchos los que se la tomaron en serio y alimentaron así al impulso igualitario que movilizó a sucesivas generaciones y desafió a los privilegios allí donde existieran. Esto fue lo que procuré explorar en el libro escrito con Elisa Pastoriza, donde trazamos la

trayectoria histórica de Mar del Plata desde su condición de villa balnearia de la clase alta hasta su condición de balneario de masas. Este ha sido un itinerario singular en el mundo y debió mucho a la mentalidad igualitarista bajo la que se desarrolló la Argentina hasta tiempos recientes.

SP: Muy bien, muchísimas gracias. Cierre como quiera, con el comentario que quiera agregar, con la pregunta que no le hicimos.

J.C.Torre: Quería hablar de Mar del Plata (Risas).

RESEÑAS



ISSN 185 12578

RESEÑA

Revolución. Una historia intelectual

ENZO TRAVERSO
BUENOS AIRES, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
2022, 644 PÁGINAS.
ISBN: 978-987-719-373-2

Nahuel Agustín Domínguez¹

Publicado en español en 2022, *Revolución. Una historia intelectual*, es un aporte a los estudios históricos tanto desde una perspectiva cultural, de conceptos como de intelectuales. Esta variedad de enfoques puede observarse a través de la multiplicidad de títulos que recibió la obra según el idioma de edición. Si bien en inglés y en alemán el título se corresponde con la traducción en nuestro idioma, en francés la segunda parte del título fue *Una historia cultural*, mientras que en griego se llamó *Una historia intelectual y cultural*. En italiano, por otra parte, el título fue *Revolución. 1789-1989: otra historia*. Más allá de las preferencias de cada editorial o de los intereses de cada público en relación a la elección del título, se trata de una obra que en efecto realiza un cruce de perspectivas que prioriza la comprensión de su objeto de estudio por sobre una adscripción rígida a determinada escuela historiográfica.

Así, los capítulos de la obra van desde el análisis del papel desempeñado por el ferrocarril en el siglo XIX, como forma de contextualizar las usuales metáforas de la época y la idea de Marx respecto de la revolución como “locomotora de la historia”, hasta una historización de las revoluciones y el comunismo centrada en sus múltiples significaciones históricas y contingentes. En otros capítulos se analiza la revolución como experiencia corporal y las relaciones de atracción recíproca entre conceptos, experiencias, símbolos y memoria respecto al campo revolucionario. Además, aparece una suerte de sociología de los llamados “intelectuales revolucionarios”, y una reconstrucción de los conceptos de libertad y liberación. En síntesis, se trata de un libro de fuertes pretensiones que abarca, a través del concepto de revolución, un período que va desde la revolución francesa hasta la caída de la Unión Soviética.

A partir del óleo *La balsa de la Medusa* de Théodore Géricault, Traverso desarrolla una suerte de parábola con la revolución. Así, como en el fresco el bergantín que podría rescatar a los naufragos sobre la balsa es un punto apenas visible en el firmamento, la revolución, y

1. Universidad Nacional de Quilmes y Universidad Nacional de Mar del Plata.

a través de ella la liberación, “no es un inevitable final feliz sino una posibilidad remota” a la que debe apostarse más allá de lo imprevisible del resultado. De esta manera, en las primeras páginas el autor deja plasmada su subjetividad y la simpatía por la causa del cambio social. Pese a esto, el trabajo que desarrolla es sumamente profesional y documentado, al igual que en sus obras anteriores. Cuestión que le ha valido un amplio reconocimiento historiográfico.

Además de un ejercicio histórico de notable erudición y de un aporte a la historiografía de las revoluciones, la obra de Enzo Traverso representa una apuesta política. En primer lugar, como contendiente de las producciones realizadas por los historiadores conservadores que, a modo de fiscales, identifican en las revoluciones los motivos, o el motivo principal, del totalitarismo moderno. Esta tesis es desechada a lo largo de la obra por el autor. En segundo lugar, se propone rehabilitar a los procesos revolucionarios como “hitos de la modernidad” o “momentos prototípicos”. Lejos de toda idealización, *Revolución* considera necesario meditar sobre estos acontecimientos y estudiarlos, dado que todo proceso rescata elementos del pasado y experiencias de sus ancestros. En tercer lugar, es parte de una serie de producciones que aportan a pensar un futuro más allá del capital. Se trata de una reciente camada de publicaciones en español de 2022, entre las que se destacan: *Guerra o Revolución*, del filósofo italiano Mauricio Lazzarato; *De la movilización a la revolución*, del sociólogo argentino Matías Maiello; y *El capitalismo o el planeta*, del filósofo francés Frédéric Lordon. Desde la historia, a esta lista podríamos sumar las nuevas compilaciones y selección de textos de José Carlos Mariátegui, con prólogos de Martín Bergel, *Aventura y revolución mundial y Antología; Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, editado por Fabio Wasserman; *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, de Rafael Rojas; o *Las repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*, de Hilda Sabato, por mencionar algunas obras de los últimos tres años en donde el fenómeno revolucionario es revisado desde variadas perspectivas.

En la obra de Traverso la noción de revolución aparece como concepto, como hecho histórico y como categoría de análisis. De esta manera, es uno de los principales ordenadores y el eje articulador del texto. Para el autor, a partir de Karl Marx y Walter Benjamin, la revolución es una interrupción repentina y violenta (en la mayor parte de los casos) del continuo histórico. Se trataría, así, de una ruptura del orden social y político. Como los cambios históricos producidos por la lucha de clases no pueden limitarse a la influencia de factores económicos u otros factores estructurales, para el italiano se trata de entender tanto a las revoluciones como a las contrarrevoluciones en relación con la “autonomía de lo político”. En este sentido, se aleja de las visiones mecanicistas o deterministas a la vez que califica a las revoluciones como *invenciones* humanas: ni ineluctables, ni parte de una progresión histórica. Lo político no se cierne a la cúspide de una pirámide, sino que está sujeto a la actividad humana dentro de un marco dado, ni inmutable ni huidizo. La instantánea realizada por León Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa* abona las tesis del autor.

Respecto del fenómeno de los intelectuales y el protagonismo alcanzado por el sector revolucionario del mismo entre 1848 y 1945, Traverso dedica un capítulo específico. Allí, la perspectiva abarcadora del fenómeno en su dimensión global y la pretensión clasificadora por momentos hacen perder de vista la singularidad de los actores. De esta manera, el italiano se sumerge en una apuesta sociológica en la que define a los intelectuales revolucionarios a partir de su compromiso ideológico y político, el utopismo, un *ethos* anticapitalista, la bohemia y el cosmopolitismo. Como resultado, pone en pie una suerte de tipo ideal de intelectual revolucionario a través del cual se clasifica a personajes que van desde Karl Marx y Bakunin, hasta Mao Tse-Tung y Ho Chi Minh, además de pasar por figuras como Trotsky, Stalin, Mariátegui y Lukács, por mencionar algunos de los más de 100 personajes inventariados y expuestos en cuadros comparativos. Este ejercicio clasificador, con hincapié en vicisitudes compartidas antes que en las ideas o prácticas políticas de los sujetos, asimila en cuadros comparativos a personajes tan opuestos en sus perspectivas como Otto Bauer y Karl Liebknecht, por no hablar de Trotsky y Stalin. En el primer caso, el punto compartido es haber ido a la universidad. En el segundo, aparece como diferencia que uno fue asesinado y el otro no. Pese a las críticas que podamos esgrimir a lo esquemático de sus conclusiones, Traverso realiza una reconstrucción magistral de las trayectorias de muchos de los protagonistas de las revoluciones alrededor del mundo y de sus ideas, concepciones y estrategias.

Si en las páginas de *Revolución* se dejan ver las huellas e influencias de Karl Marx, Walter Benjamin, Reinhart Koselleck, Pierre Nora y Michael Löwy, entre otros, la presencia del historiador alemán Jürgen Osterhammel no pasa desapercibida. Tal es así, que el autor de *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, no sólo aparece citado por sus estudios sobre actividades temporalmente conectadas, sino también como aspiración analítica en el sentido de perseguir el concepto de revolución a través del tiempo y también del espacio geográfico. Además de las grandes revoluciones como la francesa o la rusa y sus personajes más paradigmáticos, Traverso se embarca en una visión panorámica y una reestimación del papel desempeñado por las olas del “Atlántico revolucionario” (Estados Unidos, Francia y Haití) y las revoluciones de mitad del siglo XIX (europeas de 1848, china, india y la guerra de secesión norteamericana). Por otra parte, también aborda las de principios del siglo XX (iraní, turca y china además de las revoluciones rusa y mexicana) y la serie de revoluciones socialistas en occidente, así como anticoloniales a lo largo del siglo XX, en las que se incluye una larga lista de procesos donde el socialismo aparecía como principal horizonte de la revolución mundial. En este sentido, en la obra aparece una visión global del fenómeno de las revoluciones y se construyen categorías de análisis a partir de *imágenes dialécticas*, en las que cobra protagonismo la sincronía histórica de los procesos.

En el epílogo del libro se señala al año 1989 como el derrumbe del comunismo en tanto régimen, pero también como forma de revolución. La caída de la Unión Soviética es entendida como el condensador de una conciencia de derrota histórica en las izquierdas. En

este sentido, el autor sostiene que quienes aspiran a un cambio social deben reinventarse y distanciarse de patrones anteriores. Si bien la caída del comunismo dejó al mundo sin alternativas al capitalismo, el estalinismo “apiló naufragio sobre naufragio” y aportó a una idea de “progreso” que se comprobó dañina en millones de personas. Para el surgimiento de una nueva izquierda global, según Traverso, una de las tareas primordiales sería la de trabajar con la experiencia histórica, ante una perspectiva en la que las revoluciones, antes que ser programables, llegan cuando menos se las espera. Así, una vez más, el autor deja traslucir sus ideas políticas y las perspectivas de las que se considera tributario. Lejos del exitismo de Francis Fukuyama acerca del fin de la historia, las guerras y las ideologías, el tiempo actual insiste en poner a la rebelión en el horizonte. La apuesta del historiador por rehabilitar a la revolución, como toda producción cultural, responde a su contexto y lugar de enunciación.

En términos generales, la obra de Enzo Traverso representa un trabajo de referencia para cualquier estudio sobre la revolución en sus diversas acepciones, tanto como concepto, como proceso histórico, o como categoría de análisis. El libro logra poner en tensión sujetos, ideas, objetos, contextos, representaciones, memorias y sentimientos. Ofrece un estudio crítico que supera la idealización y la condena, pero también la apología y la caricaturización. Los procesos y sus actores son abordados en sus contradicciones y no como si siguieran un camino prefijado o se desviarán del mismo. Constituye, así, una obra ineludible no sólo para aquellos que pretenden estudiar el pasado, sino también para quienes buscan romper el “continuo de la historia”.



ISSN 185 12578

RESEÑA

Cómo hacen los pobres para sobrevivir

JAVIER AUYERO Y SOFÍA SERVIÁN
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, SIGLO XXI
2023, 224 PÁGINAS.
ISBN: 978-978-801-261-2

Romina Rajoy¹

Cómo hacen los pobres para sobrevivir (2023), el más reciente libro de Javier Auyero y Sofía Servián, es una minuciosa descripción etnográfica que transporta al lector a diversos escenarios de la marginalidad. Los protagonistas de este libro, habitantes de un barrio del primer cordón del conurbano bonaerense que conoceremos en estas páginas como “La matera”, se entrelazan con estrategias de sobrevivencia socioeconómica empleadas por individuos catalogados por los autores como “pobres urbanos”.

A grandes rasgos, la obra presenta un diálogo constante entre los residentes del barrio y sus redes familiares y vecinos, así como con figuras y/o lugares verticales, como el estado, sus programas gubernamentales y diversos actores que desempeñan roles en este contexto –formas y lógicas que represen desde un intendente o un puntero barrial hasta las fuerzas de seguridad–.

Es importante resaltar los aspectos sobresalientes de esta etnografía. La coautora de este libro es una joven estudiante de la carrera de Antropología y cercana, en términos de origen social, con las experiencias que está estudiando. Esta circunstancia, tal como señala el destacado especialista en teoría de la desigualdad y docente de metodología etnográfica, Javier Auyero, resulta fundamental. A pesar de residir en los Estados Unidos, Javier Auyero señala que la colaboración de Sofía Servián y la cercanía con el campo les permitió la construcción del trabajo a distancia. Aunque al comienzo del trabajo carecía de experiencia en cuanto a las herramientas metodológicas, la etnógrafa poseía múltiples vías de acceso al campo. Servián inició su investigación al entablar diálogos con vecinas, amigas y familiares, lo cual estuvo en línea con la cercanía al terreno de estudio. Este enfoque no solo facilitó la sostenibilidad del trabajo de campo en medio de la pandemia y las restricciones de confinamiento, sino que también exigió profundos ejercicios de reflexividad para mantener la distancia epistemológica necesaria.

1. Universidad Nacional de San Martín.

Metodológicamente, este libro se sustenta en un trabajo de campo desarrollado entre los meses de marzo de 2019 y diciembre de 2021. A lo largo de este período, Servián inició y mantuvo un contacto constante en el comedor de Virginia, lo que generó una sólida relación de confianza y reciprocidad con las personas que participaban en ese entorno comunitario.

Por otro lado, el libro cuenta con una exhaustiva revisión bibliográfica que engloba diversas obras vinculadas a la desigualdad social en una variedad de naciones de América Latina y Estados Unidos. Esta base teórica, en línea con los objetivos de los autores, no solo complementa sino también enriquece los hallazgos obtenidos en el campo. Esto proporciona una perspectiva más amplia y profunda sobre los temas explorados en el libro. Cabe mencionar que la intención subyacente de los autores fue la de presentar no solamente la manera en que los pobres urbanos sobreviven en situaciones de extrema vulnerabilidad, sino también arrojar luz sobre las dinámicas de dominación, opresión y violencia que marcan el curso de la vida diaria de estos individuos. Por otro lado, esta etnografía se sumerge en un minucioso análisis y reflexión acerca de las tácticas de supervivencia llevadas a cabo por los estratos urbanos menos privilegiados en la época contemporánea. En esta perspectiva, la introducción del libro revela una gran relevancia. Los autores plantean una cuestión intrigante al indagar sobre cómo titular una investigación utilizando una expresión recurrente que han identificado en el entramado social. Un ejemplo de esto es la noción de “Soñar con milanesas”, la cual de manera sugestiva insinúa una inquietud latente que circula en el barrio ya en el año 2019.

Con relación a la estructura integral del libro, la introducción y los primeros dos capítulos se dedican a explorar las diversas formas en que los individuos en los márgenes sociales logran subsistir. Aquí, al igual que en otras investigaciones, se delinearán las interconexiones de redes de cercanía, familiares y recíprocas, y se destacan aquellas ligadas a la organización comunitaria. Sin embargo, sobresale el ejercicio reflexivo que realizan los autores y que va más allá de una simple descripción de cómo viven los pobres al aportar datos interesantes como por ejemplo: ¿cómo piensan y sienten la subsistencia aquellos más vulnerabilizados? En esta línea es válido repensar para los autores: ¿cuánto de superficial, en esta contemporaneidad, es reponer que los pobres urbanos tienen como anhelo primordial soñar con milanesas? En este sentido a lo largo de los dos primeros capítulos se observa cómo los protagonistas de este libro soñaron con otras cosas más allá de los alimentos y materializan sus deseos a lo largo de sus trayectorias de vida, tales como tener una casa. Y es en la reposición de estas trayectorias que queda evidenciada la materialización de estos anhelos, que sin embargo son acompañados de grandes esfuerzos y resistencias, frente a distintas adversidades que se presentan en torno a la precariedad económica y financiera que no sufren otras clases sociales. Entonces, por ejemplo, frente al deseo de tener un techo, los pobres urbanos, primero tuvieron que tomar un terreno, cavar una zanja, construir un hogar y hacerse de los tendidos de servicios básicos para una supervivencia más digna. Sin descartar lo que estas estrategias de supervivencia implican, en una constante negociación

violenta con el estado, al momento de tomar una tierra o reclamar servicios básicos sin los papeles de propietarios.

Relatos como los de Chela dan cuenta de algunas de estas estrategias. Chela es coordinadora del comedor en donde los autores emplazan la investigación, y quien desde hace cinco años abre las puertas de su precario hogar para alimentar y cuidar a los hijos y vecinos del barrio. El trabajo de cuidado comunitario que Chela realiza opera, según sus palabras, a modo de homenaje de su hijo de nueve años, quien murió a partir de un accidente de tránsito en la puerta del actual comedor. Este es un dato que nos es menor al momento de transportarnos a los escenarios marginales que describen los autores, una zona carente de infraestructura urbana. Entonces, agregado a lo anterior, se observa cómo son las mujeres pobres urbanas, quienes realizan un sinfín de estrategias de sobrevivencia y, en palabras de los autores, “despliegan la persistencia frente a dificultades presumiblemente insuperables”.

En el capítulo 3 se describe a “Pocho” desde distintas dimensiones. Se presta atención a sus prácticas políticas cotidianas que lo implican en distintas caracterizaciones, roles y representaciones. Es así que este personaje aparece como el hacedor del barrio (organizador de la cancha y el comedor), el que tiene los recursos y vínculos con la política provincial y municipal. También se muestran los distintos momentos de estos vínculos con funcionarios varones de la política. Finalmente, se presenta al Pocho como varón proveedor de varias mujeres. Y por último, un personaje resiliente frente a él mismo, un Pocho violento, delincuente, privado de su libertad y con problemas de consumo de psicoactivos.

En el capítulo 4 y 5 los autores describen una serie de violencias entrecruzadas por las que los pobres urbanos son atravesados en su cotidianidad; aquí se detectan violencias interpersonales, policiales, institucionales, con mayores consecuencias y hostigamiento para las mujeres protagonistas de este trabajo. Particularmente en el capítulo 4, se devela cómo la desigualdad de género perfora las historias de vida de estas mujeres. En este sentido desde el primer momento queda al descubierto cómo la desigual división del trabajo opera de manera diferente en las trayectorias de vida de varones y mujeres vulnerabilizados/as, en donde las segundas quedan confinadas a trabajos comunitarios y con salarios por debajo de la canasta básica para sobrevivir. Se suman a estas imposibilidades económicas las obligaciones y responsabilidades de cuidado, que suponen trabajar en el cuidado de los hijos propios y ajenos, en las que despliegan tácticas que desbordan las actividades de alimentación y vestimenta. Tales responsabilidades las sumergen en otro escalón de las desigualdades de género en las que sobreviven las mujeres en contexto de vulnerabilidad. Entonces es aquí donde queda visibilizada la precaria o nula planificación de infraestructura y movilidad, que se describe en los escenarios que nos acercan los autores al igual que en otros trabajos etnográficos de estas características. Es por esta razón, y en estas condiciones de sobrevivencia, que las estrategias de cuidado se sumergen de manera literal en el temor por las vidas de los otros y de quienes cuidan, frente a las balaceras barriales, el gatillo fácil, las violencias sexuales y las violencias de género.

En el capítulo 5, los autores retoman la idea de cadena de violencia, ya trabajada por Auyero (Berti y Auyero, 2013) para argumentar cómo una acción violenta habilita un sinfín de violencias interpersonales y estatales. Entre los hallazgos, a partir de la reposición de este concepto, nos interesa focalizar en lo que los autores describen como “brutalidad institucionalizada”: una violencia que coexiste entre los propios (interpersonales) y los ajenos (la policía). Aquí se observa cómo el estado aplica la violencia legítima frente a las ilegalidades que comete un sector de la población: los varones pobres urbanos. Se visualiza cómo y cuáles son los mecanismos de disciplinamiento hacia aquellos, tales como el encarcelamiento en la comisaría, los malos tratos y las condiciones de hacinamiento en las que son castigados y vigilados. Por otra parte, el trabajo esboza la aparición del mercado de la droga, donde se entrevistó una y otra vez lo que los autores caracterizan como inseguridad pública, detectada en el vínculo entre la policía, la venta y el consumo de estupefacientes. Este es un dato interesante, ya que los autores rastrean cómo los vecinos vinculan la violencia que sufren a la mayor circulación y consumo de droga en el barrio. En consecuencia con todo lo expuesto, son los propios protagonistas de este capítulo quienes asumen sin preámbulos vender, consumir o haber vendido y consumido estupefacientes, tener algún familiar en contexto de encierro o internado por esta misma problemática y en esta línea, reconocen tener o ser amigos de alguna persona relacionado al mercado ilegal de las drogas, un tran-sa. Finalmente a lo largo de este capítulo se observa la violencia de género, el hostigamiento y peligro que padecen y combaten las mujeres y niñas de La Matera, en manos de estos varones pobres urbanos.

En el último capítulo, los autores reponen el trabajo comunitario, imprescindible y a la vez invisible y silencioso. Al igual que en tantos otros trabajos etnográficos realizados en territorios diversos del conurbano, acompañados de bibliografía feminista y/o perspectiva de género, en este trabajo también se devela cómo las mujeres están oprimidas, sobrecargadas y violentadas, tanto por las violencias estatales como por las violencias interpersonales. Sin embargo, a pesar de los imponderables cotidianos y por razones que solo se alcanzan a explorar en la particularidad de sus biografías, podemos comprender cuál es la fuerza que las sostiene a ellas, a sus hijos propios y ajenos, a los vecinos y los entornos barriales. En otras palabras y para finalizar, aquí se observa cómo son las mujeres quienes encarnan la resistencia frente a las violencias cotidianas, a través de expresiones de amor y cuidado, a la vez que también son la representación *del aguante* frente a las adversidades cotidianas que irrumpen en la organización política del cuidado comunitario.

Entonces la obra resulta interesante porque nos permite conocer cómo y cuáles son las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos. Si bien el texto no repone cómo se construyó el barrio La Matera en torno a las distintas etapas de la política partidaria y a lo largo de la historia democrática (dando cuenta del vínculo con los distintos programas, financiamientos y políticas estatales focalizadas para las poblaciones vulnerabilizadas), a lo largo del trabajo se observan ciertas transformaciones históricas. Por ejemplo, a través

de las voces de los protagonistas que dicen recibir ahora “más mercadería” en comparación con la experiencia que tuvieron en los años 90. Sobre esa década, recuerdan que solo recibían una caja de alimentos por persona o donaciones voluntarias de algunos vecinos. En la actualidad los relatos de las mujeres expresan un entrelazamiento de recursos, por lo general de distintas instituciones estatales y de algunas instituciones privadas y ONGs, lo que de este modo reforzó a los comedores comunitarios, el salario de las trabajadoras y otros programas de apoyo para la infancia y la juventud.

Sin embargo, en diálogo con otros trabajos realizados por autores locales con relación a las prácticas y representaciones de los sectores vulnerabilizados, se detecta que en estas familias las estrategias de sobrevivencia socioeconómicas son variadas y que dependen de varios integrantes de una misma familia. En este sentido, se genera una inquietud en relación con lo que no se aborda explícitamente, como las otras estrategias socioeconómicas empleadas por los protagonistas de este trabajo. En el análisis actual, existe la impresión de que las mujeres se perfilan únicamente como beneficiarias de programas sociales, mientras que los únicos individuos con agencia y/o acceso a otros recursos y dinero son los varones en general, ya sea por las vías de trabajos legales o ilícitos. En consecuencia, una de las figuras que resalta es Pocho. En su caso, se exponen una serie de estrategias que involucran manejo de dinero y recursos; ya sea a través de conexiones políticas, supuestas operaciones de alquiler, coacción de mujeres mediante el intercambio de favores por programas sociales, dinero o incluso actividades ilícitas.

Esta carencia sugiere un anhelo por indagar más profundamente en la cotidianeidad de estas familias, y examina con detalle la multiplicidad de empleos, recursos y transacciones económicas que entrelazan para asegurar su supervivencia. En consecuencia, se plantea el deseo de explorar el alcance de las dinámicas laborales y financieras presentes en estos entornos, lo que proporciona una perspectiva más completa y matizada de las estrategias de subsistencia adoptadas por estas familias.

Por otra parte, surge un punto de precaución respecto de las descripciones detalladas de las prácticas de ciertos individuos, como Pocho. Existe la posibilidad de que estas descripciones puedan llegar a ser mal interpretadas y que se utilicen para desacreditar experiencias que son, en realidad, notables contribuciones a la organización comunitaria y social. El argumento que presentan los autores con relación a líderes como Pocho, a quienes se refieren como referentes o punteros con dinámicas clientelistas, misóginas y machistas, podría considerarse delicado en este sentido. Revisar la descripción de Pocho y de otros varones pobres urbanos que aparecen a lo largo de la obra, es crucial para evitar que elementos negativos puedan ser extrapolados para socavar experiencias que, por el contrario, son pilares fundamentales en la organización comunitaria, encabezada no solo por referentes varones, en donde estos son los menos, sino por mujeres y jóvenes que trabajan en conjunto con el Estado en sus diversas instancias gubernamentales.

Finalmente, en el cierre del libro se sugieren ciertos datos implícitos en torno a las relaciones entre los residentes del barrio donde se realiza el estudio y las diversas formas de violencia ejercida por la policía, la comisaría y el sistema penitenciario. Una cuestión que suscita un gran interés es si estas dinámicas aún persisten en la actualidad. Resulta interesante continuar investigando en esta dirección para comprender los vínculos reales que las familias que tienen miembros involucrados en consumos problemáticos o actividades ilícitas mantienen con instituciones como el centro penitenciario o las fuerzas de seguridad. Esta línea de investigación presenta un terreno fértil para ahondar en cómo las familias de La Matanza se relacionan con estas estructuras de poder y cómo tales relaciones influyen en sus dinámicas cotidianas. El análisis podría arrojar luz sobre cómo estas dinámicas impactan en la búsqueda de supervivencia y progreso en un contexto marcado por la adversidad.

Referencias

Auyero, Javier y María Fernanda Berti (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz

Papeles de Trabajo 33

La revista electrónica del IDAES

Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales UNSAM
UNSAM Edita

NRO 33

LA VIDA SOCIAL DE LOS MERCADOS
CONTEMPORÁNEOS

